

A woman in a black dress is running through a heavy rain at night. She is carrying a white bag and has a determined expression. The background is dark with blurred lights, suggesting an urban setting. The overall mood is dramatic and urgent.

Clarissa Goenawan

**PÁJAROS DE LA LLUVIA**

AdN Alianza de Novelas

## Ella se desmoronó y se convirtió en cenizas

---

Al principio, nada resultaba fuera de lo normal.

Yo estaba hablando por teléfono con mi hermana. Ella se encontraba sentada a su escritorio en la habitación que alquilaba en Akakawa. El sol brillaba a través de la cortina, proyectando unos reflejos castaños en su larga y oscura melena. Me hizo varias preguntas, una tras otra, pero yo solo farfullaba lacónicas respuestas, impaciente por poner fin a la conversación. Y entonces, ante mis ojos, ella se desmoronó y se convirtió en cenizas.

Desperté en el interior de un sedán negro; el sueño se habría desvanecido sin más de no ser por la urna de porcelana blanca que estaba en mi regazo. Semejaba un pequeño y cilíndrico jarrón, decorado con el dibujo de un cuco cayendo en picado y unos crisantemos. En su interior se hallaban las cenizas de mi hermana Keiko Ishida, que tan solo tenía treinta y tres años cuando murió.

Me aflojé la corbata y pregunté a Honda:

—¿Falta mucho?

Giró el volante.

—Ya casi estamos.

—¿Te importaría poner un poco de música?

—Claro que no —respondió, y le dio a un botón.

En la radio sonaba *Summertime* en la voz de Billie Holiday.

Para ser un viernes por la tarde, el viaje transcurría con tranquilidad. Era un día soleado y no había atascos a la vista. Incluso la música era relajante,

de ese tipo que invita a tamborilear con los dedos al compás.

Mis manos apretaron la urna sin querer y la observé detenidamente. Honda me dirigió una mirada de soslayo antes de fijar los ojos de nuevo en la carretera.

—A Keiko le encantaba el *jazz* —dijo.

Asentí, sin poder hablar. La pequeña pila de cintas de casete que conformaba su colección: ¿qué sería ahora de ella?

—Lo más curioso es que era incapaz de decir el nombre de un solo músico de *jazz* —prosiguió.

Carraspeé:

—No hace falta ser un entendido para apreciar el *jazz*.

—Bien dicho, Ishida.

A decir verdad, había sido mi hermana la primera a la que había oído esas palabras.

Incluso ahora la visualizaba sentada a su escritorio, retorciendo el cable del teléfono con una mano, con una sonrisa satisfecha mientras murmuraba: «No hace falta ser un entendido para apreciar el *jazz*».

No dejaba de ser extraño que esa imagen se me hubiera quedado grabada en la mente, aunque nunca hubiera visto la habitación que alquilaba; no tenía la menor idea de su aspecto.

—Ya hemos llegado —anunció Honda cuando el coche se detuvo ante la entrada del hotel Katsuragi.

—Gracias por tu ayuda con el funeral —dije.

—No hay de qué. Keiko siempre se portó muy bien conmigo.

Asentí y bajé del coche, sin dejar de aferrar la urna. Ya me estaba encaminando hacia la entrada cuando oí que me llamaba.

—Ishida.

Me volví. Honda había bajado la ventanilla del copiloto.

—¿Qué vas a hacer con...? —Se rascó la nuca mirando la urna.

—Aún no lo he decidido.

—Si quieres esparcir las cenizas en el mar, se lo podemos pedir al personal del crematorio. Se encargarían de ello por un módico precio.

—No me parece buena idea —respondí—. Mi hermana le tenía miedo al agua. No sabía nadar.

Honda y mi hermana impartían clases en la misma academia preuniversitaria. Él me había buscado alojamiento.

«Tiene pocos muebles, pero es económico y habitable», había dicho, una descripción absolutamente certera. Una cama de matrimonio, un pequeño televisor, un armario y un tocador con una silla; eso era todo. El mobiliario estaba pasado de moda pero era funcional. Relativamente limpia, la habitación tenía un cuarto de baño privado y olía un poco a humedad.

Dejé la urna sobre el tocador y miré el reloj. Eran las dos y media, de modo que disponía de una hora para llegar a la comisaría. Me quité el traje y lo colgué en el respaldo de la silla. Necesitaba una ducha para quitarme el olor a incienso funerario.

Mientras deslizaba la puerta del cuarto de baño, miré el tocador. La urna permanecía ahí, en silencio.

Llegué a la comisaría, donde me topé con un joven agente solitario que atendía detrás del mostrador. No había nadie más.

Cuando le indiqué mi nombre, se levantó para abrirme la puerta del despacho.

—Acompáñeme —dijo.

Le seguí, perplejo por que fuera a dejar el mostrador desatendido. El agente me condujo por un estrecho pasillo y me invitó a entrar en una habitación a la derecha. Llamé dos veces a la puerta, respiré hondo y giré el picaporte.

—Con permiso —dije.

Un hombre de mediana edad estaba sentado detrás de un escritorio cubierto de pilas de carpetas. Le clareaba el pelo y llevaba un traje negro y raído con una camisa blanca y arrugada. Para ser agente de policía, el hombre vestía de manera un tanto descuidada.

La habitación no tenía ventanas y era más pequeña de lo que me esperaba. Quizá estuviese diseñada para que los visitantes sintieran claustrofobia. El escritorio ocupaba todo el espacio de una pared a la otra, partiendo el despacho en dos mitades. Me pregunté cómo conseguiría

sentarse el agente cada mañana. ¿Trepaba por encima de la mesa o reptaba por debajo?

Me miró.

—¿Señor Ren Ishida?

—Sí.

—Por favor, tome asiento. —Me señaló dos sillas vacías delante del escritorio—. Lamento lo que le ha sucedido a la señorita Keiko Ishida. Debe de ser un momento muy difícil para su familia y para usted. —Apartó las carpetas hacia un lado y me tendió una tarjeta de visita—. Estoy al cargo del caso de la señorita Ishida. Puede llamarme Oda.

Asentí y leí la tarjeta: «Hidetoshi Oda, inspector jefe».

—Señor Ishida, necesito que me proporcione la mayor información posible. —Sacó una grabadora—. ¿Le parece que procedamos?

—Sí.

El inspector pulsó una tecla de la grabadora, miró su reloj y comenzó un guión muchas veces ensayado. Enunció la hora, la fecha y el lugar de la entrevista antes de presentarse a sí mismo primero y luego a mí. Confirmé mi identidad y empezó con la declaración oficial.

—Hábleme de su hermana —preguntó—. ¿Estaban muy unidos?

—Supongo que sí. Me llamaba al menos una vez por semana —respondí.

—¿Cuándo habló con ella por última vez?

—El lunes pasado.

Giró el calendario de mesa hacia mí.

—¿Eso sería el seis de junio?

—Sí.

—El seis de junio de 1994 —murmuró en la grabadora—. ¿Y de qué hablaron?

Clavé los ojos en la pared blanca a sus espaldas.

—De nada en especial, cosas corrientes.

—¿Podría ser más específico?

Me tomé un tiempo para recordar nuestra última conversación. ¿De qué habíamos hablado? Sí, claro. Hablamos de mi cita romántica.

—¿Has salido con Nae este fin de semana? —preguntó mi hermana.

—Ajá —contesté—. La cita de rigor de un sábado por la noche.

—¿Adónde fuisteis?

—A un restaurante italiano.

—¿Uno de esos sitios finos?

—Supongo que podría considerarse así.

—¿En serio? —exclamó—. No sabía que tuvieras gustos tan refinados.

—Fue idea de Nae, no mía. Lo vio en una revista de moda.

—¿Estaba bien?

Solté una risita.

—Qué va.

—¿Qué pasó?

¿Por dónde comenzar?

—El servicio era muy lento, la pasta estaba demasiado hecha y además era muy caro. Qué se puede esperar de un restaurante que recomiendan en una revista de moda.

Se rio.

—¿Estás seguro de que no tenías unas expectativas demasiado altas?

—Créeme —dije—. Era realmente malo.

—¿Y adónde fuisteis después?

Me callé.

—A ningún sitio.

—¿Qué? —alzó la voz—. ¿Eso fue todo?

—Sí —repetí—. Eso fue todo.

—¿Estás de broma?

—Yo soy así. Pareces decepcionada...

—Estoy decepcionada —dijo—. Eres muy aburrido para ser tan joven.

—No hables como si fueras una anciana. Solo me llevas nueve años. Además, ¿qué te esperabas?

—La gente de tu edad normalmente da un paseo romántico después de una cena. ¿O me estás ocultando la mejor parte?

—Siento desilusionarte otra vez, pero se fue directa a casa.

No mentía, pero aquello solo era parte de la historia. Nae y yo habíamos discutido durante la cena. Para ser sincero, yo ya estaba de mal humor. La mediocre comida del restaurante y el deficiente servicio empeoraron las cosas. De modo que cuando Nae empezó a presionarme con preguntas sobre

mis planes de futuro (nuestros planes de futuro, según ella), me alteré.

—Te veo muy desesperada por casarte —dije—. ¿Acaso tienes miedo de quedarte para vestir santos?

Me di cuenta de que me había pasado cuando se levantó y agarró su bolso. Ni siquiera había tocado el plato principal.

—No pretendas que vuelva a hablar contigo hasta que no me pidas perdón —soltó antes de salir hecha una furia.

Suspiré. Nae era testaruda. Llevaría a cabo su amenaza, pero no pasaba nada. Yo necesitaba un descanso. Últimamente todas nuestras conversaciones giraban en torno al matrimonio, a pesar de que yo le había explicado que no estaba preparado. Un poco de distancia nos vendría bien.

Abandoné el restaurante poco después que ella. De camino a la estación de tren, vi un bar al otro lado de la calle. Entré y pedí una cerveza. Una mujer ocupó el asiento vacío al lado mío. Comenzamos a charlar, y yo terminé tomándome más copas de las deseables. Era lo suficientemente atractiva, aunque creo que el alcohol y la tenue luz influyeron también. Una cosa llevó a la otra y terminé en la cama con ella en su lujoso estudio.

Cuando acabamos, ella se quedó dormida y yo me di una ducha. El último tren ya había pasado, así que me quedé allí a pasar la noche. Ella seguía estando profundamente dormida cuando desperté sobre las cuatro de la mañana. Como no quería involucrarme con ella, me marché sin hacer ruido.

Por supuesto, no compartí nada de todo esto con mi hermana. Se habría puesto a preguntarme por esa mujer, y yo apenas recordaba su rostro, ya ni digamos su nombre. Habíamos hablado durante horas, pero los recuerdos se habían desvanecido. Lo único que recordaba de ella era que tenía un diminuto lunar en la nuca.

—Ren, ¿por qué estás tan callado? —preguntó mi hermana.

—Estoy cansado —mentí.

Continuó como si no me hubiese oído.

—Pero a ti te gusta la comida italiana, ¿no? Recuerdo que solías comerte hasta el último espagueti cuando yo hacía espaguetis a la boloñesa.

—Solo me gustan cuando se cocinan bien.

—Conozco un italiano muy bueno. No es tan elegante como ese al que fuiste, es solo un lugar de comida casera que lleva un matrimonio mayor. Te

llevaré a comer allí cuando vengas a Akakawa. Está a las afueras, pero merece la pena ir hasta allí.

Sonreí al sentir su emoción.

—De acuerdo —asentí, y esa fue la última vez que hablamos.

—¿Hay algo que le preocupa? —preguntó el inspector.

No creía que mi vida personal tuviese relación alguna con la muerte de mi hermana.

—Hablamos de mis estudios. Nada importante.

—¿Le habló de algo que la preocupase? ¿Problemas en el trabajo o sentimentales?

Negué con la cabeza.

—No que yo recuerde.

—¿Sabe por qué vino a Akakawa? Es más provinciano que Tokio, y vivía aquí sola.

Dudé antes de contestar.

—Mis padres no se llevan bien. Mi hermana no lo soportaba.

El hombre comprobó el expediente.

—Se marchó de Tokio nada más graduarse, a los veintidós años. ¿Es correcto?

—Sí.

—Así que llevaba viviendo aquí once años. —Me miró—. ¿Por qué es usted el único familiar que acudió a su funeral?

Era incapaz de resolverme a contestar. Él me miró directamente, esperando una respuesta, pero yo mantuve la boca cerrada. No quería revelar demasiados detalles de nuestros problemas familiares, que debían permanecer en la intimidad y eran irrelevantes para el caso de la muerte de mi hermana. El inspector suspiró y garabateó algo en su libreta. La hoja estaba llena de apuntes escritos con una letra ilegible.

—Su hermana ¿mantenía alguna relación sentimental?

—No.

Estaba seguro de que mi hermana no mantenía una relación sentimental últimamente. No es que le pasara nada: tenía un carácter dulce, el cuerpo



delgado y el aspecto de una persona con una buena educación. En pocas palabras, Keiko Ishida era el tipo de mujer que todo asalariado medio desearía tener por esposa. Durante sus años de estudio en el instituto y la universidad en Tokio, un par de tipos decentes la invitaron a salir, pero ella los rechazó a todos educadamente.

«No tiene sentido si no estoy enamorada de él», me había dicho.

«No seas una romántica empedernida», le había replicado yo. «A este paso no te vas a casar nunca». Ella soltó una risotada, pero, aunque nunca lo reconociese, sabía que había algo de verdad en mis palabras.

—¿Está usted seguro? —insistió el inspector, interrumpiendo mis pensamientos.

Sacó unas fotografías del cajón y las expuso sobre la mesa. Una de ellas mostraba un bolso beis, que reconocí como el de mi hermana. El bolso aparecía empapado y ensangrentado. La tela estaba rasgada y se veían profundos arañazos por todas partes. Al observarlo, debería de haberme sentido triste, pero no fue así. Estaba aturdido.

Examiné el resto de las fotografías. Ninguna fuera de lo normal. Su cartera, un pañuelo rojo, las llaves en un llavero con un conejito, unos medicamentos, una agenda y unos bolígrafos.

—Fíjese en esto. —El inspector me señaló los medicamentos.

Al observarlos más de cerca, vi que eran píldoras anticonceptivas.

—Y esto. —Apartó la fotografía del pañuelo—. ¿Le evoca algo?

—Un pañuelo —respondí, sin darle mucha vuelta.

—El forense ha encontrado pestañas en él. También hemos encontrado fuertes marcas en sus muñecas, como si la hubiesen atado con una cuerda.

Noté un nudo en la garganta.

—¿La maniataron y le taparon los ojos cuando la mataron?

—Nuestra investigación sugiere que ocurrió antes del crimen. A juzgar por sus heridas, parece que ella intentó detener a su agresor con el bolso. —Frunció los labios en una mueca reflexiva durante un instante—. Siento mostrarme insensible, pero analizar la situación desde todos los ángulos posibles forma parte de mi trabajo.

Me quedé callado, a la espera de la siguiente pregunta.

—¿Es posible que la señorita Ishida estuviera involucrada en algún

sindicato? ¿O en algún grupo propenso a... ciertas tendencias sexuales? — Desvió la mirada, incómodo—. Solo quiero decir que era joven, atractiva y, como usted ha dicho, no tenía ninguna relación sentimental formal.

La idea resultaba tan absurda que me contuve de echarme a reír.

—La conocía bastante bien. No se iba acostando por ahí con cualquiera.

El inspector suspiró, pero no insistió.

—¿Nunca le mencionó que le gustase alguien?

Me esforcé por recordar cualquier detalle de ese tipo a lo largo de los años de nuestras conversaciones telefónicas semanales.

—¿Quizá un exnovio? —prosiguió.

—Hubo un hombre —dije—. Hará unos cuatro años. No estoy seguro de si era su novio, pero ella me dijo que pasaba mucho tiempo con alguien.

El inspector se inclinó hacia adelante y cogió el bolígrafo.

—Dígame su nombre.

—Ella no me lo dijo, pero fue la única vez que mencionó que se veía con alguien. Unos meses más tarde, discutieron.

—¿Qué clase de discusión?

—No tengo la menor idea.

Soltó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Qué más sabe de esa persona?

—Conduce —dije—. Hicieron un par de excursiones juntos.

El inspector se rascó la barbilla.

—¿Sabe adónde fueron?

—Nunca me lo dijo.

—¿Algo más?

Me removí en la silla, incómodo. Sabía tan poco de las amistades de mi hermana, o del hombre con el que salía. Nunca me había hecho confidencias de ese tipo, pero tampoco yo le había hecho suficientes preguntas. ¿Siempre me había mostrado yo tan insensible?

—Lo siento —contesté—. Ojalá pudiese ser de más ayuda.

Apagó la grabadora.

—Si he de serle sincero, ocurre lo mismo con todas las personas con las que he hablado. Su supervisor, sus compañeros de trabajo, su casero. Nadie sabe nada de su vida privada. Debía de ser una persona muy reservada.

No, no se trataba de eso. Mi hermana se preocupaba demasiado por la gente a su alrededor; siempre era ella la que preguntaba por los demás, nunca se situaba en el centro de las conversaciones.

O quizá tuviese razón. Tal vez había sido una persona reservada y era yo el que siempre había estado equivocado. Es que ni siquiera comprendía por qué llevaba en el bolso píldoras anticonceptivas y una venda para los ojos.

—Haremos todo lo que podamos —concluyó el inspector—. Llámeme si se le ocurre cualquier cosa que pueda ayudarnos en la investigación. Cualquier detalle, por nimio que le parezca; llámeme. ¿Entendido?

Asentí vagamente. Si este era su método de investigación, jamás resolverían el caso.

—¿Tiene alguna pregunta? —dijo.

Tenía tantas que no sabía por dónde empezar. Todavía me costaba creer que hubiera muerto.

Tres días antes había recibido una llamada de la policía. Lo siguiente que recordaba era hallarme delante de su féretro. La funeraria había hecho un buen trabajo. Parecía dormida.

—Me gustaría saber qué sucedió —expliqué al inspector.

Inclinó la cabeza hacia delante.

—¿Se refiere a los detalles de su muerte?

—Sí.

—Sucedió más o menos como se ha publicado en los periódicos —dijo—. La señorita Ishida caminaba sola de noche cuando fue agredida con un objeto afilado. Encontramos un cuchillo ensangrentado en el lugar del crimen, y sus heridas encajan con daños por arma blanca. El ADN hallado en el cuchillo también coincide con el suyo.

¿Era eso posible? Carraspeé.

—¿Podría ver el cuchillo?

—Es un cuchillo de cocina corriente.

Extrajo otra fotografía del cajón. Tal y como había dicho, era un cuchillo común. No el que yo tenía en mente.

—¿Encontraron huellas dactilares?

—Solo las de su hermana.

—¿Es posible que el cuchillo fuera suyo? Quizá lo llevase encima en

defensa propia y los agresores se lo quitaran.

Frunció los labios.

—No podemos descartar esa posibilidad, pero Akakawa es una ciudad segura. Se dan crímenes de poca monta, nada como para justificar que una mujer joven lleve consigo un cuchillo en defensa propia.

Permanecí callado. Si la ciudad fuese tan segura, mi hermana aún estaría viva.

—No faltaba nada de su bolso —continuó el inspector—. La cartera y las joyas aparecieron intactas. No da la impresión de que fuera un atraco que saliera mal. La agresión fue violenta.

Recordé una frase de uno de los artículos que había leído en un periódico: «Salvo en el rostro, la víctima apareció cubierta de fuertes puñaladas». Pero no había visto ninguna de las heridas. Cuando permanecí junto al féretro, donde yacía pálida y serena, me entraron ganas de sacudirla y gritar: «¡Despierta, ¿quieres?! ¡¿Qué estás haciendo ahí?!».

Keiko Ishida siempre había sido una persona atenta y querida. No me entraba en la cabeza que alguien la odiase hasta el punto de matarla de un modo tan atroz. ¿O estaba yo equivocado respecto a ella? Si me hubiese esforzado un poco más por comprender a mi hermana, ¿habría podido cambiar su destino?

Ya era demasiado tarde como para que importasen esas preguntas. Keiko Ishida se había sumido en un sueño irreversible. Ni siquiera un tsunami podría despertarla de su sueño eterno.

# Cómo cocinar arroz al *curry*

---

Me desperté a las ocho y media. Desaliñado y todavía con el mismo traje que me había puesto para ir a la comisaría, tardé un par de segundos en recordar que no estaba en Tokio. Entonces me golpeó el hambre. Habría preferido dormir un poco más y saltarme el desayuno, pero mi cuerpo no quiso transigir.

Aunque los huéspedes podían servirse té, café y zumo de naranja en el bar del vestíbulo, el hotel Katsuragi no servía desayunos. Solo divisé a un huésped más, un hombre de mediana edad que se estaba quedando calvo. A juzgar por su traje formal y su desgastado maletín, seguramente se encontraba de viaje de negocios.

Según Honda, el hotel solo utilizaba la primera y la segunda planta. Los demás pisos estaban vacíos.

«No te preocupes, no hay fantasmas ni nada por el estilo», había dicho. «Simplemente no tendría sentido un mantenimiento adicional. Akakawa no es un lugar turístico ni un centro de negocios. No tiene aguas termales ni hermosos parques ni frondosas montañas. Para ser sincero, me sorprende que un operador pequeño como Katsuragi haya conseguido mantenerse». Supuse que sería gracias a sus bajos costes generales. Solo había visto a dos empleadas durante mi estancia. Una era una señora esbelta de mediana edad que atendía la recepción. Llevaba cada día un quimono diferente de sencillo diseño, lo que le proporcionaba un aspecto elegante y refinado. La otra trabajadora era la mujer de la limpieza. Su carro de detergentes y rollos de papel higiénico suponía un compañero constante que la seguía como

Hachiko<sup>[1]</sup>, el perro fiel.

Me sonaron las tripas de nuevo. No me quedaba más remedio que levantarme a regañadientes, cambiarme, ponerme ropa limpia y salir.

A pesar de ser la hora punta de la mañana, no había mucho tráfico en la carretera. La mayoría de los viajeros se movía en bicicleta. No era de extrañar que el aire pareciera más limpio que en Tokio.

Caminé hasta el supermercado que había al final de la manzana. Una campana tintineó cuando abrí la puerta de cristal. Era una tienda pequeña con artículos amontonados en los estantes. Cogí un sándwich de atún de la sección de productos refrigerados y me dirigí a la caja, a la vez que me llevaba el periódico de la mañana y, como capricho, una guía de Akakawa.

Un grupo de estudiantes de secundaria entró cuando yo salía de la tienda. Una de las alumnas se chocó conmigo, luego se disculpó, atolondrada, mientras sus amigas soltaban una risa nerviosa. Estas estudiantes me recordaron a mi hermana cuando tenía esa edad. En aquellos tiempos, ella y yo siempre tomábamos comida ya preparada. Nuestros padres apenas estaban en casa; se negaban a enfrentarse el uno al otro o a su fracasado matrimonio.

—Si tanto se odian, no deberían haberse casado, para empezar —le dije a mi hermana mientras la ayudaba con la colada.

—Solían llevarse mejor —respondió.

Aquello debió de pasar hacía muchísimo tiempo, porque yo no lo recordaba en absoluto.

—Entonces, ¿cómo se torcieron así las cosas?

Mi hermana respiró hondo.

—La primera pelea fue por culpa del pelo. Después de que madre te tuviera, comenzó a caérsele el pelo. Una mañana, padre mencionó como de pasada que esos pelos taponaban las cañerías del cuarto de baño. Madre saltó y le gritó. Se gritaron el uno al otro y padre se marchó.

—No recuerdo nada de aquello.

Cargó la ropa de colores claros en la lavadora.

—No puedes recordarlo. Solo eras un bebé. Lloraste por culpa de los gritos, pero madre no quiso cogerte y yo estaba demasiado asustada como

para acercarme a ella.

—¿Madre se quedó calva?

Se rio y pulsó la tecla de encendido.

—No fue para tanto.

—¿Qué pasó después?

—Pensé que todo estaría bien cuando padre volviese a casa a la mañana siguiente, pero me equivocaba —dijo—. Su empresa estaba pasando por un mal momento y al parecer podría llegar a perder su empleo. Todo fue cuesta abajo después de esa primera pelea. Él se enfadaba por cualquier tontería, si la carne estaba un poquito demasiado hecha o si encontraba la menor arruga en una camisa.

—¿Entonces fue culpa de padre?

—No del todo, madre también contribuyó. Era demasiado emotiva —explicó mi hermana—. Pero reconozco que puede que yo no sea objetiva. Me siento más cercana a padre. Siempre se ha portado mejor conmigo que madre. A veces me da la sensación de que madre se mete conmigo de manera injusta. ¿Estoy siendo demasiado sensible?

—Tal vez. —Agaché la vista—. Así que yo soy la causa de sus problemas.

Ladeó la cabeza.

—¿Qué te hace decir eso?

—Has dicho que su primera pelea surgió nada más nacer yo.

—No digas tonterías, Ren. No es culpa tuya. —Me dio unas palmaditas en la cabeza—. No vuelvas a pensar eso jamás. Es solo que naciste durante una época difícil.

—Pero padre ahora tiene un buen trabajo, así que ¿por qué siguen discutiendo?

—Quizá se han acostumbrado a discutir. Ambos son testarudos. Ojalá aprendiesen a hacer las paces. A veces no pasa nada por estar de acuerdo en que no se está de acuerdo.

—Deberías decírselo.

—Sí, debería.

Para ser sincero, incluso con tan solo ocho años, ya sabía que mi hermana jamás se atrevería a enfrentarse a nuestros padres. Nos reservábamos nuestra

opinión. Esperábamos que esos problemas desaparecieran por sí solos si los ignorábamos lo suficiente, pero no fue ese el caso.

Las cosas fueron de mal en peor. Ambos evitaban estar en casa. A menudo padre volvía pasada la medianoche, tambaleante y apestando a alcohol y sudor. Madre pasaba el tiempo jugando al *mahjong* o cantando karaoke en casa de sus amigas. En las raras ocasiones en que ambos coincidían en casa, se gritaban y se arrojaban cosas a la cabeza.

Cuando aquello sucedía, yo me deslizaba a la habitación de mi hermana y jugábamos a juegos de mesa. Fingíamos no oír el estruendo. Ella se quedaba callada, y yo también.

Madre dejó de cocinar con el tiempo, y nosotros acabamos alimentándonos de comida para llevar del supermercado del barrio. Solía dejar dinero junto al televisor y mi hermana era la encargada de comprar la comida. Tampoco sería fácil para ella, pero un día decidí que estaba harto.

—No voy a comer —le dije cuando depositó en la mesa las dos bolsas con el almuerzo.

—¿No tienes hambre? —preguntó.

—Para esto, no. En serio, ¿quién come comida para llevar a diario?

Esbozó una sonrisa forzada.

—Pero hoy es el plato especial de anguila. O, si lo prefieres, puedes tomarte mi plato de pollo.

—No quiero ninguna de las dos cosas.

Su sonrisa se desvaneció.

—Ren, no te pongas...

—¡He dicho que no pienso comer! —grité.

—Perfecto. Como quieras. —Abrió el envase con mi almuerzo y separó los palillos—. ¿Estás seguro?

Permanecí callado y apreté los puños. No conseguiría convencerme esta vez. Mi hermana tomó un bocado de la anguila antes de dejar los palillos. Su gesto se endureció. Me encogí, pensando que iba a gritarme.

—¿Sabes qué? Creo que tienes razón. Yo también estoy harta de esto. —Sonrió—. Vamos a por ingredientes. Voy a cocinar algo.

Pensé que no la había oído bien.

—¿Qué has dicho?



—He dicho que voy a cocinar algo —repitió—. Ponte los zapatos. Vamos al supermercado.

Era de noche cuando salimos de casa. Los productos más frescos del supermercado del barrio ya habían volado, pero eso no nos desanimó. Aquella noche disfruté de la excursión más emocionante a un supermercado que he vivido jamás. Recuerdo que no paraba de sonreír mientras recorríamos la sección de verduras.

—¿Qué quieres cenar? —preguntó mi hermana.

—Arroz al *curry* —respondí. Era uno de mis platos favoritos.

—De acuerdo. Prepararé el arroz al *curry* más delicioso que hayas probado jamás.

Entonces caí en la cuenta de que nunca la había visto cocinar.

—¿Sabes cómo se hace?

—Claro —afirmó sin la menor vacilación, mientras llenaba la cesta con distintos ingredientes.

Los problemas comenzaron cuando intentó cocer el arroz. La primera tanda salió dura y la segunda, aguada. La observé mientras luchaba con la arrocera durante más de una hora. Era tan tarde que ya se me había quitado el apetito.

—¿Sabes utilizar la arrocera? —pregunté.

—Dame un momento. Tiene una configuración diferente a la que utilizo en economía doméstica —explicó—. Me pregunto dónde estará el manual de instrucciones.

Mi hermana comprobó los armarios uno tras otro, pero no lo encontró. Al contemplarla, me sentí mal por haberle gritado antes. Quería disculparme, pero ella habló primero.

—Lo siento, Ren. Debes de estar hambriento.

Agaché la cabeza. Sus palabras me hicieron sentir peor. No quería llorar, pero no pude contenerme. Enjuagué las lágrimas, pero seguían brotando.

—No llores —dijo—. Te prepararé algo de comer.

Tenía la voz temblorosa. Cuando alcé la vista, advertí que tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

—Qué tonta eres, tú también estás llorando —dije.

Se secó las lágrimas.

—Cállate.

Sentí un dolor en el pecho. Nunca había visto llorar a mi hermana. Siempre se mostraba madura y serena. Desvié la mirada, me fui al cuarto de baño y me lavé la cara.

Cuando regresé, el arroz estaba hecho, caliente y esponjoso. Mi hermana sonreía y tarareaba. Exhalé un suspiro de alivio. Puso a calentar un poco de aceite en una sartén para saltear la cebolla. Sus movimientos eran lentos y torpes. No se le daba bien, y aun así seguía diciéndome que todo estaba bajo control con voz cantarina. Me senté en mi silla y observé su espalda. Parecía más pequeña que de costumbre. Cuando terminó de cocinar, ya eran las diez.

Dejó el *curry* sobre la mesa.

—Pruébalo. A ver qué te parece.

Examiné la obra maestra. Parecía puré de patata y crema de zanahoria con trozos de carne flotando. Ella cogió un plato y sirvió un poco de arroz, luego vertió el *curry* encima. La comida todavía humeaba, pero hundí la cuchara en ella y comí.

—¿Qué tal? —preguntó, con los ojos expectantes.

Levanté el dedo pulgar.

—Delicioso.

—¿En serio?

Asentí. Su sonrisa de satisfacción era lo único que me importaba.

—¿Y tú? ¿Por qué no comes?

—Más tarde —respondió—. Primero quiero verte comer. Se te ve tan feliz.

—Está rico, así que claro que estoy feliz. —Tomé otra cucharada llena—. ¿Puedes volver a cocinar la próxima vez?

—Sin problema. A partir de ahora, cocinaré todos los días. ¿Qué más te gustaría comer?

—Comeré cualquier cosa que hagas si está tan rico como esto.

Se sonrojó. No recuerdo a qué sabía la comida, pero sé que me sentó divinamente.

Mi hermana salió al día siguiente y compró unos libros de cocina. Con el paso del tiempo, fue mejorando. Sus platos eran sencillos, pero nunca dejaban de producirme una sensación de dicha. Estaba en deuda con ella por

hacer que nuestra casa pareciera un hogar.

Como regalo de cumpleaños por sus veinte años, le compré un cuchillo de cocina. Un cuchillo de cocinero con un mango de madera y un cabezal blanco; era el regalo más caro que le había comprado a nadie. Lo utilizó todos los días y se lo llevó con ella cuando se marchó de Tokio.

Cuando el inspector mencionó el cuchillo, pensé en el que le había regalado a mi hermana. Seguramente seguiría estando en su habitación alquilada. Unos meses atrás me había contado que se había mudado de su apartamento anterior. No me había dado su nueva dirección, pero la tendrían en su lugar de trabajo. Debía llamarles por teléfono de todas maneras, por si tenía que pasarme a recoger sus pertenencias.

Mi reloj marcaba las nueve y cuarto. La academia no estaría abierta tan temprano.

Regresé al hotel y me tomé un café en el vestíbulo. Mientras me acomodaba en una de las butacas, observé a la mujer de la limpieza. Me ignoró cuando saqué el sándwich envasado. Quité el envoltorio de plástico y hundí los dientes en el pan tierno. El apio estaba frío y crujiente, el relleno de atún sobresalía por los lados. Estaba rico. El café seguía humeante cuando engullí las últimas migajas, así que cogí el periódico y eché un vistazo a los titulares.

Dos hombres enmascarados en una moto habían robado un bolso, pero la dueña declaró que solo contenía una biblia.

Un artículo sobre seguridad vial y otro sobre la apertura de un centro comercial. Nada destacable. Como había dicho el inspector, Akakawa era una ciudad segura. No encontré ni una línea acerca del crimen. La gente seguía adelante con sus vidas tan deprisa.

Guardé el periódico en la bolsa de plástico y saqué la guía de turismo. La primera página ofrecía un plano desplegable de la ciudad lleno de símbolos de colores. Encontré una lista de rutas de autobús muy útil. A continuación venían unas pocas páginas sobre los lugares de interés de la ciudad: templos, edificios históricos, parques públicos y zonas comerciales. La ciudad tenía una superficie total de 252.136 metros cuadrados y estaba ubicada a cierta

altitud. No era de extrañar que sintiera frío.

Siempre me había preguntado por qué mi hermana había elegido Akakawa entre todos los lugares posibles. Nunca había estado aquí. Quise preguntárselo, pero, por alguna razón, nunca era un buen momento.

Al hojear el periódico, vi muchos anuncios relacionados con educación. Un hostel para estudiantes, algunas academias, un profesor particular de música y dos cursos especializados de inglés. Seguramente ella habría visto las ofertas de empleo y había decidido probar a dar clases.

Alcancé la taza de café, pero ya se había quedado frío. Lo tiré y regresé a mi habitación para descansar.

Cuando bajé al vestíbulo a la una, no había nadie más. Vi un teléfono público en la esquina del mostrador. Inserté una moneda en la rendija y marqué el número del trabajo de mi hermana. Comenzaron a sudarme las manos. Desde su muerte, evitaba llamar por teléfono; me recordaba a ella, y casi esperaba oír su voz al otro lado. Por suerte no tuve que aguardar mucho. Una mujer con voz alegre respondió al primer tono.

—Gracias por llamar a Yotsuba —dijo—. Mi nombre es Abe. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Ren Ishida —me presenté—. El hermano pequeño de Keiko Ishida.

Se produjo un breve silencio antes de que respondiera:

—Siento mucho lo que le sucedió a la señorita Ishida. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—¿Podría pasarme a recoger sus pertenencias? Y, por casualidad, ¿no tendrán su dirección personal en los archivos? Tengo entendido que se mudó hace poco.

—Un momento, por favor.

Debió de cubrir el teléfono con la mano, porque se oían voces amortiguadas de fondo. Hablaba con otra mujer.

—¿Señor Ishida?

—Sí.

—Puede venir mañana cuando quiera después de la una. Cerramos a las

nueve.

—Gracias.

Colgué y descubrí a la mujer del quimono detrás del mostrador. ¿Me había oído hablar por teléfono? El caso del asesinato habría llenado las portadas de las noticias locales la semana anterior.

La mujer se inclinó ante mí.

—Buenas tardes.

Si había oído mi conversación, se mostraba muy profesional. No pude detectar el más leve cambio en su gesto circunspecto, que iba a juego con el tono sombrío del quimono. Me relajé, tranquilizado por su aparente falta de interés.

—Ejem.

Hice el ruido en voz alta sin darme cuenta, y ahora la mujer me miraba.

—Me preguntaba si usted estaba al tanto del reciente caso de asesinato. La víctima era una persona a la que conocía —dije.

—Así que ha venido al funeral.

Asentí.

—Por favor, espere un minuto. —La mujer desapareció en la oficina y regresó con un periódico de unos días anteriores—. Tenga, puede quedárselo.

—Gracias.

Cogí el periódico. La crónica sobre el asesinato llenaba la primera página. Lo guardé bajo el brazo procurando mantener la compostura.

—Disculpe, ¿usted es...?

La mujer del quimono sonrió.

—Puede llamarme señora Katsuragi. No dude en avisarme si necesita algo más.

Le di de nuevo las gracias y salí a almorzar al café más cercano. Al volver, me detuve en el supermercado del barrio e hice acopio de fideos instantáneos.

Unos truenos comenzaron a retumbar en el cielo plomizo cuando salí de la tienda. Apresuré el paso y alcancé el hotel justo antes de que se pusiera a diluviar. La tensión y el tiempo deprimente me habían agotado. Subí a la habitación para echarme una siesta. Seis horas más tarde, el hambre me despertó otra vez. Rellené uno de los recipientes de fideos con agua caliente

del cuarto de baño y esperé a que se ablandaran.

Seguía lloviendo a cántaros cuando descorrí las cortinas. De continuar así, jamás resolvería las cosas. Decidí que al día siguiente, sin importar el tiempo, me dirigiría al lugar donde había fallecido mi hermana. No me paré a pensar en lo que podría aguardarme.

# El hombre que ella amaba olía a humo de cigarrillo

---

Unos nubarrones grises se cernían amenazantes en el cielo, tapando el sol del amanecer. La carretera de asfalto oscuro brillaba tras la lluvia torrencial de la víspera. Abrí la guía turística y estudié el plano de Akakawa antes de enfundarme la parka.

Una señora bien vestida se contoneaba delante de mí subida en sus tacones. La acera era estrecha, así que tuve que acomodarme a su paso. Miré en derredor a las hileras de tiendas aún cerradas. Nada me resultaba familiar. Pero, claro, solo había visitado la ciudad una vez y durante unas pocas horas, y de eso hacía ya siete años.

Un ventoso día de abril, mi hermana había venido a buscarme a la estación de tren. Dimos un corto paseo antes de acomodarnos en un café cercano. Yo le había contado a mi madre que iba a estudiar a casa de un amigo, por lo que solo podía quedarme unas pocas horas.

Mientras esperábamos a que nos sirvieran, mi hermana me preguntó por mis estudios. Le di sobre todo respuestas lacónicas. La escuela no era más que pura rutina.

Entonces preguntó:

—Bueno, ¿y ya tienes novia?

—Sí —contesté. Como la mayoría de los jóvenes de diecisiete años.

Me miró con sorpresa.

—¿Cómo es que no me habías contado nada?

—Te lo estoy contando ahora, ¿no?

No me molesté en explicarle que ya había salido con varias chicas, incluso antes de que ella se marchara de Tokio. No tuve la intención de ocultarlo. Ella nunca había preguntado y yo no veía la necesidad de sacar el tema.

—¿'Qué aspecto tiene? —preguntó mi hermana.

Me encogí de hombros.

—No está mal.

—Prométeme que me la presentarás pronto.

—Vale.

Nunca cumplí mi promesa. Al final, corté con esa chica antes de que mi hermana tuviera ocasión de conocerla, y sucedió lo mismo con las demás novias antes de Nae.

Nae era diferente. Le hablé de ella a mi hermana antes de que preguntara. Quería que la conociese. Pero ahora, mi hermana ya no estaba y yo me encontraba en una situación complicada con Nae. No había vuelto a hablar con ella desde el incidente del restaurante italiano. La muerte de mi hermana había convertido nuestra discusión en algo lejano y sin importancia. No tenía ganas de hablar con Nae, ni con nadie. Quería que me dejaran en paz, estar solo en aquella ciudad desconocida.

Me dirigí a la floristería (un corto paseo desde el hotel Katsuragi), y pedí a la florista unos lirios blancos, las únicas flores que me parecían apropiadas para un funeral.

—Lo siento, pero no tenemos —respondió—. ¿Podría saber para qué ocasión son? ¿'O tal vez para quién son?

Titubeé antes de contestar.

—Son para una mujer.

Se le iluminó la cara.

—¿Una mujer especial? A ver. —Cogió un ramo de diminutas florecillas blancas—. ¿Qué le parecen unos velos de novia? Simbolizan el amor eterno.

Sonreí.

—De acuerdo. Me llevaré esas.

La florista preparó un ramo y lo ató con un lazo de raso.



Al salir de la tienda, el aire estaba fresco. Retumbaban unos truenos a lo lejos. ¿Cómo podía haberme olvidado de que ya era junio? La época de lluvias de seis semanas había comenzado. Hundí las manos en los bolsillos y apresuré el paso.

Caminé otros quince minutos antes de llegar a una amplia pendiente que descendía poco a poco. A un lado había una hondonada y al otro una exuberante vegetación. Quizá había llegado demasiado temprano, pero no me crucé con un solo vehículo. Desde donde me hallaba, daba la impresión de que el camino continuaba hasta el infinito, pero, tras haber consultado el mapa, sabía que la carretera doblaba a la izquierda al final y desembocaba en la autopista.

La policía había colocado un cartel para buscar testigos en el punto exacto donde mi hermana había muerto. Siendo realista, ¿qué probabilidades había? Si alguien hubiese presenciado el crimen, ya habría acudido a la policía hacía mucho, a no ser que no quisiese verse involucrado. En tal caso, nunca darían la cara, pusiese lo que pusiese el cartel.

La vida era un misterio para mí. ¿Quién podría haberse imaginado que, de todas las personas, mi hermana se hubiese ido tan pronto, y de manera tan trágica? Aunque no la hubiera visto en los últimos siete años, seguía siendo la persona más cercana a mí. Nadie podría ocupar su lugar. Mi vida nunca volvería a ser la misma.

Me agaché y deposité el ramo en el suelo. Una fina voluta de humo blanco se elevaba detrás del cartel. ¿Qué era aquello? Me incliné y lo examiné más de cerca. En la tierra húmeda yacía un cigarrillo Seven Stars.

Mi hermana había estado enamorada de un hombre que fumaba Seven Stars, aunque yo no hubiera sabido que él fumaba de no ser por ella.

El señor Tsuda fue mi tutor en tercero. Era el profesor más joven de todo el colegio y uno de los pocos que empleaba trucos para que las clases resultaran amenas. No era de extrañar que fuera tan popular. Mi hermana lo había conocido cuando vino a mi centro escolar en busca de mi boletín de notas.

—Ren, has trabajado muy bien —dijo mi hermana de camino a casa.

Siempre decía lo mismo, al margen de las notas que sacara.

—Gracias por venir —respondí.

—De nada. —Me alborotó el pelo—. Es lo que hacen todas las hermanas mayores.

La aparté.

—Déjame el pelo.

Sabía que mentía. Yo odiaba a mis padres por obligarla a asumir las responsabilidades que les correspondían a ellos, pero no quería molestar a mi hermana, así que no dije nada.

—Tu profe parece comprensivo —dijo—. No hizo ninguna pregunta innecesaria al verme.

—Sí, es majo.

—El señor Tsuda parece joven para ser profesor. ¿Sabes cuántos años tiene?

—Treinta y tres.

—¿Sabes? Es totalmente mi tipo. Alto, majo, con una sonrisa simpática.

Me detuve.

—No me digas que te gusta.

—Venga, acabas de decirme que es majo.

—Es demasiado mayor.

Se encogió de hombros.

—La edad no es más que un número.

—Y pronto se va a casar.

—Ah, ¿sí? —Suspiró, aunque no pareció muy decepcionada—. Qué pena, pero supongo que sería sorprendente que alguien así no tuviese novia.

—No le ibas a gustar. Para él, no eres más que una cría.

Me dio un codazo.

—No seas grosero.

La fulminé con la mirada, pero no le di más vueltas a la conversación.

Cuando un compañero de clase me contó que había visto a mi hermana con el señor Tsuda, lo negué.

—La habrás confundido con otra persona —contesté.

Pronto, varios de mis compañeros de clase me indicaron que los habían visto juntos. Aun así, era imposible que estuvieran saliendo. Para entonces el

señor Tsuda ya estaba casado. Mi hermana no era el tipo de chica que se acostaba con cualquiera. Debía de tratarse de un malentendido.

Un día vi al señor Tsuda con mi hermana en un café en Koenji. Reían y se sonreían, sin percatarse de que yo me hallaba al otro lado de la calle.

No sabía que mi hermana tomaba café. Y el señor Tsuda parecía diferente. En lugar de su ropa formal habitual, llevaba una camiseta y unos pantalones vaqueros. Pero lo más perturbador de todo era la expresión de mi hermana. Nunca la había visto tan feliz. Se la veía muy diferente a como era, y aquello no me gustó.

Años más tarde, supe que era la mirada de una persona enamorada. Pero entonces lo ignoraba. De pie, perplejo en medio de la calle, sentí como si una mano invisible me estrujara las entrañas. No podía enfrentarme a ellos. Mis pies eran de plomo. Regresé a casa como si nunca los hubiese visto, pero el recuerdo volvía una y otra vez.

Siempre que veía al señor Tsuda en el colegio, la escena volvía a reproducirse en mi cabeza y regresaba esa espantosa sensación. Intentaba no pensar en ello, pero era inútil. Así que decidí que lo mejor era hablarlo.

—¿Te sigue gustando el señor Tsuda? —pregunté a mi hermana.

Estábamos almorzando unos espaguetis a la boloñesa, los dos solos. Parecía el momento adecuado. Es curioso que recuerde lo que comimos aquel día, después de tantos años.

No se inmutó.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me dijiste que era tu tipo.

—Es mi tipo. ¿No crees que haríamos buena pareja?

Me callé, pero ella siguió mirándome, a la espera de una respuesta. Me estaba desafiando.

—Es mayor. —Enrollé los espaguetis en el tenedor—. Sería como salir con tu padre.

—No digas tonterías. Para que eso fuese posible, él tendría que haber sido padre a los dieciséis años.

—Acabas de reconocer que casi te dobla la edad.

—No hay tanta diferencia cuando eres mayor —insistió—. Como una mujer de cincuenta y tres años con un hombre de sesenta y nueve.

No me podía creer que hubiese dicho eso.

—Pero tú tienes diecisiete años y él, treinta y tres. Es asqueroso.

Me miró fijamente.

—Y está casado.

Mi hermana se levantó de golpe y se marchó. Me encogí de hombros y seguí comiendo. En mi cabeza, había impedido que mi hermana se hundiera más y más en una relación problemática. Algunas cosas no podían ser.

Al día siguiente se comportó como si no hubiésemos mantenido esa conversación. No dijo nada, y yo tampoco. Ninguno de los dos volvió a sacar el tema. Todo estaba bien, o eso pensaba yo, hasta que unas semanas más tarde cocinó una ración de más al mediodía.

—No puedo cenar contigo esta noche —anunció—. He preparado arroz al *curry*. ¿Puedes calentártelo tú?

Asentí.

—Me las arreglaré.

No era habitual en ella no cenar conmigo, pero ni se me pasó por la cabeza preguntarle adónde pensaba ir. Debería haberme imaginado que algo pasaba.

En torno a las seis de la tarde, calenté la comida que mi hermana me había preparado. El plato parecía pequeño sobre la mesa, y el arroz al *curry* no sabía tan bien como de costumbre. Tiré la mitad a la basura antes de ponerme a hacer los deberes. Esparcí los libros por toda la mesa, intentando llenar los espacios vacíos. Estudié hasta que no pude aguantar despierto. Todavía no había llegado a casa cuando me fui a la cama.

Un ruido me despertó en plena noche. Me levanté y lo seguí hasta la cocina. Las luces estaban apagadas y las cortinas corridas, pero mis ojos poco a poco se fueron acostumbrando a la penumbra. Mi hermana estaba sentada en el suelo. Corrí hasta ella.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—No me pasa nada —susurró—. Estoy bien, Ren. Vuelve a la cama.

Incluso en la oscuridad percibí el brillo del reguero de lágrimas en su rostro.

—¿Por qué estás llorando?

—No. —Se limpió la cara con las muñecas—. No estoy llorando.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada.

Apreté los puños.

—Ha sido él, ¿verdad?

No contestó, pero siguió llorando. Volví a mi cuarto y me vestí. Me disponía a salir de casa cuando mi hermana me agarró del brazo.

—¿Adónde vas?

—Voy a buscar al señor Tsuda —dije—. Haré que te pida disculpas.

Bajó la mirada.

—Ren, no ha hecho nada malo. Fue todo idea mía, y no me arrepiento. Nadie tiene que pedir perdón, así que, por favor, no empeores las cosas.

Intenté zafarme, pero me sujetaba con firmeza. Me preguntaba de dónde sacaba tanta fuerza. No era mucho más alta que yo.

Nos quedamos cerca de la puerta. Ninguno de los dos dijimos una palabra. Las cigarras tronaban en aquella cálida noche de verano.

—Suéltame, ¿quieres? —dije al fin—. No voy a ir a ningún sitio.

Mi hermana me soltó y regresamos a la cocina. Se sentó a la mesa y hundió la cabeza entre los brazos. No emitía el menor sonido, pero le temblaban los hombros.

¿Qué había de hacer yo? ¿Debería haberla abrazado? Habría resultado incómodo, así que al final no hice nada.

Aquella noche, lloró desconsoladamente en silencio. Nunca había visto a nadie llorar así antes, ni siquiera en un culebrón. Tenían que ser lágrimas acumuladas durante varios años.

Cuando el sol brilló por los resquicios de la gruesa cortina de brocado, se limpió la cara y me preguntó:

—¿Qué hora es?

Eché un vistazo al reloj detrás de ella.

—Las cinco y cuarto. —Repitiendo su pregunta habitual, le pregunté yo a mi vez—: Dime, ¿has aprendido algo?

Esbozó una leve sonrisa.

—He aprendido que fuma Seven Stars.

—Eres muy rara —dije—. O tonta, o tal vez ambas cosas. Eres rara y tonta.

Mi hermana soltó una carcajada. Su gesto me indicaba que estaba triste y feliz al mismo tiempo. Se levantó y se estiró.

—¿Puedo prepararte el desayuno?

—Sí, por favor. —Reprimí una sonrisa, contento de que la noche hubiese terminado—. Y más vale que sea bueno. Por tu culpa no he dormido lo suficiente.

Mi hermana se rio y preparó un *omurice*. Dibujó una carita sonriente con el ketchup y esa imagen me ayudó a graduarme en la escuela primaria sin golpear a mi profesor de mates.

Yo sabía que el señor Tsuda ya no tenía nada con ella. No creía que estuviera al tanto de que ella se había marchado de Tokio, y mucho menos de que hubiera muerto. Es posible que ni siquiera se acordase de ella. Sin embargo, el cigarrillo Seven Stars me proporcionó un extraño consuelo.

El cigarrillo estaba a medio consumir. Quienquiera que lo hubiera dejado ahí había estado hacía muy poco. Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie.

Al otro lado del valle se levantaban hileras de modernas casas de dos plantas. Todas insulsas y compactas, con tejados a cuatro aguas y muros de piedra que rodeaban los jardines. Tenían un aprobado raspado para la arquitectura tradicional japonesa.

Imaginé a una familia de cuatro miembros viviendo en una de esas casas. Un matrimonio con dos hijos. El padre, cirujano; la madre, ama de casa a la que le gustaba cocinar galletas. La hija mayor tocaría el piano y el hijo pequeño sería un hinchado del Verdy Kawasaki. ¿Qué se sentía al ser parte de la típica familia perfecta? Si hubiéramos nacido en el seno de una familia así, ¿seguiría con vida mi hermana?

Unas gotas de agua cayeron sobre mi piel. Unos oscuros nubarrones de mal agüero cubrieron el cielo y el estrépito de los truenos anunciaron un inminente chaparrón.

Me puse la capucha de la parka y corrí cuesta abajo hasta un quiosco que dominaba el valle. No era el único en busca de refugio. Una chica con un

jersey blanco y unos *leggings* negros ya se encontraba allí. Su larga y ondulada melena ondeaba con el cada vez más fuerte viento. Le sonreí, pero ella apartó la mirada. Me senté en un banco y me sequé la lluvia de las manos. Cada vez diluviaba con más ganas. No daba la impresión de que fuera a escampar pronto.

La joven sacó un paquete de Seven Stars del bolsillo. Mi corazón dio un vuelco. ¿Podría ser ella la del cigarrillo que había descubierto antes? Se llevó uno a los labios y lo encendió con un mechero Zippo dorado. Entrecerró los ojos y aspiró una larga calada. El olor a tabaco se mezcló con la fragancia de la lluvia. Exhaló el humo directamente a la cortina de agua a unos pocos centímetros de su cara, girando el cigarrillo entre sus largos y finos dedos. Era una auténtica belleza. ¿De unos veintitantos años? No, incluso menos, demasiado joven para estar fumando.

Me miró y desvié la vista. Comenzaron a sudarme las manos, así que me las sequé dentro de los bolsillos.

—¿Quiere uno? —preguntó.

Dije que no con la cabeza.

—No fumo.

Lo había intentado unas cuantas veces en el instituto, pero me recordaba al señor Tsuda, de modo que nunca terminaba de disfrutar con ello.

La chica siguió fumando de cara a la lluvia. Quizá fuese el ambiente, pero parecía envuelta en un aura de elegancia. No podía apartar los ojos de ella.

Cuando casi se hubo acabado el cigarrillo, lo dejó caer al suelo y utilizó su zapatilla Converse para aplastar la colilla. Después, encendió otro. Así continuó una y otra vez. Los fue encadenando uno tras otro. Conté ocho cigarrillos en total. Se alejó en cuanto la lluvia amainó. Una vez solo, permanecí un rato allí antes de regresar al hotel.

De alguna manera era incapaz de quitarme su imagen de la cabeza. Si no hubiera sabido que no podía ser así, lo habría confundido con amor a primera vista. Pero no, no era tan sencillo.

## Cómo acabé en Yotsuba

---

Mi hermana había trabajado en un edificio de cuatro plantas de un complejo educativo. No sería difícil dar con el sitio. Un enorme cartel en la fachada rezaba: Yotsuba; y testimonios de exitosos estudiantes destacaban detrás de unos paneles acristalados.

Un grupo de muchachas con uniforme de marinera entró en la academia. Respiré hondo y las seguí. Cuando se abrió una puerta acristalada automática, un sople de aire frío me dio en toda la cara. Percibí el aroma a jazmín.

La zona de recepción presentaba un par de sillas de plástico y un sofá de dos plazas. Una señora mayor algo rechoncha estaba sentada detrás del mostrador.

—¿La señorita Abe? —pregunté.

Se levantó y me escrutó detrás de sus gafas.

—¿Es usted el señor Ishida?

—Sí. —Esbocé media sonrisa.

Salió de detrás del mostrador.

—Le acompañaré hasta la oficina.

Subimos las escaleras, a empujones entre la multitud de estudiantes. Iban alegres, se gastaban bromas y se mostraban vivos y entusiastas. Me resultaba extraño haber sido como ellos alguna vez.

La cuarta planta era una zona abierta de despachos. Unas mamparas bajas separaban varias hileras de escritorios repletos de libros y papeles. El espacio de trabajo de mi hermana se encontraba cerca de la ventana. Comparado con los demás, su escritorio aparecía limpio y ordenado, pero resultaba impersonal. Ni una sola fotografía o peluche. Nadie habría podido adivinar que ese fuese su sitio. Cualquiera podría haberse sentado ahí.



—Tómese el tiempo que necesite —dijo Abe—. Si quiere beber algo, sírvase en la sala del *office*. El director aún se encuentra en una reunión. En cuanto acabe, le entregará el expediente de la señora Ishida.

—Gracias —respondí.

Se inclinó y se alejó.

Sentado en el escritorio de mi hermana, hojeé sus documentos. Manuales pedagógicos, trabajos de alumnos y cuadernos. ¿Cuáles eran suyos y cuáles pertenecían a la academia? No tenía ni idea de qué llevarme y qué dejar.

Me levanté para estirarme y advertí entonces que varias personas me estaban mirando. Una de ellas era una mujer bajita que estaba sentada cerca. Cuando nuestros ojos se cruzaron, ella rápidamente bajó la vista hacia el teclado. Todos agacharon la cabeza y, de pronto, dio la impresión de que era yo quien los observaba a ellos. Respiré hondo y volví a sentarme. Todavía percibía sus miradas de soslayo, cortándome la respiración.

Cuando la gente me observa, me pongo nervioso. No lo comprendí hasta que me lo hizo ver mi hermana. Hace unos catorce años, me llevó al zoo Ueno para mi décimo cumpleaños; fuimos los dos solos. Contemplamos un león marino que tomaba el sol sobre una plataforma de roca.

—¿Crees que los animales nos odian? —preguntó mi hermana.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué habrían de hacerlo?

—Mira este león marino. Vive confinado en un espacio pequeño, con todos los ojos puestos en él. ¿No resultaría incómodo tener a tanta gente contemplándote todos los días?

Se giró hacia mí y yo aparté los ojos.

—Sobre todo para ti, Ren —continuó mi hermana—. En cuanto la gente te mira, te pones nervioso y desvías la vista.

—No me pongo nervioso, es solo que no me gusta que me miren —repliqué—. Y estos animales viven muy bien, se pasan el día comiendo y durmiendo. No tienen ni deberes ni exámenes por los que preocuparse. No pueden quejarse.

Me rodeó los hombros con el brazo.

—Tienes razón.

Otro león marino se arrastró hasta la plataforma y dirigió una mirada a los

visitantes antes de arrojarse de nuevo al agua.

—Quizá para ellos un zoo sea un lugar donde los animales ven exhibiciones de seres humanos —prosiguió. Incluso entonces mi hermana tenía su propia forma de pensar.

Respiré hondo y me acerqué a la mujer bajita.

—Disculpe —dije, haciendo que se sobresaltara—. Siento molestarla, ¿me podría decir dónde está el *office*?

—Eh... Todo recto y luego a la izquierda. —Señaló hacia un pasillo flanqueado por dos muebles archivadores un tanto desvencijados.

Mientras caminaba, noté que me seguían los ojos de los antiguos compañeros de trabajo de mi hermana. En su mayoría eran tímidas miradas de reojo, pero algunas eran claramente escrutadoras. Me sequé el sudor de las manos en los pantalones.

El *office* resultó bastante rudimentario: una pequeña mesa, un fregadero, un dispensador de agua y un minifrigorífico, pero ninguna silla para sentarse. Sobre la mesa había una caja de bolsitas de té *sencha* y un tarro lleno de sobres de café instantáneo.

—¿Necesita ayuda?

Me di la vuelta y vi a una mujer que sujetaba una taza del Hard Rock Café. Llevaba una blusa blanca a juego con una falda de tubo beis y el pelo recogido en una coleta.

—¿Hay alguna taza que pueda usar? —pregunté.

—Por supuesto.

Se agachó y abrió un armario debajo de la encimera, dejando a la vista una docena de tazas de porcelana.

—Yo que usted, le daría un agua primero. Nunca se sabe quién fue el último en utilizarla, o si la han lavado bien.

Cogí una taza y la enjuagué bajo el grifo. No encontraba un paño para secarla, así que la sacudí un par de veces encima del fregadero.

La mujer enjuagó su taza a mi lado.

—Usted debe de ser el hermano pequeño de Keiko.

Sin saber muy bien qué responder, simplemente asentí con la cabeza y

cogí un sobre de café.

—Siento mucho lo sucedido. Era una chica entrañable —dijo—. ¿Usted también es profesor?

—Sigo estudiando. —Llené la taza de agua caliente del dispensador—. Estoy terminando el grado.

—Debe de estar muy atareado. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Tal vez un par de semanas. Ya he presentado la tesis, así que puedo permitirme un descanso. —A juzgar por su piel tersa y tez radiante, supuse que tendría unos treinta años—. ¿También es profesora aquí?

Suspiró.

—Sí, pero solo desde hace muy poco.

No me esperaba que fuese nueva, ya que hablaba de mi hermana por su nombre de pila. Solo los amantes y los amigos íntimos hacían eso.

—¿Qué estudia? —preguntó.

—Literatura británica y norteamericana —respondí. Lo mismo que mi hermana.

Abrió los ojos como platos.

—¿Estudia en Keio también?

—Sí. ¿Es antigua alumna?

—No, no es eso. —Me lanzó una amplia sonrisa—. Dígame, ¿le parecería bien dar clase aquí?

Aquello me pilló por sorpresa.

—No me mire con esa cara de pasmado —bromeó—. Keiko era una de las pocas profesoras permanentes que teníamos. Ella se encargaba de la mayoría de las clases de inglés. Hemos intentado repartirnos su trabajo, pero cada uno tiene ya demasiadas cosas a su cargo. Sería estupendo si pudiese unirse a nosotros como profesor de manera provisional. Deberíamos encontrar a un sustituto permanente para las vacaciones de invierno.

—Eh...

Ladeó la cabeza.

—¿No le gusta la idea?

—Es un poco repentino, ¿no cree?

—Lo sé, pero estamos en un apuro. —No le importaba mostrar sus emociones—. No es un mal trato. El sueldo es decente, se lo aseguro. Keiko

formaba parte de la dirección, por lo que libraba los domingos. Si no le convence, puede dejarlo. Pero estoy segura de que hará un buen trabajo. Los profesores jóvenes siempre son populares entre los estudiantes.

Me quedé sin palabras.

—Suena muy bien, pero es posible que el dueño de la academia no quiera contratarme.

—No se preocupe por eso, el dueño está desesperado —dijo riéndose.

Lo presentó como una propuesta sin un solo inconveniente. Tenía que admitir que sonaba mejor que pasarme los días comiendo y dormitando como un león marino.

Fruncí el ceño.

—Entonces me presentará al dueño y...

—Diríjase al despacho del director en cuanto termine el café. Está allí a la vuelta, detrás de esas mamparas. Iré a hablar con él ahora mismo. —Se llevó la taza y se dispuso a marcharse. Antes de irse, se volvió y añadió—: Yo soy la dueña, por cierto.

«Vaya, qué bien». Tomé un sorbo de café. Sabía a rayos.

Llamar despacho al cuarto del director era mucho decir. En realidad, era una sección pequeña de la cuarta planta, delimitada por unos paneles amovibles.

El director era un hombre de mediana edad y pelo cano —probablemente más a causa de factores genéticos que de una vida estresante—, pero lo que me llamó la atención fue la planta que descansaba encima de su escritorio. Nunca había visto nada igual; tenía unas hojas multicolor, brillantes y extrañas.

—Usted debe de ser Ren Ishida. —Me invitó a sentarme—. Me ha contado Hiroko que está terminando su grado en Keio.

—Así es.

—Excelente. Keio es una universidad de primer nivel. No hay error posible con el *alma mater* de Ryutaro Hashimoto. Personalmente creo que será el próximo primer ministro.

—El director abrió un cajón del escritorio y rebuscó en él.

—¿Podría comenzar este lunes?

Eso era muy pronto. Ni siquiera tenía un alojamiento permanente.

—¿Sería posible comenzar el miércoles mejor?

—Entonces el miércoles. —Sacó dos copias idénticas de un cuadernillo y abrió una. Alisó el documento, lo colocó sobre la mesa y marcó una pequeña X—. Firme aquí, por favor.

¿Quería que firmara el contrato sin leerlo? En contra de lo que me dictaba el sentido común, obedecí. El director tomó el ejemplar que había firmado y me entregó el otro.

—Casi me olvido. —Sacó una carpeta del mismo cajón—. Aquí tiene el expediente de Keiko.

—Gracias.

Me dio un fuerte apretón de manos.

—Bienvenido a Yotsuba. Le veremos la semana que viene. Por favor, llegue antes de las dos y media.

Y eso fue todo. Conseguí mi primer empleo de cuello blanco. Al final no me llevé a casa ni un solo objeto del escritorio de mi hermana.

Honda me llamó por teléfono esa noche.

—Me he enterado de que vas a trabajar aquí —dijo, muy animado.

Me eché a reír.

—Un curioso giro de los acontecimientos, ¿no te parece? Solo serán unos meses.

—Dale una oportunidad. Igual resulta que te termina gustando el trabajo.

—Puede —respondí—. ¿De verdad que la dueña es esa mujer, Hiroko?

—En cierto modo, sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Parece muy joven.

—La academia es un negocio familiar que fundó su abuelo —explicó—. Su padre solía dirigirlo. Últimamente tuvo problemas de salud, así que Hiroko se hizo cargo. Pero no te preocupes: a pesar de su edad, es competente para el trabajo.

De modo que era un puesto heredado, no uno que ella hubiera elegido.

—No estoy preocupado, solo sentía curiosidad.

—Así que ¿fue ella quien te fichó? Bueno, lleva tiempo diciéndonos que

teníamos que contratar a hombres más jóvenes y apuestos para motivar a las estudiantes. La mayoría de los profesores ha superado ya con creces la plenitud de la vida.

Respondí con una áspera risotada.

—Oye, Ishida, ¿puedes quedar este domingo? Tengo el día libre. Salgamos a almorzar para celebrar tu nuevo empleo.

Suspiré.

—El domingo no me viene bien. He quedado por la mañana con el casero de mi hermana para recoger sus pertenencias. No sé muy bien a qué hora terminaré.

—Si a ti te parece bien, puedo llevarte en coche. Es más fácil llevarse cosas con un coche.

Honda había sido extremadamente servicial, pero no quería molestarlo más.

—No te preocupes, puedo tomar un taxi.

—No malgastes tu dinero. Además, no tengo planes. O ¿qué te parece esto? Me invitas a comer después.

No parecía que fuera a aceptar un no por respuesta.

—Si no es mucha molestia.

—Ninguna —respondió—. ¿Dónde queda la casa?

Saqué el papelito de la cartera con la dirección de mi hermana garabateada a toda prisa de mi puño y letra.

—Está en Segayaki.

—¿Segayaki? —Pareció sorprendido—. Ese es un barrio bastante exclusivo. Nunca me habría imaginado que Keiko viviese allí. Su casero ha de ser muy rico.

—Un tal Kosugi Katou —murmuré, mirando la hoja de papel.

—¿Kosugi Katou? —repitió Honda, alzando levemente la voz—. ¿Estás de broma?

—¿Lo conoces?

—Por supuesto. Todo el mundo en Akakawa lo conoce.

—¿Es alguien famoso?

Se rio.

—Supongo que podría decirse que sí.

# El político y su mujer

---

Kosugi Katou era, en efecto, algo así como una persona famosa.

—Es político. Todo el mundo aquí sabe quién es. Viene de una familia de altos cargos oficiales y políticos de toda la vida —explicó Honda—. ¿Has oído hablar de Ryu Katou, miembro de la Dieta<sup>[2]</sup>? Es su tío.

El nombre me sonaba, pero yo no tenía mucho interés por la política.

—Mira esta casa, es enorme.

Asentí y llamé al timbre. Esperamos delante de la puerta durante un buen rato; una casa adosada de estilo occidental situada en un vecindario agradable, tranquilo y silencioso.

La puerta se abrió y nos recibió un hombre de mediana edad. Llevaba un traje serio, oscuro y arrugado, conjuntado de manera extraña con unas zapatillas de andar por casa de color beis. Vislumbré en sus tobillos unos gruesos calcetines blancos.

Kosugi Katou no parecía muy contento de que nos hubiéramos presentado en su casa. Pero, al cabo de un rato, me di cuenta de que se debía a las profundas arrugas que tenía en la frente, que le daban ese aspecto de hombre enfurruñado. Nos presentamos. Asintió antes de invitarnos a pasar. Un hombre parco en palabras, por lo visto. Nos descalzamos y le seguimos.

El salón era amplio. Todo el mobiliario era de estilo occidental y estaba pintado o tapizado de blanco. Los gigantescos ventanales estaban revestidos de unos finos visillos de encaje. Ondeaban con el aire, evocando en mi cabeza colas de peces de colores.

Mientras cruzábamos el pasillo, pasamos delante de una biblioteca y un despacho. Multitud de óleos colgaban de las paredes. Todos representaban paisajes rurales y, a juzgar por la similitud del estilo, eran obra de la misma

persona.

—¿Ha pintado usted estos cuadros, señor Katou? —preguntó Honda.

—No, fue mi mujer —respondió; era la primera vez que hablaba.

Su tono era exactamente el mismo que había empleado por teléfono, monótono y serio. Me dio la sensación de que era un hombre frío. En alguna parte había oído decir que los políticos eran las personas más solitarias del planeta. Debía de haber algo de cierto en ello.

La habitación que había ocupado mi hermana era amplia para una sola persona. Una cama con una mesilla a juego destacaba en medio de la habitación, ambas decoradas con estarcidos de rosas inglesas. También había un armario de madera blanca cerca de la puerta y un escritorio junto a la ventana, exactamente tal y como me lo había imaginado. Sentí un peso oprimiéndome el pecho.

—Estaré en la biblioteca —dijo el señor Katou antes de dejarnos a solas. Permanecimos un rato allí, incómodos, y nos miramos.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —preguntó Honda.

—Organizaré sus pertenencias —dije—. La mayor parte irá a parar a organizaciones benéficas, probablemente.

—¿Estás seguro de que tus padres no querrán sus cosas?

Pensé en mis padres.

—No, no creo que quieran nada.

No iban a querer nada que tuviese que ver con ella ni con sus recuerdos.

Comencé por el armario. Tenía un compartimento principal con una balda arriba y un cajón abajo. Unos vestidos formales llenaban las perchas. Mi hermana los había colgado por colores. Negros, grises y blancos; luego le seguía la escala de marrones a beis; y, por último, los vestidos más coloridos. Un orden sistemático y a la vez atrayente. Más abajo, camisas, camisetas y pijamas doblados con cuidado y repartidos en cuatro pilas. La mayoría de su ropa me resultaba del todo desconocida, lo que me recordaba lo poco que nos habíamos visto después de que se mudara a Akakawa.

Reparé en que mi hermana no había tenido pantalones, ni largos ni cortos. Intenté recordar si la había visto con unos puestos alguna vez. No, nunca, salvo por el chándal del uniforme escolar.

En la balda guardaba las toallas, ropa de cama y bolsos. Había llenado



todos los bolsos con papel de seda para que mantuvieran la forma. Sabía que mi hermana siempre había sido una persona organizada, pero me sorprendió ese nivel de meticulosidad.

Abrí el cajón de abajo y encontré ropa interior, medias y pañuelos. También estaban ordenados por colores. Al recordar lo que había dicho el inspector, me estremecí ante la idea de que esos pañuelos pudieran haber servido de venda para los ojos. ¿Habría sido mejor no saberlo?

Cuando me disponía a cerrar el cajón, vislumbré algo que brillaba entre las medias enrolladas. Lo saqué para examinarlo.

Un frasco medio vacío de perfume de Estée Lauder. Lo destapé y lo olfateé. Desprendía un aroma fresco, a almizcle, que recordaba a la clásica elegancia norteamericana. El perfume evocó en mí la frescura de unas sábanas limpias en una mañana con brisa de principios de verano.

Después del armario, me dirigí a la mesilla. El cajón de arriba tenía una partición. El lado izquierdo estaba lleno de pilas y cables, mientras que el derecho contenía varios montoncitos ordenados de cintas de *jazz*. Abrí la puerta de la balda que había debajo y encontré un equipo de música. Me imaginé a mi hermana tumbada en la cama, escuchando *jazz* con los ojos cerrados. Respiré hondo para reprimir mis emociones.

La encimera del escritorio estaba vacía, salvo por un flexo y un teléfono rojo. El teléfono era liso y brillante y reflejaba la luz del sol. El lateral que daba a la ventana aparecía descolorido y el cable estaba un poco enredado. Me costaba mirarlo. Tan solo la semana anterior mi hermana lo había utilizado para llamarme, y ahora estaba muerta.

—¿Estás bien? —me preguntó Honda.

—Sí —respondí.

Al abrir el cajón izquierdo de debajo, encontré un par de libros y unas carpetas. Los saqué y los deposité en la mesa. Tenían que ver con el trabajo.

—¿Crees que debo devolver alguno de estos? —pregunté a Honda.

Echó un vistazo por encima de mi hombro.

—Creo que no. Todo el mundo tiene su propio ejemplar. La academia te dará un juego nuevo cuando empieces a trabajar.

Aun así los examiné todos. Mientras hojeaba uno de los libros, cayó un trozo de papel. Algo me decía que podría ser importante. Sin mirarlo, lo

guardé en el bolsillo del pantalón. Eché un vistazo a Honda, que miraba hacia otro lado y no había visto lo que acababa de hacer.

Recorrí la habitación para cerciorarme de que no se me olvidaba nada. Había una papelería debajo del escritorio y una cesta para la ropa sucia junto al armario, pero ambas estaban vacías. Debía de ser todo.

—He terminado —dije.

—Qué rapidez —repuso Honda—. ¿Qué cosas piensas quedarte?

—Seguramente el equipo de música y las cintas de *jazz*. Necesito unas cajas de cartón para guardar todo lo demás.

—Tenemos algunas en el despacho, pero eso significa que no podemos terminarlo hoy. ¿Por qué no hablas con el señor Katou, a ver si no le importa?

Salimos del cuarto de mi hermana y nos dirigimos a la biblioteca. El suave tintineo de las campanas de viento resonaba por la casa de vez en cuando. No habría percibido el sonido de no haberse encontrado la casa tan en silencio.

—¿En qué piensas, Ishida? —preguntó Honda.

—Hay tanto silencio aquí —respondí.

—Creo que es por la televisión. No tiene.

Ahora que Honda lo decía, la verdad era que no había visto ningún televisor. Pero todo el mundo tenía uno hoy día. Supuse que estaría escondido en una de las habitaciones.

Más tarde supe que en realidad no había. El señor Katou había convertido su hogar en su santuario, donde podía librarse de las presiones del mundo exterior. Se había deshecho de todo aquello que le pudiera molestar; no quería verse perturbado por noticias de sus adversarios políticos o por cambios recientes en el gobierno. Desde luego, los políticos son los hombres más solitarios del planeta.

La biblioteca era impresionante para tratarse de una colección privada. Unas librerías que iban desde el suelo hasta el techo cubrían las paredes. En medio de una amplia habitación, cuatro sillones de cuero rodeaban una mesa de café sobre la que había un pequeño cofre adornado con piedras preciosas.

El señor Katou leía un libro sentado en un sillón. Al vernos, dejó el libro y nos invitó a acomodarnos.

—¿Ha podido arreglar todo lo que necesitaba arreglar?

—Le ruego que me disculpe, pero no hemos venido preparados —me excusé—. ¿Sería usted tan amable de darnos un par de días más? Volveremos con cajas de cartón para guardar todos los enseres.

—No corre ninguna prisa, puesto que la habitación está vacía.

—¿Hay algún alquiler pendiente que deba abonar? —No tenía mucho dinero encima, pero me pareció que debía preguntar.

—No se preocupe; no hubo alquiler, para empezar.

—¿Disculpe?

Hubo un largo silencio.

—Teníamos un acuerdo la señorita Ishida y yo.

No estaba seguro de lo que significaba aquello.

—¿Un acuerdo?

—Sí, un acuerdo personal.

Se calló, y me di cuenta de que no le apetecía nada hablar de ello. El ambiente se volvió tenso. Me giré hacia Honda, que ya me estaba mirando. Los tres permanecimos en silencio durante un largo tiempo.

—¿Se encuentra su esposa en casa? —preguntó Honda al fin.

Las arrugas en la frente del señor Katou se intensificaron.

—Sí, está aquí.

—Entonces deberíamos pasar a saludarla.

—No es necesario. Prefiere estar sola.

—Entiendo. —La voz de Honda se fue apagando.

Me tomé cierto tiempo para recorrer con los ojos las estanterías repletas de libros. La colección consistía en numerosos libros ingleses de tapa dura, un juego de enciclopedias inglesas y unos pocos diccionarios japonés-inglés. Debía de interesarse por la lengua inglesa.

—Dijo que era compañero de trabajo de la señorita Ishida —dijo el señor Katou a Honda—. Por casualidad, ¿no dará usted clases de inglés?

—Éramos compañeros, pero yo enseñé matemáticas —explicó Honda.

—¿Le gusta la literatura inglesa? —pregunté—. Tiene muchos libros ingleses.

El señor Katou negó con la cabeza.

—Son de mi mujer.

—Debería presentar a Ishida a su mujer —sugirió Honda—. Este joven

aquí presente estudia literatura inglesa y norteamericana en Keio.

—¿Es eso cierto?

Asentí levemente.

—Sí, pero me gradúo pronto.

El señor Katou me miró con detenimiento. Parecía deseoso de decir algo, pero sus labios permanecieron sellados. Me incomodó. Me disculpé para ir al baño, tan solo para escapar de allí.

Mientras atravesaba el pasillo, eché un vistazo a los óleos. No parecían paisajes japoneses. A pesar de la perfecta técnica, eran cuadros sin vida. Daban la impresión de haber sido copiados de un calendario.

Me detuve delante de la cocina y oteé por la puerta acristalada. No había nadie. Siguiendo un impulso empujé la puerta y entré.

La cocina parecía haber salido directamente de una revista de decoración de interiores. Estaba impoluta, sin un solo plato sucio ni una mancha de comida. Recorrí con los dedos la parte de abajo de la hilera de lustrosos armarios. Estuve a punto de abrir uno cuando oí unos pasos que se acercaban. Me di la vuelta y vi al señor Katou. ¿Estaba enfadado porque había fisgoneado sin su permiso? No sabría decirlo; su gesto permaneció imperturbable.

—Tiene una cocina tan hermosa y limpia —dije.

Asintió.

—Apenas se utiliza.

—¿Su esposa no cocina?

—Ya no. Solía hacerlo. —Se frotó la nariz—. Honda me dice que va a trabajar en Yotsuba.

—Sí, ese es el plan, de momento.

—¿Dónde se aloja?

—En el hotel Katsuragi.

Arqueó las cejas y asintió lentamente, pero tuve la sensación de que no me estaba escuchando.

—Dígame, ¿le gusta esta casa? —preguntó.

—Sí. —Supuse que si el dueño de la casa hacía esa pregunta, la respuesta debía ser sí o sí, aunque de verdad me gustaba el sitio—. Tiene mucha luz y buena ventilación.

—Mi mujer solía trabajar en un hospital. Insistió en que la casa tuviese mucho sol y que el aire circulase bien. —Hizo una pausa antes de preguntar de nuevo—: ¿De verdad le gusta?

—Sí, sí —asentí, sin estar muy seguro de por qué insistía en la cuestión.

—Quiero proponerle algo —continuó—. Si lo desea, puede ocupar cualquiera de nuestras habitaciones libres a cambio de un favor.

Me callé, a la espera de una explicación.

—Mi mujer se encuentra en un estado que le impide abandonar su dormitorio. Una mujer de la limpieza viene dos días por semana, pero aun así necesito organizar sus comidas. Sería estupendo que usted pudiese ayudarla con el almuerzo, así yo no tendría que faltar en el trabajo entre semana.

Aquella revelación me sorprendió. ¿Era ese el acuerdo que había tenido con mi hermana? Tenía sentido, porque a ella le encantaba cocinar, pero yo no servía para eso.

—Señor Katou, me temo que soy un pésimo cocinero —me disculpé.

—No le estoy pidiendo que cocine para ella. Puede usar la cocina libremente si así lo desea, pero, si no, puede comprar comida preparada.

No sabía qué decir. La idea era a la vez lógica y extraña. ¿Quién invitaría a un desconocido a instalarse en su casa?

—Debe de pensar que si solo se trata del almuerzo, ¿por qué no se lo pido a mi secretaria? La verdad es que hay algo más. Necesito a alguien que le lea.

Fruncí el ceño, a juego con el suyo.

—¿Que le lea?

—A mi mujer le gustan mucho los libros ingleses. Estaría encantada de poder tener a alguien que le leyera algunas páginas todos los días.

—Su esposa, si me permite la pregunta... —Mi voz se apagó.

—Está enferma, pero su enfermedad no es contagiosa ni su vida corre peligro.

—Entiendo —asentí despacio, mientras me debatía en busca de una respuesta adecuada—. Señor Katou, su propuesta es muy generosa, pero veré, ahora mismo...

—No pretendo que lo decida ya —me interrumpió—. Pero le estaría muy agradecido de que me diera una respuesta lo antes posible.

Convinimos en volver a vernos al domingo siguiente. Me indicó que le

acompañara hasta la puerta olvidando, aparentemente, mi anterior excusa para ir al baño.

Antes de marcharme, el señor Katou me estrechó la mano y añadió:

—Espero que sopeses mi propuesta seriamente.

Percibí la mirada de Honda. Una vez que ambos estuvimos en el coche, me preguntó:

—¿De qué propuesta te estaba hablando?

—Alojamiento gratis en su casa —respondí.

Honda me dirigió una mirada escéptica.

—No existe el alojamiento gratis.

—Bueno, no es gratis del todo. Quiere que le compre el almuerzo a su mujer, ya que está enferma y no puede salir sola. ¿La conoces?

—No personalmente, pero la he visto en un par de ocasiones. Siempre estaba sonriendo. Es una ciudad pequeña, al fin y al cabo. Todo el mundo se conoce. —Cambió de marcha—. Ahora que lo preguntas, recuerdo haber oído que su mujer padece depresión. Tuvieron una hija, pero falleció hace unos años.

—Entiendo.

—Ishida, deberías aceptar la propuesta. Suena demasiado bueno para ser verdad, pero el señor Katou no haría nada sospechoso que pudiera dañar su reputación. Aquí las noticias vuelan.

—Me lo pensaré.

Honda podía resultar un poco condescendiente a veces, quizá porque era mayor que yo.

—¿Qué reservas tienes?

—La casa. —Descansé la mano izquierda en la ventanilla—. No me importa el silencio, pero tiene un punto extraño.

—La casa está demasiado limpia y ordenada, eso es lo que le da ese punto extraño.

—¿Qué te pareció el cuarto de mi hermana?

—Encajaba con el tipo de persona que era.

No estuve en desacuerdo; Keiko siempre había sido una persona organizada y centrada. Pero su habitación era tan fría y distante. La gente suele darle un toque personal a su espacio con sus libros favoritos, fotografías

y recuerdos. Se puede aprender mucho de una persona solo con observar su dormitorio. Lleva la firma de su inquilino.

En cambio, el cuarto de mi hermana carecía de colorido. Salvo por esas cintas de *jazz* y el frasco de perfume, no había la menor huella personal. La habitación, al igual que su escritorio en la academia, resultaba anónima, como si hubiese querido borrar su personalidad.

Pensé en el trabajo en Yotsuba y en la propuesta del señor Katou. Si seguía los pasos que había dado mi hermana en la vida, quizá comprendiese, al final, lo que ella nunca había llegado a decir.

# El cuchillo desaparecido y el semáforo

---

En la intimidad de mi habitación de hotel, saqué el trozo de papel que había encontrado en el cuarto de mi hermana. La hoja estaba arrugada, como si la hubiese leído una y otra vez. Reconocí su caligrafía.

Había escrito:

El amor llega cuando menos te lo esperas. Por eso la gente lo llama enamorarse. No es algo que se aprenda, ni que se planifique. Simplemente sucede.

Te atrapa como una planta carnívora, en una fracción de segundo. No da lugar a pensárselo, ni mucho menos a reaccionar. Cuando te das cuenta de lo que ha pasado, sabes que no tienes escapatoria. Ya estás perdida.

Me quedé mirando la nota. ¿Había venido a Akakawa persiguiendo a alguien o huyendo de alguien? Que se hubiera marchado de casa después de graduarse no debería ser ninguna sorpresa. Siempre lo había visto venir.

Cuando cumplió diecinueve años, mi hermana compró diecinueve pájaros en una tienda de mascotas. Lo recuerdo bien porque la acompañé después de cenar.

No me acuerdo de cómo se llamaban los pájaros, pero tenían plumas negras. El dueño de la tienda de mascotas los metió en tres jaulas. Mi



hermana se llevó dos y yo cogí la tercera. No tenía la menor idea de lo que estaba pensando. Los pájaros no eran bonitos y producían ruidos desagradables.

Tras salir de la tienda, no pude contener la curiosidad por más tiempo y le pregunté:

—¿Por qué los has comprado?

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Es mi cumpleaños y me apetecía comprar pájaros.

—¿Para qué los quieres? Hacen mucho ruido. Mamá se enfadará. Y yo no quiero tener nada que ver.

Su sonrisa se desvaneció.

—No tengo intención de llevarlos a casa.

—¿Vamos a comérmolos?

—No digas bobadas.

La seguí hasta un canal del vecindario. Había praderas a ambos lados del agua, donde yo solía jugar al fútbol con mis amigos. Por la tarde, el lugar se llenaba de gente corriendo y de niños, pero ya había anochecido y la zona estaba casi vacía.

Depositamos las jaulas en el suelo y mi hermana las abrió. Aguardamos a que los pájaros salieran volando, pero no lo hicieron. Permanecieron dentro de las jaulas abiertas.

—Qué extraño —dijo mi hermana con un hilo de voz—. ¿Por qué no salen volando?

Silbó para animar a las aves a salir, pero no se inmutaron. Dio sonoras palmas. Tampoco sucedió nada. Frustrada, mi hermana levantó una de las jaulas y la agitó. Un pájaro echó a volar. El resto lo siguió. Ella los observó elevarse en el cielo con una sonrisa de satisfacción.

Un anciano que paseaba a su *golden retriever* se acercó y le dijo:

—Jovencita, no debería soltar a esos pájaros. No les está haciendo ningún favor. No saben buscarse comida o un abrigo. Pronto morirán.

Tras decir eso, se alejó con su perro. Mi hermana se entristeció.

—Igual no ha sido tan malo —intenté animarla—. Aunque se mueran pronto, habrán tenido una vida más feliz que si hubiesen permanecido enjaulados toda su vida. Además, seguro que ese viejo se equivoca. Los

pájaros también se adaptan, ¿no?

No contestó. Regresamos a casa en silencio.

A menudo pienso que aquel incidente fue el catalizador de todo.

Tres años después de aquel día, mi hermana empaquetó todas sus cosas y se compró un billete de ida a un lugar al que ninguno de nosotros había ido jamás. Quizá quería liberarse. Y, como aquellos pájaros, terminó muriendo pronto.

El día que mi hermana se marchó de Tokio, volví de clase para encontrarme la casa patas arriba. Papeles sueltos, cubiertos, platos y cristales rotos, todo tirado por el suelo. Una de las lámparas de mesa había perdido la pantalla. En medio del salón, mi madre barría.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Qué es todo este desorden?

Me ignoró y continuó limpiando.

Me quedé quieto junto a la puerta. No me atrevía a moverme, había diminutos cristales rotos por todas partes.

—¿Dónde está mi hermana?

—¿De qué estás hablando, Ren? —Se volvió hacia mí—. Eres mi único hijo.

Su respuesta me produjo un escalofrío que me recorrió toda la espina dorsal. Me precipité hacia el cuarto de mi hermana en la segunda planta. Abrí la puerta, pero ella no estaba.

Algunas de sus pertenencias aparecían diseminadas en la cama y el suelo. La puerta del armario estaba abierta de par en par y faltaba la mitad de su ropa. La realidad me golpeó. Mi hermana se había ido de casa.

Me flaquearon las rodillas. Me quedé sentado en el suelo durante horas, anonadado. Solo salí cuando mi madre me llamó para cenar. Sorprendentemente, había cocinado. No dijo ni una palabra acerca de Keiko, y yo tampoco pregunté. Mantuve la cabeza gacha toda la cena mientras me tomaba la sopa de fideos. No me sabía a nada.

Al fin mi madre habló.

—¿Por qué llevas puesto todavía el uniforme escolar? Ya son las siete. Ve a ducharte, hueles a sudor.

Tumbado en la cama de la habitación del hotel, hice un repaso de la lista de personas con las que debía ponerme en contacto.

¿A quién debía informar? A mis padres, por supuesto, aunque dudaba que les importase. Después de la partida de mi hermana, no hablar de ella se convirtió en una norma tácita. No necesitaba informar a Keio, ya que había terminado todos mis trabajos del semestre y simplemente estaba esperando el diploma. ¿Y qué había de Nae? Debía hacer las paces con ella tarde o temprano, pero no me parecía que este fuera el momento adecuado. Decidí que por ahora solo informaría a mis padres.

En un principio pensé llamarles por teléfono, pero resultaba más fácil escribirles una carta. Bajé a recepción a por un sobre y unos folios. Las hojas blancas intimidaban, pero en cuanto escribí las primeras líneas el resto fluyó sin esfuerzo.

*Estimados padre y madre,  
Espero que ambos estéis bien.*

*El velatorio, el funeral y la cremación han terminado. Todavía quedan unos pocos trámites menores por hacer, por lo que voy a quedarme aquí unos seis meses más. No os preocupéis por mí. He encontrado un empleo y un alojamiento temporal.*

*Cuidaos mucho. Os comunicaré mi nueva dirección pronto.*

Tras terminar la carta, la volví a leer. ¿Por qué había escrito seis meses? Podría abandonar Yotsuba antes, sin problema. Pero parecía tiempo suficiente para atar los cabos sueltos de mi hermana, y tenía ahorros para mantenerme en caso de que no saliera bien lo de dar clases.

Firmé la carta y la introduje en el sobre. Después de despacharla en el buzón de correos del supermercado del barrio, regresé al vestíbulo del hotel y utilicé el teléfono público para llamar al señor Katou. Le anuncié que había decidido aceptar su oferta. Sabía que no encontraría un mejor trato. Incluso si las cosas salían mal, supuse que podría marcharme en cualquier momento. No tenía nada que perder.

—Me alegro de que haya decidido aceptar mi oferta —respondió el señor Katou con su habitual voz monocorde—. ¿Cuándo piensa mudarse aquí?

Lo antes posible, para dejar de gastarme dinero en la habitación de hotel.

—¿Cuándo le vendría bien?

—¿Qué le parece hoy mismo?

No tenía nada que objetar.

—Solo que la única habitación de invitados disponible en estos momentos es la misma en la que se alojaba la señorita Ishida —dijo—. Si le resulta incómodo, puedo ordenar que le preparen otra habitación en un par de días.

—No se moleste, esa habitación me va bien —repuse.

La solución era perfecta para mi objetivo de indagar en la vida de mi hermana en Akakawa. Dejé el hotel Katsuragi y me mudé a Segayaki a primera hora de esa misma tarde. Antes de irme, regalé a la señora del quimono unos pasteles de una pastelería cercana. Su quimono rosa iba a juego con las flores de cerezo dibujadas en la caja de los pasteles, y la mujer se mostró agradablemente sorprendida.

La habitación de mi hermana era exactamente tal y como la recordaba, amplia y con mucha luz, que entraba a raudales por la ventana.

—Por favor, póngase cómodo —dijo el señor Katou—. Ahora tengo que irme a una reunión. Puede utilizar la cocina a su antojo, y sírvase la comida y la bebida del frigorífico. Le presentaré a mi mujer mañana por la mañana.

—Muchas gracias. —Me incliné ante él.

Salió de la habitación y yo dejé mis cosas. Como no había previsto quedarme en Akakawa más de un par de semanas, no había traído mucho equipaje. Solo tenía una maleta y una bolsa de viaje. Abrí la bolsa y saqué la urna de porcelana. Abrí el armario y organicé la ropa de mi hermana para despejar una balda.

—Bienvenida de nuevo a tu cuarto —murmuré mientras guardaba allí la urna.

Cerré el armario y me tumbé en la cama. Con la cabeza apoyada sobre los brazos, permanecí acostado con los ojos clavados en el techo blanco. Una

pantalla opaca y blanca rodeaba la lámpara de techo. El sol vespertino proyectaba tenues sombras, que se alargaban e iban oscureciéndose poco a poco. Respiré hondo y me llegó un olor a fragancias dulzonas. ¿Provenían de las flores del jardín, llevadas por la brisa de la tarde? ¿O se habían deslizado desde su presencia en la habitación? El aroma se parecía vagamente a aquel perfume de Estée Lauder que había encontrado en el cajón. No recordaba que ella usara ninguna colonia en Tokio. Pero la gente cambia.

Cerré los ojos y, antes de darme cuenta, estaba en un sueño.

Me encontraba de pie junto a una carretera con mucho tráfico, esperando para cruzar. Aguardaba a que el muñeco verde del semáforo apareciera, pero la luz permanecía en rojo y el flujo de coches no cesaba. ¿Estaría estropeado el semáforo? ¿Debería caminar hasta el siguiente? Tal vez no quedase muy lejos.

Mientras sopesaba todo esto, advertí a una niña al otro lado de la calzada. Tendría unos cinco o seis años y debía de medir un metro. Llevaba puesto un uniforme de escuela infantil —camisa blanca y pichi azul marino— y tenía el pelo recogido en dos coletas. Sin vacilar un segundo, cruzó hacia mí.

El semáforo para peatones seguía en rojo y los coches pasaban a toda velocidad. Cualquiera de ellos podía atropellarla. Quería gritarle que se detuviese, pero estaba paralizado. La niña caminaba despacio. Sus diminutos pasos eran constantes, como el tictac de un metrónomo. A pesar de su falta de precaución, alcanzó mi lado de la calle sana y salva. Se detuvo a unos pasos de mí y nos miramos a los ojos.

Intenté preguntarle: «¿Quién eres?». Pero en cuanto abrí la boca, mi voz se volatilizó. Por la forma de mirarme, supe que mi pensamiento le había llegado. Sin embargo, no dijo nada, aunque se le arquearon un poco las comisuras de los labios.

Cuando abrí los ojos, las sombras habían invadido por completo la habitación. Tenía la impresión de haberlos cerrado apenas unos minutos, pero debían de haber transcurrido varias horas.

Suelo olvidar lo que he soñado nada más despertar. Pero esta vez era incapaz de borrar la imagen de la niña de las coletas, emergiendo y desapareciendo en medio del tráfico. No la había visto nunca antes y, sin embargo, me resultaba extrañamente familiar.

De nuevo estaba hambriento, así que me levanté y me dirigí a la cocina. En el frigorífico encontré un cartón de leche con cacao. Busqué una taza, me serví y engullí la fría bebida a grandes tragos. Lavé la taza y la dejé en el escurrerplatos. Era la única vajilla ahí, lo que me hizo pensar en el cuchillo que le había regalado a mi hermana para su cumpleaños. Sabía que se lo había traído a Akakawa, por lo que debía de estar en la cocina, en alguna parte.

Comprobé los tres cajones pegados a los fogones. El primero contenía cubertería de plata; el segundo, utensilios de cocina. El de abajo guardaba tablas de cortar y un clásico juego de cinco cuchillos de acero inoxidable en un taco de madera. Pero el cuchillo que yo estaba buscando no se encontraba allí.

Abrí el resto de los armarios y descubrí más accesorios de cocina, desde sartenes hasta vaporeras de bambú. Todo parecía nuevo. Pero el cuchillo de mi hermana seguía sin aparecer.

Renuncié y regresé a mi habitación. Me preguntaba dónde podría estar. Sabía que tenía un gran valor para ella. Jamás se habría deshecho de él.

La luz de la calle se filtró por las cortinas, iluminando levemente el teléfono rojo del escritorio. Lo miré con detenimiento. Echaba de menos a mi hermana. Su voz, su risa, sus llamadas de teléfono. ¿Por qué solo ahora, cuando ya no estaba, comprendía lo mucho que significaba para mí?

Levanté el auricular y me lo llevé al oído. El plástico estaba frío. Escuché un *tuuut* que luego se convirtió en un *biiiiip*, y colgué. ¿A quién intentaba engañar? Nunca más volvería a oír su voz. Estaba muerta. Su vida se había visto truncada bruscamente, y se encontraba en un lugar fuera de mi alcance.

Ren Ishida, ¿qué quieres hacer?

# La mujer que dejó de hablar

---

El señor Katou me presentó a su mujer a la mañana siguiente. Dormían en habitaciones separadas. La de ella era la más alejada de la puerta de entrada, y era todavía más grande que la mía. Por su ventana se podía ver un jardín de estilo occidental, donde florecían iris violetas y rosas blancas.

La señora Katou estaba recostada en la cama, apoyada en una almohada. Llevaba puesta una rebeca de punto de manga larga de color beis encima de una blusa blanca. Me la había imaginado delgada con los ojos hundidos. Pero salvo por su gesto inexpresivo y tez pálida, tenía bastante buen aspecto.

—Esta es mi esposa —dijo el señor Katou, antes de volverse hacia ella—. Este es Ren Ishida. Nos va a ayudar a partir de hoy.

—Mucho gusto. —Me incliné ante ella.

Esperé a que respondiera, pero permaneció callada. No nos prestaba la menor atención. Para ser más exacto, era como si no se hubiera percatado de nuestra presencia, aunque estábamos justo delante de ella.

Nos quedamos quietos, observándola en silencio. De vez en cuando se movía un poco. De pronto miraba por la ventana. Y a continuación volvía la vista a la pared en frente de ella.

—Hablaré con Ishida de los detalles de nuestro acuerdo —dijo el señor Katou antes de salir.

Me incliné de nuevo ante la señora Katou y salí de la habitación.

—Mi mujer no está ni sorda ni ciega ni muda, si es eso lo que está pensando —explicó el señor Katou—. Tiene un asunto psicológico que le ha llevado a dejar de hablar.

—¿Un asunto psicológico?

—Sí. Le agradecería que lo dejásemos en eso. —Rebuscó en los bolsillos del pantalón y sacó un juego de llaves—. Son copias, porque la policía se quedó con las originales, pero deberían funcionar bien.

Cogí las llaves y las guardé en el bolsillo del pantalón.

—Deje que le explique lo que deberá hacer —continuó—. Puede comprar todos los días comida ya preparada en el supermercado del barrio. Si sigue la carretera principal hacia el este, lo verá a su derecha. La señorita Ishida solía comprar la comida antes de irse a trabajar.

Eso resultaba sorprendente.

—¿Mi hermana no cocinaba?

—Que yo sepa, no. Es mucho lío cocinar solo para dos personas.

Sabía que eso no era un problema para ella, pero no le corregí.

—Antes de que se me olvide, no necesita llevar la comida al cuarto de mi esposa. Solo llame dos veces y deje la comida delante de su puerta. Encontrará dinero para la comida en el pequeño cofre de la biblioteca.

Asentí.

—¿Debo guardar los recibos?

—No hace falta. No tengo tiempo de revisarlos.

—De acuerdo.

—En cuanto a la lectura, elija el momento que le venga a usted mejor. Escoja cualquier libro de la biblioteca. Sugiero que lea unas pocas páginas cada día. Puede que no parezca receptiva, pero sé que le encantará tener a alguien que le lea. —Asintió un par de veces, satisfecho con la explicación—. Creo que eso es todo por el momento.

Después, se disculpó y se marchó a la oficina. Yo volví a mi cuarto, notando el peso de las llaves en el bolsillo. Qué acuerdo más extraño había alcanzado siguiendo los pasos de mi hermana..., pero, de alguna manera, quizá me condujera hasta ella.

Al mediodía compré dos platos de arroz con pollo frito en el supermercado local. Dejé el almuerzo de la señora Katou ante la puerta de su dormitorio; a continuación, me fui a la cocina para comer solo.

Dejé la bolsa de plástico sobre la mesa y cogí una lata del frigorífico. La



bebida fría me refrescó después de la caminata bajo el sol. Saqué mi plato preparado de comida y levanté la tapa, que presentaba unas gotas de vapor.

Después de que mi hermana se marchara, había vuelto a comer platos preparados todos los días. Como la mayoría de adolescentes, a menudo tomaba comida rápida. Entonces ya no lo odiaba tanto. Tenía que comer fuera, además, ya que la mayor parte del tiempo estaba por ahí con alguna de mis novias.

Nae era mi novena novia, si no contaba las chicas con las que salía puntualmente. Unas pocas, incluida Nae, sabían cocinar. Una vez, incluso había salido con la hija de un chef de una cadena hotelera. Su sueño era estudiar en Le Cordon Bleu y se esforzaba mucho. Elaboró un sinfín de platos finos para mí, pero de alguna manera seguía prefiriendo los platos de mi hermana.

—Tu cocina es la mejor —le dije una vez a mi hermana mientras preparaba una sopa de fideos.

Se echó a reír.

—Eso no puede ser verdad.

—Pero lo es.

—Ah, ¿sí? —Eché un puñado de tofu troceado en la sopa—. Quizá debería abrir un restaurante.

—No lo hagas —me apresuré en responder—. La cocina es algo subjetivo. Otras personas podrían no tener un gusto tan raro como el mío. —Pero la verdad era que quería que ella cocinara solo para mí. Era egoísta.

Mi hermana se volvió hacia mí.

—No estoy segura de si es un halago o un insulto.

—Tómalo como un halago.

Volvió a reírse y removió la sopa.

Me gustaba verla cocinar. Esos momentos eran especiales. Por muy mal que me hubiera ido el día, me sentía bien cuando estábamos los dos juntos en la cocina. Quizá me nutriese de la reconfortante rutina que suponía.

A veces mi hermana me pillaba observándola fijamente. Al darse cuenta de ello, decía: «Ya sé que tienes hambre, pero deja de mirarme así. Ya casi está». Y nos echábamos a reír.

Keiko Ishida siempre me malinterpretó.

Cuando terminé de comer, me dirigí a la biblioteca para elegir un libro.

La selección de Katou era inmensa. Desde Shakespeare a Virginia Woolf, Ernest Hemingway, George Orwell o Francis Scott Fitzgerald. Más que dar la impresión de una mujer muy leída, la señora Katou parecía una coleccionista de autores clásicos.

Seleccioné *Hijos de la medianoche* de Salman Rushdie —una de esas novelas que siempre había querido leer y nunca había tenido la oportunidad de hacerlo— y me encaminé hasta la habitación de la señora Katou. El plato de comida preparada delante de su puerta había desaparecido.

Llamé a la puerta dos veces y esperé. Tras unos segundos, entré.

—Disculpe —dije.

La señora Katou estaba incorporada en la cama en la misma postura en que la había visto anteriormente, con el plato de comida vacío en la mesilla de noche. Tenía los ojos clavados en la pared.

Me senté en una silla de madera al lado de la cama, agitando el libro con incomodidad.

—Voy a leerle esto hoy.

Tampoco hubo respuesta.

Mirarla me perturbaba, así que rápidamente abrí el libro y comencé a leer. Mi voz surgió temblorosa y me sudaban las manos. Le dirigí un par de miradas fugaces, pero seguía en las nubes.

Después del tercer párrafo, no pude continuar. Dejé el libro en la mesilla, recogí el envase vacío y me disculpé. Estaba incómodo. ¿Había sido un error mudarme allí? Ya entonces pude advertir que la casa estaba llena de oscuros secretos.

# La chica de los dedos preciosos

---

La academia tenía un autobús directo desde Segayaki. Aun contando el recorrido a pie, se tardaba menos de media hora en llegar. Cuando entré en Yotsuba, percibí un aroma a lavanda. Había sido jazmín el día de mi primera visita, y ahora lavanda. Me pregunté qué sería lo siguiente. ¿Flor de cerezo, quizá?

—Buenos días, señor Ishida —me saludó Abe con alegría desde detrás del mostrador de la recepción—. El director lo espera en su despacho.

Subí las escaleras hasta la cuarta planta y pasé delante de los cubículos. Algunos miembros del personal ya estaban en sus puestos. ¿Iba a trabajar allí? Cuando entré en el despacho del director, me lo encontré sentado frente a una mujer delgada con una media melena.

—Ishida —dijo—. Por favor, pase.

La mujer y él se levantaron. Ella no llevaba maquillaje, algo infrecuente en nuestros tiempos.

—Esta es Maeda. Será su guía mientras se va familiarizando con su nuevo empleo.

Me incliné ante ella.

—Mucho gusto.

Ella hizo lo mismo y me guio a su despacho.

—Le entregaré su horario y el material docente.

A pesar de sus altos tacones, Maeda se movía con rapidez. Se dirigió directamente al archivador que estaba cerca del *office* y sacó un paquete de carpetas, que me entregó.

—Su horario de trabajo es de lunes a sábado de las catorce treinta a las

veintiuna treinta. Impartiré tres clases diarias, de hora y media cada una. También tiene un descanso para cenar.

Fuimos a mi escritorio (las pocas pertenencias de mi hermana seguían ahí) y dejé mis cosas. Maeda me invitó a sentarme y buscó otra silla para ella.

—Tiene suerte de asumir el puesto de una profesora superior —dijo—. Los recién contratados no suelen disfrutar de un horario tan bueno y terminan teniendo que trabajar ambos días del fin de semana.

Me di cuenta de que se esforzaba por no pronunciar el nombre de mi hermana.

—No se preocupe, solo siga el programa. Es bastante claro —prosiguió.

Después, me explicó cómo utilizar el material docente en el aula.

—¿Daré ya hoy alguna clase? —pregunté.

Esbozó una sonrisa complaciente.

—No, no tan rápido. Hoy seré yo quien dé la clase, para que lo vea. Pero a partir de mañana estará solo, así que preste mucha atención.

Asentí.

—Por supuesto.

—Estupendo. Entonces... —Maeda echó un vistazo al gran reloj circular colgado en medio de la pared de la oficina. Las tres y cuarto—. Sígame.

Se llevó unas carpetas de la pila antes de alejarse. Dejé la bolsa y la seguí. Quería ayudarla a llevar todas las cosas, pero caminaba tan rápido que apenas podía seguirle el ritmo.

Al bajar las escaleras, una avalancha de estudiantes se precipitó en dirección contraria, dificultándonos el paso. Varios me lanzaron miradas de curiosidad al cruzarse con nosotros. Me dije que no había motivos para ponerse nervioso. Un rostro nuevo siempre llama la atención.

La primera de mis aulas estaba en la segunda planta. Nada más llegar sonó el timbre y la clase dio comienzo.

Me situé junto a Maeda delante de la pizarra. El aula tenía unos veinte alumnos, algunos llevaban el mismo uniforme. Unos estaban atareados con sus libros mientras otros charlaban.

—Buenas tardes —dijo Maeda—. Este es el señor Ishida, Va a impartir

clases de inglés con nosotros.

El aula se quedó en silencio, el gesto de los alumnos se tornó grave en cuanto oyeron mi nombre. Debí imaginármelo. Al fin y al cabo, mi hermana había sido profesora suya.

—Me llamo Ren Ishida. —A duras penas lograba disimular mi nerviosismo—. Espero que nos llevemos bien.

Unos pocos cuchichearon entre ellos.

Maeda dio un golpe en la mesa con la mano.

—¡Silencio!

La clase enmudeció de nuevo.

—Ahora pasaré lista.

Citó todos los nombres uno por uno. Faltaban tres. A los cinco minutos de comenzar la clase aparecieron juntos, resoplando. Se disculparon y ocuparon rápidamente las sillas vacías.

Para ser sincero, no me había esperado que aquellos adolescentes fueran tan obedientes. Escucharon las explicaciones de Maeda y tomaron apuntes. Ninguno habló fuera de su turno. Cuando llegó el momento de las preguntas y respuestas, la mayoría participo. Y volvió el silencio durante los ejercicios escritos.

Sonó el segundo timbre y todos recogieron sus cosas. Al salir, entregaron sus deberes.

Cuando ya se habían marchado, Maeda me preguntó:

—¿Qué tal? No ha ido tan mal, ¿verdad?

—¡Son tan educados y estudiosos! —exclamé.

—Es lo que cabe esperar. Yotsuba tiene un nivel muy alto de admisión en las universidades más prestigiosas, así que nos podemos permitir ser selectivos y cobrar más. De hecho somos la academia preuniversitaria más cara de la ciudad. Puede que generalice en exceso, pero nuestros alumnos se lo toman muy en serio. Están aquí porque quieren ingresar en las mejores facultades.

—Entonces, ¿son todos de último año?

—No todos, pero sí la mayoría. Son de segundo o tercer curso. No admitimos a los de primero.

Nuestra conversación fue interrumpida por el siguiente grupo. Esta clase

era más numerosa que la anterior, pero resultó igual de respetuosa y atenta. Qué contraste con mi propio comportamiento seis años atrás en el instituto de mi barrio en Tokio. Mis compañeros de clase, sobre todo los chicos, podían ser muy bulliciosos a veces. No estaba acostumbrado a ver a adolescentes portándose tan bien.

Entraron más alumnos en tropel y entonces la vi.

Llegó con un grupo de chicas, todas vestidas con el mismo uniforme de marinera. Tenía un aspecto un poco diferente. Llevaba el pelo más corto y recogido en una coleta. Con ese peinado parecía mucho más joven. No me lo podía creer, pero sabía que no me equivocaba. Era la misma joven que había visto fumando en el quiosco. Según lo que me había contado Maeda, debía de tener diecisiete o dieciocho años.

La chica se sentó en la última fila. Respiré hondo e intenté calibrar su reacción. Nuestras miradas se cruzaron, pero ella no hizo la menor muestra de haberme reconocido. Entonces fingí no ser consciente de su presencia en el aula, pero ella debió de darse cuenta de que la había visto. Estaba conmocionado de tenerla en mi clase. ¿Sería cosa del destino?

Cuando Maeda me presentó a los alumnos, la joven me miró fijamente, pero solo durante un breve instante. Cuando la clase terminó, abandonó el aula con el resto de sus amigas. No era el mejor momento, pero salí tras ella.

—Disculpe. —Le di un golpecito en el hombro—. ¿Era usted, verdad?

Se volvió y me clavó la mirada. Tan de cerca estuve seguro de que se trataba de la misma persona.

—Estaba en el quiosco la semana pasada —dije—. Bajo la lluvia.

Ella negó con la cabeza.

—Debe de confundirme con otra persona. No le había visto nunca.

—Pero...

—Tengo que ir a mi próxima clase —me interrumpió—. Le ruego me disculpe, señor Ishida.

Se alejó, dejándome boquiabierto. Podrían ser imaginaciones mías, pero me había parecido un poco antipática, sobre todo cuando pronunció mi nombre.

—¿Está todo bien, señor Ishida? —me preguntó Maeda con las carpetas de clase entre los brazos.

—Sí. —Me acerqué a Maeda para ayudarla—. ¿Vuelve al despacho?

—Estaba hablando con Nakajima ahora mismo. ¿La conoce?

—La confundí con otra persona.

—Lo lamento; me preocupaba que intentara seducirla. Sé que usted aún es joven, pero no debemos mantener relaciones sentimentales con los estudiantes ni con los compañeros de trabajo. —Desvió la mirada, incómoda—. Además, esa chica...

—¿Sí?

—He oído decir que sale con hombres mayores por dinero.

Nakajima era atractiva, desde luego, pero no me había dado la impresión de ser una persona materialista. En todo caso vestía ropa sencilla, sobre todo comparado con las demás chicas de su edad en Tokio.

—Seguramente solo sea un rumor.

Maeda bajó la voz.

—En realidad, la vi con mis propios ojos. Salía de una joyería de lujo con un hombre bien vestido, lo bastante mayor como para ser su padre.

—Tal vez fuese su padre.

—No se parecían en nada.

Nuestra conversación me hizo sentirme incómodo y, por suerte, Maeda pareció percatarse de ello. Regresamos a la cuarta planta sin mediar una sola palabra más. Me senté en mi escritorio y estiré el cuello.

—Toma, Ishida. —Honda dejó una lata de café helado delante de mí—. ¿Qué tal tu primer día?

Esboqué una sonrisa.

—He conseguido sobrevivir, de momento.

—Bien. Sé que puedes hacerlo —dijo—. ¿Quieres que cenemos algo juntos?

Miré a mi alrededor en busca de Maeda; para mi alivio, había ido a otra parte. No me caía mal, pero no era alguien con quien deseara compartir mi rato de descanso.

—¿Por qué no? —dije a Honda—. ¿Hay algún sitio que esté bien por aquí?

Salimos a tomar un bocado rápido en un puesto de sopa de fideos cercano antes de regresar a Yotsuba para la última clase del día. Los alumnos parecían

agotados. Algunos tenían dificultad para prestar atención, y yo también. A lo largo de toda la clase no pude concentrarme en las explicaciones de Maeda. Solo podía pensar en la chica que había sujetado los cigarrillos Seven Stars entre sus preciosos dedos.



# El persistente olor a lluvia y carbón

---

Después de mi primer día de trabajo, volví a la casa de Katou sobre las once de la noche. Dejé mi cartera en el suelo y me senté para quitarme los calcetines. Mis ojos se vieron atraídos inmediatamente por el teléfono rojo que estaba encima del escritorio. «Tranquilízate, Ren Ishida. El teléfono no puede conectarte con una persona muerta».

—Cállate —siseé—. Eso ya lo sé.

Alargué la mano para asir el cable y lo desenchufé de la pared. No volvería a llamarme nunca más, así que no quería volver a oír sonar el teléfono. Cerré los ojos. ¿Qué estaba haciendo aquí, solo en esta ciudad?

*Ren...*

Era la voz de mi hermana, cálida y clara, tal y como la recordaba. Abrí los ojos y me encontré de pie, solo, en medio de un inmenso espacio blanco.

—¿Eres tú? —vociferé, pero no obtuve respuesta.

Sobre mí aparecían suspendidas unas burbujas gigantescas. ¿Qué eran? Salté y logré alcanzar una. Cuando la punta de mi dedo índice rozó la superficie, noté un escalofrío. La pompa estalló como si fueran fuegos artificiales, rompiéndose en millones de diminutas pelotas que cayeron al suelo.

Froté la fina película de mi dedo con el pulgar. Era agua.

Poco a poco fui cayendo en la cuenta de que me hallaba en un sueño. Pero había algo que no encajaba. Tenía que salir. Si no conseguía escapar, me quedaría atrapado allí para siempre.

No importaba adónde caminase, el mar de blancura y burbujas de agua se extendía hasta el infinito. ¿Me encontraba ahora más cerca de la salida? ¿O más lejos?

—Ren —llamó alguien.

Me giré y divisé a la niña de las coletas, que me estaba mirando. Llevaba el mismo pichi azul marino que en mi sueño anterior, cuando había cruzado la calle en medio del tráfico.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Qué quieres?

Se quedó muda un instante, luego sacudió la cabeza y señaló hacia arriba. Un banco de peces de colores nadaba por el aire. Cientos, quizá miles de ellos. Cada uno tenía el tamaño de mi cabeza. Sus vivas escamas teñían el cielo de un color anaranjado y ocre.

Los peces de colores voladores bailaban sobre nosotros, agitando sus colas translúcidas y brillantes mientras evitaban las pompas de agua. Yo estaba aturdido. Parecían tan elegantes.

De pronto los peces de colores cargaron contra las burbujas, haciéndolas estallar. Por todas partes salpicó agua fría y una luz brillante destelló a lo lejos. Me protegí la vista con la mano. Entrecerré los ojos, me acordé de la niña y la busqué, pero se había esfumado. Debería de haber salido tras ella, pero mis pies pesaban como una losa.

Antes de despertar, oí la voz de mi hermana:

—Ren, no deberías estar aquí.

Me había quedado dormido con la cabeza apoyada en la mesa y la ventana abierta. Afuera estaba diluviando y el agua entraba en la habitación. Oía los truenos entre el repiqueteo de la lluvia.

Me levanté y cerré la ventana. La mitad del escritorio, incluido el teléfono, ya estaba empapada. Cogí una toalla de tocador y sequé el agua de la lluvia. Menos mal que no había sacado los trabajos de mi bolsa.

El reloj marcaba las dos de la madrugada. Sabía que debía darme una ducha, pero estaba demasiado cansado. Me tumbé en la cama sin cambiarme de ropa y me arrebujé con la manta, pero era demasiado fina para entrar en calor. Me levanté y me puse una chaqueta antes de volver a la cama. Me quedé dormido de nuevo, y esta vez no soñé.

Cuando desperté, el sol ya brillaba alto en el cielo. Unas gotitas de agua

resbalaban por los cristales antes de desaparecer en el marco de madera. Abrí la ventana y respiré hondo.

En una ocasión, cuando Nae se quedó a dormir en mi casa, le pregunté si la lluvia tenía olor. Me dirigió una mirada perpleja mientras se peinaba. Su larga melena negra le llegaba hasta los codos; siempre se recogía el pelo cuando dormía conmigo. Su coleta terminaba enredada, pero no me importaba. Me gustaba su aspecto desaliñado.

—No creo que la lluvia en sí tenga ningún olor —respondió Nae—. Pero hay una fragancia persistente que queda después de llover. Un aroma fresco, a tierra. ¿Sabes a lo que me refiero?

Asentí.

—Creo que sí.

—Tal vez sea el olor a tierra mojada. Sea lo que sea, me gusta.

A mí también me encantaba el olor distintivo después de la lluvia. Pensar en la lluvia siempre me recordaba a Nae.

De camino a Yotsuba, envié otra carta a mis padres, para darles la dirección del señor Katou. Pero no me había puesto en contacto con Nae. No sabía qué decide. Era la primera vez que teníamos una pelea tan prolongada.

Mirando el lado positivo, disfrutaba de la sensación de estar soltero. Nadie a quien tener que llamar, ninguna cita que organizar, ninguna celebración especial que recordar. Encajaba a la perfección con mi forma de ser. Nunca me habían gustado los compromisos: quizá no debería haber tenido novia, para empezar.

En los siguientes días establecí una nueva rutina que encajara con mi horario de trabajo.

Me despertaba sobre las ocho y salía a correr una hora por un camino que conducía directamente a la cuesta donde mi hermana había muerto. Era como si esperase engañarme a mí mismo pensando que le hacía una visita cada mañana. La verdad era que debí haber intentado verla más a menudo mientras vivía.

De camino a casa, me detenía en el supermercado del barrio, compraba dos envases de comida ya preparada y dejaba uno delante de la puerta del

dormitorio de la señora Katou. Luego me tomaba mi almuerzo solo en la cocina. Después de comer, me dirigía al cuarto de la señora Katou y le leía unas páginas de *Hijos de la medianoche* antes de irme a trabajar.

El horario no cambiaba mucho los días que libraba. En vez de irme a trabajar, cogía el autobús hasta el centro de la ciudad. La mayoría de las veces deambulaba sin rumbo por el centro comercial o me sentaba a tomar un café. Cada día resultaba predecible.

Al contrario de lo que esperaba, después de dos semanas comencé a disfrutar del rato que pasaba con la señora Katou. Podía elegir los libros que siempre había querido leer y para los que nunca había encontrado el tiempo necesario. También podía volver a leer libros que me encantaban. Si me apetecía, podía repetir la misma frase una y otra vez. Daba igual, ella me escuchaba sin objetar una sola palabra. Tenía la sensación de tener una oyente cautiva. Y, si me cansaba, podía parar cuando quisiera.

La casa misma siempre estaba en silencio. Mientras permanecía sentado junto a la cama de la señora Katou, podía percibir el más mínimo sonido en el ambiente, como el murmullo de la brisa acariciando la ventana de madera y el tintineo de las campanas de viento, o el choque del ritmo de la respiración de la señora con mi propio ritmo. Si me quedaba quieto lo suficiente, el aire cobraba vida y nos unía en una película invisible.

Cuando me entraba una sensación de sofoco, me dirigía a la ventana y buscaba la sombra del pino en el jardín. Siempre había pájaros volando cerca. No sabía qué clase de aves eran, pero tenían plumas de un tono azul oscuro. Tan oscuro que casi eran negras. ¿Era el mismo tipo de pájaro que mi hermana había comprado el día de su cumpleaños? No sabría decirlo. No los recordaba bien, salvo por el hecho de que eran negros. ¿O eran azul oscuro?

Parecía que se me olvidaban las cosas que yo quería recordar y recordaba las cosas que quería olvidar. Como la muerte de mi hermana. Deseaba que todo aquello que me había traído hasta este sitio hubiese sido un sueño.

Imaginaba que un político tan prominente como el señor Katou recibiría a muchos invitados, pero no era el caso. La única visita que yo había visto hasta el momento era la señora de la limpieza, una mujer de pelo cano, que venía los lunes y los jueves. Cada vez tardaba un rato en darme cuenta de su presencia, por la manera en que se fundía con la casa. Era silenciosa y

discreta —al menos yo nunca la había oído hablar—, y entraba en las habitaciones sin que nadie lo advirtiera. El único detalle que delataba su presencia era el runrún de la aspiradora.

En cuanto la divisaba, me inclinaba ante ella, pero ella me ignoraba. ¿Estaba molesta por que yo me hubiese fijado en ella? Qué pensamiento más extraño. Nadie podría pensar de ese modo. Pero, cuando ella estaba cerca, yo me aseguraba de no leer en voz alta. Me deslizaba a mi habitación y esperaba hasta que llegaba la hora de irme a trabajar.

—¿Has intentado hablarle? —me preguntó Honda después de que le comentara algo sobre ella.

Me encogí de hombros.

—No da la impresión de querer hablar.

—Podrías intentarlo, iniciar una conversación.

—Quizá —respondí, a sabiendas de que no lo haría.

La última clase había terminado. Honda y yo estábamos sentados a mi escritorio, tomándonos una taza de sopa de fideos para cenar. Había estado lloviznando todo el día. El tiempo frío abre el apetito a la gente, de modo que acumular una buena provisión de sopa instantánea de fideos durante la temporada de lluvia había sido una sabia decisión.

—¿Qué tal el señor Katou? —preguntó Honda.

—Apenas le veo —respondí—. Sale de casa antes de que me despierte y para cuando yo vuelvo de trabajar, él ya está en su cuarto.

—¿Pasa algo de tiempo con su mujer?

—No cuando yo estoy en casa.

—Entonces es un adicto al trabajo, ¿no?

—Probablemente.

—O tal vez prefiera estar solo.

—Puede ser.

Aunque le había visto una vez en la habitación de su mujer.

Era un domingo y yo me disponía a realizar mi lectura diaria. La puerta estaba abierta y me quedé fuera cuando descubrí que el señor Katou estaba dentro. Estaba sentado en la silla de madera junto a la cama de su esposa, la que utilizaba yo habitualmente, y ambos miraban por la ventana en silencio. Me marché para dejarles algo de intimidad.

Aunque estaban callados, percibí una fuerte conexión entre ambos. Era como si tuviesen su propia forma de comunicarse. Un lenguaje secreto. Extraño, y a la vez hermoso.

Me tomé la sopa y tiré la taza de poliestireno a la basura. Al mirar por la ventana, vi que había dejado de llover. Seven Stars —o Rio Nakajima, como supe después— salía del edificio. Los estudiantes que había a su alrededor se reían y sonreían, pero ella parecía desconectada de los demás.

En ese momento, comprendí lo que me atraía de ella. Eran sus preciosos dedos. La manera en que los había movido con elegancia mientras fumaba esos cigarrillos aquel lluvioso día todavía me fascinaba.

—¿Has terminado, Ishida? —preguntó Honda—. Voy cerca de Segayaki. Puedo llevarte en coche.

—No te preocupes. Puedo coger el autobús. No queda tan lejos.

—Ya que no queda tan lejos, deja que te lleve.

Cogí mi bolsa y lo seguí hasta el aparcamiento en la planta baja. Su coche siempre desprendía un leve olor a cítrico, pero no vi un ambientador por ninguna parte. Sin duda vaporizaba el interior cada mañana.

Honda soltó el freno de mano y el vehículo avanzó lentamente. Sentí un escalofrío, me froté la nariz y estornudé.

—¿Te has resfriado? —preguntó Honda.

—No, estoy bien —respondí—. Debe de ser por el tiempo.

—Cuando se vive solo, hay que cuidar mucho la salud.

Asentí con un murmullo.

—¿Te estoy dando un sermón?

No pensaba con claridad cuando le dije:

—Me recuerdas a mi hermana a veces.

En cuanto articulé esas palabras, me arrepentí. La atmósfera se enturbió, pero, gracias a Dios, Honda fingió no darse cuenta de ello.

Miré hacia las farolas y entrecerré los ojos. El semáforo en rojo a lo lejos cambió a verde. De noche, la carretera parecía más ancha, sin duda porque circulaban menos coches.

Al recordar el sueño que había tenido, pregunté a Honda:

—¿Hay un acuario público por aquí?

—En Akakawa, no, por desgracia. El más cerca está en Tokio —contestó

—. ¿Por qué? ¿Sientes nostalgia?

—He soñado con peces de colores.

—¿Peces de colores? —Soltó una risotada—. ¿Qué te hizo soñar con peces de colores? Si solo buscas peces de colores, puedes ir a una tienda de mascotas.

—Cierto.

—¿Cuándo fue la última que viste uno?

Reflexioné un momento, pero no lo recordaba.

Cuando mi hermana aún vivía en Tokio, solíamos ir juntos a las ferias de verano. Le encantaban los puestos de pesca de peces de colores, aunque no se le daba nada bien. Siempre movía la redcilla de papel demasiado rápido y acababa rompiéndola. Después de dos o tres intentos infructuosos, me pedía que lo hiciera yo.

Yo nunca fallaba y siempre atrapaba al menos dos pececillos. Con una sonrisa desbordante de orgullo, mi hermana se marchaba con los peces de colores en una bolsa de plástico medio llena de agua. Pero, después de la feria, siempre tomaba un desvío hasta el canal para soltarlos. Yo le decía que era un desperdicio, pero jamás me escuchó. Keiko Ishida nunca dejaba que otras personas decidieran por ella.

—¿Te gustan los peces, Ishida? —preguntó Honda.

—No especialmente, pero tampoco los odio —repuse—. Los peces son solo peces.

—¿Y los peces de colores?

—Son bonitos. Por sus colores.

—Es difícil que no te gusten los peces de colores, ¿verdad? Es como los delfines. A todo el mundo le encantan los delfines.

El coche se detuvo delante de la vivienda de los Katou. Di las gracias a Honda por llevarme y me bajé del coche.

—Hasta mañana —se despidió.

Observé el sedán negro que se alejaba, cada vez más pequeño, hasta que desapareció de mi vista. El olor a carbón del tubo de escape todavía persistía cuando abrí la verja. La noche fría y silenciosa ofrecía una falsa sensación de calma.

# El mundo del chicle y la mujer con el lunar en la nuca

---

A la mañana siguiente, salí a correr como de costumbre.

Ahora me conocía el emplazamiento de todos los postes eléctricos. Podía señalar las esquinas donde se escondían los gatos callejeros. Uno de los lugares era donde se había derrumbado un muro de ladrillo y había crecido la maleza.

En el camino de vuelta a la casa de los Katou, me detuve en el supermercado del barrio. Me limpié el sudor de la frente, empujé la puerta acristalada y me dirigí a la sección de comidas preparadas. Examiné la oferta del día: pollo empanado, buñuelos rellenos de pulpo, salteado de salmón y mini hamburguesas. ¿Qué llevarme?

Oí la campana de la entrada y vi un rostro conocido. Era Seven Stars, todavía con el uniforme escolar. Si se encontraba aquí a esta hora del día era porque estaba haciendo pellas. Me disponía a abordarla cuando un joven al que reconocí entró en la tienda.

Se dirigió al expositor de revistas, pero mantenía los ojos clavados en ella. Aunque no vistiera de uniforme, supe que era el agente que atendía en el mostrador de la policía el día que estuve allí. ¿Tendría la misión de atrapar a los estudiantes que hacían novillos?

De pie ante la estantería de golosinas, Seven Stars recorrió las chucherías con los dedos como si estuviera buscando algo. De pronto, con un rápido movimiento del índice, volcó un chicle en la mochila. Boqueé. Lo hizo en un segundo, con una gran precisión. Por el modo en que llevó a cabo la



operación y su gesto imperturbable, comprendí que no era la primera vez que cometía un hurto en una tienda.

Seven Stars se disponía a salir cuando el agente de policía dejó la revista. Sin pensármelo, corrí hasta ella y la cogí del brazo. Me miró, sorprendida.

—¿Qué hace? —bufó, una vez superada la conmoción inicial.

—He visto lo que acaba de hacer —susurré—. Devuelva el chicle ahora mismo.

Desvió la mirada, fijándola a lo lejos.

—No tengo ni idea de lo que me está hablando.

—Sabe muy bien de lo que le estoy hablando, y también lo sabe el agente de policía de paisano que está allí.

Lancé una mirada hacia el joven policía y Seven Stars palideció.

—No pasa nada, todavía está dentro de la tienda —proseguí—. No se ponga nerviosa; solo tiene que dejar en la estantería lo que se ha llevado.

—No puedo —agachó la vista—. Lo necesito.

—Entonces páguelo.

Negó con la cabeza.

—Eso daría al traste con el objetivo.

Resopló con frustración.

—¿Qué pretende? ¿Pasarse la noche en comisaría?

No respondió. Mantuvo la cabeza gacha. Estaba claro que estaba dispuesta a asumir las consecuencias. Me preguntaba si se mostraba rebelde para llamar la atención de alguien. Pero desde luego por eso no merecía la pena arriesgarse a tener antecedentes penales.

El policía se acercó.

—¿Algún problema?

—Todo está perfecto —dije, deslizando la mano en la mochila de Seven Stars.

Llevé el chicle hasta la caja para pagarlo. Seven Stars permaneció junto al agente. Sus ojos siguieron cada uno de mis movimientos. No sabía lo que estaba pensando, pero tenía que salvarla. Volví a su lado y le deposité el chicle en la mano.

Me lo devolvió con brusquedad.

—Nadie le ha pedido que lo comprase.

Yo no comprendía lo que quería.

—Está bien —dije, guardándome el chicle en el bolsillo del pantalón.

Seven Stars me lanzó una mirada desafiante antes de alejarse. En cuanto se marchó, el policía me alcanzó a la vuelta de la manzana.

—Es usted el hermano de Keiko Ishida, ¿verdad? No sé lo que pretende, pero no está ayudando a esa chica. La he estado vigilando y he visto lo que ha hecho. No aprenderá a no ser que la pillemos in fraganti.

—Lo entiendo, pero le ruego que por esta vez haga usted la vista gorda —dije—. Hablaré con ella y me aseguraré de que no vuelva a hacerlo. Todavía es joven. Sus perspectivas de futuro se verán perjudicadas como tenga antecedentes penales.

Frunció el ceño.

—¿Me puede decir qué relación tiene con ella?

—Es alumna mía. —Me incliné ante él—. Permita que me disculpe en su nombre. Por favor, dele otra oportunidad.

—Señor Ishida, no se incline ante mí. Lo siento, pero no puedo dejarlo pasar. Debo tomarle los datos, por si reincide. Espero que no piense mal de mí. Solo cumplo con mi deber.

El agente de policía se marchó y fue en busca de Seven Stars. Los observé desde lejos mientras conversaban. Ella sacó algo de la mochila, seguramente su carné de estudiante. El policía copió la información en una libreta. En cuanto se marchó, me acerqué a ella.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

Permaneció callada y se cruzó de brazos.

Tenía que encontrar una forma de hacerla hablar.

—¿Por qué le gusta tanto el chicle?

—¿Qué tienen de malo los chicles?

—Nada. No pasa nada con los chicles, aunque yo prefiero el chocolate —repuse—. Mi favorito es el chocolate con leche con copos de maíz *Ritter Sport*. Es posible que no lo conozca. No parece que lo vendan por aquí.

Me miró a los ojos.

—Le agradezco la ayuda, pero no tiene derecho a ponerse condescendiente.

—Muy bien, la dejaré sola —dije, alzando las manos—. Pero no tiene a

la suerte. No se lo perdonarán la próxima vez.

Seven Stars seguía callada, pero me miró con vacilación, como si quisiera preguntarme algo.

—¿Hay algo que quiera decirme? —Apretó los labios.

—Tiene el mismo apellido que nuestra anterior profesora de inglés.

—Por supuesto. —Me obligué a sonreír—. Era mi hermana.

Su gesto se inmutó levemente. Esperé las habituales palabras de condolencias, pero no llegaron. En cambio, dio media vuelta y se alejó. Volví al supermercado para comprar un periódico y dos envases de comida preparada.

Debido a la confusión del incidente de esa mañana, salí de la casa de los Katou más temprano que de costumbre. Tenía tiempo de sobra, así que entré en un café. A solo unos cinco minutos andando de Yotsuba, el establecimiento servía un café cargado. Me pedí una taza y me lo tomé a pequeños sorbos.

—¿Ren? —me llamó una voz suave.

Levanté la vista y descubrí a una mujer de pie ante mí. Llevaba una blusa melocotón y una falda blanca; parecía la típica oficinista de veintitantos años.

—Sabía que eras tú —dijo con una amplia sonrisa—. ¿Estás solo? ¿Puedo?

—Claro —respondí, intentando recordar frenéticamente quién era.

Llevaba un maquillaje natural, la cantidad justa para darle un aspecto agradable. Su melena estaba recogida con un pasador negro detrás de la oreja derecha. ¿Podría tratarse de una compañera de trabajo? Pero nadie me llamaba Ren.

La mujer acercó una silla.

—¿Te sorprende verme aquí?

—Un poco —respondí—. ¿Tomas algo?

Sonrió y se levantó.

—No te molestes. Deja que me pida algo primero, luego charlaremos.

Mientras se dirigía a la barra, sopesé las diferentes posibilidades. ¿Era una antigua compañera de clase? ¿Tal vez una pariente lejana? No, estaba seguro de que no conocía a esa mujer. Pero podría tratarse de alguien importante, una persona que debía recordar.

Volvió a mi mesa con un café helado. Yo seguía sin saber quién era.

—Estoy aquí por un retiro de la empresa —explicó, jugueteando con las pajitas. Llevaba las uñas pintadas en un tono beis y ninguna estaba partida—. Es una excursión de tres días y dos noches. Nos volvemos mañana.

Decidí seguirle la corriente.

—¿Qué has hecho hasta ahora?

—Lo normal: compras, monumentos, templos y más compras. Para serte sincera, no sé por qué han elegido Akakawa en vez de un sitio como Nara o Kioto. A ver, creo que las ciudades pequeñas tienen su encanto, pero no necesariamente le gustan a todo el mundo.

Asentí.

—Este sitio desde luego no me atrae nada. Yo quería aguas termales, como en los años anteriores. —Removió la bebida con la pajita y tomó un sorbo—. ¿Y tú, Ren? ¿Qué haces aquí?

—Estoy trabajando. Doy clases de inglés en una academia cerca de aquí.

—Eso está muy bien —respondió—. Me refiero a que, la última vez que hablamos, tenías problemas para decidir qué hacer después de graduarte.

—Sí, eso fue...

Contó con los dedos.

—¿Hace tres o cuatro semanas?

Tenía la sensación de haber estado caminando en medio de una niebla tan espesa que no me permitía ver ni mis zapatos. Y de pronto sopló una ráfaga de viento, aclarándolo todo, cuando recordé quién era.

Partiendo del lunar en su nuca, el recuerdo de la noche que pasé en su apartamento me vino de golpe. Incluso me acordaba del perfume que llevaba. Una mezcla fresca de mandarina y flor de cerezo; tenía la fragancia de la primavera en su cálida piel. Recordé la curva de su espalda, iluminada por la luz de la luna, sus sonoros y sensuales gemidos, y sus uñas perfectamente pintadas, clavándose en la almohada. Aturrullado, tomé un sorbo de café.

—¿Crees que fui demasiado atrevida? —preguntó—. Normalmente es el hombre quien aborda a la mujer, pero fui yo quien se acercó a ti esa noche y entabló conversación.

Sacudí la cabeza.

—No importa.

—¿De verdad?

—De verdad.

Removió de nuevo la bebida.

—Esto podría sonar raro, pero soñé contigo la semana pasada. Te lo juro, no me estaba obsesionando ni nada por el estilo. De alguna manera, te colaste en mi sueño.

No estaba muy seguro de cómo reaccionar ante eso, así que me encogí de hombros y dije:

—A veces esas cosas suceden.

—Cuando desperté, quería verte. Me entró una tremenda necesidad de descolgar el teléfono y llamarte, pero habría sido raro que fuera yo quien te invitara a salir. ¿Qué opinas? Sé sincero.

—Como te he dicho, no tiene importancia. Estamos en los noventa; es perfectamente normal que una mujer dé el primer paso.

—¿Prefieres que las mujeres tomen la iniciativa?

Eso dependía totalmente de la situación, pero no quería entrar en pormenores.

—Además, eso es irrelevante —continuó—. Aunque hubiera decidido llamarte, no habría podido. No me diste tu número de teléfono.

Esbocé una sonrisa forzada.

—¿En serio? Habrá sido un despiste. Estaba bastante borracho aquella noche.

—Parecías perfectamente sobrio.

—Casi nunca parezco borracho, por mucho que beba. Para ser justos, tú tampoco me diste tu número de teléfono.

—Sí te lo di. Lo anoté en un trozo de papel y lo guardé en el bolsillo de tu pantalón. —Se tapó la boca con la mano—. No me digas que no te diste cuenta... ¿Quién te hizo la colada?

—Yo mismo, pero nunca compruebo los bolsillos antes de meter la ropa en la lavadora.

—Una pena. —Sonrió—. Aun así, fue una crueldad por tu parte marcharte sin una palabra. Si hubieras esperado a que despertara, te habría preparado el desayuno.

—Tenía una cita a primera hora, y estabas muy dormida. Habría sido un

crimen despertarte.

—¿Un crimen? Bonita manera de expresarlo.

Ambos nos echamos a reír. Ella sabía que mi excusa era malísima, pero agradeció el intento lo suficiente como para seguirme la corriente.

—¿Te arrepientes? —susurró—. ¿Por eso te marchaste a hurtadillas?

—Te equivocas —respondí enseguida; no quería herir sus sentimientos—. No es así. Parecías tan serena que no quise despertarte. Eso es todo.

Se inclinó hacia adelante y me observó detenidamente un momento, como si buscara algo en mi rostro. Carraspeé y miré a lo lejos. No quería mirarla a los ojos.

Exhaló un largo suspiro.

—No sé por qué, pero siento que puedo confiar en ti. Pareces sincero. Supongo que el hecho de que seas bastante atractivo también ayuda.

Esbocé una sonrisa. Llegados a este punto, nos seguíamos la corriente. ¿Qué podía esperarse de alguien con quien has pasado una sola noche? ¿Teníamos que hacernos amigos? ¿Continuar con nuestros encuentros sexuales?

Se inclinó hacia mí.

—Mi hotel está al final de la manzana. ¿Quieres subir?

Era incapaz de contestar. Lo había visto venir, pero no me esperaba que me lo pidiese tan pronto o de manera tan directa.

—Deja que lo adivine —dijo, al percibir mi titubeo—. Estás casado.

—No, pero tengo novia.

—No pasa nada. Yo también tengo novio, aunque está en el extranjero la mayor parte del tiempo.

Aquello no fue ninguna sorpresa; no me había parecido que buscara una relación duradera.

—Eso nos pone en igualdad de condiciones, ¿no? —Sacó una libreta de su bolso, arrancó una página y garabateó algo. Me la puso en la mano mientras añadía—: Dejemos las cosas claras esta vez. Este es mi número de teléfono. No lo pierdas.

Asentí.

—No lo haré.

—Lo del hotel era una broma. Comparto habitación con una compañera,

pero puedes quedarte en mi apartamento cuando quieras. Mi novio solo viene una o dos veces al año, y normalmente se queda menos de una semana. La mayor parte del tiempo estoy sola.

Quería preguntarle si este acuerdo abierto con su novio era mutuo, pero me contuve.

—Cuando vayas a Tokio, llámame. Nos podemos hacer compañía — continuó.

—Y puedes hacerme el desayuno.

—Exacto. Preparo un *omurice* excelente.

Mi corazón dio un vuelco. Era una de las especialidades de mi hermana. Carraspeé.

—Suenan bien el plan.

Me lanzó una sonrisa picara.

—¿El sexo o el desayuno?

—Ambas cosas.

—Trato hecho entonces. —Se levantó y se inclinó para coger el bolso. El sujetador de encaje blanco sobresalió por el escote de la blusa—. Me encantaría charlar contigo más tiempo, pero tengo que irme. Espero tu llamada.

Cuando se marchó, caí en la cuenta de que no le había dado mi número de teléfono. Doblé en dos el papel que me había dado y lo guardé en el bolsillo del pantalón. ¿Debería llamarla o no?

# Vas a estar bien

---

Tuve otro sueño con Coletas.

Me encontraba de pie, en medio de una calle que no reconocía, y una fina neblina me cubría la piel. El lugar parecía estar desierto, sin una sola alma a la vista. Había charcos por todas partes. Debía de haber llovido hacía poco.

Unas lentas y suaves olas se formaban en la superficie del agua. Las ondas se cruzaban unas con otras. De nuevo comenzó a llover; tenía que buscar un refugio.

Arriba, un ruido estridente quebró el silencio. Divisé una bandada de pájaros negros en lo alto, encima de mí, pero no se movían. Estaban suspendidos, congelados en el aire. El tiempo se había detenido para ellos. Me pregunté si volverían a volar alguna vez o si permanecerían así para siempre.

Los nubarrones grises se fueron aproximando desde lo lejos. El cielo se iba encapotando más y más, pero los pájaros seguían quietos como piedras.

—Ren, ¿eres tú?

Miré a mi alrededor, al reconocer la voz dulce. No había nadie, pero sabía que pertenecía a la mujer con el lunar en la nuca. Hablaba como si susurrara una canción secreta.

—Oye, ¿estás solo? ¿Puedo acompañarte?

Su voz llegaba a mis espaldas. Me di la vuelta y descubrí a Coletas. Cuando me disponía a decir algo, se llevó el dedo índice a los labios.

—Ahora no, Ren, ahora no. Todavía no ha llegado el momento.

El estruendo de la lluvia golpeando la ventana me despertó. Quería volver a



dormirme, pero había demasiado ruido. Con los ojos abiertos de par en par, recordé un párrafo de un artículo del periódico que me había dado la mujer del quimono.

«La hora estimada de la agresión fue las 23:30h, justo antes de la tormenta. Debido al fuerte aguacero y la escasa visibilidad, nadie reparó en la víctima. La autopsia estableció la hora de la muerte aproximadamente a la 01:00 h de la madrugada, a causa de una fuerte hemorragia. Un hombre que había salido a correr encontró el cuerpo de la víctima a las 05:40 h de la mañana y avisó a la policía». Había transcurrido hora y media desde el momento en que se produjo la agresión y el momento en que mi hermana había sucumbido a sus heridas. ¿Qué sintió tendida en la calle bajo la lluvia en mitad de la noche, hundiéndose poco a poco en la muerte? Se había desangrado a medida que el agua le limpiaba las heridas. Ella, que siempre había tenido tanto miedo de ahogarse.

Me levanté y eché un vistazo al reloj. Las once y cuarto. Tenía tiempo de sobra.

Me puse unos vaqueros y un jersey y salí de casa. El servicio de autobuses ya había terminado y apenas se veían coches por las calles. Cogí carrerilla y corrí a lo largo de la carretera principal bajo la intensa lluvia, pasando por delante de callejones desiertos y campos vacíos. No tardé en empaparme. Las suelas de goma de mis deportivas estaban desgastadas. Me tropecé y caí dos veces, pero me levanté y seguí corriendo hasta que llegué a la empinada cuesta. La policía había retirado el cartel amarillo, pero yo aún recordaba el lugar exacto. Lo tenía grabado en la memoria, jamás lo olvidaría, por mucho que lo intentara.

Me tumbé en el suelo, sin resuello. La lluvia me azotaba el rostro, pero permanecí inmóvil y cerré los ojos. Solo oía el sonido de la lluvia.

Mi hermana debió de imaginarse que nadie aparecería con ese espanto de tiempo. Debió de saber que iba a morir. ¿Qué le pasó por la cabeza en esos últimos minutos? ¿Pensó en el señor Tsuda o en el tipo con el que había salido en Akakawa? ¿Pensó en mí?

Desde el día en que mi hermana había abandonado Tokio, yo había estado esperando su regreso, pero nunca se lo dije. ¿Fui demasiado orgulloso? ¿O demasiado indiferente? Si le hubiese pedido que volviera, ¿seguiría con vida?

Apreté los puños. No servía de nada hacerme esa pregunta ahora, ninguna respuesta me la devolvería. El día en que mi hermana murió, una parte de mí también lo hizo.

La lluvia arreció y yo seguí allí; había perdido la noción del tiempo. Esperé hasta que dejó de llover antes de abrir los ojos. Me giré para mirar la calzada. Los charcos resplandecían, reflejando las farolas. De modo que eso fue lo que vio antes de morir. Me levanté y caminé de vuelta a casa con una insoportable desazón.

Todavía era de noche cuando llegué a la casa. Me quité la ropa mojada y cogí una toalla del cuarto de baño para secar el agua que había caído en el suelo antes de darme una larga ducha. Para cuando me metí de nuevo en la cama, ya eran las cuatro de la madrugada. Estaba cansado, pero permanecí despierto hasta que salió el sol. Necesitaba su calor. Cuando los luminosos rayos me acariciaron, al fin me quedé dormido.

Me desperté casi a las nueve con un espantoso dolor de cabeza.

Me ardía el cuerpo, pero me obligué a levantarme. Me arrastré hasta el supermercado para comprar el almuerzo. También adquirí unas medicinas, un termómetro y un paquete de mascarillas. Utilicé el teléfono público que había cerca de la tienda para llamar a la academia y avisar de que no podía ir a trabajar ese día.

—¿Qué ha pasado, señor Ishida? —preguntó Abe.

—Me pilló la lluvia anoche —respondí—. Solo es un resfriado común. Ya me he comprado medicinas. Volveré al trabajo mañana.

—De acuerdo. Si no mejora con las medicinas, por favor, vaya al médico.

Le di las gracias y colgué. Con la mascarilla puesta, volví a casa de los Katou. Tras guardar mis compras en la cocina, me tomé la temperatura. Treinta y nueve grados. No era de extrañar que me encontrase tan mal. No tenía apetito. Solo comí la mitad de mi chuleta de cerdo empanada y tiré las sobras a la basura. Después de tomarme una pastilla con un poco de agua, volví a mi cuarto.

Solía tener suerte con la salud; no enfermaba con facilidad. Desde que tenía memoria, solo me había pasado una vez antes. Tuve una fuerte fiebre

que me dejó en casa durante toda una semana cuando mi hermana se marchó de Tokio.

Entonces me enfadé mucho. Me sentí traicionado y abandonado. No me esperaba que ella desapareciera sin decir una sola palabra, así que salí bajo una lluvia torrencial para ponerme malo. Era tan infantil. Jugué al fútbol en un campo cerca de mi escuela, solo bajo la tormenta. Correr por el césped encharcado y resbaladizo fue una hazaña desafiante. El movimiento del balón se volvió impredecible y a menudo patinaba más allá de lo que era mi intención.

Al día siguiente, amanecí con una fiebre muy alta y un terrible dolor de cabeza, como pretendía, pero mi hermana no volvió. Mi madre compró gachas de avena y medicinas, pero tuvo que marcharse a su hora de siempre.

—Lo siento, pero les he prometido a unas amigas que iría a verlas. — Anotó un número de teléfono en el calendario—. Si sube la fiebre y necesitas que te lleve al hospital, llama a la señora Koyama y pregunta por mí.

Asentí, a sabiendas de que no llamaría. Iba a jugar al *mahjong* y necesitaban a cuatro jugadoras. No podían continuar si faltaba una, al igual que mi hermana y yo. Nos necesitábamos el uno al otro; ¿o solo era yo?

Recuerdo haberme quedado tumbado en la cama con ese tremendo resfriado y sintiéndome muy solo. Cuando pienso en ello ahora, me avergüenzo. Pero muchos años más tarde, terminé exactamente en la misma situación. También en esta ocasión sentía que ella me había abandonado. Y tampoco esta vez volvería.

Keiko Ishida, ¿por qué siempre te has marchado sin decir una sola palabra?

Cerré los ojos y me quedé dormido.

Me hallaba delante de una mansión blanca de estilo occidental cuando sonó el timbre y la puerta se abrió. Cientos de hombres en trajes oscuros salieron en tropel del edificio, cada uno con un maletín en la mano. La repentina avalancha me pilló por sorpresa. Intenté evitar la embestida, pero resulté arrastrado cada vez más lejos del edificio.

En medio de la multitud reconocí un rostro familiar. Un hombre calvo

con un maletín desgastado; era el único otro huésped en el hotel Katsuragi.

—Disculpe —vociferé, pero no me oía y siguió caminando.

Le seguí, pero la propia cantidad de personas a mi alrededor impedía que llegase hasta él. Me rendí y me dejé llevar por el flujo de la gente hasta que sentí un suave tirón en la manga. Coletas se encontraba a mi lado y me sujetaba con fuerza la muñeca derecha.

—Eres tú otra vez —dije.

Asintió antes de soltarme la camisa.

—Espera. —Intenté retenerla—. Necesito hablar contigo.

Pero la niña ya se había alejado.

Más gente se apresuraba contra mí. Me sentí como un salmón, atrapado en una migración que iba a contracorriente. No tuve más opción que dejarme llevar por la muchedumbre. Pisé los zapatos de alguien, perdí el equilibrio y caí de rodillas. Creí que me iban a aplastar, pero el gentío a mi alrededor se esfumó sin más.

Me incorporé y vi un ataúd blanco, rodeado de hileras de dolientes. Honda, el director, Abe, Hiroko y otros profesores de Yotsuba. Todos vestían de negro. No muy lejos de mí la señora del quimono estaba sentada junto a la mujer de la limpieza. El carrito no aparecía por ningún lado.

El hombre calvo se acercó y se sentó al lado de la mujer del quimono. Abrió el maletín y sacó un pañuelo blanco.

—Siento llegar tarde —me dijo, limpiándose el sudor de la frente—. Estaba en un atasco.

Asentí.

Comenzó el funeral. Un monje budista con una toga negra se inclinó ante el féretro antes de encender un poco de incienso. Con suaves movimientos agitó el palo humeante por el aire, esparciendo un aroma dulce a almizcle.

El monje leyó el Sutra y me invitó a presentar mis respetos. Me levanté e hice una reverencia. Cogí el incienso granulado del cuenco, me lo llevé a la frente y lo solté en un quemador. A continuación, di un paso atrás e incliné la cabeza de nuevo. Coletas se acercó y me dio la mano. Tiró de mí hacia el ataúd, pero permanecí inmóvil. Se volvió hacia mí y me miró fijamente, como si me dijese: «Tienes que verlo».

Obedecí, a pesar de saber que mi hermana estaría en el féretro. Me

acerqué y vi un rostro dormido rodeado de flores. Se me cortó la respiración y me quedé paralizado.

No era el rostro de mi hermana. Era el mío.

Desperté empapado en sudor. Tenía la camiseta mojada y se me pegaba a la piel. Me la quité y fui al cuarto de baño, para refrescarme la cara con agua fría.

Levanté la vista y el hombre en el espejo alargó la mano hacia mí. Nuestros dedos se juntaron en la superficie dura y lustrosa. Oí cómo mi hermana decía con mi propia voz:

—Todo está bien, Ren. Vas a estar bien.

Cerré los ojos; volvía a tener trece años, agazapado en el salón de casa en pijama y sujetando el teléfono con fuerza.

—Me he enterado de que estás enfermo —dijo mi hermana—. ¿Estás bien? ¿Has ido al médico?

Me enfurruñé.

—¿Por qué no vienes aquí y lo ves por ti misma? Te digo que me estoy muriendo.

—Ya basta. Trae mala suerte hablar de la muerte —me reprendió—. La verdad es que yo también quiero verte, pero todavía no puedo. Necesito encontrar un trabajo y ahorrar algo de dinero primero.

—Razón de más para que vuelvas.

Se obligó a reír. Le siguió un silencio incómodo.

—Tu nuevo hogar, ¿de verdad que es mejor? —pregunté.

—No lo sé —respondió con una leve vacilación en la voz—. Solo el tiempo lo dirá.

—No debiste marcharte. Nos las arreglábamos bien aquí.

—No te preocupes, Ren. Estoy bien, y sé que tú vas a estar bien también. Tienes que confiar en mí.

No me podía creer que me estuviera diciendo eso.

—Te habría ido mejor quedándote aquí.

—¿De verdad lo crees?

No respondí.

—Oye, Ren —dijo con voz dulce—. Te llamaré todas las semanas, te lo prometo. Así que no estarás solo.

—¿Quién te ha dicho que estoy solo?

No me creía que me fuera a llamar todas las semanas, pero lo cierto es que cumplió su promesa hasta el día de su muerte.

Keiko Ishida, menuda mentirosa. Te habría ido mejor quedándote en Tokio. Y me dijiste que íbamos a estar bien.

Me sequé la cara y el cuerpo con la toalla mojada. Después, me puse una camiseta limpia. Sabía que debería volver a dormirme, pero tenía miedo de caer en otra pesadilla.

Sentado a la mesa, saqué uno de los cuadernos de mi hermana y lo abrí en una página en blanco. Tracé líneas horizontales desde el margen izquierdo hasta el extremo derecho de la hoja, una y otra vez, hasta que no quedó un solo espacio. Arranqué la hoja y repetí la operación en la página siguiente. Mi hermana era quien me había enseñado a hacer eso.

Aquel día, había tenido un pequeño rifirrafe en el colegio. Ya no recordaba qué había pasado exactamente, pero mi tutor había llamado a mi hermana y ella vino a mi cuarto para hablar conmigo.

—Cuando te sientas triste y frustrado, no te lo guardes para ti —dijo—. Tienes que escribirlo.

—Pero no se me dan bien las palabras —repuse.

—Entonces dibújalo.

La miré con incredulidad.

—Sabes muy bien que tampoco sé dibujar.

—Solo dibuja una línea. Una línea recta. Eso puedes hacerlo, ¿no?

—¿Cómo demonios va hacer eso que me sienta feliz?

—Yo no he dicho que vaya a hacerte sentir feliz. Pero desde luego te sentirás mucho mejor después de desahogarte, y no le haces daño a nadie mientras tanto. Es una forma de autoexpresión.

Mi hermana me entregó una hoja de papel en blanco y un bolígrafo. Con desgana me puse a pintar unas líneas.

—¿La verdad? No me siento nada mejor —refunfuñé.

Mi hermana no parecía escucharme. Miraba por la ventana y dijo:

—Recuerda esto, Ren. La tristeza por sí sola no puede hacerle daño a

nadie. Es lo que haces cuando estás triste lo que puede hacerte daño a ti y a los que te rodean.

Sus palabras todavía persistían en mi cabeza.

# Lo que ella no podía decir

---

—Abe me ha comentado que estás enfermo —dijo Honda—. ¿No te dije que te cuidaras la salud?

Me reí.

—No me agobies. Ya estoy bien.

Ninguno de los dos teníamos ganas de salir, así que nos inclinamos otra vez por la sopa instantánea de fideos para cenar. Vertí agua caliente en las tazas y esperé a que transcurrieran los tres minutos de rigor.

Al recordar mi sueño, pregunté a Honda:

—¿Has soñado con la misma persona más de una vez?

—Sí, con una de mis maestras de primaria. Era tan severa que me provocaba pesadillas.

—No me refiero a eso. —Busqué una mejor manera de expresarlo—. No con alguien conocido, sino con un perfecto desconocido.

Se lo pensó un poco.

—Me temo que no. Aunque una vez soñé con una extraña memorable.

—Cuéntamelo.

—Bueno, soñé que conocía a una chica en un parque. Nos llevábamos bien, y de alguna manera yo sabía que se trataba de un sueño. Pero, bueno, esa chica me gustaba. Quizá podía encontrarla en la vida real. Así que le pregunté por su nombre y prometí buscarla después de despertarme.

Interesante.

—¿Conseguiste encontrarla?

—Ahí está el problema —suspiró—. No conseguía recordar su nombre. Sabía que comenzaba por M, pero eso era todo.

—Maria, Mariko, Mai, Maki, Manna, Mina, Mika, Michi...



—Es inútil, Ishida. —Soltó una risotada áspera—. No me voy a acordar.

—Pero, ahora, ¿tienes novia?

Negó con la cabeza.

—No salgo con nadie. Solo he tenido una novia antes, y su nombre no comienza por M.

—¿En serio? ¿Solo una?

Eso parecía imposible para alguien de su edad.

—Tengo amistad con algunas chicas, pero nunca las he visto como novias potenciales. Solo esa única chica. La conocí hace unos años y estuve convencido de que era la mujer de mi vida. Pero la cosa no salió bien.

Habló con enorme gravedad, por lo que no insistí en el tema.

—¿Y tú? —preguntó Honda—. ¿Has conocido a tu chica perfecta en tu sueño?

—No tengo tanta suerte; la extraña de mis sueños es una niña de cinco años con coletas.

—Qué raro. Quizá sea alguien que hayas visto en el pasado y que no recuerdas. —Honda comprobó sus fideos instantáneos—. Vamos a comer antes de que se queden pastosos.

—Ajá.

Mientras sorbía la sopa de fideos, se me ocurrieron un par de posibilidades.

En mi dolor por la pérdida de mi hermana, podía haberme inventado a Coletas sin más. Pero Honda tenía razón y, cuanto más pensaba en ello, menos probable parecía. ¿Por qué un producto de mi imaginación invadiría mis sueños una y otra vez?

Otra posibilidad era que la niña fuese mi hermana, a la que yo no había conocido con esa edad. Coletas había aparecido tras la muerte de Keiko. Si ella conociera a quien la había asesinado, podría revelarme quién era el culpable si tuviese el poder necesario para hacerlo. Sin embargo, por alguna razón, estaba seguro de que Coletas no era mi hermana. Ambas tenían los mismos ojos vivos e inteligentes. Pero, al contrario de mi hermana, Coletas no sonreía mucho.

Se me ocurrió otra posibilidad más. ¿Y si Coletas tuviese algo que ver con los Katou y su hija fallecida? Los sueños habían comenzado después de

que me mudara a la casa del político. No tenía ni idea de cómo había muerto su hija. Pero ¿y si quería transmitir algún mensaje? Cuanto más buscaba una respuesta, más preguntas me encontraba.

—¿Crees en la reencarnación? —preguntó Honda.

—No mucho —respondí—. ¿Y tú?

—Yo no sigo ninguna religión en especial, pero sí creo en la reencarnación. Es una explicación convincente de cómo suceden las cosas. Por ejemplo, por qué alguien tiene buena suerte. Quizá fue caritativo en otra vida anterior.

—En ese caso, tú debiste de dejar tiradas a muchas chicas en tu otra vida. Se echó a reír.

—Puede ser. Pero resulta reconfortante pensar que, tal vez en mi próxima vida, pueda estar con esa chica.

—¿La de tus sueños o tu exnovia?

—Mi ex —dijo—. De ese modo sería como tener un final feliz.

Asentí con la cabeza.

Si existía la reencarnación, ¿qué clase de vida tendría mi hermana en su siguiente vida? Había sido atenta y cariñosa.

Quizá le tocase algo mejor. Nacer con unos padres que la mimasen mucho. Al conocer su afición por el *jazz*, recibiría clases de piano. Siempre había querido aprender a tocar. Después, en sus ratos libres tocaría en el salón de un hotel, donde conocería al amable director, de dulce sonrisa. Saldrían juntos durante un par de años, se casarían y serían padres de tres hijos. Ella tendría una vida larga y plena, y moriría de vieja rodeada de toda su amada familia.

Un final feliz desde luego sonaba reconfortante.

Había visto el libro en numerosas ocasiones en la biblioteca, pero nunca lo había cogido. Pensé que quizá fuera demasiado infantil. Pero ese día decidí leer un cuento de la colección de Hans Christian Andersen. Necesitaba algo con final feliz.

—Espero que no le importe que le lea un cuento infantil —dije a la señora Katou.

Como era habitual en ella, permaneció callada.

La suave brisa hacía ondear su blusa. Las puntas de los dedos sobresalían de las mangas largas. Me senté a su lado y abrí por la página del índice. Tras un momento de reflexión, elegí *La sirenita*.

Una sirenita entregó su vida en el mar para conseguir el amor de un príncipe humano. Pero cuando llegué a los últimos párrafos, recordé que la versión de Andersen concluía con la sirenita disolviéndose en espuma.

Cerré el libro. No era un final feliz, después de todo.

Sopló una nueva ráfaga de aire. Estaba refrescando, así que cerré la ventana. Al oír la tos de la señora Katou, le tendí un vaso de agua que había en la mesilla de noche y se lo coloqué en las flácidas manos. Conforme iba tomando pequeños sorbos, le cayeron las mangas hasta el codo, desvelando las venas azules bajo su pálida piel y las cicatrices en la muñeca izquierda. Algunas parecían antiguas, débiles y desdibujadas ya, pero otras eran recientes.

Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo había podido no verlo hasta ahora? Siempre llevaba mangas largas, hiciese el tiempo que hiciese.

Quince años atrás una compañera de clase de mi hermana se suicidó. Se tragó un frasco entero de pastillas y se cortó las venas de las muñecas con un cuchillo de cocina mientras yacía en la bañera. Cuando su familia la encontró, ya estaba muerta y el agua de la bañera estaba teñida de un rojo intenso. El suceso salió en los periódicos nacionales. Mi hermana dijo que en el colegio se habían puesto histéricos.

Yo conocía a la chica. Era una amiga de mi hermana que había venido a casa en dos ocasiones. Mi hermana me contó que se le daban bien los estudios y el deporte. Todo le iba bien, salvo por que su novio la había dejado por otra.

—Debió de dolerle mucho —me dijo mi hermana.

—Supongo. Se necesita un corte muy profundo para morir desangrado, y es una muerte muy lenta. Hay que ser muy valiente para suicidarse de ese modo.

Si hubiera sido yo, habría preferido tirarme desde lo alto de un edificio. Aunque no era algo que me hubiera planteado.

—No me refería a eso. Me refería al dolor que debió de sentir en su

interior. —Mi hermana se crujió los nudillos—. El problema del dolor emocional es que no puedes ver la herida. Pero está ahí. Es real.

Su tono grave me hizo sentirme incómodo.

—Oye, pareces deprimida.

Me ignoró y continuó hablando.

—Seguramente quería expresar su dolor. Era su forma de intentar comunicar sus sentimientos. Necesitaba ayuda, pero nadie se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde.

¿Eso era todo?

—Suenas como si tú también necesitaras ayuda.

—Cállate.

Me dio un empujoncito en el hombro.

Para mi alivio, mi hermana volvió a ser ella misma. En aquellos días, yo no comprendía por qué ella entendía tan bien a esa chica, ni el significado de lo que había dicho.

Le quité el vaso de las manos a la señora Katou y lo puse en la mesilla. La dejé sola y regresé a mi cuarto. Me senté en la cama e intenté deshacerme de la desazón que me invadía, pero no pude.

Incluso en el trabajo, seguía pensando en la huesuda muñeca izquierda de la señora Katou. Tenía la piel tan fina, casi traslúcida... ¿En qué pensaba? Fuera lo que fuera lo que había causado aquellas cicatrices, ¿era también la razón por la que se negaba a hablar?

Conociendo el pasado y la profesión del señor Katou, era probable que ocultara la situación de su esposa a fin de mantener las apariencias. Quizá por eso su mujer vivía enclaustrada en casa, en vez de recibir ayuda médica. Me apenaba pensar eso. ¿Acaso ella era menos importante que su carrera? Deseaba que alguien examinase su dolor antes de que terminara por desbordarse.

Sonó el timbre y me levanté. La primera clase había terminado.

—Eso es todo por hoy —dije antes de recitar las típicas frases de fin de clase—: Por favor, dejen sus trabajos aquí y asegúrense de que no se dejan nada. Y no olviden estudiar mucho.

Acostumbrados ya a esta rutina, los estudiantes recogían sus pertenencias, agarraban sus mochilas y se acercaban para depositar sus hojas de ejercicios en el escritorio. Algunos inclinaban la cabeza ante mí al dejar el aula. Pronto solo quedó una. Seven Stars se acercó a mí y dejó su trabajo encima de la pila.

—Mi padre quisiera invitarle a nuestra casa este fin de semana —dijo con tono desenfadado.

—¿Su padre? —pregunté, desconcertado por la invitación—. Pero ¿por qué?

Se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo?

La miré y ella entrecerró los ojos con gesto desafiante. Me había retado.

—Estoy libre el domingo por la mañana —respondí—. ¿Cuál es su dirección?

Boqueó, sin duda no se esperaba que fuera a aceptar tan fácilmente. Pero en una fracción de segundo recobró su habitual actitud fría.

—Usted sabe dónde es —dijo—. Pasa por delante de nuestra casa todas las mañanas cuando sale a correr.

Solté una risa forzada.

—Así que me ha visto. Aun así recorro un largo trayecto, de modo que ha de ser más específica.

—Es una de las dos casas de dos plantas al otro lado del valle. Número veintitrés.

# Días de burbujas

---

Ese domingo hice un esfuerzo por ponerme elegante: un jersey beis encima de una camisa blanca, pantalones caqui y mocasines de cuero marrones. Informé al señor Katou de que tenía una cita temprana y no podría comprar el almuerzo para su mujer. No dijo nada, tan solo asintió con la cabeza una vez.

Salí de la casa y emprendí el camino que solía hacer corriendo. Cuando me aproximé al valle, en vez de bajar por la empinada cuesta, giré hacia la zona residencial. Todas las viviendas de la urbanización parecían idénticas. Muros blancos, altos ventanales, un garaje y un jardín muy bien cuidado. Sin las placas doradas con los números habría sido difícil diferenciarlas.

Encontré la casa número veintitrés, pulsé el timbre y esperé. La puerta se abrió de par en par y apareció un hombre con gafas. Aparentaba unos cincuenta y tantos años. Debía de ser el padre, pero sus rasgos suaves y sus grandes ojos muy separados no presentaban el menor parecido con Seven Stars.

Nos miramos. Ninguno de los dos habló. Por un momento me pareció que sus ojos se abrían como platos mientras me escrutaban. No aparté los míos de él, incapaz de moverme.

—Usted ha de ser el señor Ishida —dijo al fin, esbozando una amable sonrisa—. Soy Nakajima, el padre de Rio. Gracias por venir.

Incliné la cabeza. Sería fruto de mi imaginación.

—Encantado de conocerle.

—Pase y póngase cómodo.

Me quité los mocasines y entré. La casa no era muy amplia, pero sí acogedora. Tampoco había muchos muebles; sin embargo, la decoración resultaba agradable desde un punto de vista estético. Una gran estantería de

madera separaba el salón del vestíbulo, la escalera y la puerta de la cocina.

—Siéntese, señor Ishida.

Obedecí, buscando a Seven Stars con la mirada. No había rastro de ella. Me puse cómodo y esperé a que el señor Nakajima hablase.

Sacudió la cabeza y suspiró.

—Me he enterado de lo que sucedió en el supermercado. Uno de los agentes de policía es amigo mío y vio el nombre de Rio en el informe diario de faltas. Al principio no me lo creí. ¿Cómo podía robar mi hija? Solo tiene diecisiete años, y le doy suficiente paga. Pero cuando le pregunté a ella, no lo negó.

De modo que de esto trataba la invitación.

—Dejaron que se librara solo con una amonestación verbal, ya que no la sorprendieron in fraganti. Por suerte, un conocido de la familia es un cargo en la policía de aquí y consiguió convencer a su compañero de no archivar los datos de Rio. En cualquier caso... —Se inclinó ante mí—. Muchas gracias por ayudar a mi hija. Estoy en deuda con usted.

—No fue nada. —Me sentía incómodo—. Me pareció que era lo que tenía que hacer como profesor suyo.

—Es mi fracaso como padre. Es mi única hija, y la he malcriado demasiado. A partir de ahora seré más estricto.

Me reservé mi opinión. Conociendo el fuerte carácter de la joven, no se portaría bien solo por una reprimenda de sus padres.

—¿Ha desayunado, señor Ishida? —preguntó el señor Nakajima.

—Me tomaré un sándwich más tarde —respondí.

—¿Por qué no me permite que le prepare yo unos sándwiches?

Titubeé.

—Por favor, no se moleste.

—No es ninguna molestia. Además, tengo que preparar el desayuno para Rio y para mí de todas maneras —continuó—. ¿Prefiere pollo o atún?

Parecía decidido, así que accedí.

—Cualquiera me va bien.

—Entonces prepararé un surtido de cada. ¿Y para beber? ¿Café? ¿Té?

—Café, por favor, sin azúcar.

Se dirigió a la cocina y me dejó solo. Sin nada que hacer, miré a mi

alrededor distraídamente. Unas fotografías colgaban alineadas de las paredes; conté veinticinco en total. Impresas a tamaño de veinte por veinticinco centímetros, estaban enmarcadas en madera negra y en la mayoría de ellas aparecían mujeres. Unas pocas eran de comida, accesorios de moda y artefactos electrónicos. Supuse que el señor Nakajima sería el fotógrafo, pero no me había dado la impresión de que tuviera temperamento artístico.

Oí unos tintineos, seguidos del sonido del molinillo de café. El señor Nakajima volvió con una bandeja repleta de sándwiches y dos tazas de café.

—Café solo y largo —dijo, depositando la taza ante mí.

Le di las gracias y tomé un sorbo. Estaba cargado. Sentaba bien tomarse una taza de café recién hecho después de semanas de beber café instantáneo. Cogió el primer sándwich y yo lo imité. Los había cortado en trozos pequeños y uniformes y los había sujetado con un palillo.

—¿Es usted fotógrafo? —pregunté.

Sonrió.

—¿Qué le hace pensar eso? ¿Las fotografías?

—Ajá.

—Se equivoca, señor Ishida. Son de mi mujer.

Quería preguntarle cuál de ellas, ya que mostraban a diferentes mujeres, pero no quería ser maleducado, así que me callé.

—Está en todas esas fotografías, de un modo u otro —explicó—. Mi mujer es modelo de manos.

—¿Modelo de manos? —Nunca había oído hablar de eso, pero me vino a la cabeza la imagen de Seven Stars, sujetando un cigarrillo entre sus preciosos dedos con la mirada vacía suspendida en la lluvia.

—Sí, una especie de doble de cuerpo, pero solo de manos.

Me expuso un recorrido de los momentos más destacados de su carrera. Había sido portada de tal revista de moda y sus manos habían sustituido a las de esas famosas supermodelos y actrices. Algunos nombres me sonaban, pero no conocía a la mayoría. Nunca me había interesado por la cultura del famoseo.

—Su mujer tiene un trabajo interesante —dije cuando terminó de hablar—. ¿Cómo llegó a este oficio? ¿Ya era modelo?

—No, era un ama de casa corriente. Un agente reparó en ella en el



supermercado y la convenció para que probara suerte —explicó el señor Nakajima—. Al principio, lo hizo por diversión. Era una agradable válvula de escape, una actividad propia. Después, consiguió un trabajo en una campaña nacional de jabón de manos y su fama se disparó. ¿Le suena la empresa Matsuyama?

—¿El jabón de leche?

—Sí, ese mismo. Después de aquello, fue muy solicitada y ganaba más que yo. Yo solía trabajar de comercial, pero no estaba hecho para ese oficio. Cuando sus ingresos duplicaron los míos, se le ocurrió que intercambiáramos los papeles. Ella disfruta con sus trabajos y yo no puedo permitir que se le estropeen las manos con las tareas domésticas, así que estoy encantado de encargarme de ellas.

—Suena a un acuerdo excelente.

—Desde luego. Yo soy más hogareño, y mucho mejor cocinero —añadió—. La mayoría de la gente encuentra este arreglo un tanto peculiar, pero he aprendido a que no me importe lo que piensen. No se puede complacer a todo el mundo.

—Lo importante es que ambos sean felices.

Respondió con un pensativo asentimiento de cabeza.

Tomé otro sorbo de café.

—¿Está su hija en casa?

—Está en su cuarto —contestó—. Le pedí que no saliera al principio porque quería hablar con usted a solas.

—¿Hay algo más que yo pueda hacer?

Carraspeó.

—A decir verdad, me estaba preguntando si mi hija iba bien.

—Sí, sus notas están por encima de la media. Debería de poder ingresar en una buena universidad.

—No me preocupan sus resultados académicos. —Desvió la mirada—. Me preocupa más cómo se lleva con sus compañeros. Nunca habla de sus estudios y no conozco a ninguno de sus amigos. Una chica de su edad debería relacionarse más, ¿no cree? Invitar a amigas a quedarse a dormir en casa y ese tipo de cosas.

No estaba seguro de cómo responder, así que me quedé mirando el café.

—Puede que le esté dando demasiadas vueltas —dijo.

Necesitaba cambiar de tema.

—¿Se parece su hija a su mujer?

El señor Nakajima sonrió, de nuevo relajado.

—Lo pregunta porque Rio y yo no nos parecemos en nada.

Bueno, no podía negarlo.

—Mi mujer es la guapa. Mi hija ha salido a ella —explicó—. Algunas agencias de modelos han intentado contratar a Rio, pero no está interesada. Es una pena. Tiene un gran potencial.

—¿Le gustaría que siguiera los pasos de su mujer?

—Podría ayudarla a abrirse —dijo—. Es una buena chica, pero vive en su mundo. No deja que nadie se le acerque mucho. Me preocupa lo que será de ella en el futuro.

—Quizá prefiera ser reservada.

—Sí, puede ser... —marmulló—. En realidad, Rio hizo una prueba como modelo. Un amigo mío, diseñador de joyas, le pidió que posara para el catálogo de su tienda. Si le digo la verdad, me sorprendió que aceptara. Es una pena que las fotografías aún no estén listas, me habría encantado enseñárselas.

Recordé lo que Maeda me había dicho, que había visto a Seven Stars salir de una joyería con un hombre mayor. Así que ese mero incidente había lanzado el rumor acerca de Seven Stars y los hombres mayores, sin duda agravado por el hecho de que a menudo faltaba a clase.

—¿Puedo servirle más café, señor Ishida?

—Muchas gracias, pero estoy bien.

—Entonces quitaré la mesa y pediré a Rio que le salude.

El señor Nakajima se levantó, se alejó con la bandeja y desapareció detrás de la estantería de madera. Oí cómo llamaba a su hija. Seven Stars apareció con un top de punto holgado y unos pantalones cortos. Tenía el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza.

—Está aquí —dijo, asomando la cabeza detrás de la estantería para comprobar si su padre estaba cerca—. Acompañeme.

Me levanté a regañadientes y la seguí. La zona del comedor se encontraba detrás del tabique. Detrás de la puerta acristalada que la separaba de la

cocina, divisé al señor Nakajima fregando los platos.

—Vuelva a la tierra —susurró Seven Stars.

Me condujo escaleras arriba, abrió una puerta y tiró de mí dentro de su habitación. Era una habitación muy de chica, sorprendentemente, con las paredes de un color rosa pastel. Había una cama individual cubierta de peluches, un escritorio lleno de libros y figuras de *anime*, y un armario blanco con un espejo de cuerpo entero al lado. Había decorado los muebles con pegatinas de purpurina.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse ahí parado? —preguntó Seven Stars mientras se sentaba en la cama.

—No debería llevar a hombres a su habitación. —Me quedé donde estaba pero dejé la puerta abierta—. Podría dar una idea equivocada a la gente.

Soltó una risita.

—No se preocupe, los viejos no cuentan.

—La edad no es más que un número —dije—. ¿Dónde está su madre?

—No volverá en mucho tiempo. Se largó de casa hace un par de semanas. Nos abandonó a mi padre y a mí.

Me impresionó su capacidad para hacer una broma tan pesada sin torcer el gesto. Saqué la silla giratoria y me senté ante el escritorio; era el único asiento disponible en toda la habitación.

El escritorio estaba junto a la ventana. Estaba abierta, pero todavía persistía un leve olor a tabaco. Me la imaginé de pie junto a ella, llevándose un cigarrillo a los labios con gesto lánguido. La voluta de humo blanco se arremolinaba a su alrededor antes de desvanecerse con el viento.

Apoyé el codo en la mesa y miré afuera. Tenía una vista despejada de la calle. La ventana daba al lugar donde mi hermana había sido asesinada. Pensé en la noche en que me tumbé en medio de la calzada bajo la lluvia torrencial. Quizá me había visto, aunque lo dudaba. Era muy tarde, y hacía un tiempo horrible.

—¿Quiere ver algo interesante? —preguntó Seven Stars.

Abrió un cajón debajo de la cama. Me acerqué para verlo mejor. Dentro había cientos de paquetes de chicles de distintas marcas, todos sin abrir.

—Está loca —exclamé—. ¿Los ha robado todos?

Asintió, con gesto impávido.

No podía adivinar qué pensaba. ¿Estaba orgullosa de su hazaña?

—Fíjese con atención, señor Ishida. Algunos no se encuentran en Japón. —Sacó uno de los paquetes. Tenía un dosificador circular amarillo con una cara dibujada—. Conseguí este en Copenhague.

—Deben de gustarle mucho los chicles —dije—. O le falta un tornillo.

—O ambas cosas —repuso.

—O ambas cosas —repetí—. Esa cantidad es de locos. ¿Puede siquiera terminárselos antes de que caduquen?

—Nunca he abierto ninguno. Me imagino que algunos ya habrán caducado. —Con la mano derecha removi6 los paquetes—. Comencé esta colección a los doce años, así que son ya seis años de esfuerzo.

—¿Por qué lo hace? ¿Le gusta coleccionar chicles?

—No especialmente. Solo tengo una necesidad apremiante de llevarme cosas que no me pertenecen.

—¿Cleptómana?

—Puede ser —dijo con aire despreocupado—. O simple curiosidad. No lo sé.

Eso suponía un nivel de curiosidad nada sano.

—¿Por qué chicles?

—¿Por qué no? Los hay en todas partes y son pequeños, una de las cosas más fáciles de robar. —Cogió un paquete y le dio vueltas con los dedos—. La primera vez que robé fue en un supermercado de barrio cerca de mi colegio.

—En los delitos en serie, el primero suele cometerse por impulso.

—Es cierto —dijo—. ¿Dónde aprendió eso?

—En una serie de televisión.

—Ajá. —Seven Stars me miró a los ojos—. Bueno, la primera vez que lo hice, me sentó de maravilla, así que terminé por volver a hacerlo. La segunda vez fue igual, me sentó fenomenal. No tanto como la primera vez, pero aun así fue una sensación agradable. Una cosa llevó a la otra y se convirtió en una costumbre. Ahora soy una ladrona de chicles en serie.

—Es usted retorcida.

—¿Y qué hay de usted, señor Ishida? ¿Ha sentido alguna vez la imperiosa necesidad de robar algo?

—No.

—¿Nunca ha robado nada en toda su vida? ¿Ni siquiera una vez? —Soltó el paquete de chicles de nuevo en el cajón—. No me engañe. Seguro que ha habido al menos una vez. Como, por ejemplo, robarle la novia a alguien. O llevarse el bolígrafo de otro profesor. Eso también cuenta, ¿sabe?

Tomé un tiempo para reflexionar. Tenía muchos defectos, pero robar iba en contra de mis principios. Entonces recordé que había robado alguna vez, sin querer.

—De acuerdo, una vez me llevé algo.

Sonrió.

—Ahora que lo cuenta, ¿qué robó?

—Un coche.

Se le iluminaron los ojos.

—¿Me toma el pelo? ¿Uno de verdad?

No estaba de broma, aunque ojalá lo estuviese.

—Sí, un coche de verdad. Un Toyota Célica. Un cupé amarillo.

—Qué cochazo. Supongo que acabó en la cárcel, ¿verdad?

—Una amiga y yo nos lo llevamos para dar una vuelta. Lo dejamos después donde había estado aparcado. El dueño nunca supo que nos lo habíamos llevado.

Su entusiasmo se desvaneció.

—Eso es tomar prestado, no robar.

—No deja de ser un robo —insistí—. Cuando uno toma algo prestado, le pide permiso al dueño primero. Mi amiga y yo nos lo llevamos sin su consentimiento.

—El dueño no perdió nada. Devolvieron el coche, ¿no?

—Eso no quita que fuese un delito. Que el coche permaneciera desaparecido o no, esa no es la cuestión.

—Está bien, está bien —aceptó—. Vamos a contarlo como un robo. ¿Hace cuánto tiempo de eso?

—Yo tenía diecisiete años.

—No me puedo creer que usted fuera mejor ladrón que yo a mi edad. En serio, robar un coche. Supongo que estoy aprendiendo de un maestro.

Hice caso omiso de sus comentarios sarcásticos.

—¿Así que le gustan los coches deportivos, señor Ishida?

—Como a la mayoría de la gente, ¿no?

Se encogió de hombros.

—A mí no. Me mareo. En todos los coches, no solo en los deportivos.

—¿Se mareo? ¿Entonces no puede viajar en coche?

—Puedo, si lo quiero de verdad, pero procuro evitarlo. No hay necesidad de torturarse —dijo—. ¿Por qué no me cuenta toda la historia del Gran Robo del Toyota Célida?

Negó con la cabeza.

—No es algo de lo que me enorgullezca.

—Entonces, ¿por qué lo hizo? —preguntó.

—Fue idea de mi amiga, para celebrar mi cumpleaños.

# Un Toyota Célica amarillo chillón

---

La amiga a la que me refería, estrictamente hablando, no era realmente una amiga.

Un verano, mientras estaba en el instituto, trabajé como repartidor de *pizzas*. La conocí cuando entregaba un pedido en un apartamento en Den-en-chōfu. Yo estaba en el vestíbulo, a su lado, esperando el ascensor.

La chica parecía más joven que yo. Tenía una melena corta, que hacía que llamara la atención. La mayoría de las chicas de mi colegio llevaban el pelo largo. Me pareció que tenía estilo con ese corte de pelo, aunque era demasiado delgada como para considerarla atlética. La fina camiseta presentaba manchas de transpiración, dejando entrever las marcas del sujetador. Se enjugó el sudor de la frente y se volvió hacia mí. Yo no quería que pensara que le estaba mirando los pechos, así que rápidamente desvié la mirada hacia otro lugar. Resultó que mis ojos se posaron en el aparcamiento exterior.

Era una tarde entre semana, por lo que muchas de las plazas estaban vacías. Pero como el apartamento estaba situado en una urbanización de lujo, unos pocos y elegantes vehículos permanecían allí.

—¿Te gusta ese Honda cupé? —preguntó.

Solo había un coche deportivo en todo el aparcamiento, pero no era un Honda.

—¿El amarillo? —pregunté.

—Sí. Es el que estás mirando, ¿no?

—Es un Toyota Célica.

—Entiendo —murmuró—. Sabes mucho de coches.

Eso era porque Jin, mi compañero de clase, se había pasado un año entero obsesionado con los coches. Llevaba docenas de revistas de automóviles al instituto, y yo, sin darme cuenta, fui adquiriendo conocimientos.

—¿Crees que el ascensor está estropeado? —La chica pulsó el botón una y otra vez—. Llevamos esperando mucho rato.

No contesté. No tenía ganas de hablar. Se suponía que iba a ser un día especial. Y ahí estaba yo, sudando en mi áspero uniforme de repartidor de *pizzas* junto a una chica impaciente.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron al fin, salieron dos trabajadores con un piano colocado en vertical. Debía de ser la razón de la tardanza. Un chico bronceado salió tras ellos. Era un repartidor de la misma cadena de *pizzas* que yo. Salió mientras la chica y yo entrábamos.

—¿Ishida? —Me miró sorprendido—. Pensé que librabas hoy.

—Cambio de planes —repuse—. Cogí el turno de la mañana.

—En fin, feliz cumpleaños. Pásalo bien en tu cita de esta noche.

Esboqué una sonrisa forzada y pulsé el noveno piso. Me volví hacia la chica y pregunté:

—¿A qué piso vas?

—Al mismo que tú —respondió.

Los números en el panel fueron subiendo. Se detuvieron en el nueve y las puertas se abrieron.

Mantuve pulsado el botón.

—Tú primero.

—Deja que lo adivine —dijo—: tu novia te ha dejado tirado, así que te has ido a trabajar.

Su franqueza me dejó atónito, pero no pude refutar sus palabras.

—Pobrecito —continuó, aunque su gesto serio no acompañaba sus palabras—. A ver qué te parece esto: me aburro y no tengo planes para hoy. Cuando termines tu turno, ¿por qué no pasamos un rato juntos? Te prometo que será divertido.

No me esperaba que me invitase a salir, pero no me quejé. Era bastante atractiva. Más guapa que la mayoría de las chicas de mi instituto, incluida mi reciente exnovia. Su proposición parecía demasiado buena para ser verdad, pero no me importaba. Aunque fuese una locura salir con una chica que



apenas conocía, era mucho mejor que quedarse solo en casa el día de mi cumpleaños.

—En cuanto entregue esto, habré terminado por hoy —dije.

—Excelente. —Me dirigió una sonrisa de satisfacción—. Mientras tanto, deja que vaya a por algo. Quedamos aquí en cinco minutos.

Giró a la derecha y yo a la izquierda. Entregué la *pizza* a un joven que se quejó de que había tardado mucho en llegar. Me disculpé y no tuve más remedio que aguantar su bronca. Seguía y seguía, quejándose de que la *pizza* estaba fría. Ni siquiera era verdad. La *pizza* aún estaba caliente cuando llegué, pero pasó tanto tiempo reprendiéndome con la cantinela que se había enfriado. Al fin cerró la puerta en mis narices. Uno de los muchos riesgos laborales de todo repartidor de *pizzas*.

Al volver al rellano, esperaba encontrarme con la chica, pero no estaba. Aguardé otros diez minutos. ¿Se había cansado de esperar y se había marchado? Estaba a punto de rendirme cuando al fin apareció.

—Siento la tardanza —dijo, mientras pulsaba el botón de bajada.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunté.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos.

—Deja de quejarte. —Pulsó el botón de la planta baja—. Deberías darme las gracias, tengo un regalo de cumpleaños.

¿En serio?

—No hace falta.

—No seas tonto. No puedes rechazar un regalo. Es de mala educación.

La puerta se abrió y salimos.

Sacó una llave con el logo de Toyota del bolsillo de su pantalón corto y lo agitó ante mí.

—Te gusta, ¿verdad?

Me quedé pasmado. Tenía que ser una broma.

La chica se dirigió directamente hasta el cupé amarillo que estaba aparcado y abrió una de las puertas.

—¿Qué te parece?

Tenía la mente en blanco.

—Sube, pizzero.

Me dirigí al asiento del copiloto mientras ella se instalaba al volante. El

coche era más bajo de lo que me había imaginado. No tenía mucho espacio para las piernas, pero los accesorios eran de lujo. Acaricié con los dedos el suave asiento de cuero.

—¿Es el coche de tu padre? —pregunté al fin.

—No, pertenece a Gouda —respondió.

¿Quién era ese?

—¿Y te presta su coche?

—No se lo he preguntado.

—¿Qué?

—¡No grites! —Me mandó callar—. Me haces daño a los oídos. Y no te preocupes. Este Gouda no es más que un niño malcriado. Siempre está borracho y nunca cierra la puerta con llave. Cualquiera puede entrar y llevarse las llaves del coche. Es un milagro que nadie, aparte de mí, le haya saqueado la habitación todavía. Es una presa fácil.

«Y tú, ¿no eres una niña malcriada también?», tenía ganas de decirle, pero, por supuesto, no lo hice.

La chica arrancó y el motor rugió.

—¿Qué haces? —alcé la voz—. No estarás pensando en conducir esto, ¿verdad?

Arqueó las cejas.

—Los coches sirven para ser conducidos. No me digas que solo quieres quedarte aquí sentado con el aire acondicionado puesto.

—No me lo puedo creer. ¿Cuántos años tienes?

—Cumplo los quince este año.

—Ni siquiera tienes carné de conducir.

Puso los ojos en blanco.

—Claro que no. Con quince años eres demasiado joven para sacarte el carné en Japón.

Soltó el freno de mano. Era demasiado tarde para preguntar, pero...

—¿Sabes conducir? —pregunté.

—Por supuesto —contestó—. Practico casi a diario.

Metió primera y salió del aparcamiento. Tenía una conducción brusca. El coche dio unas sacudidas y yo maldije.

—Cállate, pizzero —siseó—. Llevo conduciendo dos años, así que

siéntate y relájate.

—¿Y dónde has estado conduciendo exactamente?

Me arrepentí de la pregunta en cuanto oí la respuesta.

—Al final de la calle. —Pisó el acelerador—. En los recreativos.

Pensé que iba a morirme el día que cumplía diecisiete años, pero no.

—Mi novio me dejó conducir su coche un par de veces —dijo la chica.

Eso no estaba tan mal. Al menos tenía algo de experiencia.

—Entonces, ¿qué haces conmigo? Deja que lo adivine. Te ha dejado.

Le estaba tomando el pelo, pero ella permaneció callada, así que debía de ser verdad. Me sentí mal por decirle eso, pero no podía retractarme. Me resultaba todavía más violento disculparme.

Nos detuvimos en un McDonald's para pedir comida para llevar y nos dirigimos a Yokohama. Se detuvo en una playa tranquila antes de llegar a la ciudad. Nos bajamos los dos del coche. Se quitó los zapatos y corrió descalza hasta el mar. Me senté en la arena cálida, disfrutando de la brisa mientras contemplaba cómo pateaba las olas.

Cuando se cansó, vino a sentarse a mi lado. Nos comimos una hamburguesa doble con queso mirando el océano. La puesta de sol tiñó la playa de cálidos tintes dorados.

—¿Crees que Gouda nos habrá denunciado a la policía? —pregunté, arrugando el envoltorio.

Negó con la cabeza.

—No se va a despertar antes de mañana al mediodía.

Salvo ese intercambio, permanecimos en silencio. Supuse que ambos necesitábamos compañía, pero ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Solo queríamos estar con alguien para dejar de estar solos.

Cuando oscureció, volvimos a Tokio.

Al contemplar su perfil mientras conducía, sentí una extraña conexión con esa chica. Su cara no expresaba nada especial, pero se la veía sola. Quizá fuese el reflejo de mi propio estado de ánimo.

Cuando el coche se detuvo en un cruce, puse mi mano sobre la suya, que descansaba en la palanca de cambios. No se inmutó. El semáforo se puso en

verde y aparté la mano. Ella cambió de marcha y el coche avanzó.

Llegamos al complejo residencial sobre las nueve. Ahora la mitad del aparcamiento estaba lleno, pero la plaza de antes permanecía vacía. Tras devolver el cupé amarillo, caminamos hasta la parte trasera del edificio, donde había dejado mi bicicleta.

—Gracias por lo de hoy —dije, mientras quitaba la cadena.

—De nada —respondió—. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí. —Había sido especial. Aunque no tenía intención de volver a hacer algo así de peligroso nunca más—. No lo olvidaré jamás.

Sonrió.

—Genial.

Empujé la bicicleta por la verja y ella me siguió. Una vez fuera, me subí a la bicicleta y la miré. Se despidió con la mano.

—Sé que el orden no es el correcto, pero no nos hemos presentado. —Extendí la mano—. Me llamo Ren Ishida.

Se cruzó de brazos y desvió la mirada. Incómodo, retiré la mano.

—Eres un buen tipo, Ren —dijo—. Si nos volvemos a ver alguna vez, te diré mi nombre.

—Entonces solo tengo que presentarme aquí mañana.

—No es tan fácil. No vivo aquí.

—¿Y dónde vives?

Sin contestarme, dio media vuelta y entró en el bloque. Esperé hasta perderla de vista. No miró atrás.

Después de aquel día, no la volví a ver. Y nunca le había hablado de ella a nadie.

—Su amiga parece divertida —dijo Seven Stars.

Sonreí.

—Sí. Estaba loca.

—¿Era su novia?

—No.

—¿Es guapa?

Intenté evocar sus rasgos, pero solo recordaba vagamente el aspecto que

tenía.

—¿Le gustaba, señor Ishida? —preguntó Seven Stars.

—Digamos que despertó mi interés. No todos los días se conoce a una chica que sabe robar un coche.

Puso los ojos en blanco.

Carraspeó.

—¿Hasta cuándo tiene previsto robar chicles?

—¿Me está sugiriendo que suba de categoría y robe coches deportivos?

—preguntó—. Aunque dejaré de robar si me lo pide con buenas maneras.

—Por favor, deje de robar, señorita Rio Nakajima.

—No había terminado. Decir eso resulta demasiado fácil.

Suspiró.

—¿Qué más quiere?

—Que me invite a almorzar.

Tenía que estar de broma.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque usted es mi profesor, y los profesores deben cuidar de sus alumnos.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Primero tengo que cambiarme, pero podemos quedar a las doce en punto en el quiosco. —Cerró el cajón—. Esperaré allí hasta que venga.

—Espere, yo...

Antes de que pudiera objetar nada, se levantó y salió de la habitación. Como no quería permanecer allí solo, salí tras ella. El señor Nakajima nos vio, pero no dijo nada sobre el hecho de que hubiera estado en la habitación de su hija. Le di las gracias por su hospitalidad y me marché.

Mientras paseaba por el barrio para matar el tiempo, pensé en la chica del Célica.

Cuando el coche se detuvo en el cruce, la luz ambiental había iluminado su pálida piel, resaltando sus rasgos delicados. Mi mano descansó sobre la suya, pero ella no dijo una sola palabra ni me miró. Ni siquiera se inmutó. Su cuerpo estaba allí, pero su mente no.

Aquella noche, los dos estábamos solos, aislados en medio de las deslumbrantes luces de Tokio.

# Yo solo he querido ser feliz

---

Seven Stars esperaba de pie, sola, en el quiosco. Llevaba un vestido de algodón blanco y alpargatas. Tenía el pelo recogido en una coleta alta, que resaltaba su fino cuello. Ese estilo más femenino le favorecía. Al verme, sonrió.

—¿Qué habría pasado si no hubiese venido? —pregunté.

—Eso era imposible —respondió—. Usted no es del tipo de persona que incumple una promesa.

—No hice ninguna promesa. Usted decidió todo sin preguntar —repuse—. Bueno, ¿y qué le apetece comer?

—Prefiero que lo decida usted.

Sabía que esto sucedería, así que había llamado a Honda desde una cabina un poco antes para pedirle que me recomendase algún sitio.

—Un sitio acogedor para comer... ¿Como para una cita? —preguntó.

—En realidad no —dije. Cuanto menos supiera, mejor—. Es solo una amiga.

—¿En qué clase de sitio estás pensando?

—¿Algo informal? Preferentemente cerca de Segayaki, y con buena comida.

Se lo pensó un momento antes de decir:

—Sé de un sitio que podría encajar.

Llegamos a un restaurante occidental que, según Honda, «no es demasiado concurrido y tiene una carne deliciosa». Solo estaba a veinte minutos andando del quiosco. Incluso los fines de semana el lugar estaba medio vacío. Seven Stars eligió una mesa cuadrada, la más alejada de los

demás comensales. Nos sentamos el uno frente al otro.

—¿Por qué quiere sentarse en un rincón? —pregunté. Daba la impresión de que estábamos buscando un sitio apartado. Si nos veía cualquier persona de Yotsuba, se haría una idea equivocada.

—No me gusta tener a gente a mi alrededor —respondió—. Resulta demasiado difícil mantener una conversación de verdad. Todo el mundo se calla y escucha lo que dicen los demás. Además, ¿por qué lo pregunta? ¿Acaso importa?

—No pasa nada, si usted está a gusto.

—Lo estoy —dijo, echando un vistazo a la carta—. ¿Qué está rico aquí?

—Las costillas de cerdo no están mal; el solomillo tampoco. Ambos vienen con guarnición.

Seven Stars entornó los ojos.

—¿Ha estado aquí antes?

—No. —Solo repetía las palabras de Honda.

Entrelazó las manos.

—Estoy impresionada, señor Ishida. Ha hecho los deberes, para ser reacio a salir a almorzar.

—Solo pida la comida —dije.

—Puesto que se ha tomado tantas molestias en buscar un sitio, dejaré que decida usted.

—Podría lamentarlo.

—Lo dudo.

Llamé al camarero y pedí las costillas de cerdo para mí y el solomillo para Seven Stars.

—¿Y para beber? —preguntó.

Miré a la chica, pero ella solo se encogió de hombros.

—Dos vasos de agua; eso será todo.

El camarero con gafas repitió lo que habíamos pedido antes de desaparecer en la cocina.

Seven Stars se inclinó hacia mí.

—Señor Ishida, ¿por qué decidió dar clases en Yotsuba?

—Por ninguna razón en especial —mentí, al no querer mencionar a mi hermana—. No tengo planes para después de graduarme y la paga es decente

para el trabajo que se me ofreció, así que ¿por qué no?

Ladeó la cabeza.

—¿No había otra profesión que le hubiese gustado ejercer?

Negué con la cabeza.

—Ojalá la hubiese.

—¿En qué universidad se ha graduado?

—Keio.

Abrió los ojos como platos.

—¿Ha ido a una universidad prestigiosa y no tenía planes para después de graduarse? No quiero ser grosera, pero vaya inútil.

Me eché a reír.

—Está siendo grosera.

—¿Qué ha estudiado?

—Literatura británica y norteamericana.

—¿Por qué?

—No sabía qué elegir, así que escogí las mismas asignaturas que mi hermana, aunque ella no terminó el grado.

Asintió.

—O sea que tiene complejo de hermana.

—No, en absoluto —objeté—. Solo que no me atraía ningún campo de estudio en particular.

—Estar confundido, sin saber qué estudiar en el futuro, pensé que era algo exclusivo de los adolescentes. Pero usted ya es mayorcito y está tan perdido como yo.

Suspiré. No pensaba que tener veintitantos años me clasificara como mayorcito.

El camarero regresó con dos vasos de agua y guardamos silencio. En cuanto se marchó, Seven Stars reanudó la conversación.

—La semana pasada, la academia nos hizo una encuesta de orientación profesional —explicó—. Se supone que debemos nombrar tres trabajos que nos gustaría hacer, pero no sé qué poner. Sigo en blanco.

—¿Hay alguna cosa que le guste hacer? ¿Una afición, quizá?

Negó con la cabeza.

—¿Y algún sueño de infancia? —pregunté.



—No tenía ninguno —dijo—. Yo solo he querido ser feliz.

—Eso es demasiado impreciso.

—¿Y usted? ¿Algún sueño de infancia?

Me arrepentí de haber sacado el tema.

—Quería ser futbolista.

—¿Y qué le pasó a su sueño?

—Soy bastante bueno, pero no lo suficiente como para ser jugador profesional.

—Qué pena —dijo—. Yo esperaba descubrir tarde o temprano lo que quiero ser y tenerlo todo claro. Ahora veo que no es tan sencillo.

—Yo tuve el mismo problema con la encuesta de orientación profesional cuando tenía su edad. Sabía que no iba a jugar en la liga japonesa, pero no había nada más que me apeteciera hacer. Terminé consultando a mi hermana.

—¿Qué dijo?

—Me dijo que pusiera unas profesiones respetables para que mi profesor no llamara a nuestros padres.

—¿Y qué escribió?

—Médico, abogado e ingeniero —respondí.

Seven Stars se echó a reír.

—Quizá deba hacer lo mismo. Contable, secretaria y trabajadora social. ¿Qué le parece?

—No la imagino a usted trabajando en una oficina, pero estoy seguro de que su profesor no se quejará.

Levantó la mirada hacia mí.

—¿Qué me imagina haciendo?

—Creo que seguirá un camino poco convencional —respondí—. De todos modos, vaya paso a paso. Al menos eso es lo que yo hago.

Asintió, por lo visto satisfecha con mi precario consejo. Cambiando de tema, dijo:

—Le vi con su novia el otro día.

Eso era imposible.

—¿Qué?

—Estaban en la cafetería cerca de Yotsuba.

Negué con la cabeza.

—Esa mujer solo es una amiga.

—¿De veras? —Arqueó las cejas—. Se los veía muy acaramelados.

—Le estoy diciendo que no es mi novia.

—Está bien, está bien —dijo—. Entonces sí tiene novia.

—¿Tengo que contestar a eso?

—¿Alguna razón para no hacerlo?

—Es complicado ahora mismo.

Fingió comprensión.

—Ah, está al borde de la ruptura.

—No lo estamos —respondí—. Pero le agradecería que dejara de preguntar por ella.

Mi respuesta pareció disgustar a Seven Stars.

—Sea sincero, señor Ishida. ¿Cuántas novias ha tenido?

Hice un rápido cálculo mental.

—Ocho, quizá.

—¿Cómo que «quizá»? Y ocho... Eso son muchas.

—¿Qué esperaba? Tengo veinticuatro años.

Ladeó la cabeza.

—¿Cuántos novios cree que he tenido yo?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Adivínelo —insistió.

—No lo sé. —Tomé un sorbo de agua—. Es joven, pero atractiva. ¿Tal vez cuatro o cinco?

Sonrió, pero no me corrigió. En cambio, siguió haciéndome preguntas.

—¿Cuánto hace que sale con su novia actual?

—Unos cuatro años.

—¿Y qué le gusta de ella?

Otra pregunta complicada.

Nae siempre se amoldaba a las necesidades de los demás. No pedía mucho y era fácil llevarse bien con ella. Ante todo, sabía que me quería. Pero ¿solo salía con ella porque era buena chica y estaba enamorada de mí?

Lo sopesé un momento.

—Quizá su rostro mientras duerme.

—¿Qué?

—Tiene un gesto apacible cuando duerme. Me siento a gusto mirándola.

—O sea que tiene una obsesión sexual con las chicas dormidas.

—Lo dudo —respondí—. Alguien que conozco nunca despertó de su sueño.

Su sonrisa se desvaneció y enmudeció. Supuse que sabría a quién me refería. Miré hacia la cocina, preguntándome si nuestros platos estarían listos pronto. Si hubiera estado en Tokio, ya habría terminado de comer.

—¿Tiene hambre, señor Ishida?

—No, estoy bien.

—Entonces, ¿por qué no deja de mirar hacia la cocina en vez de mirarme a mí?

—Es una mala costumbre que tengo —expliqué—. No puedo mirar a los ojos a la persona con la que estoy hablando.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Me parece que mirar fijamente es de mala educación.

—No, lo que es de mala educación es no mirar a la persona con la que se está hablando.

—No resulta evidente que miro hacia otro lado. Puedo mirar su pelo, o el paisaje que hay detrás de usted. La mayoría de la gente no nota la diferencia. De hecho, usted es la segunda persona que lo ha advertido.

—¿Su novia fue la primera?

—No, fue mi hermana.

Un breve silencio siguió antes de que preguntara:

—¿Y le resulta difícil ser profesor entonces? ¿Desde cuándo ha sido usted así?

—No lo sé. Me di cuenta de ello a los diez años. Quizá siempre fui así, pero no lo sabía.

Esta conversación me hacía sentir incómodo. Por suerte llegaron nuestros platos. El mismo camarero de antes depositó todo en la mesa. Las raciones eran enormes y la comida tenía un aspecto delicioso. Ataqué mis costillas de cerdo, pero Seven Stars no tocó su filete.

—¿Le ocurre algo a su plato? —pregunté.

Negó con la cabeza y me miró a los ojos.

—Míreme. ¿Tan difícil es?

No me apetecía seguir discutiendo ese tema.

—¿Puede comer ya, por favor?

No se inmutó.

No se me ocurría nada más que decir, así que me puse a cortarle el filete en trozos pequeños.

—¿Qué hace? —preguntó Seven Stars.

No levanté la vista.

—Le ayudo a cortar la carne.

Se echó a reír.

—Por esta vez le perdono, porque me gusta cuando la gente me corta la comida.

—O sea que le gusta que los demás cuiden de usted.

—Me gusta la gente que se preocupa por mí —me corrigió—. ¿Hace lo mismo con su novia?

—No mucho —mentí.

En general sí ayudaba a Nae a cortar la comida, ya que no se le daban bien los cubiertos occidentales. «Yo soy de palillos», me había confesado. Sin embargo, para nuestras citas siempre elegía restaurantes occidentales, porque le parecían más románticos.

—Entonces esto no es normal, según su historial de citas —dijo Seven Stars—. Así que debo de ser especial.

—Esto no es una cita —repuse con firmeza.

Frunció el ceño y tomó un bocado.

—Señor Ishida, salvo mis padres, usted es la única persona que ha entrado en mi habitación.

—Qué gran honor —bromeé.

—Sí, lo es. Debería sentirse orgulloso.

—Estoy seguro de que habrá invitado a uno de sus novios alguna vez —dije—. O quizá no, ya que su padre siempre está en casa.

—No es por él. Mi padre es fácil de llevar. Es solo que nunca he tenido novio.

No habría sabido decir si estaba mintiendo. No tenía motivos para inventárselo. Lo dijo sin torcer el gesto, pero para una chica tan guapa

resultaba difícil de creer.

—¿Y sus amigas? Seguro que las ha llevado a casa alguna vez —dije, sabiendo al instante que no era cierto, según el comentario del señor Nakajima.

Negó con la cabeza.

—No tengo amigas.

—Pero siempre la he visto llegar y marcharse con sus compañeras de clase.

—Esas son conocidas, no amigas.

—¿Hay alguna diferencia?

—Por supuesto —respondió—. Los conocidos son las personas que uno conoce, pero los amigos son las personas en las que uno puede confiar. Es muy diferente.

—¿Desea algo más? —pregunté a Seven Stars tras salir del restaurante.

—No. —Esbozó una gran sonrisa—. Gracias por la comida.

—Con esto, ¿dejará de robar?

—Sí, como le prometí —dijo—. No solo chicles, sino otras cosas también. Jamás volveré a llevarme algo que no me pertenezca.

—Bien.

—¿Me cree?

—No tengo motivos para no hacerlo.

—No sea tan ingenuo —dijo—. Así es como la gente termina lastimada.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué es tan cínica? Desconfiar de todo el mundo es una manera muy triste de vivir, ¿no cree?

—Probablemente —respondió antes de separarnos.

Pensé en lo que me había dicho, que no tenía novio ni amigas. Algunas personas se pasaban de guapas. En vez de jugar a su favor, quizá aquella belleza provocaba hostilidad.

Me la imaginé viviendo sola en un mundo repleto de chicles. En ese momento, no podía culparla por lo que hacía. Tal vez fuese la única manera que conocía de seguir adelante, pero nadie podía vivir así para siempre. Ni

siquiera ella.

# Miyuki Katou

---

Esa noche, al fin llamé por teléfono a Nae, aunque no llegamos a hablar.

Fue su padre quien contestò. Reconocí su voz ronca y colgué enseguida. No tengo ni idea de por qué lo hice; fue un acto instintivo.

Echaba de menos a Nae a veces, pero todavía no estaba preparado para hablar con ella.

Era con diferencia la relación más larga que había tenido. Las anteriores solo habían durado un par de meses. Y desde luego Nae se preocupaba por mí. Pero yo aún no había comenzado a recuperarme de la muerte de mi hermana, y había empezado una nueva vida aquí, al menos por ahora. No era un buen momento para retomar una relación de la que yo no estaba seguro. Aún no sabía qué pensar de los planes de futuro que ella quería para ambos.

Aun así, le debía algún tipo de noticias mías, tras llevar semanas desaparecido. Tomé una hoja de papel del cajón del escritorio y le escribí una carta.

*Querida Nae:*

*¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¿O sigues enfadada?*

*No estoy seguro de si lo sabes, pero ya no estoy en Tokio. Llevo más de un mes en Akakawa. Como recordarás, es la ciudad donde vivía mi hermana. Es solo temporal, seis meses a lo sumo.*

*Quizá te preguntes por qué he decidido venir aquí. Bueno, han pasado muchas cosas. Debí decírtelo antes, pero no conseguía llamarte. La verdad es...*

Me detuve.

«La verdad es que mi hermana ha muerto». La frase sonaba una y otra vez en mi cabeza, pero era incapaz de escribirla.

Hice una pelota con la hoja y apunté a la papelera. Fallé, y rodó debajo del armario. Me tumbé para retirarla y divisé la esquina de un trozo de papel cubierto de polvo. Lo enganché con el dedo índice, lo saqué, lo sacudí para quitarle el polvo y lo alisé.

Era un dibujo infantil, con «mi familia» escrito arriba. Un hombre con gafas, una mujer y una niña con coletas posaban delante de una casa. Los tres sonreían.

El nombre del artista aparecía garabateado en una esquina: Miyuki Katou.

El señor Katou estaba leyendo un libro de poesía en la biblioteca. Lo hacía cada domingo sin falta. A pesar de la apabullante cantidad de opciones, siempre elegía el mismo libro: *Silencio*.

—Disculpe —le saludé.

Dejó el libro y frunció el entrecejo. Cualquier otra persona habría pensado que estaba molesto, pero solo era su aspecto habitual.

Le entregué el dibujo.

—Siento interrumpirle, pero he encontrado esto en la habitación.

Lo miró y permaneció callado.

—Pensé que podría ser importante —continué.

—Es de mi hija, pero ya no está aquí. —Rompió el papel en mil pedazos y los tiró a la basura—. Nos hemos deshecho de sus pertenencias. Es más fácil seguir adelante cuando no hay nada que nos recuerde constantemente el pasado, pero supongo que algo siempre se escapa.

—Comprendo —dije, y me marché.

Al regresar a mi cuarto, pensé en la casa. Dado el número de habitaciones, la que yo ocupaba debió de haber pertenecido a Miyuki Katou. Ahora que había visto su dibujo, me preguntaba si se trataba de la niña de mis sueños.

Tres días más tarde, me topé con Seven Stars en el quiosco mientras corría.



Estaba sola, fumando, vestida con su uniforme escolar.

—¿Haciendo pellas otra vez? —pregunté.

Se volvió hacia mí.

—¿Por qué pregunta lo obvio?

No dije nada y observé las colillas aplastadas y esparcidas por el suelo.

—¿Me va a decir ahora que fumar es malo para la salud? —preguntó.

—Ahora la que pregunta lo obvio es usted —repliqué—. Es una enfermedad contagiosa, ¿sabe?... Lo de preguntar cosas evidentes.

Chasqueó la lengua.

—¿Falta a clase a menudo para venir a fumar aquí?

No esperaba una respuesta, pero asintió.

—¿Por qué?

Aspiró una calada y exhaló el humo lentamente.

—No veo qué sentido tiene ir a clase. No encajo. Me ahogo allí y estoy cansada de fingir. —Se giró hacia mí—. De todas formas, ¿por qué se lo cuento? No es asunto suyo.

—A su padre le preocupa que no se lleve bien con sus compañeros de clase.

—¿Qué hay de malo en no tener amigos? La gente nace sola y muere sola. No te puedes llevar a los amigos a la tumba —dijo—. Olvídese de mi padre. Suele agobiarse por cosas insignificantes, pero no se preocupa por lo que de verdad importa.

—¿Como qué?

No contestó.

Pensé en mi propio padre, que ni siquiera se presentó en el funeral de mi hermana. La chica no tenía ni idea de lo afortunada que era.

—No debería hablar así. Es su padre; es natural que se preocupe.

—No sea condescendiente. —Soltó el cigarrillo y lo aplastó con el mocasín negro.

—Hay un cubo de basura ahí mismo.

—Me gusta ensuciar —dijo—. ¿Algún problema con eso?

Qué chica más cabezota, y maleducada, también. Suspiré y me dispuse a marcharme.

—¿Se marcha a casa ahora? —preguntó.

—Sí, necesito comer algo.

Se bajó de un salto.

—Vámonos.

—¿Adónde?

—A comer, claro. ¿No es lo que acaba de decir?

Sus ojos me revelaban que me iba a seguir, de cualquier manera.

—Como alguien la pille faltando a clase, no pienso ayudarla —dije.

Seven Stars sonrió.

—Trato hecho.

—¿Qué le apetece comer?

—Quiero cordero a la parrilla de Hokkaido.

—¿Trae dinero suficiente para ello?

—Era broma, no sea tan serio. Tomemos unas hamburguesas.

Se adelantó y yo la seguí unos pasos por detrás. De vez en cuando se daba la vuelta para cerciorarse de que yo seguía ahí. Pasamos junto a un mercado muy animado antes de llegar al centro comercial. Había una hamburguesería MOS en el sótano.

Mientras me deslizaba unos billetes en la mano, Seven Stars me dijo:

—Pídame una hamburguesa de pescado con patatas fritas y una Pepsi. Buscaré una mesa libre.

Entró antes de que pudiera objetar nada. Cuando dejé el mostrador con una bandeja llena de comida, me hizo señas con la mano desde una mesa en el rincón más alejado. Me acerqué y me senté frente a ella.

—¿Va a cortarme la comida como la otra vez? —preguntó.

—No diga tonterías —respondí—. Es una hamburguesa.

Se rio y comenzó a comer.

—¿Está buena? —pregunté.

Seven Stars asintió e hizo el símbolo de la paz con los dedos. Estuve a punto de decir que estaba guapa, pero me contuve. No resultaba apropiado decirle algo así a una alumna. Maldita sea, yo no debía estar ahí, comiendo con ella, cuando además estaba haciendo pellas.

—Ayer entregué el cuestionario de orientación profesional y le hice caso —dijo.

—¿Convenció a su profesor?

—Supongo que sí, no me ha dicho nada. —Tomó un sorbo del refresco —. Señor Ishida, ¿echa de menos a su hermana?

Me quedé petrificado.

—¿A qué se refiere?

—¿Se arrepiente de algo? Cosas que hubiera deseado haber hecho con ella cuando todavía estaba viva.

No me habría esperado unas preguntas tan directas de nadie, pero era esa clase de chica. Yo sabía que no lo hacía con mala intención.

—Claro que la echo de menos —dije—. Y me arrepiento de algunas cosas. Todo el mundo se siente igual cuando un ser querido muere de manera inesperada.

Ladeó la cabeza.

—¿De qué tipo de cosas se arrepiente?

—Bueno, ojalá hubiese venido a visitarla más a menudo. Ojalá hubiese sido más sincero y le hubiese dicho que la quería... —Hice una pausa, al darme cuenta de que había hablado demasiado—. Ya sabe, ese tipo de cosas.

Me miró a los ojos con una sonrisa melancólica.

—Su hermana me da mucha envidia.

—¿Qué tonterías está diciendo? No hay nada que envidiar. —Bajé la vista hacia la hamburguesa—. Ella ya está muerta.

—Mientras vivía, fue tan querida.

Clavé los ojos en la hamburguesa y comimos en silencio. El local se llenó rápidamente. Debería de haber resultado demasiado ruidoso, pero el barullo se convirtió en un sonido sordo.

O quizá fuese esa chica. Me afectaba de un modo extraño. Transmitía una profunda tristeza. Y siempre que nos encontrábamos cerca el uno del otro, penetraba en lo más hondo de mí.

—Gracias por el almuerzo —dijo Seven Stars, mientras se limpiaba los labios con la servilleta de papel.

—De nada —respondí—. La acompañaré a casa.

Negó con la cabeza.

—Mala idea. Mi padre está en casa. No quiero que piense que usted me ha ayudado a faltar a clase.

—Eso es inesperadamente muy considerado por su parte —bromeé.

Devolví la bandeja y salimos del restaurante. Antes de despedirnos, le dije:

—No falte a clase tanto. No querrá repetir el curso con un grupo de estudiantes novatos.

—Lo sé.

Se despidió gesticulando con la mano y se alejó. Desde allí, me dirigí al supermercado del barrio para comprar la comida preparada de la señora Katou. Cuando llegué a la casa, me sorprendió encontrar al señor Katou cerca de la puerta de entrada. Parecía que me estuviera esperando.

—¿Me permite un momento? —preguntó.

—Por supuesto —respondí.

Fuimos a la biblioteca y nos instalamos en el sofá. Agachó los hombros y entrelazó los dedos, pensativo. El tintineo de las campanas de viento retumbaba en la casa.

El señor Katou carraspeó antes de hablar.

—He hablado de la situación de mi esposa con la familia, y creemos que un cambio de entorno podría sentarle bien. La idea es llevarla a Hakone, donde pueden cuidarla unos parientes. Sus primos regentan una pensión allí.

—Parece una buena idea —dije, consciente de que se trataba de un amable desahucio.

—Cuando se vaya, voy a mudarme a un apartamento más pequeño. Esta casa es demasiado grande para un hombre solo. Y hay demasiados recuerdos, algunos que preferiría olvidar.

—Entonces, ¿va a vender la casa?

Asintió.

—Sé que esto es muy repentino.

—Me buscaré un nuevo alojamiento pronto. ¿Hay alguna fecha que deba tener en consideración?

—Si fuera posible, me gustaría tener la casa lista para su traspaso a final de mes. Ya hemos encontrado a un comprador, pero le he dicho que necesito algo de tiempo para la mudanza, así que no se preocupe.

—No me preocupa.

—Gracias por su comprensión —dijo—. Le agradezco lo que ha hecho por mi mujer y por mí. Nos ha sido de gran ayuda.

—Soy yo quien debe darle las gracias por permitirme quedarme aquí.

Pensándolo bien, era posible que me precipitara un poco al aceptar irme a fin de mes. Era ciertamente atrevido por mi parte creer que me sería fácil encontrar un nuevo alojamiento. Además, tampoco contaba con un gran presupuesto para ello.

«Barato, rápido o bueno. Elige dos de los tres. No se puede tener todo». Eso era lo que solía decirme mi hermana. La prioridad era mudarme rápido. Y que fuese barato también resultaba imprescindible. De modo que, según su teoría, mi próximo alojamiento no sería bueno.

Pero no todo era sombrío. Ese mismo día cobré mi primer sueldo. Hiroko entregaba en persona la paga a cada empleado. Nos iban llamando de uno en uno al despacho del director, hasta que al fin llegó mi turno.

—Gracias por su dedicación —dijo mientras me entregaba el sobre—. ¿Qué tal le ha ido su primer mes?

—Me he adaptado bien —respondí.

—Estupendo. En ese caso, ¿qué le parecería unirse a la plantilla fija?

Una vez más, me pilló por sorpresa.

Las comisuras de sus labios dibujaron una sonrisa.

—Es broma, pero la oferta va en serio. Me han llegado opiniones muy positivas de sus clases. Tiene lo que hace falta. Por favor, piénseselo y hágame saber si acepta el puesto.

—Gracias. Lo haré —dije, antes de salir del despacho.

Me fui a mi mesa y guardé el sobre en mi cartera. Mientras recogía el material docente, alguien me dio un golpecito en el hombro. Era Honda.

—¿Qué se siente al recibir la primera paga? —preguntó, de pie a mi lado. Sonreí.

—No está nada mal. Desde luego podría acostumbrarme a ello.

—¿Cómo va todo en casa del político?

—Sobre eso... —Recordé mi apuro—. ¿No conocerás por casualidad a algún agente inmobiliario que me pudieras recomendar para estancias cortas?

Frunció el ceño.

—¿Ha surgido algún problema allí?

—Ninguno. —Decidí no mencionar las circunstancias de la familia Katou —. Es que preferiría vivir solo, y el lugar es demasiado elegante para mi gusto.

—Bueno, estás de suerte. Mi prima es agente inmobiliaria.

Honda llamó a su prima y, al día siguiente, tenía una lista de apartamentos en alquiler. Había más de cuarenta opciones, pero no costó mucho reducir las posibilidades.

Para empezar, quería un sitio que no exigiera un contrato a largo plazo. Eso eliminaba la mitad de los pisos. En segundo lugar, con mi sueldo, solo podía permitirme cinco de los veinte. De esos cinco, dos se encontraban demasiado lejos de Yotsuba. Y así terminé con tres posibilidades sobre la mesa.

El domingo por la mañana, quedé con Honda y con su prima. La señora Itano era una mujer bajita y rolliza. Tenía el pelo muy corto y teñido de caoba, pero se le notaban las raíces grises. Llevaba una gruesa capa de maquillaje donde dominaban los tonos rosas: sombra de ojos rosa, colorete rosa y barra de labios rosa. Vestida con un traje de chaqueta de falda color fucsia, parecía un personaje de dibujos animados.

—Confía en mí, es competente —susurró Honda, por lo visto consciente de lo que yo estaba pensando.

Todavía dubitativo, me incliné ante ella.

—Soy Ren Ishida. Gracias por ayudarme.

Soltó una risita.

—No se preocupe, querido, le conseguiré el mejor apartamento posible. Llevo en este negocio más de cuarenta años.

Esbocé una tímida sonrisa.

—Lo sé, no lo aparento, ¿verdad? Pero ya tengo los sesenta cumplidos. Trabajar me mantiene joven. —Me dedicó una resplandeciente sonrisa de dientes blancos como la porcelana, que seguramente eran postizos—. Pongámonos en marcha, querido. Tenemos mucho que hacer.

Honda nos llevó en su coche al primer apartamento de la lista. El edificio se veía desvencijado, en palabras de la señora Itano.

—Parece que el tejado se va a venir abajo en cualquier momento.

No me importaba que el edificio fuera viejo, pero el lugar no parecía seguro para su habitabilidad.

—No se preocupe, querido. El próximo será mejor.

Cierto, ya que no me imaginaba uno peor.

El segundo apartamento se encontraba junto a la estación de tren. Su situación era céntrica y el edificio era nuevo, pero al lado había un mercado abierto.

La señora Itano miró por la ventana.

—Es un poco ruidoso, pero no debería ser un problema. Los jóvenes como usted no están en casa la mayor parte del tiempo.

—Ishida trabaja tarde —puntualizó Honda—. Los profesores de academia suelen levantarse tarde. El mercado será muy ruidoso por las mañanas. No creo que debamos quedarnos con este.

La señora Itano torció el gesto en desacuerdo, así que rápidamente dije:

—¿Por qué no vamos a ver el tercero?

Puesto que mi presupuesto estaba muy por debajo de los precios de mercado, había rebajado mis expectativas. Pero por suerte el último apartamento era perfecto para mí. O, al menos, lo bastante bueno. Tranquilo y rústico, estaba situado detrás de un parque.

—Es un edificio algo vetusto —explicó la señora Itano mientras subíamos las escaleras—. No tiene ascensor y todos los pisos disponibles están en la quinta planta. Pero el alquiler es asequible. Solo se paga un mes de fianza y el primer mes de alquiler por adelantado. No hace falta abonar el cambio de llave<sup>[3]</sup>.

Honda arqueó las cejas.

—¿No se abona el cambio de llave? Es la primera vez que oigo algo así.

—En los últimos años, algunos propietarios han dejado de cobrarlo para atraer a más inquilinos, sobre todo en los barrios más periféricos.

Nos llevó hasta la vivienda 503 y abrió la puerta. Era un apartamento de una sola habitación con espacio separado para la cocina y el comedor. El dormitorio tenía suelo de tatami, mientras que el resto del piso presentaba suelo de tarima, salvo el cuarto de baño. El apartamento estaba amueblado, incluso la cocina venía equipada y con lavadora: todo lo que podría necesitar.

Al abrir las ventanas del salón, sentí el aire cálido del atardecer en el rostro. Soplaba una ligera brisa y el apartamento daba a una bonita vista del parque. Me recordaba el campo en que solía jugar al fútbol de pequeño.

—Este sitio es perfecto —dije—. Me lo quedo.

—¿Estás seguro? —preguntó Honda—. No tiene estación de tren cerca y la parada de autobús más cercana está a un buen paseo de aquí.

—No me importa. Me vendrá bien el ejercicio.

—Decidido, entonces. —La señora Itano juntó las manos—. ¿Dónde se está hospedando ahora mismo, querido? Le llevaré el contrato mañana mismo. En cuanto lo haya firmado y abonado la fianza, podrá mudarse en una semana.

—De momento vivo en Segayaki.

—Ishida se está quedando en la casa de ese político —añadió Honda—. Kosugi Katou.

—Es un lugar precioso, querido. ¿Por qué se marcha?

—El señor Katou ha decidido vender la casa.

Los ojos de la señora Itano se iluminaron.

—Conseguiré un buen precio por ella. ¿Ya tiene comprador? ¿O sigue en venta?

—Tengo entendido que ya ha cerrado el trato.

—Vaya, es una lástima. —Suspiró—. Por cierto, ¿cómo está su mujer? He oído que no se encontraba bien.

—¿La conoce?

—Me temo que no, pero ayudé a su hermana mayor en la compra de un terreno. Es una mujer extraña, se lo digo yo. La tierra estaba maldita. Nadie lo quería a pesar del precio ridículo que pedían por él, y ella se empeñó en adquirirlo. Los ricos tienen unos gustos tan raros. En fin, ¿quién soy yo para quejarme? El negocio es el negocio.

—¿Qué hizo con el terreno? —preguntó Honda.

—Construyó un hotel. ¿Recuerdas el que te mencioné? El hotel Katsuragi.



# El origen del hotel Katsuragi (la historia de la mujer del quimono)

---

El vestíbulo del hotel estaba vacío. El hotel Katsuragi siempre estaba tranquilo, pero ese día no había nadie.

Me dirigí al mostrador de la recepción y llamé.

—Disculpe, ¿hay alguien?

—Voy —respondió una voz desde las oficinas.

La mujer del quimono apareció a toda prisa y me reconoció enseguida.

—Señor Ishida, siento haberle hecho esperar —dijo—. Estoy muy atareada desde la semana pasada. La señora Sakamoto está enferma y no tiene familia, de modo que tengo que cuidarla.

Supuse que la señora Sakamoto era la mujer de la limpieza, puesto que nunca había visto a una tercera empleada por el hotel.

—Espero que se encuentre mejor.

—El médico dice que se recuperará en tres o cuatro días. —Me dirigió una mirada perpleja—. ¿No trae equipaje esta vez?

—No he venido a reservar una habitación. Hay una cosa que me gustaría hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí. Se trata de Miyuki Katou y su madre, Haruna Katou. —Me obligué a mirarla a los ojos—. Me refiero a Haruna Katsuragi.

Le cambió el gesto. Al cabo de unos instantes, me dijo que la acompañara

y me condujo por la oficina detrás del mostrador hasta un salón de té.

Nos sentamos frente a frente en el suelo de tatami, separados por una mesa baja en la que descansaba un juego de café pintado a mano. La habitación estaba decorada con un panel con caligrafía y un sencillo arreglo floral. La mujer del quimono cogió dos tazas de cerámica y nos sirvió un té verde. Su técnica era elegante, haciendo honor al quimono amarillo claro que llevaba.

Ninguno de los dos tocamos nuestras tazas. No quería apremiarla, así que esperé. Pero después de transcurridos varios minutos ella seguía con la mirada baja y en silencio, así que comprendí que debía decir algo.

—¿Señora Katsuragi?

Me miró.

—Ante todo, ¿cómo ha sabido lo de Haruna?

—Encontré su nombre de soltera escrito en un libro en la casa de los Katou —mentí, para no involucrar a la señora Itano—. Cuando pensé en el parecido físico entre las dos, supuse que debían de ser parientes.

Asintió.

—Haruna es mi hermana pequeña. Sé que usted es de Tokio, de modo que no sé qué relación tiene con los Katou.

—Me he estado alojando en su casa.

—Entiendo. Ahora lo recuerdo, se habló de que la difunta señorita Ishida se hospedó allí —dijo—. Pero yo ya no tengo relación con Haruna ni con la familia Katsuragi, y menos aún con los Katou. Me temo que no hay nada de lo que hablar.

Carraspeé. No iba a ser fácil, pero debía intentarlo.

—Creo que usted se preocupa por el bienestar de su hermana —comencé—. Y ahora mismo se está autolesionando.

La mujer del quimono tomó una brusca inspiración.

—¿Es cierto eso?

—Sí. Los Katou restan importancia a su estado para evitar un escándalo. Le ruego me disculpe por ser tan directo con usted, pero debería ponerse en contacto con su hermana antes de que sea demasiado tarde. Necesita ayuda.

Ella negó con la cabeza.

—Ojalá pudiera, pero no puedo. Me han prohibido verla.

—Pero es su hermana.

—Es una historia muy larga y complicada.

—¿Por qué no me la cuenta? —dije, al percibir una grieta—. Bueno, si no le importa. Tengo tiempo y me gustaría escuchar lo que tiene que decir.

Se llamaba Natsumi Katsuragi. Era la primogénita de la familia Katsuragi, que era dueña del hospital de Akakawa, el mayor centro hospitalario de la ciudad.

La familia no tenía herederos varones. Solo tenía dos hijas: Natsumi y Haruna. Su madre no pudo tener más hijos a causa de un cáncer de útero, que le obligó a someterse a una histerectomía.

La familia Katsuragi dirigía el hospital generación tras generación y pensaron que un yerno heredaría el negocio. Se decidió desde un primer momento que el sucesor sería el futuro marido de Natsumi, elegido entre el grupo de jóvenes médicos que trabajaban en el hospital.

En su condición de hijas del jefe del hospital, Natsumi y Haruna gozaron de una educación privilegiada. Fueron a una prestigiosa escuela para chicas, obtuvieron buenos resultados académicos e hicieron gala de buen comportamiento. Se llevaban solo tres años y eran inseparables.

A sugerencia del padre, Natsumi ingresó en la universidad de Medicina de Tokio y se comprometió con un cirujano con un brillante futuro en el hospital. Haruna estudió en la universidad de Waseda, donde conoció al hijo mayor de la familia Katou, con quien se comprometió. Todo transcurría acorde al plan hasta que el novio de Natsumi murió de un infarto. Fue algo inesperado, ya que era joven y había llevado una vida sana, pero al destino se le da bien torcer el camino de la gente.

Su padre estableció una lista de sucesores alternativos, pero Natsumi los rechazó a todos. Aunque su relación con su difunto novio había comenzado como un matrimonio concertado, se habían enamorado. No aceptaba a ningún otro. La familia Katsuragi estaba conmocionada, y lo que vino a continuación fue una crisis de liderazgo en el hospital. Casar a Haruna con el siguiente jefe del hospital en su lugar ya no era viable sin ofender a la familia Katou. Sin más elección, el doctor Katsuragi adoptó a uno de los jóvenes médicos como hijo suyo para convertirlo en su sucesor. Huelga decir que estaba consternado

por la actitud indómita de su hija mayor y la repudió.

Con veintiún años, Natsumi Katsuragi tuvo que abandonar el hogar familiar. Con el corazón roto y una fuerte depresión, se marchó llevándose consigo tan solo el apellido familiar y hermosos recuerdos de antes de que las cosas se truncaran.

—Esos días fueron los más negros de mi vida —dijo la mujer del quimono.

Asentí con gesto comprensivo.

—No me había graduado y no tenía dinero para seguir pagando un alquiler o la matrícula —continuó—. Cuando pienso ahora en ello, quizá mi padre pensó que yo aceptaría casarme con su hijo adoptado una vez que aprendiese lo difícil que era sobrevivir sola. Pero se equivocaba. Ya no me importaba mi vida.

Tras abandonar su lujoso apartamento, Natsumi alquiló el sitio más barato que encontró y lo compartió con inmigrantes ilegales. La mayoría fregaba platos en restaurantes, cobrando unos sueldos de miseria, y ella asumió el mismo trabajo. La madre de Natsumi no soportaba ver a su hija viviendo en la pobreza. Sin que su marido lo supiera, visitaba a Natsumi de vez en cuando y le daba algo de dinero. Pero un año más tarde, la señora Katsuragi falleció.

—Después del cáncer de útero, diagnosticaron a mi madre cáncer de pulmón —explicó la mujer del quimono—. Pero esta vez los médicos no pudieron salvarla.

Tomó un sorbo de té por primera vez, y yo la imité.

—Siempre había estado unida a mi madre. Sin yo saberlo, antes de morir dio instrucciones a Haruna para que me ayudara discretamente. Mi hermana se convirtió en mi fuente de fortaleza hasta que conocí a mi marido tres años más tarde.

El marido de Natsumi era el dueño del restaurante japonés en que había estado trabajando. El hombre no cumplía ni por asomo los criterios del marido ideal: era viudo y le doblaba con creces la edad. Su mujer había fallecido en un accidente de coche y no se llevaba bien con sus hijos ya mayores. Delgado y con aspecto huraño, era lo contrario del difunto novio de

Natsumi, pero había en él un poso de tristeza que a ella la atraía.

No sería incorrecto afirmar que lo que ella sentía por él era más compasión que amor. La muerte de un ser amado los unió y no tardaron en casarse. Más o menos por esa época, Haruna entró a formar parte de la familia Katou.

Cuando Natsumi y su marido se presentaron en casa de los Katsuragi para pedir la bendición de su padre, el doctor Katsuragi no se tomó a bien ese matrimonio. Gran valorador de los ancestros familiares y la buena educación, estaba furioso de que el marido de Natsumi no poseyera ninguna de las dos cosas. Y el hecho de que ella fuera a convertirse en su segunda esposa suponía una vergüenza para la familia Katsuragi. Todos se opusieron al matrimonio, incluida Haruna. Echaron a Natsumi y a su marido de la casa y les dijeron que no volviesen jamás.

A pesar de ello, Natsumi estaba satisfecha con su nueva vida. Junto a su nuevo marido, trabajó duro y el restaurante prosperó. El negocio marchaba bien. Aunque Natsumi no tuviese el mismo nivel de comodidad financiera que en su infancia, el matrimonio disponía de todo cuanto necesitaba. Por desgracia, esa felicidad duró poco. Algunos lo llamaron mala suerte; otros, cuando el marido de Natsumi se desplomó en el trabajo, dijeron que era el destino. Lo llevaron a toda prisa al hospital de Akakawa, pero entró en coma. El médico dijo que tenía un coágulo en el cerebro. Tras haber perdido a su novio, Natsumi estaba decidida a hacer todo lo posible para que su marido sobreviviese. Lo cuidó durante todo el tiempo. A pesar de sus esfuerzos, su estado no mejoró.

Mientras tanto, nadie estaba pendiente del restaurante y la calidad bajó. Los clientes habituales dejaron de acudir y pronto el negocio entró en números rojos. Al final, el banco lo embargó. Para empeorar las cosas, Natsumi había gastado todos los ahorros del matrimonio en el tratamiento de su marido. Al final no tuvo más remedio que ir a pedirle ayuda a su padre.

—Me tragué mi orgullo y fui a la casa familiar a pedirles que me prestaran dinero —contó la mujer del quimono—. Agaché la cabeza y supliqué a mi padre. Pero como ya había declarado que yo no era su hija y que desaprobaba mi matrimonio, se negó.

Se me encogió el corazón al recordar cómo mis propios padres habían

repudiado a su hija.

—Lo lamento, ¿su marido...?

—Nunca despertó. Después de unos meses de agonía sin el más mínimo progreso, tomé la decisión de apagar el sistema de soporte vital. —Miró dentro de su taza. Tenía la mirada vacía y el té se había quedado frío. Levantó la taza y la sujetó con firmeza con ambas manos. Sus dedos arrugados seguían la rugosidad de la cerámica—. Después del funeral, no deseaba permanecer en Akakawa con todos mis dolorosos recuerdos. Pero la pérdida de mi marido me devolvió las ganas de vivir que había perdido con la muerte de mi novio. No estaba dispuesta a malgastarlas.

Mientras vivía, el marido de Natsumi había prometido llevarla a Kioto de luna de miel, pero tuvieron que posponer el viaje cuando el negocio comenzó a prosperar. Ahora que ya no tenían el restaurante, Natsumi convirtió en su misión cumplir el sueño de ambos. Armada con una sola maleta, viajó a Kioto y se alojó en la posada tradicional japonesa que su marido había elegido. La fuerza del destino quiso que el establecimiento buscara una encargada. Natsumi lo vio como una señal para quedarse en la ciudad.

—Decidí trabajar allí, sin la menor intención de volver a Akakawa. Pero, quince años después, recibí una llamada de teléfono de los abogados de la familia Katsuragi —dijo la mujer del quimono—. Mi padre había fallecido. En el testamento había dejado una considerable herencia tanto para mi hermana como para mí. Creo que fue su manera de reparar el daño causado. —Me miró—. No fue muy sincero consigo mismo, ¿verdad?

Farfullé mi asentimiento.

—Detrás de su fachada de hombre duro, mi padre era una persona bondadosa. Se sintió responsable de lo que le había pasado a mi marido.

Natsumi terminó con suficiente dinero como para mantenerse sin tener que volver a trabajar. Utilizó parte de la herencia para comprar bonos y acciones de empresas solventes. Ya solo los dividendos eran suficientes para cubrir sus gastos sin tener que tocar el capital. Incluso entonces quedaba una suma considerable y ella quiso recuperar el restaurante que se había visto obligada a vender en el pasado.

Después de que el banco lo embargara, un restaurador compró el local, pero el negocio nunca prosperó y con el tiempo lo abandonó. Una

inmobiliaria se quedó con el restaurante y lo demolió con la intención de convertirlo en comercios, pero la empresa tuvo problemas financieros y el proyecto quedó sin terminar. Comenzaron a circular rumores de que el terreno estaba maldito.

—Yo quería recuperarlo a toda costa y estaba dispuesta a pagar por encima del precio de mercado —explicó la mujer del quimono—. Afortunadamente para mí, la inmobiliaria ansiaba deshacerse de él. Terminé pagando un precio ridículo.

Recordé lo que la señora Itano me había contado acerca de la propiedad.

—Como solar, no me servía de mucho. Primero pensé en levantar otro restaurante, pero dirigirlo habría resultado demasiado trabajoso. Iba cumpliendo años y no tendría energía suficiente para ello. Construir un hotel de negocios era una buena alternativa, ya que tenía experiencia al haber trabajado en una posada tradicional.

Asentí.

—¿Le estoy aburriendo, señor Ishida, con la historia de esta anciana? —preguntó.

—Claro que no. Su vida es fascinante —dije—. Pero hay algo que no entiendo: ¿por qué le puso al hotel el nombre de la familia de su padre en lugar del de su difunto esposo?

—En cierto modo, el hotel es un tributo a mi difunto padre. La herencia que él me dejó me permitió comprar este terreno y pasar el resto de mi vida en paz, sabiendo que no tendré preocupaciones financieras.

Eché un vistazo al reloj de mi muñeca. Llevábamos conversando casi una hora, pero la pregunta que había ido a plantearle aún no había sido formulada.

—Según lo que ha contado —comencé—, se había reconciliado con la familia Katsuragi. Así que ¿por qué dijo antes que nunca tendría ninguna relación con su hermana y su familia?

Hizo una pausa, tomándose el tiempo necesario para encontrar las palabras adecuadas.

—Cuando regresé a Akakawa para el entierro de mi padre, habían transcurrido quince años. No me había puesto en contacto con mi hermana desde que se opusiera a mi matrimonio. De hecho, todavía no lo he hecho.

—Entonces, ¿no sabe nada de su vida aquí?

—He oído que tuvo una hija que se pasó la vida entrando y saliendo del hospital. No sé mucho de Miyuki; nunca llegué a conocerla. —La mujer del quimono suspiró—. La niña falleció antes de que yo regresara a Akakawa.

—Por casualidad, ¿sabe por qué Miyuki estuvo hospitalizada? —pregunté.

—Oí decir que padecía una enfermedad rara e incurable, pero no sé qué era. Supuse que terminó por causarle la muerte.

De modo que no sabía de primera mano qué le había pasado a su sobrina.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hermana?

—El día que me exiliaron de la familia Katsuragi —respondió la mujer del quimono—. Haruna ni siquiera acudió al funeral de nuestro padre. Después de la muerte de su hija, quedó sumida en una profunda depresión y se negó a salir de casa ni a ver a nadie.

—¿Intentó ir a verla, al menos?

La mujer del quimono bajó la mirada.

—Fui a la residencia en un par de ocasiones, pero Kosugi Katou siempre me pedía que me marchara. Al principio se mostraba educado, pero al final me lanzó una seria advertencia para que dejara de ir.

Me imaginaba muy bien al señor Katou haciendo algo así.

—Hice caso omiso de sus palabras hasta que tuvimos un incendio en el hotel. Por suerte no hubo heridos y los daños fueron mínimos. Puse una denuncia en la policía, pero mi intuición me decía que había algo raro. Las autoridades se mostraron reacias a investigar las pistas, aunque se trataba de un caso claro de incendio provocado.

Natsumi recibió una llamada de teléfono del señor Katou al día siguiente del incendio.

—He oído que ha habido un incendio en el hotel —dijo.

—Le agradezco el interés —respondió ella—. Todo está bien.

—Es un alivio saberlo. Ahora, escúcheme bien. Hoy por hoy se encuentra en una situación cómoda que le permite vivir su vida en paz. Cosas como ese incendio no sucederían si usted dejara de meterse en los asuntos privados de los demás. Hay un viejo dicho que reza: no hay que despertar a la fiera dormida. Espero por su bien que se tome esto muy en serio.

La breve llamada confirmó sus sospechas, pero no tenía pruebas que



demostraran que el incidente había sido obra de la familia Katou. Aunque lograrse hallar alguna prueba incriminatoria, la policía sería reacia a actuar. La familia del político tenía una gran influencia en Akakawa.

—Después de aquello, ya no intenté contactar más con Haruna —dijo la mujer del quimono.

—Puedo entenderla —respondí—, pero su hermana la necesita.

Esbozó una leve sonrisa.

—Ha sido muy amable por su parte venir hasta aquí, señor Ishida. Pero después de haber abandonado a Haruna durante tanto tiempo, no tengo derecho ahora a presentarme como su hermana.

—Eso no es verdad. A pesar de todo lo que pasó, ella sigue siendo su hermana.

—No deseo enfrentarme con el señor Katou. Es un hombre peligroso. Le conviene, por su propio interés, no saber demasiadas cosas de los asuntos personales de la familia. Le ruego me disculpe, pero me temo que no puedo serle de más utilidad.

Intuí que se reservaba una información importante, algo que no conseguiría averiguar planteándole sin más las preguntas oportunas.

—Me tengo que marchar —dije—. Gracias por su tiempo.

—De nada.

La mujer del quimono me acompañó hasta la salida. Aminoré el paso deliberadamente, con la esperanza de que fuera a añadir algo, pero no lo hizo. Abandoné el hotel y me dirigí a la parada del autobús.

A la mitad de camino, oí que me llamaba. Me di la vuelta y vi que andaba rápidamente por la calle desierta. Esperé a que recobrase el aliento antes de hablar.

—Hay una última cosa que debería haberle contado, señor Ishida —añadió—. Tengo la impresión de que la muerte de Miyuki no fue natural.

Fruncí el ceño.

—¿Qué le hace creer eso?

—En el entierro de mi padre, conocí a su hijo adoptivo. Según él, Haruna se había negado a enviar a Miyuki al hospital de Akakawa.

—Quizá pensó que el otro hospital era mejor.

Negó con la cabeza.

—El hospital de Akakawa es la institución médica más avanzada de la zona. Como nieta del anterior jefe del hospital, Miyuki habría recibido el mejor tratamiento posible. A pesar de ello, Haruna optó por enviar a su hija a una pequeña clínica en las afueras de la ciudad.

—¿Cuándo murió Miyuki?

—Hará seis años —dijo—. En mayo.

—¿Y cuántos años tenía?

—Si no me equivoco, tendría unos seis o siete.

Al oír eso, estuve casi seguro de que Miyuki Katou era Coletas.

—¿Qué piensa hacer, señor Ishida? —preguntó la mujer del quimono.

—De momento nada. Pero, por favor, sopesese la posibilidad de contactar con su hermana.

Suspiró.

—He sido marcada por los Katou. Es demasiado difícil para mí acercarme a Haruna.

—Ya que yo me hospedo en la casa, quizá pueda ayudar de alguna manera. —Omití mencionar mi inminente mudanza.

—Señor Ishida, sé que es usted un buen hombre, pero se está metiendo en problemas. Por favor, haga caso a esta anciana. Procure no involucrarse mucho en los asuntos de la familia Katou.

—Lo tendré en cuenta —dije antes de despedirnos.

Tenía previsto regresar a la casa de los Katou esa misma tarde y terminar mi equipaje, pero decidí ir a otro sitio.

# Carga y descarga

---

Akakawa solo tenía una biblioteca pública, situada en el lado opuesto de la residencia de los Katou.

En cuanto entré en la biblioteca, me dirigí a los armarios de madera donde guardaban los archivos de la prensa local. Busqué el año 1989 y hojeé hasta llegar al mes de mayo. Saqué la pila de periódicos, los llevé hasta una mesa vacía y me puse a revisar los artículos. Era un trabajo más arduo de lo que me había imaginado. Al cabo de un rato, me sentía mareado por tantos titulares. Pero me dije que debía terminarlo ese mismo día, de modo que seguí examinando cada diario.

Una hora más tarde, solo había conseguido mirar la mitad del montón. Estaba cansado y tenía las puntas de los dedos grises. Exhausto, estiré el cuello hasta que crujió y me obligué a continuar.

A la mitad del camino, al fin encontré un breve artículo sobre Miyuki Katou. El titular rezaba: «Fallece la hija de Kosugi Katou». El texto, de apenas seis líneas, contaba que había muerto en paz a los seis años de edad a consecuencia de una larga enfermedad, pero no aportaba ninguna información específica acerca de esta.

En el mismo periódico, encontré la esquela. Era una columna estrecha en la que se nombraba a los padres y abuelos e iba acompañada de una diminuta fotografía en blanco y negro.

La niña no se parecía en nada a Coletas, o más bien era el polo opuesto. Al contrario de Coletas, que tenía ojos vivos, Miyuki Katou aparecía demacrada y delgada. Tenía el pelo corto como un chico y llevaba gafas. Tenía el aspecto habitual de una niña que pasaba la mayor parte del tiempo en un hospital.

Al examinarla de cerca, hallé en ella rasgos del señor Katou. Su gesto distante se reflejaba en el de Miyuki que, al igual que su padre, parecía enfurruñada.

De modo que Coletas no era Miyuki, después de todo. Pero su padre era un conocido político. En una ciudad pequeña como Akakawa, debería de haber más referencias a su muerte. Seguí examinando los periódicos.

Al final encontré un artículo más largo sobre el fallecimiento de Miyuki en otro diario local de unos días posteriores. La noticia apenas citaba nombres, pero era evidente que se refería a ella.

AKAKAWA DAILY NEWS  
MISTERIOSA MUERTE DE HIJA DE POLÍTICO:  
POSIBLE CASO DE HOMICIDIO.

MK, la hija de un político de Akakawa, ha fallecido esta mañana en el hospital M a los seis años de edad.

La causa oficial de la muerte ha sido clasificada como fallo multiorgánico, pero se ha extendido el rumor de que la verdadera razón puede deberse a un tratamiento médico inadecuado solicitado por HK, madre de MK.

MK era una paciente regular en el hospital M. Según las declaraciones de la familia, nació con mala salud, lo que le impidió ir a la escuela. Sus síntomas fueron descritos como semejantes a los de un cáncer. El diagnóstico de su enfermedad nunca se hizo público.

S, enfermera en el hospital M, nos habló de su estado sin querer revelar su identidad. Según ella, el doctor H, encargado de MK, administró numerosos tratamientos invasivos, incluidos varios que no han sido aprobados por el Ministerio de Sanidad de Japón. La decisión resulta discutible, puesto que no se había determinado la causa de la enfermedad.

Hemos intentado ponernos en contacto con el doctor H sin éxito. Tras la muerte de MK, dimitió y abandonó la ciudad. Ninguna de las personas con las que hemos hablado conoce su paradero.

Hemos entrevistado a los pacientes del hospital M, muchos de los cuales conocían a HK, madre de MK. «Esa señora solía venir todos los días. Es una

mujer elegante con mucha clase. No es difícil localizarla», explicó J, una paciente que lleva ingresada en el hospital M año y medio. Pero cuando le preguntamos a J por el padre de MK, el político KK, nos explicó que nunca lo había visto. Le sorprendió saber que KK era el padre de MK.

Nuestras reiteradas llamadas telefónicas tanto a KK como a HK no han recibido respuesta. La casa blanca donde residen en el exclusivo distrito de Segayaki muestra las contraventanas cerradas. Cuando hemos intentado ponernos en contacto con KK a través de su secretaria, nos han dicho que la familia ha pedido que se respete su intimidad durante el período de duelo y no dará ninguna entrevista.

Y así las cosas, la causa de la muerte de MK sigue siendo un misterio.

Al volver a la casa de los Katou, me pasé una hora empaquetando las pertenencias de mi hermana. Llamé a Honda para ver si quería sus cintas de casete, pero rechazó la oferta.

—Me recuerdan demasiado a Keiko —dijo.

Me pasaba lo mismo. Había previsto quedarme con las cintas de *jazz* y el equipo de música, pero al examinar la colección, me sentí abrumado. Rebosaban ecos de ella. Podía imaginarme a mi hermana sentada a mi lado, eligiendo una de las cintas.

—Este álbum, me encanta la tercera canción cuando llega el momento del coro. Suena así... —tarareaba la melodía mientras tamborileaba con el dedo índice. Cuando acababa el tema, se volvía hacia mí y preguntaba—: Sabes a qué parte me refiero, ¿no?

Yo negaba con la cabeza. Solo tú sabías qué parte, pero eso ya no importaba puesto que estabas muerta.

No, no podía quedarme con las cintas.

Las palabras del señor Katou resonaban una y otra vez en mi cabeza. «Es más fácil seguir adelante cuando nada nos recuerda constantemente el pasado». Esta vez estaba de acuerdo con él.

Vendí las cintas y el equipo de música en una tienda de segunda mano. La tienda no me ofreció un buen precio, pero me daba igual. Necesitaba deshacerme de las cosas de mi hermana. Doné el resto de sus pertenencias a una organización benéfica con servicio de recogida.

Al final, lo único que me quedaba era la urna con las cenizas. Sabía que el

momento de separarme de ella estaba próximo.

Entré en la habitación de la señora Katou con *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë en la mano. Supuestamente era mi último día de lectura, pero no podía dejarla sola en ese estado, sabiendo que nadie más iría a verla. Estaba viva, pero su espíritu ya no estaba allí, había sido arrancado de su cuerpo. Necesitaba que alguien la salvara, fuera quien fuera.

Dejé el libro y me senté a su lado en la cama.

—Haruna —dije.

No reaccionó. Le cogí las manos y se las sujeté. Estaban frías y sin vida. Miró hacia mí, pero su mirada estaba tan vacía como siempre.

Respiré hondo antes de hablar.

—Miyuki tenía seis años. Era lo bastante mayor como para saber que no estaba enferma, pero se dejó llevar. Era una niña tan pequeña, debió de pasar mucho miedo. Aun así lo soportó.

La señora Katou no se inmutó.

—Creo que era su manera de decirle que la quería, y que la perdona —continué—. Por eso usted tiene que perdonarse a sí misma. Por su propio bien y por el de ella.

Le solté las manos, recogí el libro y salí de la habitación. Tras cerrar la puerta, escuché unos tenues y ahogados sollozos. En ese momento supe que ya no me necesitaría ni a mí ni a nadie para leerle nunca más.

Después de guardar el libro en su sitio, saqué mi equipaje fuera y esperé a Honda en el porche. Había insistido en ayudarme con la mudanza.

Para matar el tiempo, eché un último vistazo a la casa. En silencio, como siempre, salvo por el tintineo de las campanas de viento. Los visillos blancos ondeaban y me retrotrajeron al primer día, cuando llegué para recoger las pertenencias de mi hermana. Habían transcurrido dos meses, pero aún no me había acostumbrado a aquel lugar.

Un sedán negro se detuvo delante de la casa. Abrí la verja y apareció Honda para echarme una mano. Esta vez yo tenía una maleta, un bolso de viaje y unas cuantas bolsas grandes de plástico.

Cargué el equipaje en el maletero del coche.

—No sé cómo he terminado teniendo más cosas.

—Siempre sucede —respondió Honda riéndose—. Con el paso del tiempo, vamos acumulando más y más cosas. Por eso hacemos una limpieza de primavera todos los años, ¿o no?

Nos subimos al sedán y me llevó hasta mi nuevo apartamento. Solo tardamos veinte minutos en llegar, aunque, como bien dijo él, el edificio no tenía buena comunicación sin un coche. Quizá debería hacerme con una bicicleta. ¿Cuándo había sido la última vez que había montado en bici? En el instituto, si no me fallaba la memoria. ¿Tendría que volver a aprender? ¿O era como atarse los cordones: una vez que se aprende, se sabe por instinto para el resto de la vida?

El coche realizó un giro brusco de ciento ochenta grados y algo refulgió en el retrovisor. Estiré el cuello para verlo mejor. Un diminuto conejito de porcelana blanca estaba agazapado detrás del espejo; no era extraño que no lo hubiera visto antes.

Para ser un hombre adulto, Honda tenía gustos llamativos.

## La casa detrás de los arbustos de flores

---

La primera vez que vi el apartamento, era a última hora de la tarde y la puesta de sol pudo haber revestido el edificio de un halo romántico. Pero a plena luz del día estaba más destartado de lo que recordaba. Los descoloridos muros rosas estaban desconchados y presentaban manchas de humedad. Las barandillas metálicas aparecían totalmente oxidadas y la escalera de madera estaba astillada. Al menos la estructura general del edificio parecía sólida.

—Me sorprende que no hayan tirado abajo este sitio —comentó Honda mientras subía las escaleras—. Lleva construido desde la segunda guerra mundial y no se ha restaurado ni una sola vez. El dueño debería haber puesto ascensor, al menos.

—De haberlo hecho el alquiler no sería tan asequible —repuse.

—Quizá los alquileres solo son una tapadera y algunas habitaciones sirven para esconder drogas y armas.

—No digas tonterías.

Si ese era el caso, me importaba un rábano. El alquiler estaba dentro de mi presupuesto y aceptaban a inquilinos mes a mes. Me preguntaba si el casero sacaba algún beneficio, de hecho, al cobrar tan poco.

Resollando, llegamos por fin a la quinta planta. Saqué las llaves y abrí la puerta. Después de dejar el equipaje, examiné el lugar. En el aire flotaba un persistente olor a cerrado. Abrí las ventanas para ventilar.

En una esquina del salón divisé un televisor cubierto por una gruesa capa de polvo. Intenté encenderlo, pensando que quizá Honda quisiera ver algo, pero estaba estropeado. Después de trastear con el aparato durante un buen rato, desistí y fui al cuarto de baño a lavarme las manos. Para mi gran



asombro, no había agua caliente. No era de extrañar que el sitio fuese tan poco concurrido. Siempre podría poner agua a hervir como en las películas de época, pero sabía que era demasiado perezoso para hacerlo. Bueno, tenía lo que había pagado.

—¿Está todo bien? —preguntó Honda.

—Sí, sí —respondí, mientras me enjuagaba las manos bajo el grifo.

El espejo ante mí estaba borroso y cubierto de una capa de suciedad. Por lo visto, mi primer trabajo iba a consistir en limpiar el apartamento a fondo. Suspiré. No era mi actividad preferida para pasar mi día libre.

El apartamento estaba en un edificio de cinco plantas y cada una contaba con ocho viviendas. Un tercio estaba ocupado y varios pisos no se encontraban en alquiler, aunque no me creía la teoría de Honda. En la vida real, las cosas rara vez eran tan interesantes. Lo más probable es que las viviendas se encontraran en tan mal estado que no tuvieran arreglo posible.

Por lo que yo sabía, la primera planta estaba totalmente alquilada. Cuanto más subíamos, menos inquilinos había. En mi planta, solo había otro inquilino además de mí.

Los habitantes del edificio eran una mezcla de estudiantes universitarios y jóvenes profesionales. No costaba mucho recordar sus rostros, ya que eran pocos. Todos vivían solos, salvo una pareja.

—El casero quiere alquilarlo únicamente a personas solas —me explicó Izumi, la administradora de la finca.

Una semana después de instalarme, me llamó para que fuera a su apartamento a recoger unos documentos. La habitación 304 le hacía de veces de casa y de oficina. Pagaba el alquiler cada mes a través de ella. Si había algún problema con las instalaciones, ella era la persona con la que debía hablar. Aunque, en sus propias palabras, «no hay mucho que yo pueda hacer, de modo que procure no molestarme».

—Hay una pareja en la tercera planta —le señalé.

—La chica es la única que aparece como inquilina, pero su novio viene todos los días. Es como si estuviera viviendo ahí. Al casero no le gustaría si lo supiera, pero no se enterará si nadie lo denuncia.

Solté una risa ahogada.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó Izumi, cruzando los brazos.

—Usted se parece a una chica que conocí en el instituto —dije—. Llevaba las mismas gafas, y era una alumna ejemplar. Era delegada de clase, miembro del consejo estudiantil, ese tipo de cosas. Pero, al contrario que usted, nos denunciaba al profesor en cuanto nos portábamos mal.

—Noto cierto resentimiento.

—En cierto modo.

—No soy tan seria, ¿sabe? —Se quitó las gafas—. Es que no tengo buena vista ni tampoco buena suerte. Se me rompieron mis gafas habituales, de modo que tengo que usar las viejas, que me dan aspecto de cretina.

Sin las gafas, Izumi se parecía menos a la chica que conocí.

—Está bien, ya basta de mirar. Necesito llevarlas todo el tiempo o estoy literalmente ciega. —Se ajustó de nuevo las gafas—. Antes de que se me olvide, tengo algo aquí que debo darle. Espere un momento... Tengo mucho desorden en casa y no suelo invitar a nadie.

—No se preocupe, esperaré aquí.

Me dejó aguardando en la puerta. No podía darme cuenta del desorden de su piso porque una cortina decorativa me tapaba la vista, pero oí cómo Izumi rebuscaba por todas partes.

Unos minutos más tarde, regresó con un cuadernillo.

—Normas y reglas del edificio, para que los lea cuando le venga bien —dijo—. Ya puede marcharse.

Me esforcé por no parecer desconcertado.

—Gracias. Lo leeré, sin duda.

—Ah, una última cosa. Ya se lo he dicho antes, pero se lo repito. Procure no molestarme. Incluso si me dice que la lavadora no funciona o que no hay agua, no hay nada que yo pueda hacer. Hará mejor llamando a la puerta de otra persona para pedirle que le permita usar la suya. Yo solo puedo informar al casero cuando viene su secretaria una vez al mes. Incluso entonces, su oficina hace oídos sordos.

—Parece que usted detesta administrar este sitio —no pude evitar el comentario—. ¿Por qué se ofreció entonces?

Pareció sorprendida.

—No lo hice. ¿Cree que haría todo ese trabajo adicional a cambio de nada? El casero me deduce la mitad de mi alquiler por las molestias.

—Vaya, menudo chollo. Y si mete a otra persona en su apartamento sin declarar, como esa chica, podría reducir el alquiler todavía más.

Le estaba tomando el pelo, por lo que no esperaba una respuesta.

—Excelente idea, solo que ronco mucho. El único ser vivo con el que he compartido habitación es Midori, el gato que tuve en primaria.

—Tiene suerte de saberlo —dije—. ¿Se lo dijo Midori?

Izumi sonrió con suficiencia.

—¿Conoce personalmente a nuestro casero? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Solo me comunico con su secretaria.

—Entonces, ¿cómo se convirtió en la administradora de la finca?

—Ocupé el puesto de mi prima. Se mudó al casarse —explicó Izumi—. Además, basta ya de hablar de mí. ¿Qué hay de usted? ¿Ha podido instalarse y deshacer el equipaje?

—Supongo que sí —dije—. Este sitio es muy tranquilo.

—Sí, sobre todo si se está en la quinta planta. Solo están usted y ese tipo delgado.

—¿Le conoce?

Se encogió de hombros.

—No mucho. ¿Ha hablado con él?

—Aún no.

A pesar de vivir puerta con puerta, no había hablado con mi vecino y solo le había visto en dos ocasiones.

La primera vez fue cuando volvió a su apartamento en mitad de la noche cargado con dos grandes bolsas de plástico llenas de comida. En ese momento yo estaba tendiendo la colada que me había olvidado de sacar de la lavadora.

Mi vecino era un tipo alto y delgado con el pelo desgreñado. Llevaba gruesas capas de ropa, como si se encontrara en Hokkaido durante el invierno. Pero ni siquiera hacía fresco ese día. Todavía más extraño era que, a pesar de su gruesa vestimenta, solo llevaba en los pies unas *zori*, las tradicionales sandalias de paja de arroz.

La segunda vez que lo vi, yo deambulaba por el pasillo principal porque no podía dormir. Eran en torno a las dos de la madrugada. En aquella ocasión también él salió a algún sitio y regresó con dos bolsas de plástico. Sus *zori* hacían un sonoro ruido al subir las escaleras. Cuando pasó ante mí, le saludé con la cabeza y él me devolvió el saludo.

El resto del tiempo, la puerta y las ventanas de su casa permanecían cerradas. Nunca se escuchaba ruido procedente de su piso y no parecía tender la ropa fuera. Desde el pasillo daba la impresión de que allí no vivía nadie.

—Hablo con él, por supuesto, cuando cobro el alquiler —dijo Izumi—. Nunca mantenemos una conversación más allá de lo imprescindible. Se podría decir que no le conozco mejor que usted. Me han dicho que escribe canciones, pero nunca he oído música en su apartamento, de modo que no puede ser verdad.

—Quizá lo haga de forma digital —dije—. Conecta unos cascos a su teclado o algo.

Se encogió de hombros.

—Puede ser. Es un bicho raro. Recuerdo haberlo visto en el parque a las doce de la noche una vez. Le saludé, pero él me ignoró.

—Es posible que no la oyera.

—Estoy segura de que hablé lo bastante alto. Prácticamente le grité —insistió—. En fin, me voy a echar la siesta. Procure no...

—Molestarla innecesariamente.

—Bien —dijo antes de cerrar la puerta.

Miré el cuadernillo que sujetaba en la mano. Cincuenta páginas de hojas fotocopiadas sujetas en una carpeta de anillas. La tapa presentaba el dibujo de una casa detrás de unos arbustos con flores y mostraba la palabra «BIENVENIDO» escrita en letras grandes.

Una vez de vuelta en mi apartamento, lo metí en el cajón de la cómoda, donde no volvería a ver la luz del día.

Mi rutina no cambió mucho tras mi mudanza. Por la mañana salía a hacer deporte al parque cercano, corría durante una hora antes de regresar al apartamento para darme una rápida ducha. Después, me dirigía al trabajo.

La parada de autobús más cercana estaba a veinte minutos andando, solo pasaba una línea de autobús y cada quince minutos. Nueve de cada diez veces, me tocaba esperar un buen rato.

De camino al trabajo me compraba el almuerzo y me lo comía antes de la primera clase. Solía cenar con Honda y él casi siempre me llevaba luego a casa.

—Vivo cerca de ti, además —dijo—. Y es más divertido tener alguien con quien charlar mientras voy conduciendo.

Después del trabajo, estaba demasiado cansado para rechazar su oferta. Quería llegar a casa lo antes posible y tirarme encima de la cama. Honda, en cambio, rebosaba energía durante el trayecto nocturno. Parecía relajarse en cuanto se sentaba al volante.

—Me encanta conducir de noche con las ventanillas bajadas —me explicó, mientras cambiaba de marcha con suavidad—. El runrún del motor con el viento en la cara me relaja.

—¿A menudo conduces de noche así, sin rumbo? —pregunté.

No respondió. Nos acercamos a un semáforo. El coche ralentizó antes de detenerse en una cuesta arriba.

—Solía hacerlo, pero ya no —dijo al fin—. Cuando todavía salía con mi exnovia, dábamos una vuelta por las noches. Desde que me dejó, procuro no conducir solo. Si no, me pongo a pensar en ella.

El semáforo se puso verde y Honda soltó el freno de mano. El motor rugió cuando el coche arrancó.

—¿Y qué hay de ti, Ishida? ¿Tienes novia?

—Sí.

—¿En Tokio?

—Sí.

—Háblame de ella.

No sabía muy bien qué decir, sobre todo ahora que Nae y yo llevábamos tanto tiempo sin hablarnos.

—Ella es maja, supongo. Vamos a la misma universidad.

—¿Le parece bien que estés aquí?

Me obligué a reír.

—Si te digo la verdad, discutimos y no hemos hecho las paces.

—Entiendo —murmuró—. Después de que mi exnovia y yo rompiéramos, comprendí una cosa. Si os queréis, cualquier cosa puede arreglarse con una sola palabra de disculpas. Pero si no es así, es demasiado difícil mantener una relación.

—No me importa pedir perdón si hace falta, pero la cuestión es que yo nunca colmaré sus expectativas. Tarde o temprano, volveremos a tener la misma discusión. Ella y yo no vamos al mismo ritmo.

—¿Por eso te marchaste de Tokio?

No dije nada y él no insistió.

El sedán negro atravesó la tranquila noche de verano. Las calles estaban vacías, iluminadas por las farolas. Cuando entrecerré los ojos, se fundieron en una masa borrosa formando una luminosa línea continua. Recordaba haber visto algo parecido antes, pero ¿dónde?

# Una petición de Tokio

---

Cuando llegué a mi apartamento, encontré una carta esperándome. El sobre blanco tenía las esquinas arrugadas y un sello con una mariposa violeta. Me la había enviado mi madre. Rompí el sobre y extraje la hoja de papel, plegada dos veces. La carta decía:

*Querido Ren:*

*Jin te está buscando. Dice que es urgente. Le he dicho que no has dejado un número de teléfono y que yo no sabía cuándo regresarías a Tokio, pero no para de llamar. ¿Puedes ponerte en contacto con él?*

Jin era mi amigo desde infantil.

Estuvimos en la misma clase durante muchos años y ambos pertenecíamos al club de fútbol, de modo que pasamos mucho tiempo juntos. Pero, después del instituto, fuimos a universidades diferentes. Yo seguí los pasos de mi hermana a Keio mientras que Jin ingresó en Waseda. Me llamaba por teléfono de tanto en tanto cuando su equipo necesitaba jugadores, pero ya no nos veíamos tan a menudo. En algunas ocasiones quedábamos fuera de los campos de fútbol y pasábamos el rato yendo de bares y ligando con chicas.

No era que Jin fuese guapo. Bueno, yo no diría que su aspecto echara para atrás. Solo que no era el tipo de chico en que se fijan las chicas, pero tenía mucha labia. Una vez que conseguía que una chica se detuviese y le escuchase, sabía arreglárselas para llegar hasta su cama. Sin embargo, por alguna extraña razón, me necesitaba como compañero de caza.

—Hay una fórmula secreta —me dijo—. Esto solo funciona por parejas. Tú y yo formamos la mejor combinación. Nos complementamos.

¿Por qué yo? No me lo explicaba. Pero aplicando su dudosa teoría, yo me había ligado a unas cuantas chicas guapas. Seguir sus planes siempre era pan comido.

Antes de ir a trabajar a la mañana siguiente, di un rodeo hasta la cabina telefónica cerca del parque. Seguía sabiéndome el número de Jin de memoria.

Alguien contestó.

—¿Diga?

Reconocí enseguida la característica voz grave de Jin.

—Soy Ren —dije—. Mi madre está molesta porque no paras de llamarla.

—Ah, esa vieja bruja. Me colgó el teléfono el otro día. —Se rio—.

¿Dónde estás?

—En Akakawa.

—¿Qué estás haciendo allí?

—Arreglando un asunto familiar —dije. Jin conocía a mi hermana, pero no creía que hubiese mencionado que ella vivía allí, y no me apetecía hablar de su muerte—. Bueno, ¿por qué te has tomado tantas molestias para hablar conmigo?

—Necesito tu ayuda para ligarme a un par de chicas.

No me lo podía creer.

—¿Hablas en serio? ¿Por eso has estado llamando sin parar?

—¿Crees que estoy de broma?

Noté por su tono de voz que hablaba en serio, pero aun así.

—¿A qué vienen tantas prisas?

—Te lo contaré personalmente. ¿Cuándo puedes venir? Una semana al menos, y lo antes posible. Harás eso por mí, ¿verdad?

Era la primera vez que pedía ayuda. No podía negarme y, además, llegaban las vacaciones de verano.

—Estaré allí la semana que viene —dije.

—Estupendo —pareció aliviado—. Te pagaré el billete de tren.

—No te preocupes. Pero no le digas a nadie que voy a Tokio, sobre todo a mi madre.

—Entendido. Además, ¿quién querría hablar con esa vieja bruja?



Así fue como en la fecha acordada me presenté en su casa en Meguro.

La casa de Jin era un inmueble en propiedad de tres plantas con su propio aparcamiento. Su familia vivía allí desde hacía tres generaciones.

La puerta se abrió de par en par y Jin me saludó.

—Bienvenido a Tokio, señor Ishida —dijo con una sonrisa—. Le estábamos esperando.

—¿De qué va todo esto? —pregunté, incapaz de contener la curiosidad.

—Esto va de... —Salió de la casa con un bolso de viaje—. Que nos vamos de juerga.

Jin paró un taxi y dio la dirección de un hotel en Roppongi. De camino, aparentó quedarse dormido, pero yo me di cuenta de que estaba fingiendo. Después de tomar posesión de su habitación, tiró el bolso a un lado y saltó sobre la cama de matrimonio mientras yo me quedaba de pie a su lado. Tras un largo silencio, comenzó a hablar:

—¿Me creerías si te dijera que me voy a casar? —preguntó.

Abrí los ojos como platos.

—¿Hablas en serio?

Al igual que yo, Jin tenía veinticuatro años. Demasiado joven para sentar la cabeza para un chico, sobre todo para uno con tanto miedo al compromiso como él.

Respondió sin emoción:

—Ojalá fuese una broma.

—¿Qué pasó?

—Mi novia está embarazada —dijo—. La boda es el mes que viene. Es muy precipitado, pero no tenemos elección, ya que está de siete semanas. Pronto se le empezará a notar.

No sabía qué decir. Podía imaginarme lo terrible que debía de ser para él. Me rasqué la cabeza y le pregunté:

—¿Es la chica de pelo corto que me presentaste la última vez? ¿Cómo se llamaba?

—Sachiko —respondió—. Pero no es ella. Rompí con ella hace mucho.

Sabía que Jin salía con muchas chicas y a veces con más de una a la vez,

pero la chica de pelo corto de Waseda era la última que yo había conocido.

—Entonces se trata de una nueva.

—Sí —dijo—. ¿Y tú? ¿Sigues aguantando a esa Nae?

—¿Qué quieres decir con «esa Nae»? Sí, seguimos juntos. Quiero decir...

—Me rasqué la cabeza—. Más o menos.

Me miró y se echó a reír.

—Así que terminaste por cortar con ella. Ya era hora, ¿no? Te ayudaré a superarlo.

—No hemos roto. Y esto no va de mí. Va de ti y de la chica con la que te vas a casar. ¿Cuánto tiempo llevabais saliendo antes de que se quedara embarazada?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. ¿Un año o dos?

—Eso no puede ser verdad. El año pasado estabas con Sachiko, a no ser que salieras con las dos al mismo tiempo.

—Está bien, solo llevábamos saliendo un par de meses cuando se quedó embarazada. ¿Ya estás contento? ¿Podemos dejar el tema?

—Vale, vale —dije, percibiendo su nerviosismo—. ¿Cómo sucedió? Siempre has tomado precauciones.

—Tomo precauciones —repuso—. Por eso estoy jodido. Aunque mi novia está feliz. Se lo ha contado a todo el mundo. No me queda otra que asumir mis responsabilidades.

Acerqué una silla y me senté.

—Esta novia tuya, ¿la quieres?

—Me gusta, o no habría salido con ella para empezar. No estoy loco por ella ni nada por el estilo, pero no me importa estar con ella —dijo Jin—. También es un matrimonio ventajoso. La empresa de su padre es el cliente principal de nuestro negocio familiar. Sería difícil negarse.

—De modo que ya está decidido, ¿no?

—Supongo que sí. Es tan repentino. El tiempo se ha acabado, ¿me entiendes? Sinceramente, todavía no estoy preparado, pero no tengo elección. Suspiré.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Tirarse a todas las que se pueda durante una semana?

—Algo así —esbozó una sonrisa de suficiencia—. Si puedo divertirme lo

suficiente como para satisfacer una vida entera de deseo, quizá asuma mejor la idea de sentar la cabeza tan pronto.

—Menuda genialidad de plan.

—No seas sarcástico, Ren. Sé que suena superficial y estúpido, pero yo soy un hombre superficial y estúpido.

Jin sonreía, pero sabía que estaba abatido. Se le había ido la cabeza. Empatizaba con él, pero no estaba de acuerdo con cómo había decidido manejar la situación.

—No te preocupes, me aseguraré de que tú también te diviertas — continuó.

—Ese no es el tema. Solo que tengo mis dudas de que vayas a sentirte mejor después de que hagamos todo eso.

—Ese es mi problema, no el tuyo. Es una apuesta que hago y asumo toda la responsabilidad de lo que pase.

Sabía que no iba a cambiar de parecer. Me descalcé y le pregunté:

—Bueno, ¿y adónde vamos esta noche?

—Pronto lo sabrás. —Jin sacó otra llave de hotel del bolsillo y me la lanzó—. No te quites los zapatos aquí. Ve a tu habitación. Será mejor que descanses. Te prometo que va a ser una noche muy larga.

—Está bien.

Me puse los zapatos, agarré mi bolsa y salí.

Jin era hijo único. Su familia había dirigido durante generaciones un negocio de ropa exclusiva. Era un trabajo muy duro, pero se habían creado una buena reputación y una clientela de élite. Políticos, gente del mundo del espectáculo y ricos hombres de negocios conformaban su cartera de clientes. La fábrica estaba situada en Kanawaga y los padres de Jin tenían otra casa allí. Jin vivía solo en la casa de Meguro la mayor parte del tiempo. Eso era otra cosa que teníamos en común, además de nuestra pasión por el fútbol.

Cuando estábamos en el instituto, a menudo me invitaba a su casa a ver vídeos para adultos. Tenía la mayor colección que yo había visto jamás. Después de que mi hermana se marchara de Tokio, me quedaba muchas veces a dormir en su casa.

Aunque sus padres casi nunca estaban, Jin no llevaba chicas a casa. En cambio, tonteaba con ellas en el instituto —en la enfermería, el almacén, los baños, donde fuera—. Al hacernos mayores, subió de categoría y optó por los hoteles para encuentros amorosos. El dinero no era un problema, ya que recibía una generosa paga.

Le pregunté una vez por qué se tomaba tantas molestias si su casa casi siempre estaba vacía.

Jin respondió:

—No puedo arriesgarme a que aparezcan mis padres de repente y me encuentren con los pantalones bajados.

—¿Pretenden que sigas siendo virgen hasta que te cases? —bromeé.

—Tú ya me entiendes —dijo—. Saben que ya tengo relaciones sexuales, pero no quieren pillarme haciéndolo.

Y como yo le acompañaba, también me hice asiduo de los hoteles para encuentros amorosos.

El método de Jin para ligarse a las chicas era sencillo. Íbamos a un bar elegante en Roppongi, pedíamos un par de copas y nos quedábamos allí hasta que nos fijábamos en un par de chicas que nos gustaran. No muy jóvenes — por regla general estudiantes universitarias u oficinistas de veintitantos años —, y lo bastante atractivas. Jin siempre era el que se acercaba para hablar con ellas. Las invitábamos a unas copas, escuchábamos sus historias y las hacíamos reír. Si teníamos suerte, luego teníamos un escarceo. Jin se aseguraba de que yo me divirtiese; él pagaba la cuenta y me dejaba elegir a la chica que me subía a la habitación.

Esta vez también seguimos el mismo guión que de costumbre. Las tres primeras noches fueron como era de esperar. A Jin siempre se le había dado bien ligar, pero esta vez se mostró especialmente brillante. Yo no me quejaba, sobre todo porque no me había acostado con nadie desde que me trasladara a Akakawa. Pero la cuarta noche fue diferente.

Nada más entrar en el bar, divisé a dos chicas que estaban tomando una copa solas. Una era bajita, con una sonrisa contagiosa, y la otra era esbelta, de tez clara. La chica alta tenía un aspecto glamuroso con su chaqueta de cuero y un maquillaje insinuante. Su melena corta dejaba al descubierto un cuello largo y fino.

No creí que tuviera la menor posibilidad con una chica así, pero Jin me vio observándolas. Intuyó que me gustaba la chica con aspecto de modelo e insistió en probar suerte. Al principio vacilé, pero cuando la más bajita me miró a los ojos, decidí dejar que él probase su magia. Nos acercamos a la mesa vacía junto a la de ellas y nos pedimos unas jarras de cerveza. Después, Jin dio un paso.

—¿Qué tal estáis esta noche, chicas? —preguntó—. ¿Os apetece uniros a nosotros?

Lo planteó de un modo tan natural, como si preguntase si la mesa estaba ocupada. Era algo que solo Jin era capaz de hacer. Habría sonado demasiado atrevido si hubiera sido yo quien pronunciara esas mismas palabras.

Las dos chicas se miraron. Después de un breve silencio, la chica más alta asintió y la bajita dijo:

—Claro, ¿por qué no?

—¿Venís aquí a menudo? —preguntó Jin, haciendo hueco para las dos jóvenes.

La chica alta se encogió de hombros.

—De vez en cuando.

Como siempre, él se encargó de las presentaciones.

—Él es Ren y yo soy Jin.

—Ella es Anzu, y yo soy Kaori —respondió la chica bajita—. ¿Sois estudiantes?

Jin asintió.

—Estudiamos Derecho en Tsukuba. Estamos aquí de vacaciones.

Inventarse una personalidad falsa formaba parte de la fórmula secreta de Jin. Estudiantes universitarios —de cualquier sitio salvo Keio y Waseda— era el guión que más empleábamos, pero a veces se inventaba que éramos ejecutivos de una agencia de publicidad o de una empresa, o funcionarios. Hasta ahora nadie había descubierto que mentíamos. Ni siquiera aquella vez, cuando resultó que las chicas con las que hablábamos estudiaban en la misma universidad que él había elegido. Jin profería sus mentiras con tal convicción que era como si él mismo se creyese todo lo que decía.

Por parte de las chicas, Kaori era la que monopolizaba la conversación. Eran estudiantes de teatro en alguna escuela privada de Arte Dramático.

—Representamos una obra el próximo verano, y me acaban de dar uno de los papeles protagonistas —dijo Kaori—. Si estáis en Tokio, deberíais venir a verla.

—¿De veras? Eso hay que celebrarlo —exclamó Jin.

Ofreció un brindis y pidió más copas. Seguía conversando con Kaori, lo que me dio la oportunidad de acercarme a Anzu. Funcionó bien, ya que Kaori estaba encantada de poder contarle todo sobre la producción.

Me volví hacia Anzu. En la tenue luz, resultaba cautivadora. Pero no era solo por su imponente atractivo. La chica tenía algo que me resultaba familiar y que no sabía explicar. Aunque acabáramos de conocernos, tuve la sensación de que la conocía.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—Me suena tu cara —dije—. ¿Nos conocemos?

Se apartó el largo flequillo de la cara y se colocó el mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Es una de tus frases para ligar?

—Tal vez. —Tomé un sorbo de cerveza—. Y tú ¿qué? ¿También actúas en la obra?

—No —respondió sin un ápice de decepción—. Yo me encargo del maquillaje y del vestuario.

—¿Eso es lo que te interesa?

—No mucho. Solicité el puesto porque es posible que no esté por aquí cuando se represente. Tenemos a otra docena más de estudiantes haciendo lo mismo. Si no me presento, no será una catástrofe.

—Anzu es una modelo famosa —intervino Kaori—. Hizo un trabajo para *Comme des Garçons* la semana pasada.

Por eso me parecía que la había visto antes en alguna parte.

—Así que veremos tu foto en vallas publicitarias, ¿eh?

Anzu se echó a reír.

—No, no es una campaña publicitaria. Participé en un pequeño desfile de pasarela. No soy una modelo famosa. Kaori estaba bromeando.

Eché un vistazo a Kaori, pero la chica estaba entretenida escuchando a Jin.

—No es que me guste tanto el teatro, pero tenía que encontrar algo que

estudiar para satisfacer a mis padres —explicó Anzu—. Le dan mucha importancia a lo de tener un título.

—Pero ¿cualquier título les vale?

—Sí, cualquiera les vale —repitió—. Pensé que el arte dramático sería lo más parecido a lo que estoy haciendo ahora, pero resulta que no ha sido la mejor elección. Se me da mal memorizar textos, y soy una pésima actriz. Diseño de moda habría sido mejor, quizá.

—¿Por qué no te cambias?

—La mitad del tiempo no estoy aquí. Si me pasara a la moda, no podría asumir la carga de trabajo de la escuela.

—¿No tienes ya problemas para cumplir con los requisitos mínimos de asistencia?

—No pasa nada. Mis amigos me ayudan y firman por mí —explicó—. Mis profesores conocen mis circunstancias, así que hacen la vista gorda. No es difícil graduarse. Nuestra escuela solo es una pequeña escuela privada, no como la Universidad de Tsukuba. Y no tengo por objetivo ser la próxima gran actriz de Japón.

Terminé la cerveza y rellené nuestras jarras. Jin y Kaori estaban en su propio mundo. Kaori soltó una risita nerviosa cuando Jin la cogió por la cintura.

—¿Y tú qué? —preguntó Anzu—. ¿Por qué elegiste Derecho?

Me debatí un momento para encontrar una respuesta.

—No sabía qué estudiar, así que mis padres me sugirieron que siguiera los pasos de mi hermana mayor.

—¿Es abogada?

Carraspeé y asentí.

—Sí.

—Entonces puedes pedirle una carta de recomendación. Tus perspectivas de futuro están bastante garantizadas. Has elegido bien. O al menos has planificado tu vida bien. Mucha gente de tu edad no tiene ni idea de lo que piensa hacer después de graduarse.

—Es difícil para una persona de veintitantos años decidir qué quiere hacer para el resto de su vida.

—Es cierto, pero así son las cosas —se lamentó ella—. Las decisiones

que tomes a los veinte años pueden ser las más importantes de tu vida. El trabajo que piensas hacer, el tipo de persona con la que te vas a casar, ese tipo de cosas. Pero aún somos jóvenes. Demasiados ingenuos y estúpidos para tomar decisiones vitales.

Farfullé un asentimiento y apuré la cerveza en un par de tragos.

Jin me rodeó los hombros con el brazo.

—Siento interrumpir vuestra conversación, pero estoy agotado. Me vuelvo al hotel.

Anzu se subió la manga de la chaqueta para comprobar el reloj. Llevaba un grueso cronógrafo Seiko *vintage*.

—No me había dado cuenta de que era tan tarde —dijo.

—¿Cómo vais a volver? —preguntó Jin.

—Tendremos que tomar un taxi, ya que hemos perdido el último tren —explicó Anzu.

—Nuestro hotel está a dos pasos de aquí. Si queréis, podéis venir y descansar hasta que se reanuden los trenes.

—¿De verdad? —Kaori se aferró a Anzu—. Hagamos eso. Estoy sin blanca. No quiero tomar un taxi.

Anzu no contestó. Jin pagó la cuenta y los cuatro salimos del bar. Jin y yo caminábamos delante, mientras las chicas nos seguían unos pasos más atrás.

Me aseguré de que no escuchaban antes de susurrarle a Jin:

—¿Estás seguro de que no te interesa Anzu?

—No, tú la viste primero. Es toda tuya —dijo con tono relajado—. Además, Kaori es mona. Y quién sabe, un día podría ser una actriz famosa: el broche de oro a mis conquistas.

—Como quieras.

Cuando entramos en el edificio, Jin abrazó a Kaori y le susurró algo al oído. Los dos fueron directamente a su habitación y cerraron la puerta sin dirigirnos una palabra a Anzu o a mí.

La miré, incómodo.

—Pues...

Ella se encogió de hombros.

—Me parece que tendrás que soportarme...

—Ninguna objeción por mi parte —dije.



Le cogí la mano y saqué la llave de mi habitación.

—¿Estás dormido? —preguntó Anzu, acercándose a mí debajo de las sábanas.

—Aún no —respondí—. Sería un desperdicio por mi parte dormir mientras tú sigues despierta.

—Qué bonito —dijo, siguiéndome el juego.

Se puso encima de mí y nos besamos. Le aparté el flequillo detrás de la oreja. De alguna manera tenía un aspecto diferente al del bar, aunque no de un modo negativo. Tardé un rato en darme cuenta de que se debía al color de sus labios. Nuestros roces habían borrado el color granate oscuro de su barra de labios y eso le daba un aire mucho más juvenil.

—Hacía mucho que no me acostaba con alguien —confesó.

Volví a besarla.

—Ah, ¿sí?

—Mi carrera es prioritaria. Una relación solo me haría fracasar.

—Pero ¿no te sientes sola?

—A veces. Más adelante quiero tener una relación sentimental seria. He intentado salir con chicos un par de veces, pero ellos siempre terminan cortando porque dicen que no les presto suficiente atención.

—Eso que no has conocido a la persona adecuada —dije—. ¿Cómo decidiste dedicarte al mundo de la moda?

Anzu se tumbó a mi lado.

—Era mi sueño de niña. —Sus ojos estaban completamente abiertos; no parecía que tuviera la menor intención de dormir.

—Cuéntame más.

—Bueno, desde que tengo uso de razón, siempre me ha encantado hojear las revistas de moda, admiraba a las modelos vestidas a la última con su maquillaje tan perfecto. Al cumplir los diecisiete años, me presenté a una prueba para ser modelo lectora<sup>[4]</sup> y me cogieron, y la agencia me ofreció un contrato.

—De modo que es un sueño hecho realidad.

—Sí —asintió, clavando la mirada vacía en el techo antes de echarse a

reír.

Le acaricié el pelo.

—¿Qué es tan gracioso?

—Mis padres no lo descubrieron hasta unos años más tarde. Mi padre trabaja en Manila y mi madre lo acompaña. Yo vivo en Tokio con mi tía. — Se volvió hacia mí—. ¿Puedes imaginarte su reacción? Creyeron que yo estaba siendo rebelde. Por suerte, mi tía manejó muy bien la situación.

—Ah —farfullé—. ¿Ser modelo es como te esperabas que fuera?

Reflexionó durante un momento antes de responder:

—En general sí, pero no todo. No sabía que la competitividad sería tan feroz. Hay muchísimas chicas guapas que rivalizan por cada trabajo. Recibo un rechazo tras otro. Pero trabajo duro. Mi agente me reconoce el esfuerzo y me ha estado dando más oportunidades. Cuando surge una emergencia o si una modelo se pone enferma, yo soy la primera de la lista como posible sustitúa. —Se acercó y me apoyó la cabeza en el brazo—. Por ejemplo, si recibiera una llamada suya ahora mismo, en este instante..., te dejaría en un suspiro.

—Eso sí que es dedicación —dije. Al recordar a la madre de Seven Stars, le pregunté—: ¿Hay alguna modelo de una parte del cuerpo en tu agencia?

—No, pero de vez en cuando nos llegan peticiones extrañas de ese tipo. Una vez me pidieron ser modelo de piernas para una empresa de medias, pero no sucede a menudo. ¿Por qué lo preguntas?

—La mujer de un conocido mío es modelo de manos.

—¿Cómo se llama? Igual la conozco.

—No conozco su nombre completo, pero se apellida Nakajima. Me han dicho que es famosa.

—Hay algunos modelos de manos muy conocidas, ya que tienen más salida que cualquier modelo de otras partes del cuerpo, pero no me suena Nakajima —dijo—. Aunque es un trabajo difícil. Los clientes esperan mucho más que un par de manos bonitas. Pagan mucho dinero, así que exigen un material perfecto, sin vello, sin poros y sin venas.

—Eso parecen unas expectativas muy altas.

—Una vez trabajé con una. Una modelo de manos de verdad, no alguien que hace de doble para una parte del cuerpo como yo. Llevaba guantes todos

los días. Y no te lo creerás, pero mantenía las manos a la altura del pecho todo el tiempo para mejorar la circulación sanguínea. Un poco exagerado, ¿no te parece? A mí no me gustaría...

Nos interrumpieron dos golpes en la puerta. Me puse los pantalones y abrí. Jin estaba fuera, con la camisa arrugada sin abrochar.

—Siento molestaros, pero Kaori no se encuentra bien —dijo—. Ha vomitado en el baño y ahora está llorando. No sé qué hacer. He intentado hablar con ella, pero no deja de sollozar.

—Echaré un vistazo.

Anzu se levantó y se vistió.

—Lo siento, Ren, pero ¿te importaría que Jin se quedara en tu habitación? Sé cómo se pone Kaori cuando se emborracha y será mejor que me quede con ella.

—Ningún problema —respondí.

Anzu me dio un beso y salió. Los ojos de Jin no se despegaron de ella en todo el tiempo.

—Esa chica es muy delgada, ¿no? Casi se le ven los huesos —comentó—. Oye, siento colarme así, pero Kaori estaba totalmente pedo.

—No te preocupes, además ya habíamos acabado.

Cogió una almohada de la cama.

—Dormiré en el sofá. No discutas. Ya he tenido bastante por esta noche.

—Como quieras.

Estaba demasiado cansado para discutir. Me metí de nuevo en la cama y estaba a punto de quedarme dormido cuando oí la voz de Jin:

—Oye, Ren, gracias por compartir mi última aventura de hombre libre.

Sonreí.

—De nada. Yo también me he divertido.

—Bien.

El sofá chirrió cuando Jin se movió, incómodo. Mientras ahuecaba la almohada, dijo:

—Por cierto, no me has contado de verdad qué estás haciendo en Akakawa.

—Como te dije, tengo que arreglar un asunto familiar. —Aún no me apetecía hablar de mi hermana. Sin duda me lo echaría en cara cuando se

enterase, pero en aquel momento no me importaba—. Estaré de vuelta en Tokio en un par de meses seguramente —añadí.

Jin farfulló algo que no comprendí. Me quedé esperando a que me hiciera más preguntas, pero, cuando lo miré, estaba profundamente dormido.

Cuando desperté, Jin seguía durmiendo. Descorrí la gruesa cortina y dejé que entrara el sol. La repentina luz lo sacó de su sopor.

—Buenos días, bello durmiente —dije.

Bostezó.

—¿Qué hora es?

Eché un vistazo al reloj.

—Las once. Tenemos que dejar la habitación pronto.

Después de asearnos y afeitarnos, fuimos a la habitación de Jin. Llamó a la puerta, pero nadie contestó.

—Qué raro —murmuró con el ceño fruncido. Debió de temerse lo peor, ya que había dejado sus pertenencias en el interior.

Moví el picaporte. La puerta no estaba cerrada con llave, pero no había nadie en la habitación.

—Supongo que ya se han ido —dijo Jin. Recorrió la habitación con la mirada y cogió una nota de papel que había en la mesilla—. Es para ti.

Tomé la nota y la leí.

*Hola, Ren:*

*Siento marcharme tan pronto, pero tenemos que asistir a una clase por la mañana. Anoche estuvo divertido y me lo pasé muy bien. Volver a verte fue inesperado, pero ojalá que el futuro me siga sorprendiendo.*

*Besos, Anzu*

—Tiene una letra muy pulcra —dijo Jin—. Pero no te ha dejado su número de teléfono. ¿Y de qué va esto? «Volver a verte fue inesperado». ¿Os habíais visto antes?

Yo me estaba haciendo la misma pregunta, pero no quería que Jin

indagase demasiado.

—Que yo sepa, no —repuse. Arrugué la nota y la tiré a la basura. ¿Era alguien que yo había conocido de verdad? ¿O se trataba de una broma que intentaba gastarme por mi comentario acerca de que me sonaba su cara?

Dejamos el hotel y tomamos el metro de vuelta hasta la casa de Jin. Yo tenía que marcharme de Tokio ese mismo día.

De pie ante la puerta, Jin me miró con rostro sombrío.

—Bueno, pues se acabó —dijo.

—Sí, se acabó —repetí.

—¿Algunas palabras de despedida?

—Cuídate, sé un buen marido y un buen padre —dije—. ¿Sabes? Tienes una buena vida. Te veré en la boda.

—Tú también, Ren. Ten una buena vida.

Me dio un fuerte apretón de manos y me abrazó antes de que me marchara.

En aquel momento, jamás me habría imaginado que esa iba a ser la última vez que lo viera. Jin no me invitó a la boda.

Cuando me fui de su casa, estaba convencido de que todo le iría bien. Aunque Jin era frívolo, tenía la cabeza bien puesta sobre los hombros. Por ello me sorprendió mucho cuando, años más tarde, un conocido común me contó que estaba en proceso de un complicado divorcio.

—Qué tío más imbécil —me dijo este amigo—. Las cosas le iban muy bien. Su mujer es muy guapa y tienen dos hijos. Incluso se hizo cargo de la empresa de su suegro, pero le pillaron teniendo una aventura con la profesora de teatro de los niños. Causó un gran escándalo, y la mujer perdió su trabajo. He oído que iban hasta Bruges para verse, pero, mira qué mala suerte, su cuñado también estaba allí por una escapada familiar.

Le habría querido decir a Jin que debería haber parado cuando dijo que lo haría, pero nunca más nos volvimos a encontrar.

# Tortitas calientes en un día de lluvia

---

Al término de la última clase, me dirigí a mi escritorio para ordenar mis carpetas y esperar a Honda. Llegó poco después.

—Perdona, no puedo llevarte en coche esta noche —se disculpó—. Uno de mis alumnos tiene una prueba mañana y aún no entiende del todo la fórmula. Suspendará como no le eche una mano. La verdad es que no sabría decir cuándo acabaremos.

—No te preocupes, céntrate en eso —repuse—. Te veré mañana, e intenta no quedarte hasta muy tarde.

Me enfundé la parka, agarré la cartera y bajé las escaleras hasta la primera planta. La zona de recepción estaba a oscuras y ya habían apagado la calefacción.

Cuando salí del edificio, una ráfaga de aire frío me azotó la cara. El asfalto mojado reflejaba la luz de las farolas. Charcos en los que las gotas de lluvia dejaban huellas ribeteaban los bordillos. Podría haber vuelto a Yotsuba a por un paraguas, pero solo chispeaba, así que no me molesté. Hundí las manos en los bolsillos y abandoné el centro educativo.

Al otro lado de la calle se encontraba Seven Stars bajo la lluvia, con un abrigo rojo. Cuando se cruzaron nuestras miradas, esbozó una leve sonrisa. Parecía como si me hubiese estado esperando.

Crucé la calle, esperando que me dijera algo, pero permaneció callada. Sus ojos pasaban de los charcos a mí. Las gotas de lluvia refulgían en su pelo.

—No tengo paraguas —dije.

—Yo no he dicho que necesitara uno —respondió.

—¿Qué hace aquí?

No contestó.

—Va a enfermar como se quede ahí parada —dije—. ¿Quiere que caminemos juntos hasta la estación de tren?

En vez de responder, jugueteó con los dedos. Se había pintado las uñas con una laca de color beis, quebrantando las normas de la academia.

—Diga algo, por favor —insistí.

—Tengo hambre —dijo—. Quiero comer algo caliente.

—Vayamos al supermercado del barrio a ver qué es lo que tienen.

Negó con la cabeza.

—No quiero comida de supermercado.

Me estaba impacientando.

—Está bien, ¿qué es lo que quiere entonces?

—Quiero tortitas con alubias rojas recién hechas.

—Genial, ¿y dónde encontramos eso? —Miré el reloj—. Ya son las diez y media.

—Yo sé adónde ir.

Seven Stars echó a andar mientras yo caminaba tras ella. De vez en cuando, se daba la vuelta para comprobar que la seguía. No sabía si era consciente de ello, pero sonreía.

—No se preocupe —dije—. No me voy a perder.

Se detuvo.

—¿Por qué no nos pone las cosas más fáciles a los dos y camina a mi lado?

En primer lugar ¿por qué me había puesto a seguirla? No tenía la menor idea. Avancé hasta que caminamos a la par.

—Me encanta caminar bajo la lluvia —dijo Seven Stars—. Es divertido, ¿no le parece?

Esta vez fui yo quien se quedó callado.

Pisó un charco que nos encontramos. El agua me salpicó los pantalones. La fulminé con la mirada y ella se rio. Poco después, llegamos a un parque que yo no conocía.

—Es ahí —dijo mientras señalaba un puesto de venta ambulante cerca de la entrada—. Espéreme aquí.

Antes de que yo respondiera, echó a correr hacia allí y me dejó solo.

Unos minutos más tarde volvió con dos bolsas de papel marrón y me entregó una.

—Gracias —dije.

Mientras me conducía más adentro en el parque, Seven Stars dijo:

—Ese puesto de tortitas siempre está ahí, haga el tiempo que haga. A todas horas, llueva o truene, está en ese mismo sitio. Lleva allí desde que tengo uso de razón.

—¿Viene usted a menudo?

Asintió.

—Desde que era joven.

—¿De qué me está hablando? —Le di unas palmadas en la cabeza—. Aún es joven.

Me apartó la mano.

—No me gusta que haga eso. No soy una niña.

Caminamos hasta una zona recreativa infantil vacía en medio del parque. Había un par de columpios, un tobogán y una estructura para trepar. Se sentó en uno de los columpios mientras yo me instalaba en el otro.

Abrí la bolsa de papel y emanó un vapor caliente. La tortita aún estaba humeante. Esperé a que se enfriara antes de probar bocado. La masa era esponjosa y el relleno de alubias rojas, dulce y cremoso.

—Solía venir aquí todo el tiempo con mi madre antes de que se pusiera a trabajar —dijo Seven Stars—. Solo me montaba en los columpios. Ella intentaba convencerme para que probara otra cosa, pero yo no le hacía caso. Siempre que veníamos, me sentaba en este columpio y ella me empujaba. Por alguna razón nunca me cansaba de ello.

—¿Quiere que la empuje? —pregunté entre risas.

Hizo un mohín.

—Superé esa fase hace mucho tiempo.

Impulsándose con los pies, se columpió. Las bisagras metálicas chirriaron.

—Cada vez que vengo aquí, me pongo nostálgica —continuó—. Después de todos estos años, no ha cambiado nada.

—¿Y eso no es bonito?

Asintió.



—¿Qué hay de usted, señor Ishida? ¿Iba a los parques infantiles cuando era niño? ¿O los niños de Tokio son demasiado serios para esas cosas?

—¿Serios? No que yo recuerde —respondí—. Había un parque infantil cerca de mi casa, un poco más grande que este, pero iba allí muy pocas veces.

—¿Entonces adónde iba?

—Había una pradera cerca de mi colegio donde solía jugar al fútbol con mis amigos. Teníamos que tener cuidado, porque el campo se encontraba cerca de un canal. Si golpeábamos el balón con demasiada fuerza, podía acabar en el agua y era imposible sacarlo de allí. Aun así, nos pasó un par de veces.

Se le iluminaron los ojos.

—Recuerdo que me contó su sueño de convertirse en futbolista profesional. Era bueno, pero no lo suficiente.

—Deje de burlarse de mí.

Intenté darle un empujoncito, pero ella se zafó.

—No se disguste —dijo—. Al menos era bastante bueno.

—Me lo tomaré como un cumplido entonces.

—Es un cumplido —dijo—. Y esa pradera, ¿sigue existiendo?

—No, han urbanizado la parcela.

Después de despedirme de Jin, me habían sobrado un par de horas antes de tomar el tren de regreso a Akakawa. En un impulso, decidí visitar el campo. Pasar tiempo con Jin me había puesto sentimental. En cierto modo echaba de menos esos días de mi infancia, cuando jugábamos al fútbol juntos todos los días y mi hermana todavía vivía en Tokio.

Muchas cosas habían cambiado desde que mi hermana se había marchado de nuestra ciudad natal, incluido ese campo. El lugar había sido pavimentado por completo y convertido en un aparcamiento. Lo único que permanecía tal cual era la escalera de cemento que conducía al césped. Aun así, cuando miré las hileras de coches aparcados desde lo alto de la escalera, supe que había perdido mi vínculo emocional con el sitio. La zona que antaño me era familiar ahora me resultaba ajena. Era como si me hubiese imaginado todo el tiempo que yo había pasado allí.

—Señor Ishida, ¿qué tal está la tortita? ¿Está rica? —preguntó Seven Stars sin dejar de columpiarse.

—La comida caliente en un día de lluvia suele sentar bien —respondí con la vista clavada en los charcos. No se movían; había dejado de llover. Me volví hacia ella y dije—: No me ha dicho por qué me ha traído hasta aquí.

—Le dije que tenía hambre.

—Si quiere contarme algo, ahora es un buen momento para hablar.

Me miró con gesto perplejo.

—Por eso me ha traído aquí, ¿no? —proseguí—. Para comentarme algo. ¿De qué se trata?

—Nada. Solo tenía un antojo de tortita.

De acuerdo. Me había arrastrado hasta ahí solo para que nos columpiáramos y comiéramos tortitas juntos.

Se oía el murmullo de las hojas de los árboles que nos rodeaban.

—A pesar de haber comido, sigo teniendo frío —dijo, cambiando de tema.

—¿Qué esperaba? Estamos en septiembre.

Se frotó las palmas de las manos.

—Señor Ishida, ¿ha dejado de hacer deporte? No le he visto salir a correr por las mañanas.

—Me he mudado de casa hace un par de semanas.

—Ahora lo entiendo —murmuró y exhaló aire caliente en sus manos.

Me levanté.

—Volvamos, o perderemos el último tren.

Seven Stars me siguió y caminamos juntos. El viento soplaba con más fuerza. El pelo se le alborotaba en la cara y tenía que sujetarlo detrás de las orejas. No llevaba guantes. Debía de tener las manos congeladas. Me entraron ganas de cogérselas y calentarlas.

«¿En qué estás pensando?», me reprendí. «Solo es una cría».

—Señor Ishida —dijo Seven Stars, mientras daba una patada a un poco de grava—. ¿Qué aspecto tenía su primer amor?

La miré.

—¿Por qué lo pregunta?

—Por ninguna razón en concreto. Es solo por curiosidad.

—La gente no suele preguntar ese tipo de cosas.

Ladeó la cabeza.

—¿Por qué no me puede responder sin más?

—Si insiste... —Suspiré, esforzándome por recordar los rasgos de la primera chica de la que me enamoré, que era común y corriente—. Era una chica tranquila, sin nada especial.

—¿Compañera de clase?

—No, pero íbamos al mismo colegio. Solía sentarse en la escalera que conducía a la pradera de la que le hablé, para mirar cómo jugábamos al fútbol mis amigos y yo.

—¿Qué hacía allí? ¿Lanzaba los balones perdidos al campo?

—A veces. —Me froté la nariz—. Un poco tópico, ¿verdad?

—¿Así que la invitó a salir? Deje que lo adivine, le rechazó.

Suspiré. Qué atrevida era.

—Nunca la invité a salir. Pero tampoco anda tan desencaminada. Me habría rechazado si lo hubiese hecho.

—¿Por qué lo dice?

—Prefería al portero antes que a la estrella del equipo.

—Un momento, un momento... La estrella del equipo... —Seven Stars fingió un gesto de sorpresa—. No sería usted, ¿verdad?

—Pero será...

Mis palabras se apagaron y ambos nos echamos a reír. Estaba asombrado de que consiguiera hacerme hablar de mi vida personal.

En realidad fue Jin quien salió con esa chica. Ella fue su primera novia y fue ella quien lo invitó a salir a él. Él no iba tan en serio con ella como ella con él. No es que yo estuviera resentido con él. Yo nunca le pedí salir a la chica, ni siquiera después de que cortaran. Es posible que en realidad no me gustara tanto.

Jin fue el primero de nuestro curso en tener novia. El resto de los chicos lo admiraban. De vez en cuando acudían a verlo durante el recreo para pedirle consejos sentimentales. Me contaron que se le daba bien. Ayudó a un par de compañeros de clase a conseguir novia.

En aquella época, a mí me interesaba más el fútbol que el sexo opuesto. Me gustaba esa chica, pero nunca se me habría ocurrido invitarla a salir. No estaba en esa fase en la que deseaba tener una relación sentimental.

Una vez sí que le pregunté a Jin:

—¿Estás enamorado de tu novia?

Asintió.

—Creo que sí.

—¿Sabes acaso lo que es el amor?

No tenía ni idea de por qué me había puesto tan condescendiente. Quizá no creyera que existiera el amor verdadero a nuestra edad. Nuestros compañeros de clase que afirmaban estar enamorados confundían excitación y sentimientos imprecisos con amor.

—Es sencillo una vez que conoces lo básico —explicó Jin. Abrió su cuaderno y dibujó un diagrama de Venn de dos círculos entrelazados. Escribió G, A y D en cada sección. Al señalar el esquema, dijo—: «Gustar», aquí, es cuando te apetece pasar un rato con esa persona. «Desear», al otro lado, es cuando quieres acostarte con esa persona. O «quiero tocarle las tetas», eso es desear. —Por último, señaló la A en la intersección—. Esta zona aquí en el medio es lo que llamamos amar. Es la intersección entre gustar y desear. ¿Lo pillas ahora?

—Creo que sí.

Nuestra conversación acabó ahí, pero sus palabras resonaron en mi cabeza durante mucho tiempo. Me descubrí sintiendo curiosidad por los pechos de las chicas. ¿Cómo sería tocarlos?

De modo que cuando una chica me invitó a salir, dije que sí. Resultó que tenía los pechos muy desarrollados. Por desgracia, tras tocarlos mi entusiasmo inicial se desvaneció.

—Señor Ishida, me pone de los nervios cuando se queda callado de repente —dijo Seven Stars.

—Entonces ¿qué quiere que diga? —repuse—. ¿Tiene más preguntas?

—¿No me va a preguntar por mi primer amor?

—Me lo contará si quiere que lo sepa.

—Cierto.

Pero Seven Stars no dijo ni una palabra más. Permaneció callada durante todo el trayecto hasta la estación de tren, incluso cuando me despedí de ella en el andén.

Cogía un tren diferente al de ella, y el mío llegó primero. Mientras subía a bordo, ella siguió mirándome. En cuanto las puertas se cerraron, sus labios se

movieron. Me estaba diciendo algo, pero yo no pude entender sus palabras. Entonces el tren arrancó y ella se fundió con el mar de gente.

Cuando llegué a mi estación, el último autobús en dirección a mi apartamento ya había salido. Sabía que era tarde, pero no me había dado cuenta de que llevaba fuera tanto tiempo. Me subí el cuello de la parka para protegerme el cuello del gélido viento y abandoné la estación de tren. El olor de la lluvia aún flotaba en el aire.

Tardé casi una hora en llegar a mi casa. Subí las escaleras hasta la quinta planta medio corriendo. Cuando llegué a mi apartamento, encontré un sobre delante de la puerta.

## En busca de la clínica de mujeres Kobayashi

---

Recogí el grueso sobre marrón. Aparecían escritos mi nombre y dirección con rotulador negro, pero faltaba el remitente y tampoco había ningún sello. Quien lo enviaba debía de haberlo traído en persona.

Pero yo no le había dado a nadie mi nueva dirección. Las únicas personas que la conocían eran Honda y la señora Itano. No podía haber sido Honda, ya que lo había visto antes, por lo que la carta debía de venir de la señora Itano o de Izumi. Quizá quedaban unos papeles del alquiler por firmar.

Abrí la puerta y entré en casa. Me senté en el suelo, rasgué el sobre y extraje un montón de papeles de tamaño folio. Eran fotocopias de informes médicos de la clínica de mujeres Kobayashi. Nunca había oído hablar de ese sitio. Miré el nombre de la paciente y se me cortó la respiración.

Keiko Ishida.

Examiné las gráficas detenidamente. Cuanto más intentaba interpretarlas, más confusas se volvían. Pronto las listas se convirtieron en palabras y las palabras perdieron su esencia. Las leía, pero era incapaz de comprender su significado. Fui perdiendo la conciencia y el alma se me esfumó del cuerpo.

Me encontré de pie ante mí mismo, el yo físico que había perdido su espíritu. El hombre sentado en el suelo sujetando las fotocopias tenía la mirada vacía. El caparazón de mi ser estaba enajenado por el contenido de la documentación médica, permanecía aturdido. Volvió a leer las fotocopias una y otra vez, sin un ápice de expresión en el rostro.

Le sacudí.

—Tienes que enseñarle esto a la policía.

Me miró fijamente.

—¡Llama a la policía y diles que has encontrado una pista! —grité.

Desvió la mirada y se quedó callado. Dobló las rodillas y hundió la cabeza entre ellas. Así, acurrucado, parecía mucho más pequeño. No, no solo parecía más pequeño. Realmente encogió hasta convertirse en un niño de ocho años.

El niño levantó la vista. Sus ojos me decían que estaba a punto de romper a llorar. Me senté a su lado y le di unos golpecitos en el hombro para intentar consolarlo.

—Entiendo que estés conmocionado, pero mañana te sentirás mejor —dije—. Confía en mí, estarás bien.

Por un momento me quedé desconcertado, al darme cuenta de que esas eran las palabras que habría pronunciado mi hermana.

El niño comenzó a sollozar y yo seguí dándole palmaditas en el hombro. Lloró en silencio hasta que se quedó dormido, exhausto. Y entonces yo también me dormí.

Al despertar, descubrí que estaba tumbado en el suelo. Vaya sueño más extraño.

Había estado acurrucado en una postura incómoda y ahora tenía todo el cuerpo entumecido. Bostecé y miré el reloj. Las tres de la madrugada. Me quité el reloj y me cambié de ropa; dejé las prendas de trabajo para ponerme una sudadera y unos pantalones con cordón. Volví al salón para apagar la luz. Me detuve antes de tocar el interruptor.

¿Qué era eso? Un grueso sobre marrón asomaba por debajo de la mesa auxiliar. Me agaché para cogerlo. Ya estaba abierto. No necesitaba sacar el contenido para saber lo que había dentro.

Así que no había sido un sueño, después de todo. Mi hermana había estado embarazada de verdad hacía cinco años.

A la mañana siguiente, me pedí el día libre por una urgencia para buscar la clínica de mujeres Kobayashi.

Sabía que tendría que haber entregado los documentos a la policía. Sin

duda serían capaces de investigar esa pista mucho mejor que yo, pero a mi hermana no le habría gustado que nadie se enterase de lo que había sucedido y me sentí obligado a respetar su voluntad.

Según la dirección del membrete, la clínica se encontraba en un suburbio de Kuromachi. Estaba a una hora en tren de Akakawa, más otro trayecto en autobús.

Cuando llegué a la principal estación de tren de Kuromachi, el lugar todavía estaba medio dormido. Solo había siete viajeros, incluido yo. En cuanto me bajé del tren, el tiempo pareció ralentizarse. La gente caminaba sin prisas, el revisor se tomaba su tiempo y el hombre que tenía a mi lado respiraba profundamente.

Me dirigí al punto de información y enseñé al hombre detrás del mostrador la dirección que buscaba. Me indicó una parada de autobús fuera de la estación.

—¿Qué autobús debo tomar? —pregunté.

—Cualquiera le sirve —respondió—. Solo hay una línea.

Esperé veinte minutos hasta que llegó el autobús. Iba casi vacío. Los únicos otros viajeros eran un matrimonio mayor y un ama de casa con bolsas de la compra. Mostré la dirección de la clínica al conductor. Asintió y me senté en la segunda fila.

El trayecto fue arduo; el bus enfilaba carreteras llenas de curvas. Las paradas estaban muy alejadas unas de otras y el autobús no solía pararse ya que no había nadie esperando para subirse. Yo no dejé de tomar caramelos de menta para evitar marearme.

Aproximadamente media hora más tarde, el conductor vociferó:

—Joven, su parada.

—Gracias.

Me bajé rápidamente.

Me sentía mareado. Era mediodía y el sol estaba en el cenit. Debería haberme llevado una gorra, pero no me esperaba que hiciese un calor abrasador en septiembre. Sin saber qué dirección tomar, crucé al otro lado de la calle, donde había una hilera de tiendas.

Un anciano vendía latas de refresco delante de una tienda donde se vendía de todo. Se mantenían frías en una nevera de polietileno llena de cubitos de



hielo. Compré una lata de Pocari Sweat y pregunté por la dirección.

—Se ha bajado en la parada equivocada —dijo—. O bien puede caminar o bien puede esperar el siguiente autobús, pero tardará en llegar.

Decidí caminar. Craso error: resultaba que la siguiente parada se encontraba a más de kilómetro y medio de distancia. Para cuando llegué, tenía la camiseta empapada de sudor. Me encontraba ahora en una zona residencial, donde busqué algún cartel. Al fin encontré la calle. La clínica debería de hallarse cerca. Me terminé el refresco y retomé la investigación.

La dirección era ahora una obra acordonada. Exploré la zona para cerciorarme. No había lugar a dudas. La clínica debería de haber estado allí. Oteé por una verja medio abierta, pero no había nadie.

Deambulé por el vecindario en busca de alguna persona con quien hablar. Al fin divisé a una señora mayor que estaba barriendo el porche de su casa. La observé durante un momento antes de acercarme a la vivienda. Estaba encorvada. Dos veces se detuvo para darse un golpe en la espalda. El sonido de la escoba de cáñamo contra las baldosas me evocó mi casa.

—Buenos días —saludé—. Estoy buscando la clínica de mujeres Kobayashi. ¿Sabe dónde está?

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Estoy buscando la clínica de mujeres Kobayashi —repetí, más despacio y más alto esta vez.

—La clínica... —asintió—. Ya no... ya no... Ya no está... —señaló hacia la obra—. Ya no.

—¿Se han mudado a otro sitio?

Bajó la vista y siguió barriendo, como si yo ya no estuviera. Poco después, una chica con uniforme escolar de secundaria salió de la casa. Llevaba un montón de pulseras de plástico de colorines en la muñeca y sujetaba una piruleta en la mano.

—Mi abuela no oye muy bien —dijo la chica—. Pero, como le ha dicho, la clínica se ha trasladado a otro sitio.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará dos o tres años, quizá. El promotor pensaba construir un centro comercial, pero hubo problemas con la financiación, así que el proyecto se suspendió.

—¿Sabes a dónde se ha trasladado la clínica?

—Ni idea —Lamió la piruleta.

Le di las gracias por la información y me marché. La señora mayor seguía barriendo cuando la chica entró de nuevo en la casa.

En la esquina de la manzana, vi un pequeño supermercado. Entré para comprarme una botella de agua y aproveché para preguntar por la clínica, pero el dependiente me explicó que acababa de llegar al pueblo hacía unos días.

—He oído decir que la obra lleva ya abandonada mucho tiempo —dijo.

Recorrí la zona y pregunté a más personas. Un ama de casa de regreso desde el supermercado, un grupo de niños que jugaban al escondite y el cartero que empujaba una bicicleta con un pinchazo. Ninguno sabía qué había sido de la clínica; era como si la institución se hubiera esfumado de la noche a la mañana.

Ya absolutamente extenuado, tomé el autobús de regreso a la estación de tren. Intenté dormir en el viaje de vuelta a Akakawa, pero no pude. El sobre marrón en mi cartera me lo impedía. Había demasiadas preguntas sin respuesta.

# Luna de otoño y media luna

---

Esa noche necesitaba dormir a pierna suelta, pero mi mente no me dejaba desconectar. Me encontré dando vueltas en la cama pasada la medianoche, con los ojos muy abiertos. Era una madrugada larga y extraña, y la oscuridad resultaba opresiva.

La luz de la luna se abrió camino entre los resquicios de las gruesas cortinas de brocado. Se difuminaba por el techo blanco e iluminaba una franja donde la pintura se desconchaba. ¿Cuánto tardaría esa pintura en caerse? ¿Un mes, un año, una década?

En noches como esa, el tiempo se estira y mis sentidos se agudizan. El sonido de algún vehículo que pasa a lo lejos se convierte en un sonido claro y nítido. Si me concentraba, incluso podía percibir el tictac de mi despertador de segunda mano. Aunque ya no estaba en Kuromachi, todo seguía moviéndose con extrema lentitud. Con suerte, al día siguiente, el tiempo volvería a transcurrir con normalidad.

Me levanté y fui a la cocina a por una cerveza. Mira por dónde: me había quedado sin cerveza justo cuando más necesitaba tomar un trago.

Si cogía un atajo por el parque, el supermercado abierto las veinticuatro horas más cercano estaba a dos kilómetros. No era una noche con mucho viento, pero hacía frío. Apresuré el paso para intentar mantenerme caliente.

Las fuertes luces y los coloridos anuncios de los escaparates ofrecían un brusco contraste con la tenue iluminación del parque. Empujé la puerta y la campana tintineó. A pesar de la hora, había otro cliente en la tienda. Se

trataba de mi misterioso vecino, el hombre de las *zori*. Debería de haber imaginado que me toparía con él un día u otro.

La capucha negra le cubría las greñas. Debajo, vislumbré un poco de una sudadera gris. Y, por supuesto, calzaba sus distintivas *zori*. Debía de tener los dedos de los pies congelados.

Cogí un *pack* de Asahi Extra Seca y me dirigí a la caja. El hombre de las *zori* se encontraba justo delante de mí. Sacó sus artículos de la cesta uno tras otro y los fue dejando en la cinta: sopas de fideos instantáneas de diferentes sabores y un *pack* de latas de Coca-Cola *light*. Después de pagar, salió sin mirar en mi dirección. ¿Estaba demasiado ensimismado en sus propios pensamientos? ¿Es que no me había reconocido? Compré la cerveza y salí.

Por supuesto, caminamos en la misma dirección. Su paso era más lento que el mío, sin duda porque calzaba esas *zori*. Las sandalias producían sonoros chasquidos en el asfalto con cada paso que daba.

Pronto le alcancé. Se detuvo y se giró hacia mí.

—Soy vecino suyo —dije, pensando que sería mejor identificarme, por si me confundía con alguien sospechoso—. Vivimos en la misma planta.

—Lo siento, no le oigo —respondió con un acento raro—. ¿Le importaría repetir lo que ha dicho?

—Soy vecino suyo.

Asintió.

—Ya le he visto alguna vez.

—Debería haberme presentado cuando me mudé.

—No pasa nada.

Dio media vuelta y caminamos juntos.

—Me he dado cuenta de que solo sale por la noche —dije.

El hombre de las *zori* mantuvo un largo silencio, como si no me hubiese oído. Incómodo, fingí que no le había dicho nada. Los chasquidos punteaban la noche silenciosa.

De pronto se volvió hacia mí y dijo:

—Si está diciendo algo y yo no respondo, no es porque le ignore. Es que soy sordo. Pero no se preocupe, puedo leerle los labios, aunque cuesta un poco en la oscuridad.

—He dicho que solo le he visto salir por la noche —repetí despacio.

—Sí. Intento no salir durante el día. Hay demasiadas personas hablando a la vez, me resulta complicado.

Asentí y preferí no continuar. Le sería difícil leerme los labios mientras caminábamos. Al salir del parque, subimos los cinco tramos de escalera antes de llegar a nuestro rellano común.

—Buenas noches —dijo.

Me incliné.

—Buenas noches.

Al entrar en mi apartamento, fui a la cocina. Rompí el *pack* de cervezas y guardé todas las latas en el frigorífico menos una. Metí esa lata en el congelador antes de dirigirme al cuarto de baño. Cuando volví, ya se había enfriado. Tiré de la anilla y tomé un largo trago. No estaba tan fría como me habría gustado, pero podía soportarlo. Salí al pasillo con mi cerveza para disfrutar del silencio de la noche.

No era el único con esa idea. El hombre de las *zori* ya se encontraba en el pasillo, apoyado en la barandilla. Miraba hacia el parque, como absorto en sus propios pensamientos. Sus gruesas ropas habían desaparecido y ahora una holgada camiseta blanca colgaba de su cuerpo escuchimizado. Con tan solo mirarlo sentí frío.

Me acerqué a él y le di una suave palmada en el hombro.

—¿Le apetece una cerveza? He comprado un *pack*.

Al principio se sorprendió, pero luego me dedicó una sonrisa educada.

—No tomo alcohol, mi nivel de tolerancia es demasiado bajo. Pero gracias por la invitación.

Me quedé a su lado.

—¿No puede dormir?

—No suelo dormir de noche.

Tomé otro sorbo de cerveza, mientras contemplaba la vista. Deberían iluminar más el parque. El lugar estaba muy oscuro. Pero, por otra parte, apenas nadie se aventuraba allí a esas horas. Conté dos personas corriendo y un hombre paseando a un perro.

—Bonito, ¿verdad? La luna de otoño —dijo el hombre de las *zori*.

—Sí. —Me giré para ponerme frente a él—. Resulta tan apacible.

Asintió. Al cabo de un rato, añadió:

—Siento curiosidad. ¿Qué clase de trabajo hace? A menudo le veo llegar tarde de noche.

—Doy clases en una academia preuniversitaria. Suelo salir de la escuela después de las nueve y media.

—Entiendo —murmuró—. ¿Qué enseña?

—Inglés.

—¿Es divertido?

—No me quejo. Me paga el alquiler —dijo—. ¿Y usted? Me han dicho que escribe canciones.

Soltó una risotada.

—¿Qué le hace pensar que podría escribir canciones con mi condición?

Mis mejillas se sonrojaron de vergüenza.

—Lo siento, ha sido una falta de consideración por mi parte. No lo he pensado mucho, solo es algo que me comentó otra vecina.

—No anda muy desencaminada, en realidad —dijo—. Escribo poemas.

—¿Es poeta?

Asintió.

—Pero no uno famoso. Cualquier cosa que despierte mi interés, incluso este apartamento —sonrió—. Quizá por eso mismo no soy famoso.

—Querrá decir que aún no es famoso.

Volvió a reírse.

—Muy bueno.

—Así que trabaja en casa —dijo.

—Sí. Es más fácil para mí, ¿no? —Ladeó la cabeza—. No me amarga mi estado. Llevo sordo tanto tiempo que me he acostumbrado. Me parece algo natural, como si todo el mundo naciera sordo. Algunas personas lo superarían y otras no. ¿Comprende lo que intento decirle?

No, pero me daba apuro decírselo.

—¿Es sordo de nacimiento? —pregunté.

—No —respondió—. Es una larga historia; dudo que quiera oírla.

—Tengo tiempo. Puede contármela, si quiere.

Tamborileó con los dedos en la barandilla antes de hablar:

—Cuando estaba en primaria, mi profesor se dio cuenta de que oía mal y se lo dijo a mis padres para que me llevaran a una revisión. Así que fui a ver

a un otorrino, que me diagnosticó problemas de audición. Al final la perdería por completo, aunque el médico fue incapaz de identificar la causa exacta. Podíamos someternos a una terapia, pero iba a resultar doloroso y solo podía ralentizar el proceso, pero no detenerlo.

—¿Y la siguió?

—Sí, durante un tiempo. Luego les dije a mis padres que, puesto que me iba a quedar sordo de todas formas, no tenía sentido sufrir. Además, el tratamiento era caro también. Se disgustaron, pero lo entendieron y dejamos la terapia. Como era de esperar, mi estado se deterioró rápidamente. Un día me desperté y me di cuenta de que ya no oía nada. Así, de pronto, dejé de oír. —Se calló para coger aire. Daba la impresión de que no estaba acostumbrado a hablar mucho.

Esperé un momento antes de preguntar:

—¿Qué se siente al perder el oído?

—No es tan espeluznante como me imaginaba —contestó—. La mayoría de los ruidos que nos rodean son innecesarios. Mis oídos eliminan esos ruidos, pero en el proceso también excluyen todo lo demás. El principal problema es que cuesta más relacionarse. Aprendí a leer los labios, pero no es fácil cuando la gente habla muy deprisa o varias personas hablan a la vez. Me incomoda pedirle a la gente que repita lo que ha dicho. Y si hablan despacio aposta, me siento mal por someterlos a ese esfuerzo. Aparte de eso, supongo que estoy bien.

Apuré el resto de la cerveza.

—Usted no es de esta ciudad, ¿verdad? —preguntó el hombre de las *zori*—. ¿Ha venido aquí por el trabajo?

—Vine para arreglar unos asuntos personales, pero como supe que iba a quedarme una temporada, conseguí un empleo para sufragar los gastos.

—¿Le gusta enseñar?

—Supongo que sí. —Aplasté la lata vacía—. Como he dicho, no me quejo.

—¿Es su primer empleo?

—Sí, mi primer trabajo a tiempo completo al menos.

—Este también es mi primer trabajo.

Bostecé sin querer. A pesar de mi insomnio, comenzaba a entrarme

sueño.

—Lo siento, le he debido de aburrir con mi charla —dijo el hombre de las *zori*—. Debería irse a dormir.

—No es por usted. El frío y la cerveza me dan sueño. Pero tiene razón. Necesito acostarme pronto, mañana trabajo.

—Yo también tengo trabajo que terminar. Gracias por la compañía.

—Ha sido un placer. Podemos quedar otra vez algún día.

Asintió antes de entrar en su apartamento. Debí haberle preguntado por qué siempre calzaba esas *zori*, pero no quería entrometerme.

Después de que se retirara, me quedé allí un rato. El cielo se veía inmenso y oscuro, desprovisto de luna o estrellas. Pensé que se estaría muy solo allá arriba.

En mi sueño, yo estaba sentado en un banco enfrente del lago, con Coletas. El agua oscura rielaba con el reflejo de la luna. El viento soplaba y se oía el murmullo de las hojas.

Miré la media luna.

—Es bonito, ¿verdad?

Ella permanecía en silencio.

—¿Puedes ver la luna? —pregunté.

La niña asintió dos veces.

—Alguien ha cortado la luna en dos y se ha llevado la mitad, ¿lo ves? —dijo.

Sonreí, sin molestarme en corregirla.

—Al final puedo hablar contigo —dijo—. Antes había demasiados ruidos, pero ahora algunos se han acallado y así me puedes oír con claridad. Facilita las cosas, ¿verdad?

—Sí. ¿Por fin puedes decir quién eres?

Coletas negó con la cabeza.

—No puedo. Tienes que averiguarlo por ti mismo.

—¿Por qué?

Sonrió.

—Una vez que descubras quién soy, todo se esclarecerá.



—Así que mi misión ¿es averiguar tu identidad?

—Correcto.

—¿Por qué yo? ¿Qué tiene esto que ver conmigo?

Negó de nuevo con la cabeza.

—Lo siento, no puedo decírtelo.

—¿Puedo adivinarlo? —No esperé a que contestara—. ¿Eres Miyuki Katou? O...

—El hecho de que lo preguntes significa que aún no lo has descubierto. Cuando encuentres la respuesta, lo sabrás.

—¿Cómo se supone que lo sabré cuando lo vea?

—Piensa. Piensa bien. Y mira a tu alrededor. Mira mejor. —Cuando Coletas hablaba, parecía mayor de lo que aparentaba—. Una vez que encuentres la clave, todo se esclarecerá. «Otra vez lo mismo», suspiré.

—En realidad es muy sencillo, y está más cerca de lo que crees —dijo.

—¿Qué pasará después?

Miró la luna. Al cabo de un rato, dijo:

—Desapareceré.

# Un perezoso domingo por la mañana

---

Me desperté temprano, pero me quedé remoloneando en la cama, ya que era domingo y no tenía ganas de salir a correr. Al final me levanté sobre las diez y, cuando descorrí las cortinas, el sol inundó la habitación y me cegó. Entrecerré los ojos hasta que me acostumbré a la luminosidad. Al menos hacía buen tiempo. No parecía que fuera a llover.

Me di una ducha rápida, me cepillé los dientes y me afeité. Guardé la cartera y las llaves en los bolsillos. Abandoné el apartamento. Era mi hermana la que me había contagiado la costumbre desde siempre de salir de casa todos los días sin excepción.

—Si te quedas en casa sin hacer nada, es como desperdiciar un día de tu vida —me decía por la mañana—. Imagina que hoy es tu último día en la Tierra. ¿No te lamentarías si no hicieras nada de nada?

Yo me arrebujaba más entre las sábanas.

—¡Largo!

—No seas cabezota —decía mientras intentaba apartarme la sábana.

Terminábamos peleando, pero, de algún modo, ella siempre se salía con la suya. Yo solía pensar a veces que era muy pesada, pero ahora deseaba que aquellos días volviesen.

Me detuve en el quiosco de prensa y compré el periódico local. Mientras esperaba el autobús, hojeé las páginas y leí por encima los titulares. La ciudad contaba con una nueva pista ciclista y una actriz de la que nunca había oído hablar había inaugurado el nuevo centro comercial. Las secciones de anuncios cubrían negocios locales. Nada significativo.

Al cerrar el diario, miré el reloj. Eran las once. Como me había saltado el

desayuno, estaba hambriento. Mientras me debatía entre ir al supermercado del barrio a por un tentempié primero y seguir aguardando en la parada, llegó el autobús convirtiendo la decisión en algo irrelevante. Subí a bordo y me senté en la última fila. El vehículo cruzó el parque, un campo vacío y una zona residencial antes de detenerse en la estación de tren.

Mientras viajaba en el tren hasta el centro de la ciudad, repasé una lista de cosas mentalmente. ¿Necesitaba comprar algo? ¿Champú, gel de ducha, dentífrico o papel higiénico? ¿Y cerveza o café? No, había hecho acopio de todo. Podía ir a comer algo rápido y acercarme a la librería a comprar unos libros de bolsillo.

Al salir de la estación de tren, caminé hasta el McDonald's al otro lado de la calle. Tras pedir una hamburguesa *teriyaki* y un café, me dirigí a una mesa en un rincón del restaurante. Debía de ser por influencia de Seven Stars.

Seven Stars. ¿Por qué estaba pensando en ella?

Quitó la tapa del café para que se enfriase. Siempre servían el café hirviendo en los restaurantes de comida rápida. ¿Por qué no podía estar a la temperatura perfecta?

—¿Puedo sentarme?

Sorprendido, levanté la vista y descubrí a Seven Stars delante de mí con una bandeja. Antes de poder responder, ya se dejaba caer ante mí. Tenía una Croquette Burger y un vaso de Coca Cola.

—¿Qué hace aquí? —pregunté.

—Lo mismo que todo el mundo —respondió—. Comer, claro. ¿Qué pasa? ¿No quiere que me siente aquí, señor Ishida?

—No he dicho eso. ¿Está sola?

—¿Cómo voy a estar sola? Usted está aquí conmigo, ¿no?

No dije nada y me comí la hamburguesa. La salsa *terayaki* rezumó y me goteó en la mano. Seven Stars cogió una servilleta de papel y me limpió la salsa.

—¿Es usted torpe, señor Ishida? ¿O es que tiene mucha hambre?

—Estoy hambriento. —Le quité la servilleta de papel de la mano, incómodo—. No he desayunado.

—Es casi la hora del almuerzo. Uno puede saltarse una comida y ahorrar dinero.

—Supongo que sí —dije—. Esta es la segunda vez que la veo comiendo una hamburguesa. ¿Tanto le gustan?

—Me gusta la mayoría de la comida que es blanda y caliente.

La destapó y utilizó el sobre de ketchup abierto para dibujar una cara sonriente en la croqueta.

—Por lo que veo se está divirtiendo —dije.

—Mucho —asintió—. ¿Y usted, señor Ishida? ¿Cuál es su comida favorita?

—Arroz al *curry* —respondí sin pensar.

—Así que le gusta la comida picante.

—Es una larga historia, y no trata de comida.

—Deje que lo adivine, ¿lo solía cocinar su novia?

—Mi novia no —contesté—. Mi hermana.

Pensé que haría más preguntas, como de costumbre, pero esta vez no dijo nada. Supongo que el hecho de que sacara a relucir a una persona muerta empañó el ambiente.

—Mis padres estaban poco en casa —dije, intentando relajar la tensión—. Cuando era joven, mi hermana y yo solíamos comer comida preparada del supermercado del barrio todos los días. Se hizo aburrido después de un tiempo, así que comenzó a cocinar para mí. El primer plato que hizo en su vida fue arroz al *curry*.

—No pretendía recordárselo y ponerle triste —se disculpó Seven Stars—. Ahora me siento mal por preguntar.

—No estoy triste, de modo que no tiene por qué sentirse mal. Mi hermana fue una parte muy importante de mi vida. Es alguien que me era, y todavía es, muy querida. —Me mordí la lengua, al darme cuenta de que parecía demasiado sentimental. ¿Por qué le había contado eso?

Seven Stars permaneció callada. Se la veía tranquila, casi dulce. Si no abriera la boca, la mayoría de la gente no adivinaría que era tan guerrera.

—¿Cree que estoy más guapa con la boca cerrada? —lanzó, intentando leerme el pensamiento.

Me eché a reír.

—Yo no he dicho eso.

—Lo oigo todo el tiempo. —Agitó el vaso, haciendo que los cubitos de

hielo tintinearán al chocarse—. Jovencita, debe cambiar de actitud.

—Pues yo no le diría eso. Es uno de sus encantos.

No dijo nada, pero, cuando la miré, una leve sonrisa le iluminaba el rostro. Comimos en silencio. El restaurante estaba vacío. Poca gente acudía al McDonald's para almorzar un domingo tan temprano.

—Señor Ishida, usted tiene un verdadero complejo de hermana, ¿eh?  
Su franqueza me desconcertó.

—Ni siquiera se molesta en negarlo —continuó—. Qué tedioso.

Tomé un sorbo de café. Todavía me quemaba la lengua, aunque lo había dejado enfriar mucho rato. Miré a Seven Stars, pero ella tenía la mirada en otra parte.

—Puede que tenga razón —dije—. Es posible que tenga complejo de hermana. Hubo un tiempo en que yo no tenía a nadie más.

Todavía con los ojos puestos en otra parte, preguntó:

—¿Y su hermana? ¿También tenía complejo de hermano?

Me encogí de hombros.

—Es probable. Siempre me sobreprotegía.

—Pero aun así consiguió tener ocho novias.

—Ella no conocía a la mayoría de ellas. Las que llegó a conocer no le gustaron. Pero, para ser honesto, ella tampoco le caía bien a ninguna de ellas —dije—. Es extraño, ya que ni siquiera se habían visto.

—En serio. —Chasqueó la lengua, como para decir que no le sorprendía.

—Salvo mi novia actual —añadí—. Mi hermana estaba encantada con ella.

—¿Qué hizo su novia para derretirle el corazón?

Vacilé.

—Consiguió que yo dejara de tomar pastillas para dormir. Solía padecer de insomnio, y supongo que en más de una ocasión tomaría más de la cuenta.

Seven Stars pareció sorprenderse, pero no hizo ningún comentario.

—¿Qué hizo para que dejara de tomarlas, señor Ishida?

—Simplemente me dijo que dejara de hacerme daño. Si he de serle sincero, me sorprendió hacerle caso. Bueno, supongo que ella estaba siendo sincera. Se preocupaba por mí, y yo lo notaba.

En cuanto articulé esas palabras, me arrepentí. ¿Por qué no podía

mantener la boca cerrada cuando estaba con ella? Era muy poco profesional. No debería estar compartiendo detalles de mi vida personal con una alumna.

—Señor Ishida, tomemos unas pastillas para dormir juntos —propuso Seven Stars.

Fruncí el ceño.

—¿Está loca? ¿Por qué?

—Porque así su novia se disgustaría y quizá rompieran.

—¿Y eso de qué le serviría a usted?

—Ambos estaríamos solteros.

—Hay suficiente gente soltera en Japón como para formar una colonia. No hay necesidad de meterme a mí en el saco.

Soltó una carcajada.

—Es usted muy intenso, ¿lo sabía? Pero no pasa nada, supongo que es uno de sus... ¿Cuál fue el término que acaba de emplear? ¿Encantos? Sí, eso es. Uno de sus encantos.

Esta chica era muy frustrante.

—¿Y usted, señor Ishida? ¿Le cayó bien alguno de los novios de su hermana?

—Ella nunca tuvo novios —dije.

Seven Stars esbozó una sonrisa mordaz.

—Usted no conoce en absoluto a las mujeres, ¿verdad? Estoy segura de que tuvo alguno. Solo que no quería que usted lo supiera.

—Es posible, pero ¿por qué habría de ocultarlo? No era una niña. Y tampoco es que yo me opusiera a que saliera con alguien.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, tal vez pensó que a usted no le parecería bien esa relación.

—Dudo que fuera el caso. Soy una persona razonable. No tenía expectativas extraordinarias sobre el tipo de chico con el que debía estar. Mientras se amaran, para mí habría sido suficiente.

—Seguro que a algunos tipos nunca los habría aceptado como cuñados, por muy tolerante que sea usted —dijo Seven Stars—. Como un hombre casado y con hijos, u otro con una enfermedad terminal..., o no sé, quizá le gustasen las mujeres y no quería que usted lo supiera.

Negué con la cabeza.

—Tiene una imaginación desbordante, jovencita.

—Lo sé, ya me lo han dicho. Pero al menos le hago reír. Eso es muy generoso por mi parte, ¿no cree? Le hago compañía en su almuerzo y encima le entretengo.

—Sí, sí. Gracias.

Sonrió.

—¿Adónde va después de comer?

—Quizá a una librería.

—¿Puedo acompañarle?

—¿A la librería?

Puso los ojos en blanco.

—¿Adónde si no?

—No me importa, pero ¿no se va a aburrir?

—No —respondió antes de añadir—: Me encantan los libros, ¿sabe?

Sabía que eso se le acababa de ocurrir.

Fingió enfadarse.

—Oiga, ¿a qué viene esa cara? ¿Por qué no me cree?

—Sí que la creo —bromeé—. Le encantan los libros.

—He terminado —dijo mientras sacaba una servilleta de papel del servilletero.

Me quedé mirando sus dedos mientras ella se limpiaba los labios suaves y rosados.

Abrió los ojos como platos.

—¿Y ahora qué mira?

—Nada —dije—. No sea engreída.

Terminé el café y devolví las bandejas de ambos. Salimos del restaurante y nos encaminamos hacia una librería que había cerca de la estación de tren. Seven Stars me adelantó y se puso a caminar hacia atrás.

—Señor Ishida, ¿qué va a comprar? —preguntó.

—No lo sé. Cualquier libro que me llame la atención. —La agarré por los hombros y le di la vuelta—. No camine así. Va a chocarse contra un poste.

Me miró por encima del hombro.

—¿Qué tipo de libros le gustan?

—Los buenos —suspiré—. ¿Me puede hacer el favor de mirar por dónde

anda?

Seven Stars no me hizo caso y siguió caminando con la cabeza girada por encima del hombro.

—Ni siquiera ha nombrado un género. Tiene que ser más específico.

—Lo sé cuando lo veo. Y ahora, por favor, ¿puede caminar correctamente?

Soltó una risita y permitió que yo la alcanzara. Entramos en la librería el uno junto al otro. Un joven con un mandil verde oliva nos dio la bienvenida. Lo saludé con la cabeza y eché un vistazo a la tienda, mientras Seven Stars me seguía a la zaga. Cuando divisé la estantería de los libros de ficción, me dirigí directamente a la balda de novedades y examiné las portadas.

—Ishida, ¿es usted? —me saludó una voz conocida.

Levanté la vista y me encontré con Izumi, la administradora de la finca. Llevaba puesto un mandil verde oliva y el pelo recogido en una coleta alta. Parecía más incisiva que la primera vez que la conocí, vestida con ropa informal.

Qué extraño toparnos el uno con el otro; la segunda casualidad del día, pensé. O tal vez la ciudad realmente era así de pequeña. Yo estaba acostumbrado a Tokio, donde la probabilidad de encontrarse con una persona conocida durante el transcurso del día era remota.

—Así que trabaja aquí —dije—. El uniforme le sienta bien.

Izumi sonrió y se sonrojó. Era la primera vez que le ocurría.

—No se meta conmigo —dijo—. ¿Es la primera vez que viene?

—Ya he venido un par de veces.

—Seguro que sería durante el fin de semana. No suelo trabajar los sábados ni los domingos, pero hoy estoy sustituyendo a un compañero que está enfermo. ¿Está buscando algún libro?

—Ninguno en concreto. ¿Tiene alguna recomendación?

—Suficientes como para arruinarle. Llevo trabajando aquí casi cuatro años ya. —Izumi miró a Seven Stars, que se había detenido a mi lado—. Oiga, Ishida, ha venido con una chica muy mona, ¿por qué no nos presenta?

—No es lo que cree —dije—. Es alumna mía y de casualidad nos hemos topado el uno con el otro.

—Qué decepción. Pensaba que se había conseguido una novia de aquí.



—Señor Ishida —intervino Seven Stars—. Me marchó. Parece que les estoy estorbando a usted y a su amiga.

—No he dicho eso —repliqué, pero ya se había alejado—. La veo el lunes —voceé.

No quedaba claro si me había oído, porque se marchó sin mirar atrás. Los adolescentes eran tan maleducados.

—¿Va a dejar que se vaya? —susurró Izumi.

La miré.

—Es evidente, ¿no? Esa alumna suya está colada por usted —dijo—. ¿Qué piensa hacer? ¿Va a correr tras ella? Es una chica guapa, ¿no le parece?

—Pero ¿qué dice? —resté importancia a sus palabras—. Esa chica solo tiene diecisiete años. Es prácticamente una cría, y alumna mía.

Se encogió de hombros.

—Si insiste.

—Aunque lo que usted dijera fuese verdad, sería mejor no ir tras ella. No me gustaría darle falsas esperanzas.

—Cierto —murmuró—. Pero, si es amor, ¿no es demasiado tarde ya? ¿O es usted uno de esos que no se toma en serio el amor adolescente?

No dije nada.

—Así que es usted profesor —continuó.

Asentí.

—Doy clases de inglés en una academia preuniversitaria.

—Eso tiene sentido. Me preguntaba qué clase de trabajo tenía. Sale del apartamento al mediodía y vuelve bastante tarde. Pensé que se dedicaba al comercio minorista, como yo.

—Eso también habría tenido sentido.

—Oye, Izumi. —El joven que me saludó al llegar se acercó—. Siento interrumpir, pero tu turno ha terminado.

—¿Ya? —Comprobó el reloj. Tenía una muñeca fina y huesuda—. Tienes razón. Gracias por avisar.

—Sin problema —añadió el joven antes de alejarse.

Izumi se desató la coleta y se peinó el pelo con los dedos.

—¿Qué hace esta tarde, Ishida?

—No estoy seguro, la verdad es que no tengo ningún plan.

—En ese caso, ¿quiere ayudarme a hacer unos recados?

—¿Qué necesita hacer?

—Se lo diré en un momento. Espéreme aquí, vuelvo enseguida —dijo por encima del hombro mientras se alejaba.

Una vez solo, cogí un par de novelas y les di la vuelta para leer la sinopsis. Ninguna me llamó la atención, pero me parecía que debía comprar algo, ya que había ido hasta allí.

—Ya estoy —dijo Izumi. Se había quitado el mandil y llevaba una bolsa de tela—. ¿Ha encontrado algo que le guste?

—Aún no.

—Quizá no debía comprar nada hoy. —Me arrastró fuera de la tienda—. Vámonos. Tenemos mucho que hacer.

—Espere. No me ha contado lo que sucede.

—No sea impaciente, lo averiguaré pronto. Salgamos de aquí.

Por supuesto, sus palabras solo consiguieron que se disparara mi curiosidad.

## Frutas extrañas

---

Tras salir de la librería, caminamos por la calle principal, siguiendo la acera para peatones. Izumi canturreaba. Al verla tan alegre, me relajé y decidí seguirle el juego o lo que fuese que ella estuviera tramando.

Pronto me condujo dentro de una floristería. A diferencia de aquella a la que yo había ido, esta tenía un edificio propio y ofrecía una amplia selección, pero no había nadie atendiendo. Me sentí abrumado por un mar de coloridas flores. Había rosas, lirios, tulipanes y muchas más que no sabría reconocer. Y de pronto vi un manojito de velos de novia en uno de los recipientes.

—¿Le gustan esas flores? —preguntó Izumi—. Un poco sosas, ¿no?

—Tienen un significado precioso —dije.

—¿Ah, sí?

—Simbolizan el amor eterno.

—Qué romántico. Entonces, está decidido —llamó en voz alta—: Disculpe, ¿puede alguien atendernos?

Una señora salió de la trastienda.

—Perdonen, no les había oído entrar. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Sí. —Izumi señaló los velos de novia—. ¿Puede hacer un ramo con esas flores? ¿O quedará demasiado sencillo?

—Si lo encuentra demasiado sencillo, ¿qué le parece combinarlas con unas hortensias blancas? —La señora se dirigió hacia el otro extremo de la tienda y volvió con un ramo de flores frescas. Las sujetó al lado de los velos de novia—. ¿Qué opina?

—Queda bien —respondió Izumi.

Pagó las flores y nos marchamos de la tienda. Fuera, me entregó el ramo.

—¿Para quién es? —pregunté.

Me dirigió una sonrisa juguetona.

—Pronto lo sabrá.

Nos subimos a un autobús y elegimos unos asientos en el medio. Nunca había cogido esa línea, de modo que no tenía ni idea de adónde nos dirigíamos. Izumi parecía divertirse al ser la única que sabía lo que estaba pasando.

Cuando el autobús arrancó, se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Está seguro de que esto está bien? Estamos sentados juntos y usted lleva un ramo de flores. Cualquiera que nos vea pensará que estamos saliendo.

—¿Le da miedo que su novio nos pille con las manos en la masa?

Negó con la cabeza.

—No tengo novio. ¿Y usted?

—Yo tampoco tengo novio —bromeé.

—En serio.

—Estoy hablando en serio —dije—. No tengo novio.

Izumi suspiró.

—De acuerdo. ¿Y novia?

—No nos toparemos con ella. Vive en Tokio.

No había vuelto a pensar en Nae ni en nuestra pelea en mucho tiempo. ¿Se había preguntado por qué no la había llamado? Quizá pensaba que habíamos acabado. No quería que nuestra relación terminase así, pero ¿por qué no conseguía armarme del valor suficiente para hablar con ella? ¿Cuánto tiempo la seguiría evitando? Nuestros problemas no iban a resolverse solos.

—Ishida —murmuró Izumi—. Puesto que su novia está lejos, en Tokio, ¿qué le parecería ser mi novio durante un par de horas?

Me aparté de ella.

—¿Qué está tramando?

—Estoy tramando estar en deuda con usted. —Pulsó el botón en el poste próximo a su asiento—. Prepárese, nos bajamos en la siguiente parada.

Nos bajamos en frente de un parque. Era el mismo en que había estado con Seven Stars bajo la lluvia.

—Todavía nos quedan otros veinte minutos caminando desde aquí —anunció Izumi—. Puede hacerlo, ¿verdad?

—Está bien, pero aun así le agradecería que me contara su plan.

Fingió que no me había oído. Atajamos por el parque, cruzamos un puente y llegamos a una tranquila zona residencial. Las casas de ese vecindario eran casi tan grandes como las de Segayaki, pero se veían más abandonadas y los jardines rebosaban arbustos descuidados.

Izumi caminó delante de mí sin aminorar el paso. Sabía exactamente adónde ir, como si hubiese emprendido ese camino mil veces. Al fin llegamos a una residencia para la tercera edad.

—¿A quién vamos a visitar? —pregunté.

—A mi abuela —dijo—. Lleva viviendo aquí seis años. Siempre le hago una visita en mis días libres.

Entramos en el complejo y nos dirigimos al vestíbulo. La recepcionista saludó a Izumi con la cabeza y esta le devolvió el saludo. Izumi me condujo por un largo pasillo hasta la habitación 108 y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —respondió una voz al otro lado.

—Soy yo, abuela —dijo Izumi mientras abría la puerta.

Me hizo señas para que la siguiera, entré y vi a una anciana frágil sentada en la cama. Tenía el pelo totalmente blanco.

—¿Quién es este apuesto joven? —preguntó la abuela de Izumi.

—Te dije que te traería a mi novio, ¿no? Es Ishida. Es profesor. —Izumi acercó una silla y se sentó a su lado—. Mira, te ha traído un ramo precioso. Quiere caerte bien.

La mujer sonrió.

—Buenas tardes, soy Ren Ishida —dije. Al ver un jarrón vacío en la mesilla, pregunté—: ¿Pongo el ramo aquí?

—Sí, por favor —respondió—. Ishida, no hace falta que se moleste y me traiga regalos. Sé que cualquier hombre que elija mi nieta ha de ser alguien merecedor de su cariño. Es la muchacha más tiquismiquis que conozco.

—No digas eso, haces que me avergüence —protestó Izumi.

Me quedé callado mientras arreglaba las flores.

—¿Cómo te encuentras, abuela? ¿Ha venido a verte el médico esta semana?

La anciana asintió.

—Dijo que todo estaba bien.

—¿Te has tomado las medicinas?

—Sí, deja de preocuparte por mí.

Izumi se volvió hacia mí y vio la cesta de frutas junto al jarrón.

—¿Ha venido el tío?

—Hace más o menos una hora.

Izumi se levantó y examinó el contenido de la cesta.

—Mira, abuela, es tu favorito. Un melón *cantaloupe*.

Abrió el cajón y sacó un cuchillo para fruta. Me quedé de pie en una esquina de la habitación observando cómo manejaba el cuchillo. Bajo la pálida corteza verde, la carne del melón era naranja. Un poco de zumo de la fruta le chorreaba por los dedos. Se había pintado las uñas con una laca clara. Brillaban, reflejando la luz del sol que se filtraba por los finos visillos blancos.

Izumi cortó un trozo pequeño y tomó un bocado.

—¡Mmm! —exclamó antes de cortar dos trozos más grandes y dárnoslos a su abuela y a mí.

Hiné el diente al melón. La carne estaba firme pero succulenta, y estallaba en la boca con un sabor dulzón.

—Puedes confiar en el tío para elegir una fruta tan sofisticada —dijo.

Mientras los tres comíamos juntos el melón *cantaloupe* en la habitación 108, las cortinas ondeaban con la brisa. Esos visillos me recordaron a la señora Katou. Me pregunté cómo estaría ahora. Esperaba que mejor.

Izumi continuó conversando con su abuela. Un pequeño hoyuelo aparecía en su mejilla izquierda cada vez que sonreía.

Al cabo de un rato, sus voces comenzaron a apagarse. Sonreían y se reían. Poco a poco, tuve la sensación de que iba abandonando la escena y las contemplaba desde la distancia. Era como estar sentado delante de la televisión, con la nieta y la abuela felices en la pantalla, ancladas en otra realidad diferente.

Me crucé de brazos y apoyé la cabeza en la pared. Pronto me sumí en el pasado.

Estaba sentado en el sofá del salón con mi hermana. Estábamos viendo a un hombre con esmoquin negro en televisión. Tocaba piezas de *jazz* en un piano de cola Yamaha ante un gran público.

—Está haciendo una improvisación de *Strange fruit* —dijo mi hermana leyendo el subtítulo.

—¿Es bueno? —pregunté.

—Creo que sí, o no retransmitirían su concierto por televisión.

No podía despegar los ojos de él. Tocaba bien y producía una música hermosa. Pero eran sus dedos lo que me tenía fascinado. Eran largos y delgados, con lúnulas de un saludable tono rosado. Se movían con elegancia por el teclado monocromático como un grupo de bailarines sincronizados.

El pianista llevó al éxtasis al público, que se puso en pie para aplaudirle. Se inclinó ante este entre atronadores aplausos. Luciendo su mejor sonrisa, saludó con la mano y sus preciosos dedos.

—Ishida, ¿me has oído? —Izumi me hizo sobresaltar.

Caminábamos de vuelta hacia la parada de autobús.

—Perdona —respondí—. ¿Puedes repetirlo?

—He dicho que te agradezco la ayuda. Ha significado mucho para mí —dijo con una sonrisa—. Mi abuela es la persona más importante de mi vida. Viví con ella desde que era niña hasta que cumplí los diecisiete años.

—¿Qué hay de tus padres? ¿Por qué no vivías con ellos?

—Murieron cuando yo tenía dos años —explicó Izumi—. Fue en un accidente de coche. Mi padre iba demasiado rápido. No tengo hermanos, así que me quedé sola.

—Debiste de echar mucho de menos a tus padres.

Negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes echar de menos a personas de las que apenas te acuerdas? Conozco sus caras de las fotografías, pero no tengo ningún recuerdo personal de ellos. Para mí solo son dos nombres escritos en mi libro de familia.

Permanecí en silencio.

—¿Crees que soy una persona muy fría, Ishida?

No contesté. Me sonaba más a afirmación que a pregunta.

—Aunque mi abuela siempre ha tenido problemas de salud, fue la única que se ofreció a cuidar de mí —continuó—. Pero a medida que mi abuela iba

cumpliendo años, su salud comenzó a deteriorarse. Ha tenido un par de infartos leves, pero yo no podía vigilarla todo el tiempo ya que tenía que estudiar. La familia decidió que lo mejor para ella era vivir en una buena residencia geriátrica donde tendría ayuda profesional las veinticuatro horas del día.

Nos quedamos en silencio un momento antes de que yo dijera:

—Debe de ser difícil para ti.

—No, estoy bien —respondió Izumi—. Afortunadamente, tengo un tío rico que se hace cargo de los gastos de mi abuela. También pagó los míos hasta que me gradué del instituto. Poco a poco se lo voy pagando. No gano mucho en la librería, pero debería poder devolverle toda la suma el año que viene. También estoy ahorrando para ir a la universidad.

Asentí con un murmullo. No era de extrañar que se hubiera empeñado en mantener el alquiler lo más bajo posible.

—Por cierto, ¿qué te dijo mi abuela cuando me ausenté para ir al baño? —preguntó Izumi—. ¿Te pidió que te casaras conmigo o algo así?

Sonreí.

—No fue tan taxativo. Solo me pidió que cuidara bien de ti.

—¿Y qué le dijiste?

—¿Qué otra cosa podía decirle? Cualquiera en mi situación habría contestado que sí. No podía decirle: «No, señora. Yo solo soy un novio temporal. Mi contrato vence dentro de dos horas». Sobre todo tratándose de una señora mayor tan encantadora.

—¿En serio? —Abrió los ojos como platos—. ¿Vas a cuidar bien de mí a partir de ahora, Ishida?

—Estaba interpretando el papel de novio perfecto. No puedes hacerme responsable de eso.

—Estaba de broma, no seas tan seriote. —Me apoyó la mano en el codo—. Sería bonito tener novio.

—¿Por qué no tienes?

—¿Novio?

Asentí.

—Ahora no. No quiero liarme con nadie todavía.

Me quedé callado. Su mano se aferraba con más firmeza. Tenía la palma



caliente y el calor penetró en mí.

Paseamos codo a codo por el parque bordeando el río. Izumi no me había soltado el brazo. Un grupo de niños nos adelantó. Se reían y se perseguían unos a otros. Detrás de ellos, dos madres jóvenes empujaban unos carritos de bebé. Seis hombres de mediana edad hacían deporte junto al río.

—¿Sabes cómo surgió el nombre de Akakawa? —preguntó Izumi.

—No —dije—. ¿Por qué no me lo cuentas?

—Conozco dos versiones de la historia —explicó—. La primera se la oí contar a mi abuela. Dijo que este sitio solía ser un pueblo de granjeros. Unos campesinos llegaron en otoño y montaron una colonia junto a este río. En aquellos tiempos, había un sinfín de hileras de arces japoneses en ambas riberas. Las hojas rojas caían al agua, tiñendo el río de rojo, así que los campesinos llamaron al pueblo Akakawa. «Aka» de rojo y «kawa» de río.

—¿Y la segunda versión?

—Dos grupos de campesinos peleaban por la tierra. En un momento de rabia, se atacaron unos a otros con los aperos de labranza. Uno de los grupos quedó totalmente aniquilado. Los demás granjeros arrojaron los cuerpos al río y la sangre tiñó de rojo el agua.

Qué cruento.

—¿Y con cuál de las dos versiones te quedas?

Encogió los hombros y respondió:

—Me da a mí que las dos son ciertas.

Nos cruzamos con unos corredores que llevaban toallas colgadas del cuello. Al cabo de un rato, reparé en que habíamos recorrido un amplio trecho, pero hice como si no me hubiera dado cuenta.

—Ya hemos caminado bastante por hoy —dijo Izumi—. ¿Nos volvemos?

Asentí.

—¿Cuánto tiempo más vas a seguir cogiéndome del brazo?

Se miró el reloj.

—Otros doce minutos, hasta que termine tu contrato.

—¿Lo seguimos así tan a rajatabla?

Izumi sonrió y me dio una palmadita en el brazo.

—Puesto que te has portado bien, te liberaré de tus obligaciones pronto.

Apartó la mano y caminó delante de mí. El sol centelleaba en su pelo,

mostrando un tono rojizo que no había advertido antes. Se la veía radiante bajo la luz del sol de la tarde.

Siempre que veía el cabello de una mujer brillando bajo el sol, pensaba en mi hermana. Tenía el pelo de un tono natural castaño oscuro, a diferencia del resto de la familia Ishida. Siempre me había gustado el color de su pelo.

Una vez incluso intenté teñirme el pelo de ese tono castaño. Pero cuando creció, odié las raíces negras y me dio mucha pereza cubrirlas. Un par de meses más tarde me lo teñí de negro otra vez. Fue la primera y última vez que me cambié el color del pelo.

—Camina más rápido, haz el favor —me apremió Izumi, unos pasos por delante de mí.

Alargué el paso para alcanzarla. Teníamos que cambiar dos veces de autobús para volver a nuestro edificio. La acompañé hasta la puerta de su apartamento. Antes de entrar, Izumi sacó una bolsa de plástico de su bolso de tela y me la dio.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—El pago por hacer de mi novio durante dos horas —dijo, cerrando la puerta antes de que pudiera darle las gracias.

Subí hasta la quinta planta, entré en mi apartamento y abrí la bolsa. Dentro había una edición en inglés de *Ulises* de James Joyce. Menuda elección. Me senté cómodamente y comencé a leer. Al cabo de un rato, cerré el libro y lo guardé.

En momentos como ese echaba de menos los días que había pasado en la habitación ventosa de la señora Katou en un rincón de su casa. Ahora debía de estar ya en Hakone. ¿Seguiría tragándose su sentimiento de culpa? ¿O habría conseguido perdonarse? Ojalá se encontrase mejor ahora. En todo caso, el aire fresco de las montañas de Hakone le sentaría bien.

Abrí un cajón y guardé el libro dentro, al lado de los informes médicos de la clínica de mujeres Kobayashi. Por alguna razón sentí una necesidad apremiante de sacarlos de nuevo.

Desde que había regresado de Kuromachi no había vuelto a tocar esos papeles. Leerlos resultaba demasiado difícil. Me dolía pensar en lo que tuvo que pasar mi hermana ella sola, fingiendo que todo estaba bien en nuestras conversaciones telefónicas. Al examinar cada columna, cada palabra, cada

letra, me preguntaba: «¿Cómo pudiste no darte cuenta de que le pasaba algo?».

Y entonces reparé en algo que me llamó la atención. Su grupo sanguíneo aparecía como «A».

Tenía que ser un error. ¿No era toda nuestra familia del grupo «O»? Comprobé todas las páginas. Una y otra vez su grupo sanguíneo aparecía como «A». ¿Había registrado mal la clínica su grupo sanguíneo de verdad? No, no habría cometido ese tipo de error. Y aquello solo podía significar una cosa. Keiko y yo no éramos hermanos biológicos. Y por eso ella tenía un hermoso pelo castaño y yo no.

«Madre siempre se mete conmigo injustamente», me decía mi hermana. Pero yo objetaba y le decía que era demasiado sensible. Y también estaba la frialdad de mi madre cuando mi hermana se marchó de casa. Ahora todo cobraba sentido.

Conociendo la edad de mi madre, seguramente había renunciado a tener un hijo propio cuando acogió a mi hermana. Pero nueve años después llegué a su vida y ella ya no necesitó a la hija adoptiva.

Qué ironía. Mis padres habían adoptado a mi hermana, pero en cambio fue ella la que acabó adoptándome a mí, intentando suplirles en su papel lo mejor que podía. Sin embargo, en lo más hondo, sabíamos que algo faltaba. Había un vacío dentro de nosotros. Ambos estábamos solos.

Me tumbé en el suelo con los informes médicos esparcidos a mi alrededor. Cuando levanté la vista hacia las ventanas, el cielo había oscurecido. La luna brillaba en lo alto. Ya había pasado la hora de cenar, pero no tenía hambre. Concentré la mirada en la luna anaranjada. Mientras la contemplaba, tuve la sensación de que el mundo giraba demasiado deprisa. ¿O eran las nubes las que pasaban a toda velocidad? En un momento dado veía la luna y al instante siguiente solo divisaba un leve resplandor.

Mientras observaba el cielo, me sumí en un sueño.

Mi hermana me cubrió con una manta y me despertó sin querer. La luna iluminaba la habitación y ponía de relieve su larga y ondulante melena castaña.

—¿Esto es un sueño? —le pregunté.

Con una sonrisa se apartó un mechón de pelo detrás de la oreja. Se metió debajo de la manta y se tendió a mi lado.

—Si lo es, ¿por qué despertar ahora?

Estábamos tan cerca que podía oler su perfume. Llevaba una fragancia delicada y fresca que me recordaba la ropa blanca recién planchada.

La miré a los ojos y, sin pensar, le dije:

—Keiko, te echo mucho de menos.

Permaneció en silencio. Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila, lo que debió de afectarla. Después, esbozó una sonrisa.

—Yo también te echo de menos, Ren.

Cerré los ojos. Me embargó una sensación cálida y conocida. No estaba seguro de lo que era exactamente. Algo más allá de la tristeza o incluso del consuelo de volver a verla...

Abrí los ojos y susurré:

—Creo que estaba enamorado de ti.

Me miró sorprendida, pero se recompuso enseguida.

—No pasa nada, Ren. Todo es cosa del pasado. No pienses más en ello.

Asentí, y ambos nos quedamos dormidos.

## Una sucesión de existencias anteriores

---

Acudí a la comisaría de policía a recoger las pertenencias de mi hermana. La víspera, el inspector Oda me había llamado a Yotsuba.

—Tenemos autorización para devolverle la mayoría de los objetos personales de la señorita Ishida. No son muchos, pero pensé que le gustaría recuperarlos. Los tendremos preparados para que se pase a por ellos mañana, si le viene bien.

—Mañana me viene bien —respondí—. Me pasaré antes de las doce.

Pero, cuando llegué, el inspector no aparecía por ninguna parte. Una agente delgada y de barbilla afilada atendía detrás del mostrador. Después de presentarle mi carné de identidad, me entregó un impreso para que se lo firmara.

—El inspector Oda ha tenido que atender otro asunto —explicó, disculpándose en su nombre.

Me quedé desconcertado, ya que pensaba que él se encargaría personalmente del asunto y me proporcionaría los últimos avances en la investigación del asesinato. Aquella ausencia me hizo pensar que ya no se preocupaba por el caso. ¿Era porque los medios de comunicación ya habían perdido interés?

Después de rellenar el impreso, la agente trajo todos los artículos y los fue comprobando con la lista, en voz alta.

Todo cabía en un gran sobre, que metí en mi cartera antes de encaminarme al trabajo. Me parecía inadecuado llevar el sobre al despacho, pero si me pasaba por casa antes, llegaría tarde a clase. Con el tiempo justo, tomé el autobús hacia Yotsuba.

—Ishida, está usted en las nubes —me dijo un compañero mayor cuyo nombre no recordaba—. ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien, solo un poco cansado —respondí.

Asintió antes de dejarme solo. Cerré los ojos y respiré hondo. «No pienses más en el caso», me dije. Tenía que cumplir con mi trabajo.

Al abrir los ojos, examiné la lista de asistencia. En teoría Seven Stars debía ir a la primera clase del día. Me había olvidado de cómo había salido disparada de la librería. Pero ahora recordaba lo que Izumi había dicho.

«Es evidente, ¿no? Esa alumna suya está colada por usted». Maldita Izumi. Ahora no podía quitarme ese pensamiento de la cabeza.

Reuní el material docente y me dirigí al aula. La mitad de los alumnos ya se encontraba allí, incluida Seven Stars. Al verme, desvió la mirada.

Sonó el timbre y comencé a pasar lista. Una vez que terminé de comprobar los asistentes, expliqué unos puntos de gramática, respondí a algunas preguntas y entregué hojas de ejercicios. Seven Stars guardó las distancias. Si nuestras miradas se cruzaban, ella se aseguraba de apartar la suya. No sonrió durante toda la clase. Cuando se acabó, recogió sus cosas y salió a toda prisa. Corrí tras ella. Nos rodeaban estudiantes por todas partes, pero yo actué antes de pensármelo bien.

Le agarré de la mano.

—¿Por qué está enfadada?

—¿Quién le ha dicho que estoy enfadada? —preguntó, mirándome fijamente.

—Mire, ¿quiere decirme algo? —Me obligué a mirarla a los ojos—. Escucharé todo lo que tenga en mente.

Se soltó la mano.

—No es nada, señor Ishida. Y, además, ¿por qué iba yo a querer hablar con usted?

Sabía que era mejor no hacerle caso. Cuando una chica decía que no era nada significaba que había un montón de cosas que se me habían pasado por alto. No quería dejarlo así, pero era consciente de que los demás estudiantes nos estaban mirando.

Para no llamar más la atención, regresé al aula. Quizá no fuese tan mala cosa. Había intimado demasiado con ella y era mejor para ambos mantener una distancia prudencial. Aún era alumna mía. Implicarme más con ella sería peligroso.

Llegué a mi apartamento en torno a las once. Saqué el sobre de la cartera y vacié el contenido encima de la mesa del salón, Había un pasaporte, un álbum de fotos y unos cuadernos, Examiné el pasaporte. Estaba nuevo, pero lo habían marcado para que no se pudiera utilizar más. Keiko Ishida, ¿por qué le nías un pasaporte? Nunca había salido del país. ¿O tenía planeado marcharse algún día?

No estaba muy seguro de qué hacer con sus cosas, pero sabía que nada bueno saldría de aferrarme a unos objetos de valor sentimental. Los guardé de nuevo en el sobre y cogí un encendedor antes de salir.

Había estado lloviendo a primera hora del día. El aroma a fresco persistía y las hojas presentaban aún una capa de rocío. Algunas, esparcidas por la lluvia, cubrían el oscuro asfalto.

Encontré un cubo metálico que alguien había desechado en el solar que había detrás del edificio. Me agaché dando la espalda al viento, vacié el sobre, le prendí fuego y lo arrojé al cubo. Se elevó una voluta de humo que desprendió un intenso y penetrante olor.

Uno tras otro, fui quemando los enseres de mi hermana, comenzando por el pasaporte.

Hojeé los cuadernos. Apuntes de clase. Su caligrafía era pulcra, como siempre. No era de extrañar que soliera comentar lo desprolija que era la mía. Después de examinar cada cuaderno, los arrojé todos al fuego. Los papeles se retorcían antes de convertirse en cenizas.

El último cuaderno de la pila tenía una tapa de tela japonesa con un diseño geométrico. Las páginas blancas amarilleaban y encontré un billete de diez mil yenes escondido entre sus páginas. Sopesé quedarme con el dinero, pero decidí dejarlo ahí.

Cuando arrojé al fuego el último cuaderno, pude sentir cómo la presencia de mi hermana comenzaba a esfumarse. Por fin empezaba a asimilar su

muerte.

Lo siguiente fue el álbum de fotos. Estaba repleto de instantáneas de excursiones con los profesores de Yotsuba. Reconocí a Maeda en varias de ellas. Siempre presentaba un gesto serio en el trabajo, pero en sus días libres sabía cómo soltarse la melena. Cuando sonreía, sus ojos desaparecían en dos delgados trazos.

Honda aparecía en muchas fotos. Se lo veía jovial como siempre, y había una donde estaba durmiendo con la boca abierta. Estuve tentado de quedármela y utilizarla para meterme con él, pero mi hermana también salía en esa fotografía, haciendo la señal de la paz. No, no debía guardarla.

También aparecían otros rostros conocidos. El director Hiroko, Abe y más empleados. Tenían un aspecto muy diferente cuando no vestían ropa de trabajo. Yo estaba acostumbrado a definirlos por su especialidad: el profesor de Lengua Japonesa, el profesor de Matemáticas o el profesor de Ciencias Sociales. Pero, fuera del aula, se podía apreciar su personalidad. El profesor de Ciencias Sociales llevaba un jersey Hanshin Tigers. El profesor de Lengua Japonesa vestía un colorido chándal. Y entre ellos estaba mi hermana. Llevaba una camisa blanca y una falda de tubo azul marino. Tenía una sonrisa dulce. Rebosaba vida.

Miré la fotografía que tenía en la mano, un retrato de ella sola. De pie ante una hilera de estatuas *Jizo*, mi hermana estaba guapísima. Llevaba un bolso beis colgado del brazo, el mismo que tenía cuando la mataron. Ese bolso me transportó a la primera vez que estuve en la comisaría.

El inspector Oda me había mostrado las fotografías del bolso ensangrentado y su contenido: la cartera, un pañuelo rojo, unas llaves, una caja de píldoras anticonceptivas, una agenda y bolígrafos.

Las llaves iban sujetas por una anilla metálica de la que colgaba un conejito de porcelana. Un momento. Yo ya había visto ese muñeco. Colgaba detrás del retrovisor y había refulgido bajo el sol cuando el coche había dado un giro de ciento ochenta grados, cegándome.

Su nombre me saltó a la mente.

Honda.



# Tengo algo que decir

---

Mientras nos tomábamos de nuevo una sopa de fideos instantánea en el *office* de los profesores, pregunté a Honda si podía venir a mi casa esa noche.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Solo me apetece quedar.

—Te sientes solo —bromeó—. Bueno, estás de suerte, porque yo también me siento solo. Pues hagamos una fiesta, tú y yo y nadie más.

—Genial. —Terminé los fideos—. Hasta luego.

Tiré la taza de poliestireno a la basura y volví a mi escritorio. No quería prolongar la conversación y hacer que él sospechara que pasaba algo raro, pero debió de intuirlo. Normalmente los dos charlábamos hasta la siguiente clase.

Mientras arrancaba el coche, Honda me preguntó:

—¿Qué quieres cenar?

—¿Tienes más hambre? —pregunté.

—No mucha, pero nunca dejo pasar una oportunidad de cenar.

—¿Qué te parece si pedimos *sushi* para llevar? Yo invito, pero no conozco ningún sitio bueno por aquí.

—Déjalo de mi cuenta.

El coche salió del sótano y enfiló la calle principal. En un par de minutos nos detuvimos delante de una tienda de *sushi*. El local estaba a la vuelta de la esquina y, sin embargo, nunca me había fijado en él. Entré en la tienda mientras Honda esperaba en el coche.

La tienda de *sushi* estaba tranquila, salvo por dos comerciales que parecían borrachos. Seguramente casi era la hora de cerrar.

—Bienvenido —me saludó el chef con gesto serio detrás del mostrador—. ¿Qué desea pedir?

Eché un vistazo a la carta. Había diferentes bandejas de *sushi*. Señalé una y dije:

—Una para llevar.

El chef asintió y preparó el pedido. Moldeó el *sushi* con una ensayada perfección y colocó cada pieza con esmero en la bandeja de plástico negro. Añadió rodajas de jengibre, *wasabi* y rábano blanco rallado. Sus movimientos eran ágiles y eficaces. Pagué la comida y regresé al coche.

Honda miró dentro de la bolsa de plástico.

—¿No crees que es demasiado para dos personas?

—Más vale que sobre que no que falte —repuse.

Se rio y nos dirigimos a mi apartamento.

Conforme el coche avanzaba, estaba cada vez más nervioso. No sabía cómo sacar el tema. Intenté pensar en varias maneras de abordarlo, pero ninguna parecía adecuada. Comencé a desear haber acudido a la policía.

Escuché las historias de Honda mientras comíamos *sushi* en mi diminuto salón. Yo no hablé mucho, asentía en los momentos convenientes, cuando él me contaba cosas interesantes que le habían sucedido en el trabajo.

—Hace dos días, llevé a cabo en mi clase un ensayo de examen —dijo—. Un examen con respuestas múltiples, con cuatro opciones por pregunta. Aunque no estudies nada, hay probabilidades de acertar algunas respuestas al azar. Es prácticamente imposible terminar con un cero a no ser que entregues la hoja en blanco.

Asentí con un murmullo.

—Pues tuve que ponerle un cero a uno de mis alumnos —continuó—. Estaba claro que hacía trampas. La respuesta de la pregunta dos era la que correspondía a la pregunta uno, la respuesta de la tres era la correcta de la pregunta dos, y así todo.

—Ni siquiera hizo bien las trampas.

—Desde luego —dijo Honda mirándome—. En fin, ya he hablado bastante. ¿Qué te pasa, Ishida? Hay algo de lo que me quieres hablar, ¿verdad?

Asentí, pero no me sentía preparado. Le hice una seña para que comiera un poco más.

—Primero terminemos el *sushi*, antes de que se estropee.

Cuando acabamos toda la comida, quité la mesa y le pregunté qué quería beber.

—Voy a preparar café para mí —dije.

—Tomaré lo mismo, entonces —respondió.

Fui a la cocina y volví con dos tazas de café humeante, una cucharilla y un paquete de azúcar. Dejé una de las tazas delante de él junto con la cucharilla y el azúcar.

—¿No tomas azúcar? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No me gusta el dulce.

Asintió, abrió el paquete de azúcar y vertió el polvo blanco en su taza. Mientras removía el café, llegaba el olor. El intenso aroma a granos tostados impregnó la habitación, pero ninguno de los dos tocó su bebida. Después de lo que pareció una eternidad, Honda habló al fin.

—¿Cuánto tiempo más vas a permanecer callado, Ishida? No estamos llegando a ningún sitio.

—Ya. —Tomé mi primer sorbo de café antes de dejar la taza en la mesa—. La exnovia de la que me hablaste... ¿era mi hermana?

Honda me miró con sorpresa antes de desviar la mirada.

Puesto que había pronunciado las palabras, ya *no veía la* necesidad de reprimir lo que pensaba.

—Es cierto, ¿no?

Él permaneció callado con los ojos clavados en la pared.

—¿Fuiste tú quién la mató? —continuó.

Honda respiró hondo.

—Así que básicamente tienes dos preguntas. Primero, si yo salía con tu hermana. La respuesta es sí. Keiko y yo estuvimos juntos una temporada. Por desgracia, las cosas no salieron bien.

Era mi turno de permanecer callado. Tal y como sospechaba, Honda y mi hermana habían comprado el llavero del conejito juntos, cuando eran pareja.

—En cuanto a la segunda pregunta, si yo la maté. No, no fui yo. Me sentó mal lo que pasó entre nosotros. Para ser sincero, sentí cierto rencor, pero aprendí a aceptar su decisión.

Asentí, todavía indeciso sobre si creerle o no.

—Cuando la conocí, yo tenía treinta y cuatro años. Ella era la imagen de manual de una profesora. Educada y muy formal, se preocupaba sinceramente por sus alumnos. Yo no sentía más que respeto por ella. —Tomó un poco de café—. Aunque, desde luego, daba una cierta impresión.

—¿Qué clase de impresión?

Esbozó una leve sonrisa.

—No una buena, me temo. Seguramente ahora no se nota, pero yo solía ser una persona reservada. No me gusta llamar la atención cuando hay gente y mi nombre no es fácil de recordar.

—¿Honda?

—Ese es un apodo que me puso tu hermana. Mi nombre real es Shinosagawa, y la mayoría de la gente no se queda con él. Un día Keiko me vio lavando el coche con agua destilada. Montó un escándalo por ello. Una chica rara, ¿no? ¿Acaso no es una práctica corriente?

Quería decirle que no, o que al menos yo nunca había oído hablar de ello, pero me guardé mi opinión.

—Si utilizas agua del grifo para lavar el coche, deja restos. Mi coche es negro. Quedaría mal con manchas blancas de agua.

—Ya...

—Keiko se lo contó a todo el mundo, haciendo parecer que yo tenía un TOC. Y desde entonces me llaman Honda.

—¿Te enamoraste de ella por eso?

Soltó una risa nerviosa.

—¿Crees que eso fue lo que pasó? No, yo entonces estaba muy cabreado. Pero, lo admito, el apodo me fue gustando. En realidad, nos acercamos mucho durante una época en la que ella no paraba de ponerse enferma, lo cual era raro en ella. Sentí una apremiante necesidad de cuidarla y supuse que aquello significaba que era más que una compañera de trabajo para mí.

—Y así era.

—Solo durante un tiempo —suspiró—. Yo no la maté, Ishida. Estaba enfadado y decepcionado, pero la quería. Debería habértelo contado antes, pero no sabía cómo hacerlo.

—No pasa nada. Había mucho lío.

Asintió.

—A decir verdad, yo no tenía coartada. La noche en que la asesinaron, yo había salido a la calle, conducía solo. No tengo nada que demuestre mi inocencia.

—No te preocupes, te creo. Tampoco es que yo tenga nada que te comprometa.

No sabía explicarlo, pero creía que Honda decía la verdad. No era alguien que supiera mentir.

—Tengo una última pregunta, pero no estoy seguro de que sea una que deba plantearte.

—Adelante. —Tomó un sorbo de café—. Ya hemos llegado tan lejos...

Carraspeó.

—Puede ser una grosería preguntarte esto, pero necesito saberlo. ¿Fuiste tú quién dejó embarazada a mi hermana?

Honda no contestó, pero sus manos apretaron la taza de café con fuerza. No bebió ni soltó la taza.

—Lo siento si te he ofendido —dije.

—No, no me has ofendido, es solo que... —murmuró— definitivamente no fui yo. Ella me dejó, de hecho, por otro hombre.

No me podía creer que hubiera habido en su vida dos hombres, y no solo uno, de los que yo no había sabido nada.

—Incluso antes de invitarla a salir, sabía que había otro —prosiguió—. Pero ella me dijo que esa relación había terminado y que había pasado página. La creí. Supongo que me equivoqué. Keiko nunca lo superó. Esa persona era como parte de ella.

—¿Quién es ese hombre?

—No lo sé, Ishida, o ya se lo habría contado a la policía. Keiko lo mantenía en secreto, y yo no la presionaba, porque decía que era cosa del pasado y yo no quería ser el típico novio celoso. Pero si se quedó

embarazada, estoy seguro de que fue de ese hombre. —Apuró el café—. Es imposible que fuera mío. Nosotros nunca, ya sabes..., nunca lo hicimos.

Me había dejado sin palabras.

—Ella nunca estaba cómoda con eso y yo no quería forzarla —continuó—. Yo sabía que algo pasaba. Pero me hirió en el orgullo cuando me dejó, así que fingí que no me importaba. Después de romper, mantuve las distancias con ella.

Tras oír lo que había pasado, no podía culparle.

—Ahora me arrepiento. Debí haberme mostrado más honesto. De haberlo hecho, quizá siguiera con vida. Me odio por ello. Podría haberla ayudado si no me hubiese rendido tan pronto. En cierto modo, me siento responsable de su muerte.

—No debes culparte —dije—. Sabes tan bien como yo que ella no nos habría hecho caso a ninguno de los dos. Si tú tienes algo de culpa, entonces yo soy tan culpable como tú. Yo me mostraba indiferente con ella, demasiado preocupado por mis propios asuntos. Yo sabía que algo no iba bien, pero preferí cerrar los ojos. Podrías decir que la maté yo.

Un silencio se abatió sobre nosotros. Miré el café. Ya no humeaba y el líquido negro estaba inmóvil. Diminutas burbujas se habían formado en torno al borde.

—Si hubiese insistido más, ¿crees que me habría elegido? —preguntó Honda al fin.

Me encogí de hombros.

—Pero tú no podías hacer eso, ¿verdad?

—Me conoces bien, Ishida. Yo necesitaba que ella me escogiera porque fuera su deseo, no por sentimiento de culpa o lástima. Si no, no tendría ningún sentido. Llámame ingenuo, pero es lo que siento.

—Yo habría hecho lo mismo en tu situación.

Asintió.

—¿Te sorprendió?

—¿Lo tuyo con mi hermana?

—Sí.

—En realidad no mucho, a ver... —Me detuve antes de terminar. No me parecía correcto decirle que yo siempre había sabido que a ella le gustaban

los profesores.

—Keiko nunca me dijo que me quería. Ni siquiera una vez —dijo Honda—. Solo me decía que le gustaba. Qué tonta, no intentaba disimularlo. Ojalá me hubiese mentido. La habría creído.

Cogí la taza de café y la agité lentamente.

—Cuando Keiko y yo salíamos juntos, ella vivía en un apartamento muy parecido a este —explicó Honda, señalando la habitación—. Eso fue hace unos años. El lugar ha sido reurbanizado desde entonces. Yo sabía que ella tendría que mudarse, pero jamás hubiera imaginado que sería a la casa de los Katou.

Me obligué a sonreír.

—Fue un acuerdo poco habitual.

—Cuando estábamos juntos, solía hablar mucho de ti.

—¿Qué decía?

—Que eras un chaval muy guapo, pero que cambiabas de novia con más frecuencia que de peinado. —Sonrió, por lo visto más relajado—. Según ella, habías salido con más de cincuenta chicas diferentes.

—Estaba bromeando —dije—. Es una exageración.

—¿Cuál es la cifra exacta?

—No lo sé. ¿Veinte? ¿Quizá treinta? Desde luego, no cincuenta.

—Eso son muchas.

—Debes de tener una mala imagen de mí.

—No tanto —dijo—. Bajo esa apariencia un poco frívola, ella decía que eras sensible. Y que una vez que encontraras a la mujer idónea, la amarías para siempre.

Forcé una sonrisa.

Honda me dio una palmadita en el hombro.

—Todavía eres joven. No seas tan duro contigo mismo. La mayoría de las relaciones simplemente no funcionan, por mucho que uno lo intente.

Sabía que hablaba por experiencia, pero su caso y el mío eran diferentes.

—En mi caso, todo fue culpa mía —confesé.

—¿Qué quieres decir?

La imagen de mi hermana, con una leve sonrisa en el rostro, me pasó por la cabeza.

—Yo estaba obsesionado con alguien —dije—. O se trataba más bien de una fantasía. Cultivé una imagen idealizada de ella y la comparaba con todas las chicas con las que salía. Y por culpa de eso ninguna de mis parejas habría funcionado jamás.

Pensé en Nae y el sinfín de discusiones que habíamos tenido antes de que yo me marchara de Tokio. No solo con ella, también con las otras chicas con las que había salido.

—Me ha llevado demasiado tiempo darme cuenta de mi error y, en el proceso, he terminado haciendo daño a la gente que me quería —continué—. Quizá esa fue la razón por la que mi hermana me dejó.

—Eso no es verdad —dijo Honda—. El que Keiko se viniera a Akakawa no tuvo nada que ver contigo. Ella te quería mucho, Ishida. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —asentí levemente—. Pero pensaba en mí como en su hermanito de ocho años que necesitaba que su hermana mayor siempre estuviera pendiente de él.

—Eso es porque te quería —dijo Honda—. Hablaba tan bien de ti que a veces me ponía celoso, aunque yo fuese su novio. Pero, tras conocerte, estoy de acuerdo con ella. Creo sinceramente que eres un buen tipo.

Aparté la vista para ocultar mi vergüenza.

—Debió de pegárseme algo de su actitud protectora. No sé cómo comenzó, pero siento que debo estar pendiente de ti por ella, haciendo el papel de hermano mayor.

Así que esa era la razón por la que se había mostrado tan atento conmigo.

—De hecho, a Keiko le preocupaba estar molestándote.

—¿De veras? —No tenía ni idea que se hubiese sentido así.

—Sé que solía llamarte cada semana —dijo Honda.

Agaché la mirada.

—Echo de menos esas llamadas.

—Es habitual que la gente se dé cuenta de lo que es importante cuando ya lo ha perdido.

—Ya —farfullé, estirando las piernas—. ¿Quieres una cerveza? Es una buena manera de disipar la emoción.

—Esta vez debo decirte que no, tengo que conducir. —Miró el reloj y se



levantó—. Son casi las doce de la noche. Tengo que irme. Gracias por sincerarte conmigo. Me siento mucho mejor después de haber dejado las cosas claras.

Asentí, mientras todavía intentaba digerir todo lo que me había contado.

—Nos vemos mañana, Ishida —dijo.

Lo acompañé hasta la puerta. Después de que se marchara, fui a la cocina y comprobé las cervezas que había en el frigorífico. Quedaban cinco latas de Asahi Super Seca. Las llevé todas al salón. Después de lo que había pasado, necesitaba beber.

Antes de poder abrir la primera lata, alguien llamó a la puerta. ¿Se había olvidado algo Honda? Dejé la cerveza y fui a ver quién era esa visita de medianoche.

# La chica del cumpleaños

---

Sola en el pasillo se hallaba Seven Stars, todavía con el uniforme escolar. Llevaba una bolsa blanca de plástico en la mano derecha. Cuando nuestras miradas se cruzaron, preguntó:

—¿Puedo pasar?

Antes de que pudiera recuperarme del estupor de verla allí, se deslizó ante mí y entró en el apartamento. Dejó la mochila en el suelo y se sentó delante de la mesa baja.

A regañadientes, cerré la puerta.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Una visita —respondió con desenfado mientras examinaba la mesa—. Usted bebe mucho, ¿no?

Hice caso omiso del comentario.

—Creía que no nos hablábamos.

Me miró de hito en hito.

—¿Cómo ha sabido dónde vivía? —pregunté.

—Le seguí en un taxi. Sé que el señor Honda suele llevarle a su casa en coche y me imaginé que podría pasarme después de que le dejara. Pero hoy le ha acompañado dentro, así que he tenido que esperar. Han tardado muchísimo, casi me congeló ahí fuera. —Lanzó una mirada a las cervezas—. Yo creía que estaban discutiendo importantes asuntos de trabajo. ¿Quién se habría imaginado que era un botellón?

—Esto no es asunto suyo. —Me acerqué a ella—. ¿No me dijo que usted se mareaba mucho en coche?

—También le dije que podía soportarlo si quería. Mi madre solía llevarme en coche antes de que estuviera tan ocupada con el trabajo. Hace

poco que más o menos he dejado de viajar en coche. Mi padre no conduce.

Me volví hacia ella.

—Ya que ha venido hasta aquí, ¿he de entender que ya no está enfadada?

Seven Stars asintió.

—¿Así que ahora todo está bien?

Sonriente, asintió de nuevo y me hizo una señal de la paz.

—Sí, todo está bien.

—Estupendo. —Me levanté—. Ya que hemos hecho las paces, ahora debe marcharse. Es tarde y este es el apartamento de un hombre soltero. No debería estar aquí.

Me dirigió una mirada gélida, sin moverse de su sitio.

—¿Sabe su padre dónde está? Son más de las doce. —Recordé que sus padres tenían un amigo en las altas esferas de la policía—. No sabemos si habrá presentado una denuncia por su desaparición.

—Créame, no lo ha hecho. No es la primera vez que llego a casa tarde, y tampoco será la última. Lo hago a menudo, así que relájese, ¿vale? Siéntese. —Seven Stars apartó la cerveza para hacer hueco en la mesa. Abrió la bolsa de plástico y sacó una caja blanca. Dentro había una tarta de queso redonda—. Mire, señor Ishida, le he traído un soborno.

—Le agradezco el detalle, pero, de verdad, ahora tiene que marcharse.

No me hizo ningún caso y siguió hablando.

—Esta es la mejor tarta suflé de queso del mundo. Debería probarla. Es tan ligera y esponjosa..., incluso les encantaría a los que odian las tartas de queso.

Me rasqué la cabeza. Aquello pintaba muy, muy mal.

—Además, hoy es mi cumpleaños —dijo—. No pensaré echarme el día de mi cumpleaños, ¿verdad?

Parecía contenta.

—Trato hecho.

Me senté al otro lado de la mesa.

Seven Stars sacó unas velas de colores y las colocó en la tarta. Tras clavar la última, me miró y preguntó:

—¿Me presta un mechero?

—¿No es usted la que fuma? —repliqué.

Negó con la cabeza.

—Lo he dejado.

Pensé que me tomaba el pelo, pero tenía un gesto serio.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy.

—¿Por qué motivo?

—Es mi cumpleaños —dijo—. ¿No es eso una razón suficiente para dejar de fumar?

—Por supuesto. Enhorabuena.

Fui a la cocina a por el encendedor, el mismo que había utilizado para prender fuego a las pertenencias de mi hermana el día anterior. Todavía quedaban tres cuartos del líquido en el depósito. Bueno, al fin y al cabo apenas lo había usado. Volví al salón y encendí las velas una tras otra mientras Seven Stars me observaba emocionada.

—¿Quiere que cantemos el cumpleaños feliz? —pregunté.

Se rio y se puso a cantar en voz alta. Me uní a ella a la mitad. Cuando terminó la canción, Seven Stars juntó las manos. Pasaron unos segundos de silencio antes de que soplara las velas.

—Feliz cumpleaños —le deseé.

Sonrió.

—¿No me va a preguntar cuál ha sido mi deseo?

Negué con la cabeza.

—Se supone que es secreto.

—Se lo diré si me lo pregunta.

Me reí.

—No necesito saberlo.

—Si usted lo dice —dijo, encogiéndose de hombros.

La ayudé a quitar las velas de la tarta. Sacó un cuchillo de plástico que venía con la caja mientras yo iba a la cocina a por platos y cucharas.

Cuando volví, se había recogido el pelo. Se inclinó para servir los trozos de tarta y pude ver de cerca su fina nuca. Se me aceleró el pulso. Aparté los ojos, con la esperanza de que no se hubiera dado cuenta de que la había mirado.

—Señor Ishida —me interpeló tendiéndome el primer plato—. Pruébalo.

Cogí el plato de sus manos. La punta de sus dedos rozó los míos y me puse tenso. Seven Stars atacó su trozo. La contemplé mientras hundía la cuchara en la tarta y se la llevaba a los labios rosados.

—Perfecta —sentenció, mientras saboreaba con deleite—. Señor Ishida, debería comerse la tarta en vez de mirarme tan fijamente.

Nervioso, dejé el plato en la mesa y hundí la cuchara en la tarta de queso. ¿Qué me estaba pasando? Tomé el primer bocado. La tarta estaba deliciosa. Suave y esponjosa, ofrecía el equilibrio perfecto entre lo dulce y lo cremoso.

—Está francamente buena —dije.

Asintió con la cabeza y tomó otro bocado. Ladeó la cabeza y preguntó:

—Señor Ishida, ¿le parezco guapa?

—Sí —respondí sin pensar.

Sus labios dibujaron una sonrisa.

—¿Me creería si le dijera que usted me gusta?

La chica estaba coqueteando conmigo.

—No lo sé. ¿Tal vez?

Seven Stars puso su mano sobre la mía y me miró a los ojos.

—Usted me gusta, señor Ishida.

Retiré la mano.

—No bromea con este tipo de cosas. No tiene gracia.

—Hablo en serio —dijo, con voz dulce, casi un ruego—. Usted me gusta mucho.

Me quedé sin palabras y no dije nada. Nunca debí dejarla pasar.

—Lo menos que puede hacer es contestarme —me apremió.

Dejé el plato y me puse serio. Tenía que detenerla antes de que las cosas fueran demasiado lejos.

—¿Qué quiere?

—Quiero que deje de verme como a una cría y que deje de rechazar mis sentimientos. Ya se lo he dicho y se lo diré otra vez: usted me gusta y voy en serio. ¿No puede verme como a una mujer?

Me clavó la mirada.

—Soy una mujer.

Sin pensar con claridad, decidí intentar rechazarla. La agarré de las muñecas y la aparté. Soltó la cuchara, que cayó al suelo con gran estrépito.

—¿Sabe lo que le hace un hombre adulto a una mujer cuando los dos están a solas? —pregunté.

Se liberó las muñecas, pero no intentó alejarse.

Se abrazó a mi cuello y me susurró:

—Podemos hacerlo, si quiere.

—¿No tiene miedo? —pregunté, mientras aplastaba su cuerpo con el mío—. ¿Ya lo ha hecho antes?

Negó con la cabeza.

—No, pero no tengo miedo porque es usted.

Al oír eso, se me hizo un nudo en la garganta. No, no podía hacerlo. Me aparté de ella y me senté.

—Debería irse ahora mismo.

Se produjo un silencio hasta que se levantó y me encaró:

—¿Qué le pasa? —gritó—. ¿No soy lo bastante guapa?

Suspiré.

—Claro que sí. Es atractiva, usted ya lo sabe. Pero es demasiado joven.

—¿No dijo que la edad no era más que un número?

—Es mi alumna. Siento que me estoy aprovechando de usted.

Entornó los ojos.

—Señor Ishida, solo porque usted sea mayor que yo no significa que le corresponda decidir lo que está bien o lo que está mal.

Su tono era cortante, casi hostil. Tenía que buscar una forma de calmarla.

Respiré hondo.

—Está confundida. Sus sentimientos hacia mí se deben a que estoy cerca, y dejarse guiar por ellos de forma precipitada puede arruinarle la vida. Créame, esto no es el amor verdadero, y ya se le pasará.

—¿Por qué no me enseña qué es el amor verdadero?

—Basta ya, esto ha ido demasiado lejos —repliqué con firmeza. Tenía que poner fin a la situación antes de que nos hiciéramos más daño—. Sanseacabó. Fin de la discusión.

Seven Stars se mordió el labio inferior y se quedó mirando a la pared. Me preguntaba si estaba a punto de romper a llorar. No pretendía ser tan duro, pero mostrarme indulgente habría abierto una grieta y no me lo podía permitir. Ahora solo me quedaba invitarla a marcharse. Podía pedirle un taxi,

para asegurarme de que llegara a casa sana y salva.

Cuando quise darme cuenta se había inclinado hacia mí y nuestros labios se rozaban. Sobrepassado por su espontaneidad, me quedé paralizado por un momento, pero enseguida mi deseo tomó el control. Dejé que su lengua se deslizara dentro de mi boca y le acaricié el pelo mientras ella exhalaba un sensual gemido.

¿No me había dicho que nunca había tenido novio? Besaba tan bien que sentí como si estuviera siendo arrastrado por una feroz tormenta, sin posibilidad de escape. Dejé que las olas me arrastraran más y más a las profundidades del placer.

Seven Stars se desabrochó la chaqueta, se la quitó y la tiró al suelo. Se puso encima de mí y noté cómo empezaba a tener una erección. No podía creer que aquello estuviera sucediendo.

Me aparté de ella, con la esperanza de que no lo hubiese advertido.

—Basta, esto no...

—Relájese —me susurró al oído.

Me calló con un beso y me desabrochó el pantalón. Sabía que nos dirigíamos directos a la perdición, pero no podía detenerme. Un mechón de pelo le cubría el rostro. Lo aparté detrás de su oreja. Me sonrió y se sonrojó. Al mirarla, no podía controlarme. Sabía que la deseaba. La tumbé en el suelo y me puse encima de ella.

—¿Está segura? —pregunté—. Todavía está a tiempo.

Asintió.

—Nunca he estado más segura.

Al oír eso, me entregué a mis deseos. Busqué su corbata y la aflojé, haciendo que se le deslizara por el cuello antes de desabrocharle los botones. Ella apartó la vista. Se me aceleró el pulso. Me esforcé por actuar con delicadeza.

De pronto oí un fuerte golpe. Levanté la mirada y vi que una de las ventanas no se había cerrado correctamente. Me giré hacia Seven Stars. Tenía desabrochados tres botones de la camisa, desvelando un atisbo de su ropa interior blanca. Me miró con ojos inocentes.

Un peso insoportable me oprimió el pecho. ¿Qué estaba haciendo? Solo tenía dieciocho años, más o menos la misma edad que mi hermana cuando se

encaprichó del señor Tsuda.

Me aparté de ella.

—Lo siento. No deberíamos estar haciendo esto.

Se acercó a mí, sin preocuparse por tener la camisa abierta.

—¿Qué está diciendo, señor Ishida?

—Tenemos que parar —dije. No podía mirarla—. Esto no está bien.

—¿Le da miedo reconocer sus sentimientos?

—Ninguno de los dos siente nada verdadero por el otro. Es solo lujuria. Una necesidad biológica y universal. —Solté esas palabras a sabiendas de que no eran ciertas y de que seguramente las lamentaría algún día, pero tenía que alejarla de mí. Exhalé un suspiro—. Márchese. No estoy de humor para juegucitos.

—No estoy jugando. Dígame qué tengo que hacer para que comprenda que voy en serio.

Aparté la mirada. Quería decir algo, pero tenía la mente confusa.

Se puso delante de mí.

—Míreme, señor Ishida. ¿Qué parte de mí no le parece lo bastante adulta? Solo tiene miedo a perder a otra persona más, admítalo. Pero yo nunca le dejaré. Me quedaré con usted para siempre, no como su hermana.

La referencia a mi hermana me encolerizó. La miré con frialdad.

—¿Qué quiere que haga? ¿Que sea su novio? ¿O espera ser mi amante? ¿Alguien con quién acostarme esporádicamente cada vez que me entren ganas?

Seven Stars me fulminó con la mirada. Levantó la mano dispuesta a abofetearme, pero rápidamente se la atrapé.

—No lo haga —la detuve con voz severa.

Intentó liberar la mano, pero la sujeté con fuerza.

—Suélteme —dijo—. Me hace daño.

Aflojé la tensión y ella retiró la mano. Tenía miedo de haber usado demasiada fuerza, pero debía conseguir sí o sí que se marchara antes de que las cosas se descontrolasen de nuevo.

—Ya sabe dónde está la puerta —dije antes de encaminarme a mi habitación.

En cuanto cerré la puerta, me dejé caer en el suelo. No me podía creer lo



que había sucedido. Jamás había perdido el control de esa manera. Estaba enfadado y avergonzado. ¿Cómo podía haber estado a punto de cometer el mismo error que el señor Tsuda había cometido, sabiendo lo mucho que mi hermana había sufrido por su culpa?

Cerré los ojos y aguardé a oír el sonido de la puerta de entrada. Sin embargo, no oí nada. ¿Cuánto tiempo pensaba quedarse? Aunque yo no pensaba salir de la habitación hasta que se hubiera ido. No me veía capaz de alejarme otra vez de ella.

Tras un largo silencio, percibí un ruido sordo. Al principio era tenue, pero, poco a poco, fue sonando con más fuerza. Me tensé y abrí los ojos. Me retrotrajo a la noche en que encontré a mi hermana agazapada en la cocina.

Recordaba cómo la había estado mirando, incapaz de moverme. Incluso ahora seguía sin saber qué hacer ante el llanto de una chica. ¿Debía salir y consolarla? ¿Abrazarla y decirle que todo estaría bien? Eso sin duda era lo que había pensado el señor Tsuda entonces.

De no haber sido por aquella noche, es posible que me hubiera acostado con Seven Stars. No, no cabía la menor duda. Habría salido de la habitación y la habría atraído a mis brazos. La habría besado y llevado hasta mi cama. Pero no podía.

Tenía que contenerme para no destrozar la vida de una joven brillante. No podía hacerle lo mismo que le habían hecho a mi hermana.

Los ahogados sollozos de Seven Stars eran audibles. Permaneció sentada allí durante mucho tiempo. Lloró y lloró hasta que ya no pudo más.

Un breve silencio vino a continuación antes de oír cómo la puerta de entrada se abría y cerraba. Al fin. Respiré hondo. Me sudaban las manos. Las metí en los bolsillos para secarlas.

Al salir de la habitación para cerrar la puerta con llave, atravesé el espacio en que ella había estado. Su presencia aún persistía. Había dejado lo que quedaba de tarta en la caja, que descansaba cerrada encima de la mesa.

Me senté y abrí una cerveza. Tomé unos tragos. Qué desastre había sido todo aquello. Al menos ya había terminado. Miré la mesa detenidamente y conté las latas. Faltaba una. Qué más daba, que se la tomara. Había sido una noche muy larga y todavía era su cumpleaños. Tomé otro trago. Me imaginé a Seven Stars caminando sola en la gélida noche, sujetando una cerveza entre

sus manos heladas. Avanzaba con paso pesado y pisaba de vez en cuando las hojas muertas esparcidas en el suelo.

Justo cuando creía que la tormenta había pasado, sonó otro golpe en la puerta. Me incorporé con un sobresalto. No me había planteado que fuera a volver. ¿O podía tratarse de otra persona? Pero ¿quién iba a venir a esas horas?

La persona llamó a la puerta de nuevo, esta vez más fuerte.

Me quedé donde estaba, dubitativo. No iba a saber quién estaba al otro lado a no ser que abriera la puerta. Pero si era ella, abrirle sería un gravísimo error. Volvería a actuar impulsivamente si se echaba a llorar otra vez.

—Ishida, sé que estás ahí —dijo una voz conocida—. Abre la puerta, por favor.

—¿Qué haces aquí? —pregunté a Honda—. Pensé que te habías marchado hace horas.

—¿Cómo iba a irme? —Entró en el apartamento—. Justo cuando me disponía a arrancar el coche, vi a esa chica en la puerta de tu casa. No podía creerme que la dejaras pasar.

No pude responder. Honda tenía razón.

—Ella es la alumna que despertó tu interés, ¿verdad? —suspiró—. Me pones en una situación realmente difícil, Ishida. Habría sido muy incómodo entrar bruscamente en tu apartamento con ella dentro, pero no me podía marchar sin más.

—Te preocupas demasiado. No ha pasado nada, créeme.

No pareció convencido.

—¿A qué vino?

—Resulta que pasaba por aquí y te vio saliendo del apartamento, así que entró a saludar. —Señalé la caja de la tarta—. Trajo una tarta de queso.

—No me digas. —Honda suspiró otra vez, todavía tenso.

Esperé a que dijera algo, pero no lo hizo. Seguramente se daba cuenta de que, aunque hubiese pasado algo, ambos éramos mayores de edad y aquello era un asunto privado.

—Pero tienes razón. No debí dejarla pasar. —Me senté y le ofrecí una cerveza tibia—. ¿Por qué no bebes conmigo?

Se sentó a mi lado.

—Vale, me tomaré una.

Le tendí una lata. Tiró de la anilla y bebió despacio con la mirada puesta en la pared. Aproveché la oportunidad para apurar mi propia cerveza.

—La chica es guapa —dijo Honda—, pero hay algo en ella que la hace inalcanzable.

—No me había dado cuenta.

—¿Cómo se llama? ¿Nakajima?

—Sí.

—Es hija única, ¿verdad?

Asentí.

—¿La conoces?

—No mucho, pero me gustan los coches y su madre conduce un Mazda Miata rojo. Es uno de mis favoritos, una preciosidad con tracción trasera. Una vez, mientras esperaba en un cruce, su coche se detuvo junto al mío.

—¿Qué aspecto tiene su madre?

—Para serte sincero, no la vi muy bien. Fueron apenas unos segundos y solo la vi de perfil. Así de primeras, parecía muy guapa.

De modo que era verdad que Seven Stars había salido a su madre.

—¿Eso cuándo fue?

—Hace tiempo, a principios de año.

—Tienes buena memoria.

—Había algo raro en ella, por eso la recuerdo —dijo—. Llevaba guantes blancos hasta el codo. No sé para qué eran, pero desde luego no eran guantes para conducir.

—Lleva esos guantes para protegerse las manos. Es modelo de manos.

—Es ¿qué?

—Una modelo de manos profesional —repetí—. ¿Sabes esos anuncios dónde muestran una mano sujetando un producto? Alguien tiene que hacerlo.

—Ya. —Honda me miró a los ojos—. Oye, Ishida, cuando comentaste que estabas obsesionado con una mujer, no te referirías a Nakajima, ¿verdad?

Me obligué a reír.

—Claro que no. ¿Cómo sería eso posible? Solo nos conocemos desde hace un par de meses. Y todavía no es más que una cría. —Aparté la vista—. La persona de la que te hablé es alguien de mi pasado.

—Si es así, no dejes que te siga atormentando.

Le di la razón.

—Lo tendré en cuenta.

Nos callamos y bebimos en silencio. Percibí el sonido ocasional de ambos al tomar sorbos de cerveza. Honda tenía muchas cosas en las que pensar y yo también. Aquella noche necesitaba emborracharme en serio.

—¿Te importa si me tumbo? —preguntó Honda.

—Adelante —respondí.

Se acostó en el suelo con la cabeza apoyada en los brazos. Cerró los ojos y permaneció en esa posición. Abrí otra lata de cerveza. Pronto le oí roncar. Había resquicios bajo sus párpados que desvelaban el blanco de sus ojos. Le daban el aspecto de alguien que fingía dormir. Pero, a juzgar por el ritmo de sus movimientos, pude darme cuenta de que se estaba sumiendo en un sueño cada vez más profundo.

El silencio se fue haciendo cada vez más plomizo, sepultando las sombras del salón. Se deslizaba por los resquicios de las ventanas y las puertas. El aire se solidificó formando un manto de densa bruma traslúcida.

«Estoy respirando el silencio». Penetraba dentro de mí y me convertía en silencio.

«Yo soy el silencio».

Estaba rodeado de una neblina blanquecina.

—¡Hola! —voceé—. ¿Hay alguien ahí?

Solo podía oír el eco de mi propia voz.

Sabía que tenía que moverme, pero ¿qué dirección había de tomar? Dondequiera que mirase aparecía oculto bajo la espesa niebla. Apresuré el paso más y eché a correr. Corrí hasta que estuve a punto de desplomarme de agotamiento, pero seguía atrapado en esa blancura inmensa. Me detuve para recobrar el aliento. A ese ritmo jamás lograría escapar. Ese pensamiento me provocó un fuerte escalofrío por toda la espina dorsal. ¿Estaba atrapado para siempre? ¿Caminando sin rumbo y sin final a la vista?

Cuando empezó a entrarme una enorme desesperación, oí unos pasos que se aproximaban. Miré en la dirección de donde procedían, pero no se veía

nada. La bruma me tapaba el campo de visión.

Los sonidos cesaron. Volvió la quietud, aunque todavía percibía la presencia de alguien a solo unos pasos de mí.

Grité:

—¿Keiko? ¿Eres tú?

No hubo respuesta.

—¿Coletas?

De nuevo el silencio. Me sofocaba.

—Ren, por aquí —gritó alguien desde la dirección contraria.

Era la voz de Nae.

Cuando desperté, Honda no estaba.

Tenía un espantoso dolor de cabeza. Me levanté y fui al cuarto de baño para mojarme la cara, pero terminé vomitando en el váter. Me acuclillé y lo eché todo; después tiré de la cadena dos veces. Debí de vaciar por completo el estómago. Adiós a la tarta suflé de queso. Todavía algo mareado, me cepillé los dientes y me tomé mi tiempo para hacer gárgaras con agua. Después, me puse un caramelo de menta en la boca.

El apartamento estaba hecho un asco, pero no pensaba limpiarlo aún. Lo dejaría para mañana. En ese momento, lo único que quería era dormir.

## Azar, decisión y llamadas telefónicas

---

—Ishida —me llamó Maeda cuando llegué a la academia—. El director le está buscando. ¿Puede ir a su despacho?

Empezaron a sudarme las manos. ¿Tendría algo que ver con la visita de Seven Stars? Quizá la había visto alguien más, o su padre había averiguado dónde había estado y me había denunciado. Tranquilo, me repetía. No había pasado nada.

Cuando entré en el despacho del director, estaba regando con una botella de agua una planta de aspecto extraño que tenía encima de la mesa.

—Ishida, por favor, siéntese —dijo—. ¿Qué le está pareciendo la academia hasta ahora? ¿Se ha acostumbrado al puesto?

—Sí, estoy disfrutando con la enseñanza —respondí.

—Bien, bien —asintió despacio—. ¿Sigue pensando en regresar a Tokio?

—Sí —contesté, buscando la respuesta fácil.

—De acuerdo, iré directo al grano. Le he llamado porque su contrato con nosotros termina pronto y me gustaría ofrecerle un puesto fijo. Estoy seguro de que algo le habrá comentado Hiroko, pero ¿se inclina la balanza hacia un lado u otro?

De modo que de eso se trataba. Respiré aliviado.

—Le ruego me disculpe, pero necesito más tiempo para pensarlo con calma.

Asintió.

—Por supuesto. No pretendo que me responda enseguida. Sé que ha de tener en cuenta muchos factores, sobre todo si su familia vive en Tokio. Piénseselo. Y hágame saber lo que haya decidido antes de que termine el

contrato.

—Así lo haré —dije—. Muchas gracias por la propuesta.

—No lo entretengo más. Su primera clase empieza en breve.

Me incliné y salí del despacho. Al regresar a mi mesa, empezaba a recoger mis cosas cuando se acercó Maeda.

—¿Se unirá a nosotros, Ishida? —preguntó.

Me volví hacia ella.

—¿Cómo lo sabe?

—Escuché a Hiroko comentándolo con el director el otro día. —Me miró con expectación—. Y bien, ¿ha aceptado la oferta? Le va bien aquí, ¿no? Sin ir más lejos, hace un par de semanas llamó un padre para hablar muy bien de usted.

—¿Quién era?

Maeda se tapó la boca.

—¿No lo sabía? Quizá prefiera mantenerse en el anonimato. Entonces no debí decirle nada, qué tonta soy.

—No voy a contarle a nadie que me lo ha dicho usted.

Bajó la voz.

—Era el padre de Rio Nakajima.

—Entiendo. —¿Todo eso por impedir que robara unos chicles?

—Ishida, no ha respondido a mi pregunta —reiteró Maeda.

Era tan insistente.

—Le diré la verdad, no estoy seguro —dije—. Me gusta enseñar, pero mi idea inicial era volver a Tokio. Me siento en la obligación de cuidar de mis padres, sobre todo ahora que me he convertido en hijo único.

—Eso es cierto. También podría optar por dar clases en Tokio. Estoy segura de que hay más academias preuniversitarias allí. O podría intentar ser profesor de una escuela pública. Me han dicho que las pruebas de ingreso no son fáciles, pero el sector público ofrece más ventajas.

Aquello parecía una buena idea.

—Debería pensar en ello, Ishida —continuó.

Sonreí.

—Lo haré.

Maeda parecía satisfecha y volvió a su mesa. Unos minutos más tarde,

todos nos repartimos en nuestras respectivas aulas.

Mientras bajaba las escaleras, reflexioné sobre lo que Maeda había sugerido. Ser profesor sonaba mucho mejor que trabajar para una gran empresa. Estaba nervioso después de lo que había pasado la víspera, pero sabía que tendría cuidado de no cometer el mismo error nunca más.

El timbre sonó cuando abrí la puerta del aula. Dejé los libros sobre la mesa y observé los jóvenes rostros que me saludaban. Eran tan alegres, rebosaban tanta vida e inocencia. Al estar junto a ellos, su energía pletórica de juventud también me impregnaba.

Quizá no fuera una mala idea después de todo, pensé mientras abría el libro de asistencia.

Honda y yo salíamos para cenar cuando descubrimos una cara desconocida detrás del mostrador de recepción.

—¿Dónde está Abe? —preguntó Honda a la mujer.

—Se ha tomado tres días libres para acudir al entierro de un familiar en Osaka —explicó la mujer—. Me llamo Iwaya, y voy a sustituirla hasta que vuelva.

—Encantado. Soy Honda y él es Ishida.

Se volvió hacia mí.

—¿Señor Ishida?

—Sí —dije.

—Una mujer acaba de llamar hace un instante preguntando por usted, pero le dije que estaba en clase.

Fruncí el ceño. ¿Podría tener que ver con mi hermana?

—¿Cómo se llamaba?

—Colgó antes de que pudiera preguntar, pero me dijo que volvería a llamar cuando acabara la clase.

Le di las gracias a Iwaya por transmitirme el mensaje y salí de la academia con Honda.

—¿Esperabas esa llamada? —preguntó.

—No —respondí.

—¿Nos tomamos mejor unos fideos instantáneos? Así puedes esperar



aquí a que llame otra vez.

—No pasa nada. No creo que vayamos a perder mucho tiempo si nos tomamos una cena rápida.

—En ese caso, vamos al puesto de *ramen*; está cerca.

Pero cuando regresamos media hora más tarde, Iwaya me dijo que había perdido la llamada por un par de minutos.

—¿Pudo quedarse con el nombre de la persona? —pregunté.

—Me temo que no. Cuando le pregunté por su nombre, me colgó bruscamente. —Iwaya bajó la voz—. De hecho, creo que lo hizo a propósito.

Qué extraño. Una agente de policía se habría identificado sin lugar a dudas. Entonces, ¿quién me había estado llamando?

Honda se inclinó levemente hacia mí y me susurró:

—¿Podría tener que ver con esa alumna tuya?

—Imposible. Como ya te dije, no pasó nada. —Me volví hacia Iwaya—. Por favor, avísame si llama otra vez.

—Dijo que lo intentaría de nuevo después de su última clase.

Asentí y subí las escaleras con Honda.

La siguiente clase comenzó enseguida, pero durante toda la sesión estuve pensando en esa llamada de teléfono. No creía que tuviese que ver con Seven Stars. Era demasiado orgullosa. El hecho de que la rechazara el otro día habría sido suficiente para evitar que quisiera acercarse a mí. ¿Podría ser mi madre? No, no tenía mi número. Recordé el sobre con las fotocopias de los informes médicos de mi hermana. ¿Podría ser obra de la misma persona? Eché un vistazo al reloj de pared, seguramente por décima vez. Esperaba que mis alumnos no se hubieran dado cuenta. Si lo advirtieron, nadie dijo nada.

Al fin sonó el timbre. Tras despedirme de los estudiantes, me apresuré a recoger la cartera de la mesa y bajé a recepción.

—¿Ha llamado alguien? —pregunté a Iwaya.

Sonrió educadamente.

—Todavía no, señor Ishida.

—¿Puedo esperar aquí?

—Por supuesto.

Acerqué una silla y me senté frente a ella.

Los estudiantes y empleados comenzaron a abandonar el edificio.

Apareció Honda y me preguntó si quería que me llevase, pero le dije que prefería esperar la llamada. Se ofreció a esperar conmigo, pero no quería entretenerle, más tiempo y le dije que se marchara. Parecía reacio, pero tenía previsto ver un nuevo capítulo de uno de sus programas de televisión favoritos esa noche, así que accedió.

Unos minutos más tarde, Iwaya me dijo que tenía que marcharse. Asentí y seguí esperando. Al parecer, la mayoría de la gente se había ido a casa. La calefacción ya estaba apagada y el sitio en silencio.

Comenzaba a aburrirme, así que me puse a examinar el teléfono desde todos los ángulos. El aparato era negro y parecía un modelo más nuevo que el teléfono que había en la casa del señor Katou. Le di la vuelta para que la superficie lustrosa reflejara la luz. La pintura del auricular estaba descolorida y algunos números resultaban totalmente ilegibles.

Noté un golpecito en el hombro. Levanté la vista y descubrí al hombre de la limpieza.

—Lo siento, pero tengo que cerrar —dijo el señor mayor.

Miré el reloj. Cómo volaba el tiempo... Llevaba esperando la llamada de teléfono anónima casi dos horas.

—Siento estar reteniéndole —me disculpé, mientras recogía la cartera.

—No pasa nada —dijo—. Buenas noches.

Lo ayudé a cerrar la puerta principal antes de encaminarme hacia la parada de autobús. Al final me había quedado esperando para nada. Si me hubiese marchado con Honda antes, ya estaría en la cama. Pero lo hecho, hecho estaba.

La llamada llegó al día siguiente. Me encontraba en la zona de la recepción esperando a Honda para irnos juntos.

—Señor Ishida, es para usted —dijo Iwaya, cubriendo el auricular con la mano.

—Gracias. —Cogí el teléfono y me aclaré la voz—. Ren Ishida al habla. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy yo —dijo una voz ronca que no reconocí.

—Disculpe, ¿quién?

—Anzu.

—¿Anzu?

Una pausa.

—¿Ya te has olvidado de mí?

—Claro que no —dije. Por suerte, logré recordar quién era—. Estabas con Kaori en Roppongi.

—Sí, me alegro de que te acuerdes.

—Es solo que... —Mi voz se apagó. Había dicho «esta vez»; ¿la había conocido antes de esa noche?—. Es que no te había conocido la voz, nada más —me escaqueé—. Suena diferente por teléfono.

—Han pasado unas semanas. Puede que te hayas olvidado de cómo suena mi voz.

No me había dado cuenta de que había pasado tanto tiempo.

—¿Me llamaste tú ayer?

—Sí, pero todavía estabas en clase. Cuando volví a llamar habías salido a cenar. No es fácil localizarte. —Hizo una pausa antes de suspirar—. Así que eres profesor.

Tardé un tiempo en darme cuenta de que alguien al fin había desenmascarado el farol de Jin. Maldita sea, nos había pillado. Aquello pintaba mal. Busqué las palabras adecuadas. Aunque Jin fuera quien lo había comenzado, yo también era culpable, puesto que le había seguido el juego.

A mi lado Iwaya me susurró que tenía que marcharse.

—Siento mucho habernos inventado todas esas cosas —dije en cuanto se fue.

—No, no sientes haber mentido, sientes que te hayan pillado —replicó Anzu—. ¿Y tu amigo el cantamañanas? ¿Trabaja contigo?

—Él es estudiante. Pero no de Derecho. —Vagamente recordaba que Jin se había graduado en Empresariales, pero no estaba seguro.

—¿Algo más?

—Somos de Tokio. —Llegados a este punto, supuse que ya no tenía sentido mentir y que podía enseñarle todas mis cartas—. Jin estudia en Waseda, yo solía estudiar en Keio. Doy clases en una academia preuniversitaria en Akakawa ahora mismo, pero eso ya lo sabes.

—Interesante —dijo con voz monótona.

A continuación se produjo un largo y violento silencio.

Sabía que esperaba algo, quizá una explicación, pero no se me ocurría ninguna justificación verdadera para nuestro engaño. Carraspeé.

—Somos horribles, ¿verdad?

Anzu soltó una carcajada.

—Me alegro de que lo sepas.

Respiré aliviado, al darme cuenta de que se había tomado las cosas con sentido del humor.

—Prometí llamar después de que acabara tu tercera clase, pero me avisaron para un *casting* urgente. No habrás estado esperando, ¿verdad?

—No, no te preocupes por eso —mentí—. Pero ¿cómo conseguiste este número de teléfono?

Se echó a reír.

—Es un secreto. Además, esa no es la cuestión. Te he llamado porque me he enterado de algo que podría interesarte. Es sobre la modelo de manos de la que me hablaste.

La madre de Seven Stars.

—¿Qué pasa con ella?

—Es alguien que conozco —dijo Anzu—. No tenemos una relación muy estrecha, pero hemos trabajado juntas en un par de ocasiones. Utiliza su nombre de soltera en la profesión, por eso no reconocí el apellido que mencionaste. Yo la conozco como Maria Saeki.

—Entiendo.

No era algo habitual, pero había oído decir que algunas mujeres preferían conservar su nombre de soltera en su vida profesional.

—El caso es que desapareció hace unos meses.

—¿Qué le pasó?

—Nadie lo sabe. No se presentó a una de sus sesiones. Su agente no sabía nada. No hubo ni una sola llamada de teléfono, ni una carta, nada de nada. Puf. Se esfumó de la noche a la mañana. Pero Saeki tiene fama de ser una persona responsable. No faltaría al trabajo sin un buen motivo.

—Ya.

—Su repentina desaparición causó muchos problemas. Su agente necesitaba encontrarle una sustitua, pero no hay muchos modelos de manos,

ya ni hablemos de una con la experiencia de Saeki. Fue a Akakawa a buscarla, pero su marido le dijo que ya no vivía allí.

Pensé en lo que había dicho Rio, sobre el hecho de que su madre los hubiera abandonado al señor Nakajima y a ella.

—Sin duda, él sabrá dónde está.

—Según él, había vuelto a casa de sus padres en Hokkaido, pero algo no encajaba. Nadie se tomaría días libres en el trabajo sin avisar a la empresa, ¿verdad? Sin mencionar que tenía compromisos de trabajo previos. Nadie se compromete a un trabajo si sabe que pronto se va a marchar.

—Seguramente no —le di la razón.

—Su agente dice que Saeki ni siquiera se pasó a cobrar su sueldo. Tengo la sensación de que le ha pasado algo malo, aunque no sé qué.

—¿Sabes cuándo desapareció? —pregunté.

Hizo una pausa para reflexionar.

—Si no me falla la memoria, sería a principios de junio de este año.

Me dio un vuelco el corazón. No podía ser..., pero de ninguna manera esa coincidencia temporal era una casualidad. ¿Podría tener algo que ver la desaparición de Maria Saeki con mi hermana?

—Ren, ¿sigues ahí? —preguntó Anzu.

Apreté el teléfono con más fuerza.

—Sí, por favor, continúa.

—Eso es todo. Solo quería contarte eso.

—Entiendo —murmuré, mientras intentaba ordenar mis pensamientos. Necesitaba tiempo para digerir esa información. Entretanto, pregunté a Anzu —: ¿Me enviaste tú una carta?

—No. ¿Qué te hace creer que sí?

—Recibí una hace poco, pero no había remite.

Soltó una risita.

—¿Una carta de amor?

—No, pero era algo importante, de modo que me gustaría darle las gracias a esa persona.

—Podría ser cualquiera, en realidad —dijo—. ¿Sabes, Ren?, jamás me habría imaginado que alguien de Keio eligiera una ciudad pequeña como Akakawa para ser profesor.

No respondí.

—Deja que lo adivine —continuó—. Dejaste los estudios, rompiste con tu novia y no tenías nada mejor que hacer, así que optaste por un cambio de aires.

—Oye, yo no he roto con mi novia.

Se quedó callada un momento, luego dijo:

—Así que tienes novia.

Titubeé.

—Sí.

—Y aun así fuiste a Roppongi a ligar.

—Estaba borracho.

—Esa no es ninguna excusa.

—¿Y tú? —pregunté, para cambiar de tema—. ¿Tienes novio ahora?

Transcurrieron unos segundos antes de que respondiera:

—Eso no importa.

Me colgó sin añadir una palabra más. Se lo pasé por alto al considerar las mentiras que yo no me había molestado en rectificar.

—¿Has terminado, Ishida? —preguntó Honda. Aguardaba junto a la puerta.

Colgué el teléfono, preguntándome cuánto tiempo llevaría ahí.

—Sí, perdona por hacerte esperar.

—¿Quién era?

—Una conocida.

Asintió, comprendiendo que yo no deseaba hablar de ello. Salimos del edificio, nos dirigimos hacia su coche y nos marchamos.

Las calles estaban tranquilas, como siempre a esas horas de la noche. A diferencia de Tokio, Akakawa se acostaba temprano. Honda conducía su sedán negro en la marcha más alta. Solo tuvo que reducir la velocidad cuando nos acercamos a un semáforo.

Cuando el coche se detuvo en el cruce, me dio la sensación de que me olvidaba algo importante. Pero ¿qué era? Tenía que ver con semáforos. Pero ¿cuándo? ¿Y dónde? ¿Era en Tokio o Akakawa?

El semáforo pasó a verde y Honda quitó el freno de mano. Cambió de marcha con rapidez y el coche cogió velocidad. Y entonces me acordé de

algo que debería de haber recordado mucho, mucho antes.

Había sucedido el día de mi cumpleaños. Había ahorrado dinero de mi trabajo a tiempo parcial para invitar a mi novia a un sitio elegante, pero habíamos roto un par de días antes. Se había enterado de que me había acostado con otra chica. Por culpa de eso, en vez de tener una cita romántica, terminé enfundado en un traje de repartidor de *pizzas* dentro de un Toyota Célica amarillo junto a una desconocida.

Busqué su mano, que descansaba en el freno de mano. No dijo nada. Tenía la mano fría. La solté cuando el semáforo cambió a verde. El motor rugió y el coche salió disparado. Las farolas se fundían unas con otras, creando una línea luminosa continua.

Antes de separarnos, ella me dijo: «Eres un buen tipo, Ren. Si nos volvemos a ver alguna vez, te diré mi nombre».

Pedí a Honda que me dejara en el teléfono público que había cerca de la parada de autobús al lado del parque.

—Tengo que llamar a casa —dije.

Accedió y detuvo el coche delante de la cabina telefónica. Bajé y entré en la cabina, frotándome las manos para entrar en calor mientras él se alejaba. Inserté unas monedas en la rendija, marqué los números familiares y esperé a que alguien descolgara.

—¿Diga?

Me aclaré la voz.

—Madre, soy yo.

—Ah. —Ni un ápice de sorpresa en la voz.

—¿Cómo estáis padre y tú?

—Estamos bien.

—Me alegro —dije—. Vuelvo a casa dentro de un par de semanas.

Se produjo un silencio tenso.

—Te veré a mi vuelta —continué.

Estaba a punto de colgar cuando mi madre dijo:

—Espera, Ren.

—¿Sí?

—Sobre Keiko... ¿La policía ha podido...?

Se me encogió el corazón. La voz de mi madre sonaba débil. Era la primera vez en años que pronunciaba el nombre de mi hermana.

—Por desgracia no hay novedades todavía —respondí—. Supongo que no ha habido avances en la investigación.

—Entiendo —dijo con voz distraída.

Respiré hondo.

—En realidad, hay algo que quería preguntar.

—¿Sí?

—¿Keiko era adoptada?

Mi madre se quedó en silencio un minuto antes de preguntar:

—¿Cómo lo has sabido?

Pensé en el informe médico de la clínica y el embarazo de mi hermana.

—No importa.

—Para serte sincera, yo no quería que lo supieras nunca. Pero ya que lo has averiguado, será mejor que te cuente toda la historia —dijo—. Tu padre tuvo un lío con una mujer de Akakawa.

Me desconcertó que lo admitiera tan fácilmente. De modo que sí era mi hermana. Mi medio hermana.

—No me esperaba que me engañase, y menos aún que me pidiera que aceptara adoptar a su hija natural. Por aquel entonces llevábamos casados cuatro años, pero yo no me había quedado embarazada. No podía negarme a su petición, sobre todo ante mis suegros. Es la única decisión de la que me he arrepentido hasta el día de hoy.

Tenía la garganta seca.

—Esa niña. Siempre la odié. No era culpa suya, pero no podía evitar dirigir todo mi rencor contra ella.

Su voz se volvió trémula y se calló. Aunque no me encontrase con ella, visualizaba a mi madre enjugándose las lágrimas con la cara interna de la muñeca.

—Estoy tan agradecida de haberte tenido a ti con el tiempo. Tú eras el hijo que siempre había estado esperando. No debería decir esto, pero me alegro de que seas varón. No tendrás que pasar por lo mismo que he pasado yo.



Al oír eso, sentí pena por mi madre.

—Cuando naciste, le pedí a tu padre que echara a Keiko de casa. No quiso, por mucho que le insistí.

Así que esa era la razón de todas aquellas peleas. Había sido por mí, en cierto modo, pero también por mi hermana.

Mi madre continuó:

—Le dije que Keiko estaría mejor en otro sitio, criada por una mujer capaz de quererla. Fui yo quien la echó de casa ese día. Sé que estabas muy unido a ella. Debes de estar resentido conmigo.

Suspiré.

—Lo estoy, pero comprendo lo mucho que sufriste.

No contestó.

—Por favor, cuídate —dije—. Y dale recuerdos a padre de mi parte.

Su silencio se prolongó hasta que colgué.

Mientras caminaba a mi apartamento, pensé en lo que me había dicho mi madre. Habían sucedido tantas cosas durante mi infancia, y yo no había tenido la menor idea. Si me hubiese quedado en Tokio jamás me habría enterado de nada de todo esto. Pero había tomado la determinación de descubrir la verdad. ¿Era mejor saberlo o no?

Cerré los ojos y sentí el viento frío que me azotaba la cara. Mañana no iba a ser nada fácil.

# Café frío

---

A la mañana siguiente solicité un día de permiso urgente. Quería visitar al señor Nakajima mientras Seven Stars estaba en clase en Yotsuba. Si, por el motivo que fuese, se encontraba en casa, me marcharía enseguida. Afortunadamente, tal y como me esperaba, el señor Nakajima abrió la puerta.

—Señor Ishida —me saludó con una sonrisa—. Encantado de recibir otra visita suya, pero Rio no está en casa.

—Lo sé —dije—. He venido a hablar con usted.

Negó con la cabeza.

—No le habrá causado más problemas, ¿verdad?

No quería montar una escena en la calle, así que no le respondí.

—Por favor, pase —me invitó.

Le seguí dentro de la casa y nos sentamos en el sofá. El salón seguía igual que la última vez que había estado allí. Las fotografías de las manos de la señora Nakajima seguían adornando las paredes.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? —preguntó el señor Nakajima—. ¿Un café, quizá?

—No se moleste, no le entretendré mucho. —Hice una pausa para intentar mantener la calma—. Hay algo que tengo que preguntarle. ¿Conocía usted a Keiko Ishida?

Por un segundo se mostro sorprendido, pero enseguida recobró la compostura.

—Sí, claro que la conocía. Era la profesora de Rio.

A pesar de la forma en que se salió por la tangente, me di cuenta de que estaba tenso. La manera en que disimulaba sus emociones era parecida a la de Seven Stars, aunque a ella se le daba mejor.

—Para ser más preciso, ¿tuvo usted una relación con ella? —pregunté.

El señor Nakajima ocultó su nerviosismo ajustándose las gafas. Su gesto torpe confirmó mis sospechas.

—No estoy seguro de lo que intenta decir —respondió.

—Ambos sabemos lo que intento decir —insistí—. Usted tenía una aventura con mi hermana.

Palideció.

—Y hace cinco años la dejó embarazada.

—Cómo...

Seguí presionándole.

—Pero la obligó a interrumpir el embarazo.

—Espere un momen...

—Háganos un favor a ambos y deje de fingir —lo apremié con voz firme, obligándome a mirarlo a los ojos. Temía perder los nervios, pero debía controlarme para obtener respuestas.

El señor Nakajima apartó la mirada.

—Por favor, deje que le traiga algo de beber, ¿de acuerdo? Después, le contaré lo que ocurrió.

Respiré hondo.

—Café estará bien, si insiste.

Asintió y se ajustó las gafas antes de desaparecer en la cocina. Si de verdad me hallaba en la casa de un asesino a sangre fría, seguramente no había sido buena idea dejarle que me preparara café, pero necesitaba su cooperación para descubrir la verdad.

Una vez solo, observé las imágenes de las manos de la señora Nakajima. Eran ciertamente hermosas, suaves y finas en unas poses elegantes, pero mirarlas ahora me producía náuseas.

El señor Nakajima regresó con dos tazas de café. No las tocamos. Jugueteó con los dedos y observó la pared con las fotografías. Sin mirarme, preguntó:

—¿Lo sabe Rio?

—No tiene ni idea, y no pienso involucrarla —respondí.

Se giró hacia mí.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Eso no importa.

El señor Nakajima asintió y volvió a clavar la mirada en la pared. Movi6 la taza de caf6 en la mesa antes de hablar.

—Tiene raz6n, tuve una relaci6n con Keiko.

Apret6 los pu6os. Esperaba que confesara, pero oírsele decir desencaden6 mi ira.

—Así que fue usted quien la mat6.

Se volvi6 hacia mÍ con ojos espantados.

—No, se equivoca, yo... —Baj6 la mirada y sacudi6 la cabeza—. ¿Por qu6 iba yo a...? —Su voz se quebr6—. No tenÍa motivos para hacerlo.

—Se me ocurren mil motivos por los que usted querrÍa matarla.

—Vamos a dejar las cosas claras. Yo no mat6 a su hermana. Me encontraba en Kioto esa noche.

Vacilé. Si fuese una mentira, serÍa la mÁs fÁcil de desenmascarar. Pero si decÍa la verdad, la siguiente persona en la lista de sospechosos era...

—¿Fue su mujer?

No respondi6.

—¿Por eso desapareci6?

El se6or Nakajima entrecruz6 los dedos en el regazo.

—Puesto que hemos llegado hasta aquÍ, serÁ mejor que le cuente todo lo que pas6.

No podÍa creerme que estuviese tan sereno.

—Adelante —dije.

—Primero, nunca pedÍ a Keiko que interrumpiera el embarazo. Desde el principio, le dej6 claro que apoyarÍa cualquier decisi6n que tomara, y ella decidi6 seguir adelante. Por desgracia, sin embargo, perdi6 al beb6 por unas complicaciones de salud en el segundo trimestre.

¿Un aborto natural? Me pregunt6 c6mo pudo sufrir todo eso mi hermana sin decir nada.

—S6 que no fui totalmente ajeno —prosigui6—. El estr6s provocado por ocultar el embarazo, asÍ como los numerosos enfrentamientos con mi mujer pueden haber sido factores que hayan contribuido a ello.

—¿Se pele6 con su mujer?

Asintió.

—Intentábamos sopesar nuestras alternativas.

Me clavé las uñas en la palma de las manos. ¿Había dicho alternativas?

—¿Qué clase de alternativas podía ofrecer un hombre casado a su amante embarazada?

—Yo quería casarme con Keiko —continuó—. Propuse a mi esposa una separación amistosa varias veces, pero ella no quería hablar de ello.

Le miré fijamente.

—Por eso su mujer mató a mi hermana, ¿verdad?

—¿Qué le hace pensar que fue mi mujer? Podría haber sido cualquiera.

—¿Como quién? —me mofé—. ¿Su hija?

Era una acusación absurda. Ambos sabíamos que Seven Stars jamás haría algo tan perverso, pero su tono sosegado me había sacado de mis casillas.

El señor Nakajima apoyó las manos en las rodillas.

—Quién mató a Keiko y por qué, si he de decirle la verdad, no lo sé con total seguridad. Pero he llegado a compartir la misma conclusión que usted. Mi mujer desapareció el mismo día que mataron a Keiko.

—Eso no me parece una casualidad.

—A mí tampoco —dijo—. Incluso pensé en asumir la culpa, para que mi mujer pudiera volver a tener una vida normal con Rio. Después de todo, fui yo quien comenzó todo este embrollo. Pero me encontraba en la boda de un amigo esa noche. Mucha gente me vio allí.

Me preguntaba hasta qué punto podía confiar en ese hombre, que ya me había contado tantas mentiras. Puede que simplemente hubiera matado a su mujer para cubrirse, y hubiera fingido su desaparición.

—Su hermana era maravillosa. Me encantaba mirarla mientras cocinaba. Me decía que solía cocinar para su hermano pequeño. ¿Quién me iba a decir que lo llegaría a conocer?

Sentí una fuerte punzada en el pecho al escucharle hablar así de mi hermana.

—Lo que le pasó a Keiko fue una pesadilla. Algo que jamás me habría imaginado. No se merecía eso. Todo fue culpa mía. Fui yo quien la persiguió y fue ella la que terminó por sufrir más. El daño que le he causado a usted y a su familia..., no hay modo de que pueda repararlo. Cargaré con ese peso el resto de mi vida.

Desde que él había renunciado a disimular lo que sentía, yo estaba desconcertado, sin saber qué decir. Terminé por preguntarle:

—¿Amaba usted a mi hermana?

Me miró a los ojos.

—Sí, la amaba. Por supuesto que la amaba.

—¿Por eso no colgó fotografías de la cara de su esposa?

—No, eso no tiene nada que ver con Keiko. A mi mujer nunca le gustó que la fotografiasen. Tuvo un accidente cuando era joven que le dejó una cicatriz en el rostro. Es solo una leve marca encima del ojo izquierdo, pero estaba acomplejada por ello. —Bajó la vista—. Disculpe el chismorreo, sin duda esto no es lo que quiere oír.

—Usted habla como si amara a su mujer —observé.

Asintió.

—Es que la amo.

—¿Me está intentando decir que estaba enamorado de dos mujeres al mismo tiempo?

El señor Nakajima se quedó en silencio un momento, eligiendo las palabras con sumo cuidado.

—Si me hubiera preguntado tiempo atrás, antes de que conociera a Keiko, le habría dicho que eso era imposible. Incluso ahora, me gustaría pensar que lo que sentí por Keiko era diferente de lo que sentía por mi mujer. Sería más fácil desestimar lo que pasó con su hermana y considerarlo un mero desliz pasajero antes que admitir que el error era mi matrimonio. Pero no puedo decir eso. Amé a Keiko, y todavía la amo, y probablemente siempre la amaré. ¿Tiene eso sentido para usted, Ishida?

—Mi opinión no importa —repuse.

Suspiró.

—Al principio, creí que podría sobrellevarlo sin lastimar a nadie. Ahora que pienso con lucidez, aunque ella no dijera nada, es probable que le hiciera mucho daño a Keiko.

Me miró como si buscara una respuesta, pero permanecí callado y mantuve los ojos fijos en él.

—Al final mi mujer se enteró —continuó—. Supuso una enorme conmoción para ella. Siempre fue una persona frágil emocionalmente. Por

favor, ha de comprender que ella también es una víctima, y yo soy el culpable. Lo que hizo mi mujer, o al menos lo que creo que hizo, es imperdonable, pero no es ningún monstruo. Ella...

—Por favor, déjese de excusas —interrumpí. No quería escuchar más tonterías—. Mi hermana está muerta y eso convierte a su mujer en una asesina. Esa es la verdad.

Mis palabras lo acallaron. Con la cabeza gacha, tamborileó con los dedos en el borde de la mesa. Pensé en Seven Stars y su comportamiento errático, faltando a clase, robando y pasando las noches fuera. ¿Se había dado cuenta él de que la desaparición de su madre la estaba afectando? ¿Sabía el enorme daño que había causado a su hija?

—Aparte de lo que me ha dicho, ¿hay algo más que deba saber? —pregunté.

—Señor Ishida, si está pensando en denunciarla a la policía, me temo que nadie conoce su paradero. He contado a algunas personas que mi mujer ha vuelto a casa de sus padres, pero en realidad es huérfana.

—No era mi intención —dije—. Incluso si la policía consiguiera localizar a su esposa y meterla en la cárcel, eso no me devolvería a mi hermana. —Y sería faltarle al respeto sacar a la luz la relación extramatrimonial y el embarazo, algo que ella se había tomado tantas molestias en mantener en secreto.

El señor Nakajima siguió con la cabeza gacha.

—¿Tiene algo más que añadir? —pregunté al levantarme.

Alzó la vista hacia mí.

—Todo este tiempo, he querido contárselo. Desde la primera vez que vino a esta casa... No, incluso antes. La primera vez que le vi de lejos en el funeral de Keiko, quise acercarme y contarle la verdad. Pero usted estaba sentado junto a su féretro con la mirada vacía y, sabiendo lo mucho que ella significaba para usted, fui incapaz...

—¡Basta! —grité—. No se atreva a hablar de mi relación con mi hermana. —Respiré hondo para tranquilizarme—. No sabe nada de nosotros.

Agachó de nuevo la cabeza.

Hubo un largo silencio hasta que al fin concluí:

—Me marchó.

—Espere un momento. —Se levantó—. ¿Puedo pedirle perdón en nombre de mi mujer?

—No. Solo puede pedir perdón en nombre propio.

Se puso de rodillas e inclinó la cabeza.

—Lo siento. Siento mucho lo que hice, lo que le pasó a Keiko y haber causado tanto dolor a su familia.

Apreté la mandíbula. No podía perdonar a ese hombre. Aunque estuviera sinceramente arrepentido, ¿qué más daba ahora? Los muertos seguían muertos. Más bien él sentía lástima de sí mismo y deseaba pasar página. No lo conseguiría con mi ayuda.

—Ha buscado a la persona equivocada —dije—. Debería pedir perdón a las mujeres a las que ha hecho daño. Pero si lo que ha dicho es verdad, ninguna de ellas está ya aquí.

El señor Nakajima no respondió. Permaneció en la misma posición y yo abandoné la casa sin probar el café.

Para ser sincero, odiaba a ese hombre. Me habría gustado darle una paliza hasta dejarlo inconsciente, pero eso solo serviría para deshonar la memoria de mi hermana y proporcionarle a él una expiación. No quería que pensara que podía pagar por sus errores recibiendo un castigo. Prefería que se ahogase en su propia culpa.

Por mucho que quisiera que arrestaran a su mujer, no me decidía a acudir a la policía. Todavía sentía el instinto de proteger a Seven Stars, que no había hecho nada malo y había perdido a su madre. Si los actos de sus padres salían a la luz, su vida iba a quedar destrozada y la implicación del señor Nakajima en todo ello le arrebataría a su padre, la única familia que le quedaba. Sabía lo difícil que era criarse solo, comer solo en una mesa para cuatro, atender las ceremonias de inicio de curso sin los padres y no tener a nadie con quien compartir *osechi*<sup>[5]</sup> y Año Nuevo... Lo último que quería era someter a Seven Stars a la misma soledad.

Y, en lo más hondo de mí, sabía que haría lo que fuese por salvaguardar el honor de mi hermana, incluso sabiendo que me odiaría por ello para el resto de mi vida.



Me encontraba de pie en el lugar en que mi hermana había sido asesinada. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta ahí. Era como si hubiese cerrado los ojos sin más y los hubiera vuelto a abrir en ese lado de la carretera.

Estaba aturdido hasta que oí las voces de unos críos conversando detrás de mí. Me volví y vi a dos niños jugando al otro lado de la calle. Uno era un muchacho delgado que llevaba una mochila negra de cuero y la otra era una niña con coletas vestida con un pichi azul marino.

La niña miró hacia mí y nuestras miradas se encontraron. Sonrió antes de echar a correr calle abajo. El niño llamó a la niña. No entendí lo que le gritó, pero estaba seguro de que era su nombre. El niño se disponía a correr tras ella, pero vaciló y se volvió hacia mí. Nos miramos a los ojos. No hacían falta palabras. Unos segundos más tarde, salió corriendo detrás de la niña. Los observé hasta que desaparecieron detrás de la curva.

Respiré hondo y miré el lugar por última vez.

Keiko Ishida, ¿recuerdas la mochila negra de cuero que me compraste cuando comencé la escuela primaria?

—¿Un regalo para que me acepten? —pregunté a mi hermana cuando me llamó a su habitación y me enseñó la mochila.

—Sí. —Le brillaban los ojos—. Necesitas una mochila nueva.

—No tienes por qué gastarte la paga en mí. La mochila es cara. No merece la pena. La señora Kawano dijo que podía quedarme con la mochila vieja de su hijo.

—¿Qué estás diciendo? No puedes comenzar el colegio con una mochila vieja. No lo consentiré. —Mi hermana me ayudó a ponerme la mochila antes de llevarme delante de un espejo—. Una buena mochila completa el uniforme. ¿No estás de acuerdo?

Sonreí y farfullé un «gracias».

Me revolvió el pelo y ambos nos echamos a reír.

## Aspirado en un tornado

---

Cuando informé al director de mi intención de regresar a Tokio, no pareció sorprendido. Me dio una palmadita en el hombro y dijo:

—Si esa es su decisión, entonces le deseo lo mejor. Le echaremos de menos. Ha sido de gran ayuda para nosotros estos últimos meses.

—Gracias —dije—. Dígame si hay algo que pueda hacer para ayudarle a encontrar un sustituto.

El director arregló la planta de la maceta.

—A decir verdad, casi estoy aliviado de que rechace la oferta. Es mejor para usted que se marche. Llámeme supersticioso, pero los viejos de Akakawa creen que la ciudad solo acepta a los que han nacido aquí.

No tenía ni idea de qué le había llevado a decir semejante cosa, así que simplemente asentí con la cabeza antes de marcharme.

Una semana antes de que acabara el semestre, el director anunció que yo abandonaba Yotsuba. Algunos compañeros de trabajo me dieron la mano y otros me dieron sus números de teléfono con la promesa de seguir en contacto. La gran mayoría pareció indiferente.

—Sucede muy a menudo —explicó Honda—. El personal contratado cambia mucho. La gente va y viene. A nadie le importa, salvo a aquellos que tendrán ahora una mayor carga de trabajo.

—Espero que no te toque a ti —dije.

Se rio.

—Lo dudo. No doy clases de inglés.

No le había contado a nadie que pensaba enseñar en Tokio, pero de

alguna manera se corrió la voz de que iba a presentarme para ser profesor en la educación pública.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Honda.

Hice un cálculo mental.

—Dentro de dos semanas.

—¿Necesitas ayuda?

Negué con la cabeza, pero entonces me acordé de algo.

—Por cierto, ¿mi hermana y tú fuisteis alguna vez a un restaurante italiano en la montaña?

—Sí. Es un restaurante pequeño con mucho encanto, a unas dos horas de coche de aquí. ¿Estás pensando en ir? La vista es impresionante, pero hace demasiado viento en la zona. No va mucha gente.

Un viento fuerte... Me vendría bien.

—¿Podrías darme la dirección? —pregunté—. Estaba pensando en esparcir las cenizas de mi hermana allí, si el viento es lo suficientemente fuerte.

Honda asintió.

—Debería ser perfecto. Si habías pensado en ir este domingo, podría llevarte.

—No te molestes, puedo ir solo. —No quería importunarle con el pasado.

—Oh, no es ninguna molestia. Puede que sea lo último que haga por Keiko —dijo—. Entonces, ¿este domingo? Te recogeré a las diez si te parece bien.

—Claro —respondí, alegrándome en secreto de que me acompañase alguien cuando esparciera las cenizas. No me imaginaba despidiéndome de mi hermana yo solo.

Después del trabajo, me pasé por el piso de Izumi. Salió con la cabeza envuelta en una toalla y la piel todavía húmeda de la ducha. Aún llevaba puestas sus anticuadas gafas.

—¿Es un mal momento? —pregunté.

Sonrió.

—Depende. ¿Qué quieres? Si vienes a quejarte del agua caliente, siempre

es un mal momento.

—No se trata de nada de eso —dije con una sonrisa—. He venido a despedirme. Me marcho a final de mes.

Arqueó las cejas.

—Eso es la semana que viene, ¿no? ¿Vuelves a Tokio?

Asentí.

—Se lo diré al casero, o más bien a su secretaria.

—Muchas gracias, Izumi.

—No hay de qué —dijo—. Ahora que tú también te vas, la quinta planta se quedará sin inquilinos otra vez.

—¿Qué hay del otro tipo?

—¿El compositor de canciones? —Ladeó la cabeza—. ¿No sabías que se había marchado? Supongo que se mudaría mientras estabas en el trabajo.

—Entiendo. —No lo había visto venir—. Solo hablé con él una vez.

—Créeme, eso es más que la mayoría de los inquilinos de aquí —dijo—. Oye, ¿te apetece pasar y tomarte algo? Tengo cerveza.

—Tengo que declinar tu invitación. Es que tengo tantas cosas que empaquetar...

Izumi se encogió de hombros y cerró la puerta, y yo volví a mi apartamento.

Pensándolo bien, era la primera vez que rechazaba la invitación de una chica a tomar algo. Lo más probable era que Izumi todavía me recordara a la delegada de clase del instituto.

Me había acostado con la delegada de clase, de hecho, una vez. El asunto había creado ciertas desavenencias. Todavía recordaba cómo Jin se había acercado a mi mesa durante la hora del comedor.

—¿Es eso verdad? —preguntó—. ¿Te has acostado con la delegada de clase?

Di un respingo. No se lo había contado a nadie, así que la noticia debió de propagarse a través de ella. Para ser justo, yo no le había pedido que no se lo contara a nadie, pero no me había imaginado que fuera a ir pregonándolo por ahí.

—Creía que no le caíamos bien —dijo Jin.

Abrí el libro de texto, sin hacerle caso. Sabía que a Jin le caía mal la

chica. Unos meses atrás nos había pillado fumando y se chivó al profesor. Más bien denunció que Jin era quien fumaba y yo solo estaba como acompañante. El profesor no se lo tragó y me castigaron a mí también.

—¿Por qué te acostaste con ella, Ren? ¿Perdiste una apuesta o qué?

—No lo sé —respondí—. Tenía curiosidad.

Jin me rodeó los hombros con el brazo.

—No pareces tú, amigo.

Le aparté.

—Bueno, puedes elegir si creerme o no.

—Tú estás mal de la cabeza.

Me quedé callado y Jin me dejó en paz. Pero era la verdad. Había sentido curiosidad. Quería saber qué aspecto tenía sin gafas.

La delegada de clase y yo vivíamos en el mismo vecindario; su casa se encontraba tan solo a unas pocas manzanas de la mía. Se había acercado a mí mientras yo miraba el expositor de cómics en nuestra librería del barrio.

—Mis padres están fuera en un compromiso familiar en Izu —anunció—. No volverán hasta mañana. ¿Quieres venir a mi casa, Ishida?

Me quedé mudo durante un instante. Al principio pensé que era una broma, pero tenía el semblante muy serio. No sabía qué le había llevado a proponerme tal cosa. Quizá se debiera a las efervescentes hormonas de la adolescencia.

Me rasqué la cabeza.

—Sonoda...

—Sumida —corrigió—. Me llamo Sumida.

—Bueno, Sumida... —Me incliné hacia ella—. Sabes que, si voy a tu casa, no vamos a estudiar mucho, ¿verdad?

La delegada de clase asintió, todavía sin sonreír. Tras decir aquello, habría sido raro por mi parte echarme atrás, así que la acompañé hasta su casa. Recordé que estaba nervioso mientras subíamos los peldaños de madera, que crujieron con cada paso.

Abrió la puerta del dormitorio.

—Por favor, pasa.

—Con permiso —dije, un poco demasiado educado. Sonó extraño.

Su habitación estaba ordenada, tal y como me la imaginaba. Ella entró y

se sentó en la cama, y yo le seguí el juego. Ninguno de los dos dijo una sola palabra. Ella se aferró a una almohada y yo me miré las rodillas. Las sábanas tenían rosas bordadas en ellas.

El largo silencio se hizo insoportable. Antes de aquel día, nunca habíamos hablado mucho realmente el uno con el otro. Justo cuando iba a romper el hielo con trivialidades, me rozó con la punta de los dedos. Me giré hacia ella en un acto reflejo. Ella también me miró. Podía oír cómo su respiración se hacía más fuerte.

Le acaricié el pelo y la besé. No respondió. No se movió cuando le desabroché la camisa. Pronto estuve dentro de ella, pero su silencio me inquietaba.

—¿Estás bien? —pregunté.

Asintió, pero no dijo una palabra. Quizá fuera callada. Sin saber qué otra cosa hacer, seguí embistiéndola. Me habría gustado alguien que reaccionara un poco más, pero aun así estuvo bien. Yo no era tiquismiquis.

Por suerte, a pesar de su sobriedad, no era su primera vez. En caso contrario, es posible que me hubiera sentido mal por ello.

Se quedó dormida en cuanto terminamos y yo lentamente le quité las gafas. Sin ellas tenía otro aspecto: de hecho, era bastante guapa. La besé en la frente antes de vestirme e irme a casa.

En aquella época rebosábamos de hormonas efervescentes y el sexo era una novedad; acostarse con una chica era considerado un gran logro. Los chicos se me acercaban y me daban una palmadita en la espalda.

—Qué grande, Ishida. ¿Cómo conseguiste ligártela? —preguntaban entre bromas.

De un modo u otro, acabé teniendo más amigos.

Lo que sí perdí fue a mi novia, que se enteró del rumor y me confrontó. Cuando le conté que todo era verdad, me abofeteó delante de nuestros compañeros de clase y salió corriendo entre sollozos.

Jin miró por encima de mi hombro.

—La has jodido, Ren. Una cosa es engañar a tu novia, pero ¿cómo fuiste tan tonto como para contárselo? Y además con esa chica con gafas. —Soltó una risotada áspera—. ¿Qué problema tienes con la vista, tío? Ten un mínimo criterio.

Lo fulminé con la mirada.

—No te cabrees conmigo —dijo—. Pero en serio, deberías hacer mejor uso de tu cara. Si quieres, te presento a la mejor amiga de mi novia. Tiene unas tetas enormes, no te estoy vacilando.

Nunca se lo había contado a nadie, pero me alegré de que las cosas salieran así. En aquel momento, yo estaba cansado de mi novia pero no encontraba un motivo para dejarla. No tenía el valor suficiente para romper con alguien que no me había hecho nada malo. Además, se aproximaba la fecha de mi cumpleaños y ya había ahorrado dinero de mi trabajo de repartidor de *pizzas* para una cena elegante. El momento elegido no era el mejor, ya que habría preferido romper después de que tuviéramos algunos recuerdos bonitos de esa cena, pero, aun así, la delegada de clase me había hecho un favor.

En cuanto a Sumida, nunca volví a hablar con ella más allá de lo imprescindible. Aunque me lo hubiera pedido, no me habría acostado otra vez con ella, aunque sentía curiosidad por lo que la había llevado a abordarme en un primer momento.

Me detuve un instante delante del apartamento del hombre de las *zori*. La puerta y las ventanas estaban cerradas, como de costumbre. No había señales de que viviera nadie ahí. Incluso cuando él estaba, nadie reparaba en él; parecía más un fantasma que una persona. Bueno, donde fuera que estuviese, estaba seguro de que aún llevaría puestas las *zori*.

Fui a mi apartamento y me di una ducha rápida. Tenía unas cuantas tareas domésticas atrasadas. Lo primero de la lista era la colada, que se había ido amontonando a lo largo de las semanas.

Cuando terminé de cargar la ropa sucia en la lavadora, se me ocurrió que ahí podrían encontrarse los pantalones con el número de teléfono de la chica del lunar en la nuca en uno de los bolsillos. Podría haber sacado el pantalón y rescatado el trozo de papel; en cambio, pulsé la tecla de encendido y contemplé cómo el agua iba llenando la cuba. La lavadora produjo un sonoro borboteo al revolver las prendas. Mezclas de grises y blancos daban vueltas y se formó espuma.

El trozo de papel ya debía de estar empapado, la tinta corriéndose y las fuerzas centrífugas rompiendo el papel en mil pedazos. Cuando extrajera el

pantalón, solo quedaría una masa pastosa.

Puse los ojos en blanco y me imaginé lo que sería estar dentro de una lavadora, empapándome y dando vueltas. Lavado conjuntamente con un montón de ropa sucia. Dando volteretas, chapoteando, sumergido en el agua y suspendido en medio de pompas de jabón. Cuando el ruido terminaba, yo emergía, mojado pero limpio.

Ojalá el alma pudiera lavarse de la misma manera.

Estaba casi dormido cuando alguien llamó a la puerta. Me froté los ojos y miré el reloj. Era pasada la medianoche. Una cosa que había aprendido era que si alguien me venía a visitar tan tarde, se trataba sin duda de alguien a quien yo no deseaba ver. Ignoré los golpes y permanecí ahí sentado, mirando la lavadora.

Pero mi visitante era persistente y comenzó a dar enérgicos golpes en la puerta. Refunfuñé. A este paso los vecinos de la planta de abajo se quejarían. Sin más elección, me levanté para abrir la puerta.

Era Seven Stars. Esta vez también vestía el uniforme escolar.

—No lo haga. —Sujetó la puerta con la mano antes de que pudiera cerrarla—. Solo quiero hablar. Juro que no le causaré problemas.

De nuevo entró en mi apartamento sin mi consentimiento. Cerré la puerta, pero no me moví del sitio.

—Bueno —dije—. ¿De qué quiere hablar?

Se volvió para mirarme.

—He oído que deja el trabajo.

—Se supone que solo iba a dar clases hasta las vacaciones de invierno.

—Le ofrecieron un puesto permanente, pero lo ha rechazado.

—Está bien informada, jovencita.

No reaccionó a mi comentario condescendiente.

—¿Regresa a Tokio?

—Sí —respondí—. He terminado lo que quería hacer aquí.

—¿Encontrar al asesino de su hermana?

Me quedé paralizado. La chica sabía cómo descolocarme.

—Mi padre no miente cuando dice que no sabe dónde está mi madre. Ella desapareció por completo de nuestra vida. —Me miró a los ojos, impertérrita—. ¿Qué piensa hacer ahora? ¿Va a perseguirla?



Me encogí de hombros.

—¿Para qué?

—Para vengarse.

—Eso no solucionaría nada.

—¿No está enfadado conmigo por no haberle contado nada?

Negué con la cabeza.

—No la habría creído de todas formas. Necesitaba averiguarlo por mí mismo.

Seven Stars se cruzó de brazos.

—La señorita Ishida y mi padre... Duró muchos años, ¿sabe? Apuesto a que no tenía la menor idea. Lo descubrí incluso antes que mi madre.

—¿Por eso comenzó a robar chicles?

Se encogió de hombros y masculló:

—Es posible.

—¿Aprendió algo con ello?

—No mucho. La diferencia es enorme. Yo robaba chicles, no el marido de alguien —puntualizó—. Señor Ishida, ¿ha cambiado de opinión acerca de su hermana? Ahora que sabe la clase de persona que era, ¿se arrepiente de haberse tomado tantas molestias por ella?

—Nunca me parecieron molestias —respondí—. Mi hermana solo era una chica normal. Cuando tenía su edad, era tan ingenua como usted.

El gesto de Seven Stars se endureció y entornó los ojos. Comprendí que estaba siendo insensible; por supuesto, le molestaba que la comparase con mi hermana.

—Señor Ishida, ¿sabía que mi madre casi me mató una vez?

Sus palabras me golpearon con fuerza.

—Mi padre intentó abandonarnos para irse con la señorita Ishida. Mi madre, por supuesto, no se lo tomó nada bien. Nos condujo a mi padre y a mí hasta una zona desierta en las afueras de la ciudad después de echarnos en la bebida unos somníferos. Quería matarnos a los tres con el tubo de escape del coche. Pero el plan no le salió bien, porque nos despertamos.

Me quedé inmóvil, petrificado.

—Mi padre nos juró tantas veces que pondría fin a su relación con ella, pero nunca lo hizo. Soy una mala persona, señor Ishida. Creo que su hermana

se merecía morir. No debió empeñarse en entrometerse en nuestras vidas. Incluso dejó algo suyo en nuestra casa, con la esperanza de que se descubriera.

Me aclaré la voz. Solo se me ocurría una cosa:

—El cuchillo, ¿verdad?

Frunció los labios.

—Así que usted lo sabía.

—Se lo compré yo —expliqué—. Un regalo de cumpleaños.

—Tiene gustos muy raros, señor Ishida.

—Era práctico.

Seven Stars dio varios pasos por mi diminuto salón con los brazos cruzados.

—El cuchillo sigue en el armario de nuestra cocina. Se lo traeré.

Negué con la cabeza.

—Déjelo allí. Si quiere, puede usarlo.

—¿Por qué iba a querer usar algo que no es mío?

—Mi hermana ha muerto. Cuando alguien muere, sus enseres dejan de ser suyos. Puesto que yo le regalé el cuchillo, digamos que vuelve a ser mío, de modo que tengo derecho a regalárselo a usted. Puede decidir si lo toma o lo deja. Incluso puede deshacerse de él, si lo prefiere.

—Está bien. Me lo pensaré. —Dejó de caminar y se apoyó en la pared—. He oído decir que su hermana era buena cocinera.

—Sí que lo era.

—Algún día seré mejor cocinera que ella. ¿Se pensará entonces salir conmigo?

—Tal vez.

Chasqueó la lengua.

—Miente.

—Me alegro de que lo sepa.

Seven Stars se mordió el labio y agachó la cabeza. El pelo le cubrió el rostro.

—No sea engreído. Dentro de diez años, yo tendré veintitantos años y una belleza que quitará el hipo. Y usted será un tío tristón de treinta y pico. Me habré olvidado por completo de usted, pero usted me recordará. Y se

arrepentirá de haberme rechazado.

Sonreí.

—Lo sé.

—No, no lo sabe. Si lo supiera, no me rechazaría.

Hablaba con voz monocorde, como si hablase de un asunto trivial. Yo no tenía la menor idea de lo que ella estaba pensando. Era como un libro cerrado para mí.

—¿Va a volver con su novia de Tokio? —preguntó—. ¿Qué pasa si ya no quiere saber nada de usted?

Me encogí de hombros.

—Me preocuparé de ello cuando llegue el momento.

—Quizá ya tenga otro novio. Podría estar casada y haber dado a luz a una niña monísima.

—Oiga, solo he estado fuera seis meses —dije con una carcajada—. No es que haga desaparecido durante años.

Levantó la vista y masculló:

—Lo sé.

Me acerqué y me quedé junto a ella.

—Sinceramente, es joven y guapa. ¿Qué es lo que ve en mí?

—Verá, me he hecho la misma pregunta. ¿Qué es lo que veo en usted? —Suspiró—. He reflexionado mucho sobre ello, pero todavía no tengo la respuesta.

Seven Stars abrió la cremallera de su mochila, sacó una bolsa blanca de plástico y vació el contenido. Un montón de chocolates con copos de maíz Ritter *Sport* se esparció por todo el suelo.

—Qué...

—Dijo que eran sus favoritos, ¿no? —explicó—. Pero no se los coma todos de golpe. O engordará.

Me quedé atónito tanto por el agravio como por el regalo.

—No los habrá robado, ¿verdad?

—Oiga, eso no es justo. Le prometí que no volvería a robar nunca más, ¿no? ¿Cómo se atreve a acusarme entonces? Los he pagado todos.

—Gracias, pero... —Me rasqué la cabeza—. Es demasiado.

Se rio, y yo también. Cuando paramos, nos miramos durante un

momento. De pronto se inclinó hacia adelante y posó sus suaves labios sobre los míos. Sucedió todo tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. La miré, pasmado.

—Adiós —susurró antes de dirigirse hacia la puerta.

Seven Stars se marchó sin mirar atrás. Lo tomé como una señal de que no esperaba una respuesta.

En cuanto se fue, me agaché y recogí los chocolates. Había cincuenta y ocho en total. Ostentoso, sin duda. Abrí uno y le di un bocado. Ya estaba medio derretido.

En lo más hondo de mí, sabía que sus sentimientos eran auténticos. Y yo no podía negar que me sentía atraído por ella. Era algo completamente diferente a lo que sentía por Nae. Si bien mi relación con Nae era dulce y edificante, lo que tenía con Seven Stars era todo lo contrario. Las cosas entre nosotros eran intensas y destructivas, como una tempestad.

## Estación de tren y película china

---

En mi último día de trabajo me pasé por la oficina del señor Katou de camino a Yotsuba. Quería hacerle una última visita, pero me informaron de que había dimitido.

La recepcionista me dirigió una luminosa sonrisa profesional.

—El señor Katou deseaba pasar más tiempo con su familia.

—¿Por casualidad sabe dónde vive ahora? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Lo siento. No tengo ni idea.

Por el tono de su voz me di cuenta de que no me facilitaría ninguna información aunque la tuviese. Puesto que la oficina se encontraba cerca de Segayaki, decidí acercarme a su antigua casa, con la esperanza de que el nuevo propietario supiera algo.

Llamé al timbre y esperé. Una mujer de corta estatura y mediana edad abrió la puerta.

La saludé.

—Buenos días. Estoy buscando al señor Katou.

—Me temo que ya no vive aquí —respondió la mujer—. Se mudó hace varias semanas cuando compramos la casa.

—¿Por casualidad no sabrá usted a dónde fue?

Negó con la cabeza.

—Después de firmar el contrato, nos dio el número de teléfono de su oficina. Pero cuando llamé hace unos días, me dijeron que había dimitido y abandonado Akakawa.

—Entiendo. —Me incliné ante ella—. Siento haberle molestado.

—Por favor, no se preocupe —dijo, antes de cerrar la puerta.

Como había salido de mi apartamento temprano con la intención de pasar algo de tiempo conversando con el señor Katou, al final llegué a Yotsuba dos horas antes del inicio de mi primera clase. Con tiempo por delante, llamé por teléfono a la mujer del quimono.

—Buenos días, este es el hotel Katsuragi —respondió una voz de mujer—. ¿En qué puedo ayudarle?

Carraspeé.

—Quería hablar con la señora Katsuragi.

—Al habla. ¿Puedo saber quién pregunta?

—Soy Ren Ishida.

Hubo una pausa antes de que contestara:

—Sí, señor Ishida. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Deseaba contactar con el señor Katou, pero no tengo ni idea de su actual paradero. Ha dimitido de su puesto de trabajo y abandonado Akakawa. Por casualidad, ¿no sabrá usted dónde puede estar?

—Lo siento, no.

—Dijo algo acerca de que su mujer se trasladaba a casa de unos parientes en Hakone, por lo que tal vez también él esté con ella. ¿Quizá conozca usted alguien allí?

Suspiró.

—No tengo la menor idea, señor Ishida. Y si le digo la verdad, aunque la tuviese, no diría nada. El hecho de que no haya contado a nadie a dónde iba significa que desea que lo dejen tranquilo. Sería un terrible error despertar a la fiera dormida, ¿no cree?

Permanecí en silencio.

—Por favor, haga caso a mi consejo anterior y manténgase alejado de él. Esto no le hará ningún bien.

—Lo tendré en cuenta.

Colgué el teléfono y subí las escaleras. Lo que la mujer del quimono me había dicho tenía sentido. Que un hombre tan prominente desapareciera de una ciudad pequeña como Akakawa solo podía significar que no deseaba que lo molestaran. Decidí olvidarme del asunto.

El director me llamó a su despacho para darme mi última paga.

Me entregó el sobre.

—Gracias por su gran labor.

Me incliné y cogí el sobre.

—Oiga, Ishida, ¿tiene planes para esta noche? Tenemos la tradición de salir a tomar una copa cuando se marcha un compañero de trabajo. Debí decírselo antes, pero se me pasó.

—Claro, estupendo.

Me acompañó hasta la salida y anunció al resto del personal que esa noche nos íbamos de copas. Todo el mundo vitoreó. La mayoría ya había anticipado la noche de fiesta.

—El tiempo vuela, ¿verdad? Ya es tu último día —dijo Honda—. Iremos al bar junto a la estación de tren. Se llama Blue Note. ¿Sabes cuál es?

Asentí.

—Pasé por delante un par de veces.

—Siempre vamos al mismo sitio. Está cerca y bien de precio, y el dueño es un viejo amigo de instituto del director. ¿Eres de beber mucho?

—No mucho.

Honda se inclinó hacia mí.

—Escúchame con atención, este es el trato. No te van a dejar escapar hasta que no estés borracho. Tienes que fingir estar ebrio y hacer algo vergonzante, como ponerte a cantar a voz en cuello o hacer un baile gracioso.

Me eché a reír.

—Prefiero emborracharme a hacer lo que acabas de sugerir.

—O puedes fingir quedarte dormido. A no ser que en realidad prefieras emborracharte.

—Podría hacer eso —dije—. Hacerme el dormido.

—Bien. Haré de héroe y te llevaré de vuelta a tu apartamento. —Me dio una palmada en el hombro—. ¿Hay alguna cosa que quieras llevarte a casa?

—Gracias, pero he estado llevándome cosas a lo largo de los últimos días. El resto me cabe en la cartera.

—Está bien. Disfruta de tu último día de clase.

Seven Stars vino a clase y se comportó como si nada hubiese pasado entre nosotros. Era la interacción habitual entre un profesor y una alumna, excepto por una cosa: me entregó a modo de deberes una extraña redacción titulada *La estación de tren*. Me di cuenta de que no era algo que hubiera escrito siguiendo los apuntes que yo había dado.

La estación de tren  
De Rio Nakajima

Una mujer le relataba su sueño a un compañero.

—Lo recordaba todo con meridiana claridad al despertar —dijo—. En mi sueño, me había quedado varada en una estación de tren tranquila. El servicio de trenes tenía retrasos por una fuerte nevada. Me senté en un viejo banco de madera a esperar a que pasara el tiempo, pasando frío y sintiéndome sola.

Se volvió hacia él, esperando su respuesta, pero el hombre mostró poco interés.

—Y entonces lo vi a usted —continuó ella—. Estaba sentado solo en el banco junto al mío, también esperando a su tren.

El hombre siguió sin responder.

—Me miró, así que me armé de valor para hablar con usted —dijo ella—. Fue simpático. Me lo estaba pasando muy bien. Deseaba que el tren no llegase nunca.

El hombre esbozó una tenue sonrisa, aunque no estaba seguro de si esa era la respuesta que ella deseaba.

—Al poco tiempo oí el sonido del tren que se aproximaba. Desperté sin saber qué tren había llegado primero.

El cuento terminaba ahí, pero no parecía un final.

—¿Eso fue todo? —pregunté a Seven Stars cuando terminó la clase.

Asintió.

—Sí.



Había dejado su redacción abajo del todo en la pila, de modo que fuese la última alumna en abandonar el aula.

—Es una historia fascinante, pero no es lo que yo pedía —dije—. La tarea solicitada era un texto argumentativo.

—No me diga —repuso con tono burlón—. ¿Me va a pedir que lo haga de nuevo?

—No hace falta, ya que me marchó. Hoy es mi último día. Su sonrisa desapareció.

—Lo sé.

—Usted sabe muchas cosas, ¿verdad? —Me recliné en la silla—. Siento curiosidad. ¿De quién era el tren que llegó primero?

Se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. La mujer se despertó antes de poder averiguarlo.

Me había esperado una respuesta así de ella.

—Eso debe de fastidiar mucho.

—Se equivoca, señor Ishida. Usted no comprende el corazón de las mujeres. Ella se alegra de no saberlo nunca. Ni siquiera quiere saberlo. En cualquier caso será triste, ya que uno de los dos se marchará antes. Puede que no signifique nada para quien se vaya, pero quien se quede atrás se sentirá muy, muy triste.

Seven Stars me arrancó el folio de la mano y lo arrugó. Abrió la ventana y lo arrojó fuera.

—¿Qué hace? —pregunté.

—Le está dando demasiadas vueltas al tema. Es solo un cuento que he escrito, no es para tanto. No se agobie. —Se inclinó hacia mí y me tocó la frente con la punta de un dedo—. Lo ve, tiene arrugas aquí.

Cogió su mochila y salió. La coleta alta se balanceaba al compás de cada paso que daba. Y esa fue la última vez que la vi, a la chica de los dedos preciosos. Nunca en toda mi vida volvería a conocer a una chica tan precoz, que me había arrastrado como una fuerte ola.

Salí de la academia con el resto de mis compañeros de trabajo en torno a las diez. El bar estaba a apenas unos pocos minutos andando, pero la noche de

diciembre era gélida. Caminamos lo más rápido que pudimos.

Cuando llegamos al local, solo había otros cuatro clientes. Una música de *jazz* poco reconocible sonaba de fondo. El sonido era tenue. Sin duda provenía de un equipo de música escondido en alguna parte detrás de la barra.

Un camarero nos dio la bienvenida y nos acompañó hasta la mesa más grande en el centro de la sala. Resultó ser el dueño. El director lo abrazó y ambos se dirigieron a la barra a conversar. Los demás nos quitamos el abrigo y nos sentamos; el director se unió a nosotros poco después. El camarero nos trajo unas botellas de *whisky* Nikka, unas bebidas para combinar, dos cubos con hielo y una bandeja con vasos cortos.

—¿No es demasiado? —preguntó uno de los profesores.

—Está perfecto —respondió el director—. Hace mucho que no salimos a tomar una copa.

Una de las camareras jóvenes trajo unos cuantos vasos más grandes y los llenó de cubitos de hielo, alcohol y té verde helado de una botella. El director nos invitó a tomar nuestros tragos y dirigió el brindis. Una vez que dejamos los vasos en la mesa, otro camarero los rellenó sin tregua y animó a todos a realizar un nuevo brindis. El director parecía estar muy animado. Soltaba sonoras risotadas e intercambiaba chascarrillos con todo el mundo.

Tras un par de rondas, la mayoría de los rostros en torno a la mesa había enrojecido, a pesar de lo cual nadie aminoraba el ritmo. Al contrario, todo el mundo se exaltaba cada vez más, sobre todo el director.

—¿Está borracho? —susurré a Honda, sentado a mi lado.

—No, aguanta muy bien el alcohol —respondió—. Pero su misión es conseguir emborrachar a todo el mundo antes de dejarnos marchar.

—Honda e Ishida, ¿qué están cuchicheando? —gritó el director—. Dejen de hablar entre ustedes y beban.

Otro empleado nos rellenó los vasos de alcohol hasta rebosar y nos invitó a brindar. Honda y yo no tuvimos más remedio que obedecer.

Al cabo de un rato, me di cuenta de que la joven que más copas servía no mezclaba las bebidas de igual manera para todos.

El vaso más a la derecha contenía una mayor cantidad de *whisky*, mientras que el vaso a la izquierda del todo apenas contenía alcohol. Me puse

a tomar la copa de la izquierda y bebí grandes cantidades de té verde helado con un toque de aroma a alcohol.

Miré el reloj. Ya era medianoche pasada. La mayoría de mis compañeros estaban ebrios, pero aun así casi todos seguían bebiendo y sirviéndose tragos unos a otros sin parar. El dueño del bar trajo más alcohol.

Observar a mis compañeros conversando unos con otros bajo la tenue luz del bar me hizo pensar en una película china que había visto en el cine Komori. El cine era un establecimiento viejo, pero se podía llegar andando desde mi casa. Por desgracia, lo habían demolido y ahora era un McDonald's.

Fui a ese cine con mi primera novia en nuestra primera cita. Nos besamos en una escena donde los dos protagonistas se encontraban en un bar parecido al de esa noche. Fue apenas un roce en los labios, un beso inocente, pero yo estaba muy nervioso. Menos mal que el cine estaba a oscuras y mi novia no pudo ver cómo me sonrojaba.

Esa película ¿de qué trataba? De una relación extramatrimonial, si no recordaba mal. Estaba seguro de que la protagonista tenía hijos pequeños. Vaya película había elegido para una primera cita. Y ¿cómo se titulaba? No lo recordaba. Tenía algo que ver la con música y comenzaba por A... ¿*Allegro, Adagio, Andantino*?

Me rendí; no me acordaba. ¿Me estaba haciendo viejo o estaba borracho?

El profesor sentado a la mesa frente a mí me miró fijamente. Parecía bastante perjudicado. Nunca habíamos hablado y me sentí un poco violento bajo su escrutinio.

—¿Me está mirando? —susurré.

—Sí, son sus ojos —dijo—. No se parece a su hermana, pero tiene los mismos ojos que ella. ¿Lo sabía?

Su voz sonó lo bastante clara como para que todos los demás lo oyeran.

Apuré el vaso.

—Ah, ¿sí?

El ambiente se enrareció. Durante todo ese tiempo, los empleados habían procurado no hablar de mi hermana delante de mí. Pero ahora se había roto la barrera. Tras un incómodo silencio, el director habló:

—Era una chica maja, ¿verdad?

Asentí.

Seguimos bebiendo durante un rato, pero nadie dijo nada más. La tensión se palpaba en el aire.

—Ya ha sido suficiente por esta noche —anunció el director.

Todo el mundo profirió murmullos de asentimiento. Miré a Honda. Tenía la cara totalmente roja.

—¿Estás bien? —le pregunté, dándole una palmada en el hombro.

Me miró y masculló algo ininteligible. Siguió bebiendo, luego dejó el vaso y se quedó dormido encima de la mesa.

—Alguien tiene que hacerse cargo de Honda —dijo Abe.

Estaba a punto de ofrecerme voluntario cuando Maeda dijo:

—Yo lo llevaré a casa. Puedo conducir y sé dónde vive.

—Le ayudaré a llevarlo hasta el coche —me ofrecí.

—No se preocupe, lo haré yo —dijo uno de los profesores—. Tengo el coche aparcado al lado del suyo.

Se levantó y ayudó a Honda a salir del bar. Maeda les seguía; llevaba el maletín de Honda. El director se dirigió a la barra para pagar la cuenta.

—¿Es cierto que a Maeda le gusta Honda? —preguntó uno de los profesores.

—Claro que es verdad —contestó otro profesor—. Hace muchísimo que le ha echado el ojo.

—¿Qué pasa con la norma de nada de relaciones en el trabajo? —preguntó el primer profesor.

Una empleada agitó la mano.

—¿Existe tal norma? Se la habrá inventado alguien.

Recordé que Maeda era quien me había hablado de ello. ¿Sabía acaso que Honda se veía con mi hermana? En cualquier caso, eso no tenía nada que ver conmigo. Agarré la cartera. Salí del bar con el resto de los empleados. Una vez fuera, se fueron turnando para estrecharme la mano y decirme unas palabras de despedida.

La noche se tornó más fría conforme avanzábamos por la calle principal. El servicio de autobuses ya no funcionaba, de modo que una parte del grupo, incluido yo mismo, tuvo que parar un taxi. Un sedán amarillo apareció. Puesto que era mi último día, me obligaron a cogerlo. Les di las gracias y prometí seguir en contacto antes de subirme al coche.

Cuando el taxi se detuvo en el cruce, me quedé mirando fijamente la luz roja. Debía de estar borracho, porque me pareció que se hacía eterno, como si alguien hubiese pulsado una tecla para congelar el tiempo. Pero cuando el semáforo cambió a verde, el tiempo recuperó lo perdido, avanzando más rápido y fundiendo las farolas de la calle unas con otras.

Cuando llegué a mi apartamento, la visión de un hombre esperando de pie delante de la puerta me dio un susto. ¿Estaba alucinando? Parpadeé un par de veces. Al acercarme, me di cuenta de que no era fruto de mi imaginación. Hablando de la fiera...

—Buenas noches —me saludó el señor Katou. Sujetaba una bolsa de papel de una pastelería—. Siento presentarme así de improvisado.

—No se preocupe. —Abrí la puerta, con la esperanza de no apestar mucho a alcohol—. Por favor, pase. Espero que no haya estado aquí fuera mucho tiempo con este frío.

El señor Katou me siguió dentro del apartamento. Llevaba un abrigo grueso, largo y gris oscuro, pero que aun así no lo habría mantenido caliente en una noche tan gélida.

—¿Le ha costado mucho encontrar este sitio? —pregunté.

—No demasiado —respondió—. Ya he venido aquí antes.

Esperé a que se explicara, pero no lo hizo. Debería haberle sondeado, pero comprendí por la manera de desviar la mirada que no deseaba hablar de ello todavía.

—Por favor, siéntese —le invité—. ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Un café?

Asintió.

—Eso sería estupendo.

El señor Katou se quitó el abrigo, mostrando una impoluta camisa blanca. Se sentó y se frotó la palma de las manos. Debía de haber estado esperando bastante tiempo hasta mi llegada.

Fui a la cocina para preparar café. Mientras esperaba a que hirviera, me salpiqué la cara con agua fría. Eso me espabiló, aunque poco pude hacer por mi estómago revuelto. Cuando regresé, el señor Katou ya había depositado la bolsa de papel en la mesa auxiliar. Dejé el café al lado.

—Por favor, sírvase —dije.

Cogió la taza. El café debía de estar ardiendo, pero aun así tomó un sorbo. Sujetó la taza con ambas manos durante un momento antes de dejarla de nuevo sobre la mesa.

—Ha encontrado un apartamento agradable —afirmó—. Encaja con la imagen de uno de mis poemas favoritos, *Shizuka Na Tsukiyo Ni, En una silenciosa noche de luna llena*. Es de un poeta que se llama Akitsuki. «Aki» de otoño y «tsuki» de luna. ¿Lo conoce?

—No —respondí, mientras me preguntaba si se refería al libro que le había visto leer una y otra vez—. No conozco a muchos poetas.

—Yo tampoco. Antes solo conocía a los famosos, como Basho e Issa, pero hace unos años descubrí por casualidad a Akitsuki en la colección privada de mi mujer. Me gusta mucho su obra. Me serena y apaga los ruidos a mi alrededor. Quería hacerme con más libros suyos, pero solo tiene uno, razón sin duda por la que la mayoría de la gente nunca ha oído hablar de él. —Ajá.

Respiró hondo y empujó la bolsa hacia mí.

—En realidad he venido a entregarle esto.

Me pregunté qué podía tener para mí.

—¿Me permite?

—Por favor, adelante.

Al abrir la bolsa encontré una pequeña urna de porcelana.

—La encontré en la habitación de la señorita Ishida después de su muerte —explicó el señor Katou—. Le ruego me disculpe por haberlo mantenido en secreto tanto tiempo, pero no conseguía decidir qué era lo más correcto. Oí decir en mi oficina que usted regresaba a Tokio, así que pensé que lo mejor era entregársela a usted antes de que se marchara. Al fin y al cabo, usted es pariente de la señorita Ishida.

Sujeté la urna en el regazo.

—¿Alguien estaba al tanto de esto?

Negó con la cabeza.

—Solo mi mujer y yo.

—Revisé su habitación un par de veces.

—Estaba bien escondida debajo de uno de los paneles de madera de la

tarima —explicó el señor Katou—. Cuando la señorita Ishida cuidaba de mi esposa, le contó en confianza lo de su aborto espontáneo. La clínica en Kuromachi ayudó a celebrar una cremación con la mayor discreción.

—Entiendo. —Mientras procuraba mantener la compostura, pregunté—: ¿Cómo está la señora Katou?

—Ha comenzado a hablar otra vez y responde cuando se le habla. Por lo visto, el nuevo entorno la ayuda a recobrar fuerzas.

—Me alegro mucho.

Asintió.

—Mi mujer siempre se ha culpado por la muerte de nuestra hija, aunque la culpa fue mía. Yo estaba demasiado volcado en el trabajo como para prestar atención a mi propia familia. Usted también lo sabía, ¿verdad? Miyuki... —su voz se quebró— nunca estuvo enferma.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Tenía una vaga idea.

—Mi mujer no está bien. —El señor Katou se frotó los ojos—. ¿Ha oído hablar del síndrome de Munchausen por poderes?

—No. ¿Qué es?

—Sucede cuando la persona que cuida a un niño, por lo general la madre, inventa o causa síntomas en los niños para llamar la atención.

El nudo en mi garganta se hizo más grande. Deseaba que aquella conclusión fuese errónea.

—Lo descubrí demasiado tarde y, por culpa de ello, perdimos a nuestra hija. Después de la muerte de Miyuki, mi mujer se negó a hablar. La llevé a varios psicólogos, pero no podían hacer nada mientras ella permaneciera encerrada en sí misma. Yo no sabía qué hacer. Supongo que ella necesitaba un cambio de aires y yo aceptar lo que había pasado en lugar de ocultarlo a base de trabajar sin descanso.

—Siento mucho su pérdida —dije. Decidí no contarle mi última conversación con la señora Katou.

Farfulló unas palabras de agradecimiento antes de levantarse.

—Es muy tarde. Será mejor que me vaya.

Me levanté y lo acompañé hasta la puerta.

Mientras se enfundaba el abrigo, el señor Katou dijo:

—Mi mujer me ha pedido que le dé recuerdos de su parte.

—Por favor, transmítale los míos también. —Dudé un momento, antes de decidir añadir algo—: Y gracias por los informes médicos.

Abrió los ojos de par en par, pero no dijo una palabra. Solo asintió antes de bajar las escaleras. Lo tomé como una confirmación.

Soplaba un viento helado y me salió en los brazos un diminuto sarpullido. Me subí el cuello y volví al salón. Sentado ante la mesa baja, uní las manos en una oración.

«Coletas, que descanse en paz tu alma». Cogí la pequeña urna y la llevé hasta mi habitación, donde guardaba la de mi hermana. Las coloqué juntas en el suelo y trasasé las cenizas de la pequeña a la grande, con cuidado de no desparramar nada.

—Ojalá las dos podáis descansar en paz, ahora que madre e hija estáis juntas al fin.

Después de guardar ambas urnas en el armario, me di una ducha y me fui a la cama.

Aquella noche dormí a pierna suelta. Seguramente era la combinación perfecta de ebriedad y cansancio. A la mañana siguiente, leí en el periódico que se había registrado un leve terremoto durante la noche. Pero yo no recordaba haber oído ni sentido nada. Me había sumido en un sueño profundo y apacible que ni siquiera un terremoto fue capaz de alterar.



# Último adiós en Capriccio

---

Dejé el apartamento cinco minutos antes de que dieran las diez con una bolsa de papel de los grandes almacenes Takashimaya. Resultaba menos llamativo que pasearse por la calle con una urna crematoria. Pero mi preocupación fue en vano, ya que no me crucé con nadie. La gente se despertaba tarde los domingos.

Divisé el sedán negro de Honda aparcado al otro lado de la calle. Crucé y golpeé suavemente con los nudillos en la ventanilla trasera. Echó un vistazo por encima del periódico y desbloqueó la puerta.

—¿Llevas esperando mucho tiempo? —pregunté mientras subía al coche.

—No —respondió—. Acabo de llegar.

Debió de ver la bolsa de papel, pero no dijo nada al respecto.

Me abroché el cinturón de seguridad.

—Son unas dos horas de viaje, ¿verdad?

—Sí. Puedes dormir, si quieres —dijo, y arrancó el motor.

Honda encendió la radio. Estaba sintonizada en un canal de *jazz*. Reconocí la melodía de *My favourite things* de John Coltrane.

Comenzamos el viaje y la música nos envolvió a ambos en una cálida nostalgia. La siguiente canción era una pieza de Charlie Parker, seguida de Duke Ellington. Un sonido familiar tras otro. Escuchando esa música se me ocurrió que ese canal debió de sintonizarse mientras Honda salía con mi hermana y nunca lo había cambiado. Del mismo modo que nunca se había deshecho del dije del conejito.

Honda giró el volante. Cambiaba de marcha de forma casi imperceptible. Sujeté la bolsa de papel con firmeza, sobre todo cuando aceleraba y giraba en algún cruce. Esto ya había sucedido antes. Seis meses atrás, en el trayecto del

crematorio al hotel Katsuragi. Habían pasado tantas cosas desde entonces.

Atravesamos varios pueblos agrícolas antes de alcanzar la falda de la montaña. Honda redujo la marcha y enfilamos la empinada y sinuosa carretera. No era de extrañar que el lugar fuese tranquilo. No era fácil conducir por esa carretera.

Media hora más tarde, el coche redujo la velocidad junto a una larga curva. Honda aparcó en un sitio donde la cuneta resultaba más ancha. Al abrir la puerta, el aire fresco de la montaña me llenó los pulmones. Me sentí vigorizado al inspirar. Pasamos por encima de la valla y admiramos la vista. Desde donde nos encontrábamos, alcanzaba a ver la pequeña ciudad a los pies de la montaña.

—¿Crees que el viento es lo suficientemente fuerte? —preguntó Honda.

—Eso espero —respondí.

Abrí la bolsa de papel, saqué la urna y la fui inclinando con lentitud. El viento se llevó las cenizas. Cuando solo quedaban unas pocas, vertí lo que quedaba en la tapa y el viento rápidamente las hizo desaparecer. Cerré la urna vacía y la guardé de nuevo en la bolsa de papel.

—Vine aquí solo una vez —dijo Honda—. Cuando Keiko me devolvió el anillo de compromiso. Yo tenía el corazón destrozado. Conduje hasta aquí y arrojé el anillo desde este mismo lugar.

Me quedé callado, incapaz de pensar en algo adecuado que decirle.

—En ese momento, solo se me ocurrió esta montaña. Quizá porque tengo bonitos recuerdos de haber venido aquí con ella.

—Mi hermana fue una tonta, ¿verdad? —dije—. Siento mucho lo que pasó.

—Bueno, los sentimientos no son cosas que se pueden forzar. O los tienes o no los tienes. Pero, desde luego, venir aquí me despierta muchos recuerdos. —Clavó la mirada a lo lejos—. ¿Te has enterado de lo de Nakajima?

Negué con la cabeza.

—¿Qué pasa con la chica?

—Entregó el impreso de renuncia hace unos días. Yo estaba en el despacho del director cuando se presentó y escuché la conversación. Va a probar suerte como modelo. Me sorprendió un poco. Vamos a ver, la industria es una lotería.

—Pero le pega, ¿no crees? —dije con una sonrisa.

Asintió.

—Qué bueno ser joven. Todo parece posible. Conforme te vas haciendo mayor, te olvidas de soñar. Antes de que te des cuenta, te despiertas un buen día, te miras al espejo y te preguntas quién es ese hombre de mediana edad que tienes delante.

Me eché a reír.

—No será para tanto.

—Pero, como dijiste, puede que ella lo consiga —añadió—. Tiene un encanto especial, desde luego.

—Y es lo bastante terca como para perseguirlo sin rendirse.

Una bandada de pájaros negros pasó volando con un sonoro graznido. Desaparecieron en medio de las nubes y se elevaron en el cielo a lo lejos.

—¿Sabes qué clase de pájaros son esos? —pregunté.

—Son un tipo de cucos —explicó Honda—. En Australia los llaman pájaros de la lluvia. Dicen que cantan antes de que llegue una tempestad; tiene que ver con su patrón de migración.

De modo que eran pájaros de la lluvia.

—Por muy lejos que viajen, siempre regresan a casa —continuó Honda mientras aparecía otra bandada.

—¿Eso no son los salmones? —pregunté.

—Ah, ¿sí? Quizá ambos, salmones y pájaros de la lluvia. —Unas gotas de sudor le perlaron la frente y se las limpió con la mano—. Empieza a hacer calor. ¿Nos vamos ya?

—Claro.

Pasamos de nuevo por encima de la valla.

—Ese restaurante italiano —pregunté a Honda—, ¿queda cerca?

—Sí, nos pilla en el camino de vuelta. Podemos parar a comer allí.

—En realidad había pensado ir solo —dije, eligiendo las palabras con delicadeza—. Antes de fallecer, mi hermana y yo habíamos hecho planes para ir allí juntos.

—Lo comprendo. Te dejaré allí —dijo con una sonrisa—. Hay una parada de autobús cerca del restaurante. No deberías tener problemas para llegar a la estación de tren más cercana.

Subimos al coche y arrancamos.

Pensé en lo bonito que habría sido que mi hermana hubiera elegido a Honda en lugar de al señor Nakajima. La habría tratado bien. Y si hubiera acabado con él, seguramente aún seguiría con vida.

Pero, como bien dijo Honda, los sentimientos no se pueden forzar. Si mi hermana hubiera podido elegir de quién enamorarse, estaba seguro de que habría elegido a Honda. Pero él no era el dueño de su corazón.

El coche se detuvo delante de un edificio con aspecto de casa rural. El sitio parecía más una posada que un restaurante. Un cartel de madera rezaba «Capriccio Ristorante».

—Es este —dijo Honda, mirando mi bolsa de papel.

—¿Te importa si te dejo la urna? —pregunté—. No me la voy a quedar y es complicado pasearse con ella.

—Por supuesto —respondió—. Regresas a Tokio mañana, ¿verdad?

—Sí, en el primer tren de la mañana.

Nos quedamos sentados en silencio durante un momento.

Al fin Honda dijo:

—Ishida, tienes que dejar de culparte por la muerte de Keiko. Ella no querría que hicieras eso.

Sentí un nudo en la garganta.

—Lo sé.

—Bueno. —Sonrió y me extendió la mano—. Esta es una despedida temporal.

—Eso me gusta. —Le estreché la mano con firmeza—. Una despedida temporal.

—Y recuerda lo que te dije sobre tu novia. No cometas el mismo error que yo. Dile lo que de verdad le quieres decir.

Asentí levemente y pensé en Nae. Se merecía una respuesta.

Me bajé y me detuve en el arcén. Esperé allí hasta que perdí de vista el coche de Honda. De pronto caí en la cuenta de que Honda y el señor Tsuda eran ambos profesores de matemáticas. ¿Podía ser algo más que una coincidencia? Esperaba equivocarme, pero me pareció mucha casualidad. Era probable que mi hermana hubiese intentado reproducir la historia del pasado, con la esperanza de un desenlace diferente, y hubiera terminado

decepcionada. Cuando esperas demasiado de los demás, inevitablemente la gente te defrauda.

Empujé la puerta y entré en el restaurante. La campana tintineó y enseguida salió de la cocina una señora mayor.

—Bienvenido —dijo—. ¿Va a comer solo?

—Sí, mi acompañante no ha podido venir —respondí.

—Es una lástima. Le daré la mejor mesa de la casa.

Me invitó a seguirla y advertí que el restaurante estaba vacío. Me dio una mesa para dos con una vista panorámica del valle y me entregó la carta.

—¿Puedo ofrecerle un vaso de agua? —preguntó.

Asentí.

—Eso sería estupendo.

La mujer desapareció en la cocina y yo miré la silla vacía delante de mí. Me imaginé a mi hermana sentada allí mismo, mirando la carta y haciéndome la misma pregunta de siempre:

—Oye, Ren, ¿qué te vas a pedir?

Yo le respondía con otra pregunta:

—¿Qué me recomiendas?

Ella examinaba la carta y se mordía el labio.

—Es difícil. Todo tiene una pinta deliciosa.

—¿Qué tomaste la última vez, cuando viniste aquí con Honda?

—*Bruschetta*, lasaña de ternera y tiramisú.

—Tomaré eso.

—No. —Negó con la cabeza—. Probemos algo nuevo.

—¿Por qué no decides tú por los dos? Elige lo que quieras.

Abrió los ojos de par en par.

—¿En serio?

Asentí.

—Si después todavía hay algo que te gustaría probar, siempre podemos volver otro día.

Mi hermana sonrió, pero no dijo nada.

La contemplé mientras examinaba la carta, mascullando palabras de vez en cuando. A veces levantaba la vista hacia mí para preguntarme mi opinión. Pero la mayor parte del tiempo estaba en su mundo. Keiko Ishida siempre

había tenido el entusiasmo de una niña.

—¿Ya sabe lo que va a pedir? —La voz de la señora mayor me hizo dar un respingo. Había dejado un vaso de agua en la mesa.

—¿Qué me recomienda? —pregunté.

Ladeó la cabeza.

—¿Tiene alguna preferencia? ¿*Pizza*, pasta, risotto?

—Seguramente pasta.

—¿Puedo recomendarle los *fettuccine* Alfredo? Es pasta *fettuccine* rehogada en una salsa de queso parmesano Reggiano y mantequilla —explicó—. Es uno de los platos más apreciados por nuestros clientes habituales.

—Entonces tomaré eso —dije, aunque, al ver lo vacío que estaba el restaurante, tuve ciertas dudas acerca de a quién podría calificar como «cliente habitual».

—¿Y de entrante? Nuestro *crostini* está muy bueno.

—Perfecto, haré caso de sus recomendaciones.

—¿Y le gustaría una copa de vino? ¿O un postre?

—Un café será suficiente. Sin azúcar.

La señora mayor garabateó en la libreta.

—Un *crostini*, unos *fettuccine* Alfredo y un café sin azúcar. ¿Es correcto?

—Sí.

Desapareció de nuevo en la cocina y mi hermana cobró forma otra vez.

—Debiste pedirte un postre también. Una comida no está completa sin postre —protestó—. Es como la nota final de una canción, o la conclusión de un viaje. Ren, te estás dejando el remate final.

Suspiré.

—Si tanto te apetece, puedes añadir un postre.

—Es demasiado para una persona sola.

—No pasa nada, te ayudaré a terminarlo.

Pero, conociéndola, se lo liquidaría ella sola.

—Lo siento, Ren, no pude contenerme —diría con una sonrisa de satisfacción—. ¡Estaba demasiado rico! La próxima vez, pedimos dos.

Me reí.

—Al verte comer se me quitó el apetito.

—Oye, no seas grosero.

Sabía que a mi hermana le encantaba el dulce. Postres helados, golosinas, granizados y todo ese tipo de cosas. A Nae también le gustaba el dulce. Tal vez les gustaba lo dulce a todas las chicas.

La señora mayor volvió con el *crostini*. Parecía ansiosa por entablar una conversación.

—¿Es la primera vez que viene? —preguntó.

Asentí.

—¿Cómo encontró este sitio?

—Me lo recomendó mi hermana.

Se le iluminaron los ojos.

—Qué maja. Por favor, dele las gracias de mi parte.

—Lo haré —farfullé.

—Bueno, no le molesto más —dijo, seguramente al percibir que prefería estar solo—. Que aproveche.

Sonreí y me puse a comer.

La comida estaba tan rica como me había dicho mi hermana. El *crostini* estaba tostado a la perfección. Una cantidad generosa de queso de cabra aromatizada con hierbas y brotes de espinacas salteadas conformaba la cobertura perfecta, y percibía el aroma punzante de la ralladura de limón.

Los *fettuccine* Alfredo llegaron justo cuando terminaba el último bocado del *crostini*. Al igual que el entrante, el plato principal no me defraudó. Llevaba más mantequilla de lo que me había imaginado, pero aun así estaba delicioso. Limpié el plato sin dejar una gota de salsa. La señora mayor pareció satisfecha cuando me trajo el café y se llevó los platos vacíos.

Pero lo que me conmovió no fue el hecho de que la comida estuviera tan bien cocinada. Era la calidez que percibía en ella. Podía notar la pasión y el cariño que había puesto en cada plato.

—Lo más importante es el sentimiento —solía decir mi hermana—. Cuando cocinas para alguien que te importa, le pones el corazón y tus sentimientos impregnan el plato.

Hundí la cara entre las manos, incapaz de contener un repentino estallido de emociones. En ese preciso instante comprendí por qué tenía siempre la misma sensación desagradable cuando pensaba en el señor Tsuda. No era un hombre que hubiera podido hacerla feliz. Siempre había sabido que le haría

daño.

Y ella sufrió. No una vez, sino dos. Debí haberla salvado. O, al menos, debí haberlo hecho cuando sucedió de nuevo.

—Ren.

Noté un suave toque en el hombro. Al alzar la cabeza, mi hermana me estaba mirando.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Lo siento —dije—. Siento no haber hecho nada por ti.

—Eso no es verdad. Hiciste mucho por mí, Ren. —Me cogió las manos y las estrechó entre las suyas—. Escúchame con atención. Estoy bien. He vivido una vida plena. No fue perfecta, pero no me arrepiento de nada. Tomé mis decisiones y acepté cómo salieron las cosas. Lo que me pasó no tiene nada que ver contigo.

Permanecí inmóvil, incapaz de mirarla.

—¿Me prometes que dejarás de culparte? —preguntó.

Al cabo de una larga pausa, asentí.

—Está bien.

—Gracias, Ren —susurró. Su melena castaña oscura refulgió bajo el sol.

Sentí un dolor en el pecho.

—Madre me dijo por qué viniste a Akakawa.

Mi hermana levantó la mirada.

—¿Conseguiste encontrar a tu verdadera madre? —pregunté.

—No, y tampoco lo intenté demasiado. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Me llevó tiempo, pero comprendí que la única familia que de verdad necesitaba eras tú.

Aunque mi hermana sonreía, percibí cierta tristeza en sus ojos. ¿O era soledad?

Pensé en su habitación en la casa de los Katou y en su escritorio en Yotsuba. Limpia y ordenada, sin el menor toque personal. Como si nunca hubiese estado allí. Desde el momento en que había llegado a Akakawa, ya había decidido desaparecer.

—¿Te vas a marchar? —pregunté.

Me miró fijamente.

—¿Por qué lo preguntas?



—No lo sé. —Desvié la mirada—. Es lo que siento.

Mi hermana me estrechó las manos.

—Te prometo que volveremos a vernos algún día. Tú sabes que yo siempre cumplo mis promesas, ¿verdad?

Me quedé en silencio y ella me soltó las manos. Su perfil se fue desdibujando. Desapareció con una sonrisa en la cara.

—Joven, ¿se encuentra usted bien? —preguntó la señora mayor. Había vuelto con la cuenta.

—Sí, solo es falta de sueño. —Dejé unos billetes en la bandeja de madera—. ¿Podría indicarme cómo llegar a la parada de autobús más cercana?

—Está a unos diez minutos andando —explicó—. Al salir del restaurante, gire a la derecha y siga la carretera principal. No tiene pérdida.

Le di las gracias y me marché.

Seguí sus instrucciones y caminé por la empinada carretera. Un poco después, divisé una cabina telefónica al lado de la calzada, una que no recordaba haber visto cuando nos dirigimos en coche al restaurante. ¿Por qué había una cabina telefónica allí? La zona era tranquila, ¿quién podría usarla?

Me detuve. Quizá fuese de mentira.

Empujé el cristal polvoriento de la puerta de pintura desconchada. Busqué en el bolsillo y saqué unas monedas, que inserté en la rendija. El aparato se iluminó y tecleé los números que tan bien me sabía.

Respiré hondo y esperé a que Nae descolgara el teléfono.

# Notas

[1] Hachiko: nombre de un perro legendario en Japón, famoso por su lealtad a su amo, el profesor Eisaburo Ueno, incluso durante casi diez años después de la muerte de este (*N. de la T.*). <<

[2] Dieta (*Kokkai* en japonés): nombre que recibe el parlamento japonés, formado por dos cámaras, la Cámara de Representantes y la Cámara de Consejeros (*N. de la T.*). <<

[3] *Reikitt (key money)*: en Japón se suele pagar al propietario un dinero a modo de «regalo» no reembolsable (*N. de la T.*). <<

[4] *Reader model* o *dokumo* en japonés: es un tipo especial de modelo aficionado, que solía ser un lector de la revista de moda en la que trabaja (*N. de la T.*). <<

[5] *Osechi*: comida tradicional japonesa de Año Nuevo (*N. de la T.*). <<